



CHICO  
XAVIER

POR EL ESPÍRITU  
ANDRÉ LUIZ

LA VIDA EN EL  
MUNDO ESPIRITUAL

# NUUESTRO HOGGAR



# Nuestro Hogar



Francisco Cândido Xavier

# Nuestro Hogar

Dictado por el Espíritu  
André Luiz

Traducción al castellano:  
Marta Haydee Gazzaniga





Copyright © 2007 by  
FEDERACIÓN ESPÍRITA BRASILEÑA – FEB

1era edición – 11/2018

Título del original en portugués:

NOSSO LAR  
(Brazil, 1944)

ISBN: 978-85-9466-131-9

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, total o parcialmente, por cualquier método o proceso, sin autorización del poseedor del *copyright*.

FEDERACIÓN ESPÍRITA BRASILEÑA – FEB  
Av. L2 Norte – Q. 603 – Conjunto F (SGAN)  
70830-106 – Brasília (DF) – Brazil  
www.febeditora.com.br  
editorialexterior@febnet.org.br  
+55 61 2101 6198

DATOS INTERNACIONALES PARA CATALOGACIÓN EN LA FUENTE – CIP

L953n Luiz, André (Espíritu)

Nuestro hogar / dictado por el Espíritu André Luiz ; [psicografiado por] Francisco Cândido Xavier ; traducción de Marta Haydee Gazzaniga. – 1era edición – Brasilia, DF (Brasil) : FEB, 2018.

320 p. (Colección La vida en el mundo espiritual, 1)

Original title: Nosso Lar

ISBN 978-85-9466-131-9

1. Espiritismo. 2. Obras psicografiadas. I. Xavier, Francisco Cândido, 1910 - 2002. II. Federación Espírita Brasileña. III. Título. IV. Colección.

CDD 133.93  
CDU 133.7  
CDE 00.06.02

# Índice

- [Un nuevo amigo](#)
- [Mensaje de André Luiz](#)
- [1 - En las zonas inferiores](#)
- [2 - Clarencio](#)
- [3 - La oración colectiva](#)
- [4 - El médico espiritual](#)
- [5 - Me dispensan asistencia](#)
- [6 - Valiosa advertencia](#)
- [7 - Explicaciones de Lisias](#)
- [8 - La organización de los servicios](#)
- [9 - Problema de alimentación](#)
- [10 - En el Bosque de las Aguas](#)
- [11 - Noticias sobre la colonia](#)
- [12 - El Umbral](#)
- [13 - En el despacho del Ministro](#)
- [14 - Deducciones de Clarencio](#)
- [15 - La visita de mi madre](#)
- [16 - Confidencias](#)
- [17 - En casa de Lisias](#)
- [18 - Amor, alimento de las almas](#)
- [19 - La joven desencarnada](#)
- [20 - Nociones de hogar](#)
- [21 - Continuación de la charla](#)
- [22 - El bonus-hora](#)
- [23 - Saber escuchar](#)
- [24 - Una impresionante convocatoria](#)
- [25 - Un consejo generoso](#)

- [26 - Nuevas perspectivas](#)
- [27 - Por fin el trabajo](#)
- [28 - En servicio](#)
- [29 - La visión de Francisco](#)
- [30 - Herencia y eutanasia](#)
- [31 - El vampiro](#)
- [32 - Noticias de Veneranda](#)
- [33 - Curiosas reflexiones](#)
- [34 - Con los recién llegados del Umbral](#)
- [35 - Encuentro significativo](#)
- [36 - El sueño](#)
- [37 - La lección de la Ministra](#)
- [38 - El caso Tobías](#)
- [39 - Escucho a la Señora Laura](#)
- [40 - Quien siembra cosechará](#)
- [41 - Convocados a la lucha](#)
- [42 - La palabra del Gobernador](#)
- [43 - Conversación](#)
- [44 - Las Tinieblas](#)
- [45 - En el Campo de la Música](#)
- [46 - Sacrificio de mujer](#)
- [47 - El retorno de Laura](#)
- [48 - Culto familiar](#)
- [49 - Regreso a casa](#)
- [50 - Ciudadano de “Nuestro Hogar”](#)

# Un nuevo amigo

Por lo general el prefacio presenta al autor, exalta sus méritos e incluye comentarios acerca de su personalidad.

Aquí la situación es diferente.

En vano los compañeros encarnados intentarían hallar al médico André Luiz registrado en los catálogos convencionales.

El anonimato es en algunas ocasiones hijo de la genuina comprensión y del verdadero amor. A favor de la redención de nuestro pasado escabroso, se realizan modificaciones en las listas donde figuran los nombres usados en la reencarnación. El olvido temporario constituye una concesión especial de la Divina Misericordia.

André también se vio en la necesidad de correr una cortina detrás de él.

Por ese motivo no podemos presentar al médico terrestre como el autor humano, sino a un nuevo amigo y hermano en la eternidad.

A fin de aportar valiosas experiencias a los compañeros del mundo debió despojarse de todas las convenciones, incluso de su propio nombre, de modo de no herir a corazones amados arrebujados en los viejos mantos de la ilusión. Aquellos que cosechan las espigas maduras no deben ocasionar molestias a quienes plantan a la distancia, ni perjudicar el cultivo que no ha madurado cuando todavía está en la etapa de la floración.

Reconocemos que este libro no es excepcional. Otras entidades espirituales ya han hecho referencia a las características de la vida

más allá de la tumba...

No obstante, hacía tiempo que deseábamos contar en nuestro círculo con alguien que pudiera transmitir el valor de la experiencia personal en todos sus detalles, con el propósito de facilitar la cabal comprensión del orden que rige el esfuerzo de los desencarnados laboriosos y bien intencionados en las esferas invisibles para la mirada humana, pese a que estén íntimamente ligadas al planeta.

Por cierto, muchos de nuestros amigos habrán de esbozar una sonrisa al contacto con ciertos pasajes de las narraciones. En todas las épocas lo que no es habitual ha dado lugar a la sorpresa. ¿Quién no hubiera sonreído hace unos años, si en la Tierra se le hubiera hablado de la aviación, la electricidad o la radiofonía?

La sorpresa, la perplejidad, incluso la duda, son propias de los aprendices que aún no han estudiado una determinada lección. Más que natural resulta inevitable. Por lo tanto, no ha sido nuestro propósito hacer comentarios acerca de las impresiones de otros. Cada lector precisa analizar lo que lee.

Nos referiremos entonces al principal objetivo de este trabajo.

El Espiritismo ha ido alcanzando una significativa expresión numérica. Millones de personas demuestran interés por sus trabajos, sus modalidades y sus experimentos. No obstante, dentro de ese inmenso campo de novedades el hombre no debería despreocuparse de sí mismo.

No alcanza con investigar fenómenos, adherir de palabra, incrementar la estadística, adoctrinar a conciencias ajenas, hacer proselitismo o conquistar el favor de la opinión pública, por más respetable que esto sea en el terreno físico. Es indispensable reflexionar acerca del conocimiento de nuestras infinitas potencialidades y aplicarlas por nuestra parte a los servicios del bien.

El hombre terrestre no es un desheredado. Es un hijo de Dios ocupado en el trabajo edificante mientras cuenta con el revestimiento de carne; es alumno de una escuela benemérita

donde está previsto que aprenda a elevarse en términos de espiritualidad. La lucha humana representa su ocasión, su herramienta, su libro de texto.

El intercambio con lo invisible constituye una actividad sagrada en el sentido de la restauración de la pureza del Cristianismo; por consiguiente, nadie debería descuidar sus obligaciones en el puesto que ocupa por voluntad del Señor.

André Luiz viene a contarte, amigo lector, que cuando sobreviene la muerte de la carne, nuestra mayor sorpresa reside en que nos pone cara a cara con la conciencia, donde erigimos el cielo, nos detenemos en el purgatorio o nos precipitamos al abismo infernal; viene a recordarnos que la Tierra es un taller venerable y quien lo menosprecie tendrá más tarde que conocer el costo de ese terrible error al que sometió a su propio corazón.

Conserva en el libro de tu alma la experiencia de este nuevo amigo. Ella nos advierte a viva voz que no es suficiente con que la criatura humana esté apegada a la existencia en la carne, sino que debe aprender a aprovecharla dignamente; que los pasos del cristiano, cualquiera sea su escuela religiosa, tendrán que orientarse realmente hacia el Cristo; y que en nuestro campo doctrinario, necesitamos por cierto del *Espiritismo* y del *Espiritualismo*, pero mucho más de la *Espiritualidad*.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo (MG), 3 de octubre de 1943.

# Mensaje de André Luiz

La vida no se acaba. La vida es un manantial eterno y la muerte es el juego oculto de las ilusiones.

El río extenso sigue su propio curso antes de confluir con el inmenso mar. Como una imitación de este proceder, el alma atraviesa caminos diversos y etapas diferentes; recibe además afluentes de conocimientos, de aquí y de allá; incrementa su manifestación y se depura en calidad, antes de su encuentro con el Océano Eterno de la Sabiduría.

Cerrar los ojos de la carne constituye un acto sumamente sencillo.

La sustitución de la vestimenta física no resuelve el problema fundamental de la iluminación interior, del mismo modo que cambiar de ropa no tiene nada que ver con las decisiones profundas del destino y del ser.

¡Oh! ¡Caminos de las almas, misteriosos caminos del corazón! ¡Es necesario recorrerlos antes de intentar la suprema compatibilización con la Vida Eterna! ¡Es indispensable que cada uno experimente su drama personal, que se conozca a sí mismo minuciosamente en toda la extensión del proceso de perfeccionamiento espiritual!...

Sería una ingenuidad suponer que con un simple “bajar el telón” habrán de quedar resueltas las trascendentes cuestiones relativas a lo Infinito.

Una existencia equivale a un acto.

Un cuerpo – un traje.

Un siglo – un día.

Un servicio – una experiencia.

Un triunfo – una conquista.

Una muerte – un soplo renovador.

¿Cuántas existencias, cuántos cuerpos, cuántos siglos, cuántos servicios, cuántos triunfos, cuántas muertes necesitaremos todavía?

¡Mientras tanto el estudioso versado en filosofía religiosa habla de resoluciones finales y estados definitivos!

¡Ay! ¡Por todas partes abundan los instruidos en materia doctrinaria y los analfabetos del espíritu!

El hombre debe efectuar un denodado esfuerzo para su ingreso en la academia del Evangelio del Cristo, ingreso que la mayoría de las veces se verifica de una manera singular: a solas, el aprendiz realiza el difícil curso con la exclusiva compañía del Maestro, recibe las lecciones sin que haya cátedras a la vista y escucha extensas disertaciones sin que sea pronunciada palabra alguna.

Nuestra laboriosa jornada, pues, demanda su tiempo.

Este incompleto esfuerzo nuestro tiene el propósito de dilucidar al menos una idea de esa verdad fundamental.

¡Estoy agradecido, amigos!

Nos ponemos de manifiesto junto a vosotros en el anonimato que obedece a la caridad fraterna. La existencia humana presenta una amplia mayoría de recipientes frágiles, almas que todavía no están en condiciones de contener toda la verdad. Por otra parte, no nos interesa en este momento más que la experiencia profunda, con sus consecuencias generales. No atormentaremos a nadie con el tema de la eternidad. Primero, que se fortalezcan los recipientes. Sólo hemos de proporcionarle noticias someras al espíritu sediento de aquellos hermanos que han elegido la senda de la realización

espiritual y que, tanto como nosotros, comprenden que “el espíritu sopla donde quiere.”

Ahora, amigos, mi agradecimiento se callará en el papel para refugiarse en el vasto silencio de la simpatía y la gratitud. La atracción, el reconocimiento, el amor y el júbilo residen en el alma. Creed que respecto de vosotros guardaré tales valores dentro del santuario de mi corazón.

Que el Señor nos bendiga.

ANDRÉ LUIZ

# 1

## En las zonas inferiores

Tenía la impresión de haber perdido la idea de tiempo. La noción de espacio se había esfumado hacía mucho.

Estaba convencido de que ya no pertenecía al número de los encarnados en el mundo, sin embargo mis pulmones respiraban con profundas inspiraciones de aire.

¿Cuándo me había convertido en un juguete de fuerzas irresistibles? Imposible dilucidarlo.

En realidad, me sentía como un fantasma angustiado, atrapado entre las tenebrosas rejas del horror. Mi cabello estaba erizado, el corazón me latía a los saltos: un miedo pavoroso se había apoderado de mí. Más de una vez grité como un loco, imploré piedad, protesté contra el doloroso desaliento que subyugaba a mi espíritu, pero un silencio implacable absorbía mi voz estentórea; si no, lamentos más conmovedores que los míos eran la única respuesta. En otras ocasiones, carcajadas siniestras desgarraban la quietud del ambiente. “Algún compañero desconocido ha caído prisionero de la locura”, pensaba. Formas diabólicas, rostros lívidos, expresiones animalizadas aparecían de tanto en tanto para acrecentar mi espanto. Por momentos el paisaje estaba en absoluta oscuridad, de lo contrario parecía bañado por una luz cenicienta, amortajado en una espesa neblina que probablemente recibiera desde la lejanía tibios rayos de sol.

El extraño viaje continuaba... ¿En qué punto habría de culminar? ¿Quién podría decirlo? Mi única certeza era que huía constantemente... El miedo me arrastraba. ¿Dónde habría quedado mi hogar, mi esposa, mis hijos? Había perdido por completo el sentido de la orientación. ¡La incertidumbre ante lo desconocido junto con el pánico que me producían las tinieblas había comprometido mis facultades intelectuales, a partir del momento mismo en que conseguí desprenderme de los últimos lazos físicos, en medio del sepulcro!

La conciencia me atormentaba. Hubiera preferido la ausencia total de la razón o el no ser.

Desde el principio, lágrimas incesantes bañaban mi rostro. Apenas durante contados instantes me daba respiro la bendición del sueño. No obstante, la sensación de alivio cesaba bruscamente. Seres monstruosos me arrancaban del reposo burlándose de mí. Era imperioso que escapara de ellos.

Demasiado tarde comprendía que una zona diferente se erguía de la polvareda del mundo. Pensamientos angustiosos torturaban mi cerebro. Si intentaba esbozar proyectos de solución, numerosos inconvenientes me limitaban a consideraciones atolondradas. Nunca antes el problema religioso se había mostrado tan nítido a mis ojos. Los principios exclusivamente filosóficos, políticos o científicos me parecieron entonces decididamente secundarios para la vida humana. A mi entender, representaban un valioso patrimonio en los ámbitos terrestres, aunque urgía advertir que la humanidad no está constituida por generaciones pasajeras, sino por Espíritus eternos que van camino a su glorioso destino. Constataba que algo subsiste por encima de las lucubraciones meramente intelectuales, y ese algo es la fe, una manifestación divina en el hombre. Sin embargo, tardíamente arribaba a semejante conclusión. De hecho, estaba familiarizado con los pasajes del Antiguo Testamento y en muchas ocasiones había consultado el Evangelio; aún así debía reconocer forzosamente que mi búsqueda de las letras sagradas nunca antes había estado iluminada por el corazón. Las

identificaba a través de la crítica de escritores poco afectos a los sentimientos y la conciencia, o reacios a las verdades esenciales. En otras ocasiones las interpretaba desde la posición del sacerdocio organizado, sin tomar distancia del círculo de las contradicciones donde me había instalado por propia decisión.

En realidad, desde un punto de vista personal, no fui riguroso: me había absorbido la filosofía de la inmediatez. Mi existencia terrestre, transformada por la muerte, no estuvo señalada por acontecimientos diferentes a los de la generalidad de los humanos.

Hijo de padres que acaso fueron demasiado generosos, obtuve mis títulos universitarios sin mayor sacrificio. Compartí los vicios de la juventud de mi tiempo, organicé mi hogar, tuve hijos, me esforcé por alcanzar una situación estable que garantizara la tranquilidad económica de mi grupo familiar. No obstante, si hacía un análisis minucioso de mí mismo, por alguna causa que no llegaba a determinar experimentaba la sensación de haber perdido el tiempo, a lo que se agregaba la silenciosa acusación de la conciencia. Había pasado por la Tierra, disfrutado de sus beneficios, cosechado las bendiciones de la vida, pero no le había devuelto ni un céntimo de la enorme deuda contraída con ella. Había tenido padres cuya generosidad y sacrificios nunca valoré; a mi esposa, al igual que a mis hijos, la retuve ferozmente en las rígidas tramas del egoísmo destructor. Fui el dueño de un hogar que cerré a todos aquellos que deambulaban en el desierto de la angustia. Me había regodeado con las satisfacciones familiares, pero olvidé de extender esa bendición divina a la inmensa familia humana, ciego a los elementales deberes de la fraternidad.

En fin, comparable a una flor de invernadero, no reunía condiciones para soportar ahora el clima de las realidades eternas. No había desarrollado los gérmenes divinos que el Señor de la Vida había depositado en mi alma. Los reprimí con una actitud delictiva, inducido por el incontenible deseo de experimentar la comodidad. Tampoco había entrenado mis órganos para la vida nueva, por consiguiente era lógico que al abrir los ojos me sintiera allí como un

discapacitado que, devuelto al río infinito de la eternidad, no sabía acompañar de otra forma que no fuera compulsivamente la incesante carrera de las aguas; o igual a un desventurado y exhausto mendigo errante, perdido en el desierto a merced de impetuosos torbellinos.

¡Oh! ¡Amigos de la Tierra! ¡Cuántos de ustedes podrían evitar el camino de la amargura mediante la preparación de los campos interiores del corazón! Enciendan vuestras luces con anticipación a la travesía por la densa oscuridad. Vayan en busca de la verdad antes de que la verdad los tome de sorpresa. Luchen en el presente para librarse del llanto más tarde.

## 2

# Clarencio

“¡Suicida! ¡Suicida! ¡Criminal! ¡Canalla!” Tales gritos me acosaban desde todas direcciones. ¿Dónde estaban los sicarios de corazón despiadado? En ocasiones los observaba de soslayo mientras se escurrían entre las espesas tinieblas, pero cuando mi desesperación llegaba a su punto culminante, apelaba a todas mis energías y los atacaba. En vano lanzaba puñetazos al aire en el paroxismo de la cólera. Carcajadas sarcásticas agredían mis oídos al mismo tiempo que los bultos negros se perdían en la oscuridad.

Con todo, ¿a quién apelaría? Me torturaba el hambre, la sed me abrasaba. Las más insignificantes manifestaciones de la experiencia material se hacían patentes a mis ojos; la barba me había crecido y la ropa comenzaba a despedazarse por los esfuerzos para resistir en esa región desconocida. Sin embargo, la circunstancia más dolorosa no era el terrible abandono al que me sentía lanzado, sino el incesante asedio de fuerzas perversas que me enfrentaban en los yermos y oscuros caminos. Me provocaban tal irritación que aniquilaban mis posibilidades de coordinar las ideas. Deseaba evaluar sensatamente la situación, detectar las causas, elaborar una nueva forma de pensar. No obstante, aquellas voces, aquellos quejidos mezclados con acusaciones directas me desorientaban sin que pudiera evitarlo.

—¿Qué buscas desdichado? ¿Hacia dónde vas, suicida?

Reprensiones similares, repetidas ininterrumpidamente, perturbaban mi corazón. ¿Desdichado, yo? No lo dudaba. ¿Suicida? ¡Nunca! Increpaciones de esa naturaleza, a mi entender no tenían justificación. Había abandonado el cuerpo físico a disgusto. Recordaba el porfiado duelo con la muerte. Todavía me parecía escuchar las últimas consideraciones de los médicos del hospital; tenía presente la asistencia desvelada que se me había dispensado, los tratamientos dolorosos que había soportado durante los interminables días que siguieron a la delicada intervención quirúrgica en los intestinos. En el curso de esas reminiscencias percibía el contacto del termómetro, el pinchazo desagradable de la aguja de las inyecciones y, para concluir, la última escena que precedió al gran sueño: mi joven esposa y mis tres hijos contemplándome con una mirada de terror que traducía la separación eterna. A continuación... el despertar en aquel paisaje húmedo y confuso y mi peregrinaje que parecía no tener fin.

¿Por qué la afrentosa acusación de suicidio si me vi obligado a abandonar la casa, la familia, la apacible convivencia con los míos? De esa manera, hasta el hombre más fuerte llegará al límite de su resistencia emocional. Firme y decidido al principio, comencé a entregarme a prolongados períodos de desánimo y, lejos de mantener la entereza moral, ignorante de mi propio fin, noté cómo las lágrimas contenidas durante largo tiempo brotaban más a menudo de mi corazón desbordado.

¿A quién podría recurrir? Por más vasta que fuera la cultura intelectual que me había dado el mundo, nada podría modificar ahora la realidad de mi vida. Mis conocimientos acerca de lo infinito eran semejantes a diminutas pompas de jabón impulsadas por el viento arrasador que transforma los paisajes. Me sentía como un objeto arrastrado hacia nuevos escenarios por el huracán de la verdad. Mientras tanto, la situación no modificaba la otra realidad de mi ser esencial. Me preguntaba si tal vez había enloquecido, sin embargo reconocía que la conciencia permanecía vigilante, confirmándome que seguía siendo el mismo, con el mismo sentimiento y la misma cultura que había recogido durante la

experiencia material. Persistían las necesidades fisiológicas sin cambios. El hambre castigaba hasta la última de mis fibras y aparentemente nada impediría que el debilitamiento progresivo me hiciera caer en un absoluto e irremediable agotamiento. Alguna que otra vez encontraba vegetación agreste en los alrededores de insignificantes hilos de agua a los que me arrojaba sediento. Devoraba hojas de especies desconocidas, pegaba los labios a la turbia naciente tanto como me lo permitían las potencias irresistibles que me empujaban hacia adelante. En otras oportunidades sorbía el barro del camino y cuando pensaba en el tradicional pan de cada día, un copioso llanto brotaba de mis ojos. A menudo me veía obligado a ocultarme de las enormes manadas de seres animalizados que pasaban como fieras insaciables. ¡Esas escenas eran aterradoras! El desánimo crecía. Fue entonces cuando comencé a recordar que en algún lugar debería existir un Autor de la Vida. La idea me reconfortó. Yo, el mismo que había detestado las religiones en el mundo, experimentaba ahora la necesidad de consuelo místico. En mi carácter de médico estuve profundamente arraigado al negativismo de mi generación, pero en mis circunstancias la necesidad de adoptar una actitud renovadora se había vuelto imperiosa. Era imprescindible que confesara la equivocación del amor propio, al cual me había consagrado con orgullo.

Llegado el momento en que se agotaron mis energías, cuando me sentía casi confundido con el lodo del suelo y no me quedaban las fuerzas necesarias para incorporarme, solicité al Supremo Hacedor de la Naturaleza que me tendiera sus manos paternales en esa penosa emergencia.

¿Cuánto tiempo duró mi ruego? ¿Cuántas horas habré consagrado a suplicar con las manos unidas, a la manera de un niño afligido? Sólo sé que una lluvia de lágrimas lavó mi rostro y que todos mis sentimientos se concentraron en esa plegaria angustiosa. ¿Se habrían olvidado de mí definitivamente? ¿Acaso no era yo también un hijo de Dios, pese a que no hubiera reconocido su actividad sublime durante la etapa en que estuve engolfado en las

vanidades de la experiencia humana? ¿Por qué no habría de perdonarme el Padre Eterno, si providenciaba nidos a las aves inconscientes y protegía bondadosamente a las flores frágiles de los campos incultos?

¡Ah! Es preciso haber sufrido mucho para comprender la misteriosa belleza de la oración. Es necesario haber conocido el remordimiento, la humillación, la absoluta desventura, para sorber con eficacia el sublime elixir de la esperanza. En ese mismo instante las densas tinieblas se disiparon y apareció alguien: un emisario de los Cielos. Un anciano simpático que me sonrió paternalmente. Se inclinó y fijó en los míos sus enormes ojos brillantes cuando dijo:

–¡Coraje, hijo mío! El Señor no te desampara.

Un amargo llanto inundaba mi alma. Emocionado, quise traducir mi júbilo, hacer mención al consuelo que me llegaba, pero aun reuniendo todas las fuerzas que me quedaban pude apenas inquirir:

–¿Quién eres, generoso emisario de Dios?

El inesperado benefactor sonrió con bondad al responderme:

–Llámame Clarenco, soy nada más que tu hermano.

Y percibiendo mi debilitamiento extremo agregó:

–Conserva la calma y guarda silencio por ahora. Conviene que descanses para recuperar las energías.

De inmediato llamó a dos de sus acompañantes, que mostraban actitudes de servidores esmerados, y les ordenó:

–Prestemos a nuestro amigo el socorro de emergencia.

Desplegaron allí mismo una sábana, a modo de camilla improvisada, y ambos colaboradores quedaron listos para transportarme con generosa disposición.

Me alzaron cuidadosamente y, entre tanto, Clarenco reflexionó por un instante para agregar luego, como si recordara una impostergable obligación:

–Vamos, no perdamos tiempo. Es conveniente que llegemos a “Nuestro Hogar” con la mayor celeridad.

# 3

## La oración colectiva

Me transportaron igual que a un herido común. Durante el trayecto observé –no sin dificultad– el panorama reconfortante que se extendía ante mi vista.

Clarencio, que se apoyaba en un cayado de sustancia luminosa, se detuvo frente a un enorme portal enclavado en altos muros, recubiertos de atractivas enredaderas en flor. A tientas presionó un punto de la muralla y apareció una gran abertura a través de la cual penetramos en silencio.

Una tenue claridad inundaba todo lo que allí había. A lo lejos, un foco de luz sugería una agradable puesta de sol en un atardecer primaveral. A medida que avanzábamos conseguí identificar magníficas construcciones ubicadas en medio de amplios jardines.

A una señal de Clarencio quienes me conducían depositaron cuidadosamente la camilla improvisada. Ante mis ojos surgió entonces la puerta acogedora de un edificio blanco, parecido a un enorme hospital de la Tierra. Dos jóvenes, vestidos con túnicas de níveo lino, acudieron apresuradamente al llamado de mi benefactor y, después de acomodarme en un lecho de emergencia, me trasladaron al interior mientras escuchaba que el generoso anciano les hacía una cariñosa recomendación:

–Instalen a nuestro tutelado en el pabellón de la derecha. Ahora hay quienes me están esperando. Mañana temprano

regresaré para verlo.

Le dirigí una mirada de gratitud, al mismo tiempo que me conducían a un confortable aposento de amplias proporciones espléndidamente amoblado, donde me ofrecieron un lecho mullido.

Envolví a ambos enfermeros con las vibraciones de mi reconocimiento y me esforcé por dirigirles la palabra, hasta que finalmente conseguí decir:

–Amigos, tal vez ustedes estén en condiciones de explicarme en qué nuevo mundo me encuentro... ¿De qué estrella procede el fulgor vivificante de esa luz?

Uno de ellos me acarició la frente como si fuera un viejo conocido personal y remarcó:

–Estamos en las esferas espirituales cercanas a la Tierra. El sol que nos ilumina en este momento es el mismo que tonificaba nuestro cuerpo físico, no obstante aquí nuestra percepción visual posee mayor potencia. La estrella que el Señor ha encendido para nuestros trabajos terrestres es más importante y más bella que lo que suponíamos mientras estábamos en el envoltorio carnal. Nuestro sol es la divina matriz de la vida y la claridad que irradia proviene directamente del Autor de la creación.

Como si hubiera sido absorbido por una onda de infinito respeto, al registrar la delicada luz que invadía el cuarto a través de las ventanas, me perdí en el curso de profundas cavilaciones. Advertí que durante los días terrenales nunca me había detenido en la contemplación del sol y medité acerca de la inconmensurable bondad de Aquel que nos concede el poderoso astro, para el camino eterno de la vida. Podía compararme de tal modo con un ciego venturoso, que al cabo de prolongados siglos en la oscuridad abría los ojos a la sublime naturaleza. Estaba en eso cuando me sirvieron un caldo nutritivo seguido de agua muy fresca, que me pareció portadora de fluidos divinos. Esa escasa cantidad de líquido me reanimó inesperadamente. No sabría decir qué especie de sopa era: tal vez una alimentación sedante, o un remedio saludable. Nuevas

energías sustentaban mi alma, profundas conmociones vibraban en mi espíritu.

La mayor de todas las emociones, sin embargo, me estaba reservada para los instantes siguientes.

Acababa de salir de la alentadora sorpresa cuando se introdujo en el cuarto una música celestial. Parecía un delicado enjambre de sonidos que iba en camino hacia zonas superiores. Aquellas notas de una maravillosa melodía atravesaban mi corazón. Ante mi mirada llena de curiosidad el enfermero, que permanecía a un costado, explicó con tono bondadoso:

–Llegó el crepúsculo a “Nuestro Hogar”. Es la hora en que todos los núcleos de esta colonia de trabajo consagrada al Cristo, se conectan en forma directa con las plegarias de la gobernación.

Y en tanto que la música perfumaba el ambiente, se despidió atento:

–Ahora quede en paz. Regresaré cuando haya concluido la oración.

Me invadió una súbita ansiedad.

–¿Puedo acompañarlo? –le pregunté casi en tono de súplica.

–Todavía está débil –me explicó gentilmente–, aunque si se sintiera dispuesto...

Aquella melodía renovaba mis energías profundas. Me incorporé y, sobreponiéndome a los impedimentos, me aferré al brazo fraternal que se me ofrecía. Con el paso vacilante llegué hasta la enorme sala donde una numerosa asamblea meditaba en silencio, con profunda unción. De la bóveda –que despedía una brillante luminosidad– colgaban delicadas guirnaldas de flores, que iban desde el techo hasta la base en forma de radiantes símbolos de espiritualidad superior. Nadie parecía notar mi presencia, mientras que yo apenas podía disimular mi insuperable sorpresa. Todos los concurrentes permanecían atentos como a la espera de algún acontecimiento. Difícilmente conseguía refrenar las numerosas

indagaciones que brotaban de mi mente febril, cuando observé que en el fondo, sobre una gigantesca pantalla, se dibujaba una magnífica escena de luz maravillosa. Debido a avanzados procesos de televisión apareció el interior de un magnífico templo. En un sitial estaba ubicado un anciano coronado de luz, con la mirada orientada hacia lo Alto en actitud de oración. Estaba vestido con una túnica blanca de la cual brotaban irradiaciones resplandecientes. En un nivel inferior, setenta y dos entidades lo escoltaban en respetuoso silencio. Con gran asombro observé que Clarencio formaba parte del conjunto de los que rodeaban al esplendoroso anciano.

Hice presión sobre el brazo del amistoso enfermero quien, al comprender que mis preguntas no se harían esperar, me manifestó en voz tan baja que más parecía un leve soplo:

–Permanezca tranquilo. En cada una de las residencias e instituciones de “Nuestro Hogar” hay quienes oran conjuntamente con el Gobernador, mediante la audición y la visión a distancia. Loemos nosotros también al Corazón invisible del Cielo.

Apenas había concluido la explicación cuando las setenta y dos figuras comenzaron a entonar un armonioso himno de indefinible belleza. El rostro de Clarencio, dentro del círculo de los venerables acompañantes, se me presentó como tocado de luz más intensa. El cántico celestial estaba compuesto por notas angelicales sugerentes de un sublimado reconocimiento. Surcaban el recinto misteriosas vibraciones de paz y alegría, hasta que en un determinado momento las notas argentinas hicieron un delicioso *staccato* y a lo lejos, en un plano elevado, se plasmó un corazón de una indescriptible tonalidad azul<sup>1</sup> con estrías doradas. En respuesta a las loas, una música acariciadora parecía emanar de ámbitos lejanos y, en ese preciso momento, una abundante lluvia de flores azules cayó sobre nosotros. Percibíamos con la vista las celestiales nomeolvides<sup>2</sup>, aunque nos resultaba imposible retenerlas con nuestras manos. Las corolas minúsculas se diluían suavemente al contacto con nuestra frente, y experimenté una marcada renovación de energías por el

roce de los pétalos fluídicos, que representaban un bálsamo para mi corazón.

Concluida la excelsa oración regresé a mi cuarto seguido por el amigo que me atendía. Ya no era el enfermo grave de unas horas antes. La primera plegaria colectiva en “Nuestro Hogar” había obrado en mí una completa transformación. Un fortalecimiento inesperado me envolvía el alma. Después de años consecutivos de sufrimiento era la primera vez que mi pobre corazón, nostálgico y atormentado, como un cáliz que había permanecido vacío por largo tiempo, se colmó nuevamente con las gotas generosas del elixir de la esperanza.

---

<sup>1</sup> Nota del Autor espiritual: Imagen simbólica formada por las vibraciones mentales de los habitantes de la colonia.

<sup>2</sup> N. T.: Nomeolvides son llamadas las flores azules de una planta herbácea conocida con el nombre de miosotis o raspilla.

## 4

# El médico espiritual

Al día siguiente, después de un reparador y profundo reposo, experimenté la bendición radiante del sol amigo como si fuera un delicado mensaje dirigido al corazón. Una claridad reconfortante penetraba por la amplia ventana e inundaba el recinto de luz suave. Me sentía otro. Energías nuevas llegaban a mi interior. Tenía la impresión de beber la alegría de la vida a grandes sorbos. En el alma quedaba un solo punto oscuro: la nostalgia del hogar, el apego a la familia que estaba distante. Numerosas preguntas daban vueltas en mi mente, pero era tanta la sensación de alivio que mantuve mi espíritu en sosiego, al margen de cualquier indagación.

Intenté levantarme y gozar del espectáculo de la naturaleza desbordante de brisas y luminosidad, pero al no conseguirlo llegué a la conclusión de que sin la cooperación magnética<sup>3</sup> del enfermero me sería imposible abandonar el lecho.

No había vuelto en mí de las sorpresas consecutivas, cuando se abrió la puerta y vi entrar a Clarencio en compañía de un simpático desconocido. Ambos me saludaron atentamente con deseos de paz. Mi bienhechor de la víspera consultó acerca de mi estado general y el enfermero acudió a darle el informe.

Con una sonrisa, el anciano amigo me presentó a su compañero. Se trataba, según dijo, del hermano Henrique de Luna, afectado al servicio de asistencia médica de la colonia espiritual. Vestido de blanco, sus rasgos fisonómicos irradiaban mucha

simpatía. Henrique me auscultó con minuciosidad y comentó sonriente:

–Es de lamentar que haya venido a través del suicidio.

Clarencio permaneció sereno, mientras que yo sentí un singular asomo de rebeldía que hervía en mi interior.

¿Suicidio? Recordé en ese momento las acusaciones de los seres perversos de las sombras. Si bien comenzaba a acumular un caudal de gratitud, no permanecí callado ante la incriminación.

–Creo que hay una equivocación –manifesté tímidamente–, no fue esa la causa de mi regreso del mundo. Luché durante más de cuarenta días en el hospital con el fin de vencer a la muerte. Soporté dos operaciones delicadas a raíz de la oclusión intestinal...

–En efecto –explicó el médico en una demostración de similar serenidad superior–, pero la oclusión tenía sus raíces en causas profundas. Tal vez el amigo no haya reflexionado lo suficiente. El organismo espiritual<sup>4</sup> presenta en sí mismo la historia completa de las acciones que hemos realizado en el mundo.

Volvió a inclinarse atento y fue señalando determinados puntos de mi cuerpo.

–Veamos la zona intestinal –dijo–. La oclusión fue causada por elementos cancerosos y estos, a su vez, derivaron de ciertas liviandades de mi estimado hermano en el terreno de la sífilis. La enfermedad no habría adoptado características de tal gravedad, si su mecanismo mental en el planeta hubiera estado encuadrado dentro de los principios de la fraternidad y la templanza. Pero su especial modo de convivir –con frecuencia demostraba exasperación y severidad–, captaba destructivas vibraciones de quienes lo escuchaban. ¿Nunca imaginó que la cólera fuera un manantial de potencias negativas, perjudiciales para nosotros mismos? La ausencia de dominio personal, la falta de consideración en el intercambio con los semejantes, a quienes muchas veces ofendió despreocupadamente, lo conducían a menudo a la esfera de los

seres enfermos e inferiores. Tal circunstancia agravó, y mucho, su estado físico.

Luego de una prolongada pausa, mientras me auscultaba atentamente continuó:

–¿Ha observado, amigo, que su hígado sufrió a causa de su propia conducta; que se olvidó de los riñones, con terrible menosprecio de las concesiones sagradas?

Una tremenda decepción invadió mi corazón. El médico parecía ignorar la angustia que me oprimía, y prosiguió con su información:

–Los órganos del cuerpo físico poseen incalculables reservas, según los designios del Señor. Nuestro amigo, sin embargo, frustró excelentes oportunidades porque despilfarró patrimonios valiosos de la experiencia física. La prolongada tarea que le fue confiada por los Mayores de la espiritualidad superior, quedó reducida a meras tentativas de trabajo que no llegó a consumarse. El aparato gástrico fue destruido a causa de los excesos de la alimentación y las bebidas alcohólicas, aunque aparentemente no tuvieran importancia. La sífilis devoró sus energías esenciales. Como puede ver, no quedan dudas de que se trata de un suicidio.

Medité acerca de los problemas de los caminos humanos e hice una reflexión sobre las oportunidades perdidas. En la vida terrestre conseguí adaptar numerosas máscaras a mi rostro; de hecho las tallaba según las situaciones. En ese otro tiempo no hubiera podido imaginar que se me pedirían tantas cuentas de episodios simples, a los que solía considerar como hechos de escasa significación. A tal punto llegaba mi modo de apreciar los errores humanos, en concordancia con los principios de la criminología. Cualquier acontecimiento insignificante, ajeno a los códigos, entraría en la categoría de los fenómenos naturales. Pero ahora se me presentaba otro sistema de verificación de las faltas cometidas. No me enjuiciaban tribunales de tortura ni me sorprendían abismos infernales: eran benefactores sonrientes quienes hacían referencia a mis debilidades, de la misma manera que se cuida a un niño

desorientado lejos de la mirada de sus padres. Aquel interés espontáneo, sin embargo, hería mi vanidad de hombre. Tal vez si me hubieran visitado figuras diabólicas portadoras de tridentes, con intención de torturarme, encontraría fuerzas para hacer que la derrota no fuera tan amarga. Pero la desbordante bondad de Clarencio, la inflexión de ternura del médico, la calma fraternal del enfermero, penetraban hondo en mi espíritu. Me destrozaba el deseo de reaccionar; me dolía la vergüenza. Lloré. Me cubrí el rostro con las manos, como lo hubiera hecho un niño contrariado y apenado. Me puse a sollozar con tanto desconuelo que parecía irremediable. No había posibilidad de disentir. Henrique de Luna hablaba con sobradas razones. Por último, en un intento de reprimir los impulsos vanidosos, reconocí la extensión de mis deslices de otros tiempos. La falsa noción de la dignidad personal cedía terreno a la justicia. Delante de mi visión espiritual ahora sólo existía una realidad torturadora: era efectivamente un suicida. Había perdido la hermosa oportunidad de la experiencia humana. No era más que un naufrago a quien se rescataba por caridad.

Fue entonces cuando el generoso Clarencio se sentó en el lecho junto a mí, me acarició paternalmente los cabellos y me dijo conmovido:

—¡Oh! Hijo mío, no te lamentes tanto. Te he buscado en atención a la intercesión de los que te aman, desde los ámbitos más elevados. Tus lágrimas llegan hasta sus corazones. ¿No quisieras ser agradecido y mantenerte calmo durante el análisis de tus propias faltas? En realidad, tu posición es la de un suicida inconsciente y no podemos ignorar que cientos de criaturas se ausentan a diario de la Tierra en las mismas condiciones. Mantén la calma, entonces. Capitaliza el tesoro del arrepentimiento, conserva la bendición del remordimiento, aunque sea tardío, pero no olvides que la aflicción no resuelve los problemas. Confía en el Señor y en nuestra dedicación fraternal. Apacigua tu alma perturbada; muchos de nosotros también hemos transitado los mismos caminos que tú.

Ante la generosidad que fluía de esas palabras, sumergí la cabeza en su pecho paternal y lloré durante largo rato.

---

<sup>3</sup>. N. T.: Cooperación magnética: alusión a la trasmisión del fluido magnético de un ser a otro con el impulso de la voluntad. En la práctica espírita se lo llama pase magnético. “... Transfusión de energías psíquicas... que no requiere ningún contacto físico durante su aplicación.” (Francisco Cándido Xavier, *El Consolador*, por el Espíritu Emmanuel, primera parte, ítem V).

<sup>4</sup>. N. T.: Organismo espiritual: el Autor espiritual se refiere así al periespíritu. “Envoltura semimaterial del Espíritu. En los encarnados sirve de vínculo o intermediario entre Espíritu y materia. En los Espíritus errantes constituye su cuerpo fluídico. (Allan Kardec, *El Libro de los Médiums*, cap. XXXII).

## 5

# Me dispensan asistencia

–¿Eres el tutelado de Clarencio?

La pregunta provenía de un joven de singular y dulce expresión.

Sostenía con la mano una bolsa de considerables dimensiones, que aparentemente contenía un equipo para asistencia, y me dirigía una amable sonrisa. A mi seña afirmativa se puso cómodo, y acompañando sus palabras con actitudes fraternales expresó:

–Soy Lisias, hermano. Mi superior, el asistente Henrique de Luna, me ha designado para atenderte mientras requieras tratamiento.

–¿Eres enfermero? –le pregunté.

–Soy visitador de los servicios de salud. En ese carácter, además de prestar colaboración en la enfermería, registro también las necesidades de auxilio o los cuidados relacionados con los enfermos recién llegados.

Al notar mi extrañeza, explicó:

–Con este mismo cargo hay numerosos servidores en “Nuestro Hogar”. Como tú acabas de ingresar en la colonia es comprensible que ignores los alcances de nuestras tareas, amigo. Para que te formes una idea será suficiente mencionar que tan sólo aquí, en la sección en que te encuentras, hay más de mil enfermos espirituales,

y ten en cuenta que este es uno de los edificios más pequeños de nuestro parque hospitalario.

–¡Eso es maravilloso! –exclamé.

Lisias parecía haber adivinado que mis comentarios iban a derivar en el elogio espontáneo, de modo que se levantó del sillón donde estaba sentado y comenzó a auscultarme atentamente, con lo que mi agradecimiento verbal quedó frustrado.

–La zona de sus intestinos presenta lesiones graves, con claros vestigios del cáncer; la región del hígado revela dilaceraciones; la de los riñones muestra características de agotamiento prematuro.

Esbozó una sonrisa bondadosa y agregó:

–¿Sabes, hermano, qué significa eso?

–Sí, lo sé –respondí– el médico me lo aclaró ayer; incluso me explicó que si a alguien le debo esos desarreglos es a mí mismo...

Se dio cuenta de que la confesión era escueta y reticente, entonces se apresuró a consolarme:

–En el grupo de ochenta pacientes a los que asisto diariamente, cincuenta y siete se hallan en condiciones similares a las tuyas. Tal vez no sepas que aquí están los mutilados. ¿Has pensado en eso? ¿Sabes que el hombre imprudente que consumió sus ojos en el mal, llega con las órbitas vacías? ¿O que si un malhechor se dedica a emplear el don de trasladarse fácilmente para realizar actos criminales, experimenta la aflicción de la parálisis y en ocasiones, cuando es recogido, carece por completo de piernas? ¿Que los pobres obsesivos por aberraciones sexuales suelen llegar en el colmo de la locura?

Lisias captó mi espontánea perplejidad y prosiguió:

–“Nuestro Hogar” no es una residencia para Espíritus precisamente victoriosos, si atribuimos al término su real acepción. Somos felices porque tenemos una ocupación. La alegría está

presente en todos los rincones de la colonia porque el Señor no nos privó del pan bendito del servicio.

Aproveché una pausa más prolongada para exclamar, conmovido:

–Continúa, amigo, con tu descripción. Siento alivio y serenidad. ¿De modo que esta región no es un departamento celestial para elegidos?

Lisias me aclaró al mismo tiempo que sonreía:

–Recordemos aquella antigua enseñanza que se refiere a los muchos llamados y a los pocos escogidos en la Tierra.

Mientras así decía, recorrió con la mirada el horizonte lejano como si observara experiencias personales en el panel de sus más íntimos recuerdos, y luego agregó:

–Las religiones convocan a los humanos al banquete celestial. En sana conciencia, nadie que se haya aproximado en algún momento a la noción de Dios podrá alegar ignorancia sobre ese particular. Resulta imposible contar el número de los convocados, amigo; pero ¿dónde están los que atienden el llamado? Con raras excepciones, la mayoría prefiere responder a otro tipo de invitaciones. Se agotan las oportunidades en desvíos del bien; se afianza el capricho de cada uno; se aniquila el cuerpo a golpes de irreflexión. Resultado: millones de seres se retiran a diario del ámbito de la vida física en un lamentable estado porque les falta comprensión. En los círculos inmediatos a la superficie del planeta deambulan, en todas direcciones, enormes multitudes compuestas por locos, enfermos e ignorantes.

Al notar mi asombro me interrogó:

–¿Creías, acaso, que la muerte del envoltorio de carne habría de conducirnos a zonas milagrosas? Aquí nuestra obligación es el trabajo arduo, las tareas pesadas, pero eso no es suficiente. Si hemos dejado deudas en el planeta, por más alto que ascendamos no podremos eludir el regreso para la reparación, para lavar nuestro

rostro con el sudor del mundo y cortar las cadenas del odio, a fin de sustituirlas por los sagrados lazos del amor. No sería justo que se impusiera a otro la tarea de desmalezar el campo que con nuestras propias manos hemos sembrado de espinos.

Reforzó sus declaraciones moviendo la cabeza en señal de negación, en tanto que agregaba:

–Es la cuestión de los muchos llamados, querido mío. El Señor no abandona a ningún hombre; sin embargo, escasísimos son los hombres que lo tienen presente a Él.

Apenado con el recuerdo de mis propias equivocaciones, en comparación con esas importantes nociones de responsabilidad individual, objeté:

–¡Qué perverso he sido!

No obstante, antes de que me extendiera en más exclamaciones, el visitador colocó cariñosamente su diestra sobre mis labios y murmuró:

–¡Permanece en silencio! Reflexionemos acerca del trabajo que tenemos por delante. Cuando el arrepentimiento es verdadero, para volver a construir es necesario que sepamos hablar lo justo.

A continuación me aplicó unos pases magnéticos con sumo cuidado, y acerca de las curaciones que me practicaba en la zona intestinal me explicó:

–¿Te das cuenta del tratamiento especializado en la zona cancerosa? Presta atención: la medicina ejercida con honestidad es un servicio de amor, una actividad para dispensar el socorro preciso, pero el trabajo de la curación es inherente a cada Espíritu. Hermano, recibirás trato afectuoso, te sentirás fuerte como en los mejores tiempos de tu juventud en la Tierra, trabajarás mucho y hasta me parece que puedes llegar a ser uno de los mejores colaboradores de “Nuestro Hogar”. No obstante, la causa de tus males permanecerá en ti mismo hasta tanto te deshagas de los gérmenes de perversión de la salud divina que inoculaste a tu

cuerpo sutil<sup>5</sup> por el descuido moral, y por el deseo de gozar más que otros. La carne terrenal<sup>6</sup>, con la que cometimos abusos, es al mismo tiempo el campo bendito donde conseguimos realizar fructíferas labores de cura radical, en la medida que permanecemos atentos al deber que nos compete.

Medité acerca de sus conceptos, reconocí la Bondad divina, y en un estado de exaltación de la sensibilidad lloré desconsoladamente.

Lisias, pese a todo, concluyó con serenidad el tratamiento de ese día y me dijo:

–Cuando las lágrimas no están alimentadas por la rebeldía constituyen siempre un remedio depurador. Lloro, amigo. Desahoga tu corazón. Bendigamos a las beneméritas organizaciones microscópicas que son las células de la carne en la Tierra. Tan humildes y tan valiosas; tan detestadas y a la vez tan sublimes por su ánimo de servicio. Si no contáramos con ellas, que nos brindan un templo para la rectificación<sup>7</sup>, ¿cuántos milenios despilfarraríamos en la ignorancia?

Mientras se expresaba de ese modo acarició afectuosamente mi rostro abatido, para luego despedirse con un beso de fraterno amor.

---

<sup>5</sup> N. T.: Cuerpo sutil: Frase con que el Autor espiritual menciona al periespíritu.

<sup>6</sup> N. T.: Carne terrenal: denominación del Autor espiritual para el cuerpo físico.

<sup>7</sup> N. T.: Templo para la rectificación: el Autor se refiere a la función espiritual del cuerpo físico.

# 6

## Valiosa advertencia

Al día siguiente, después de la oración del crepúsculo, Clarenco vino a buscarme acompañado por el atento visitador.

Su cara irradiaba generosidad y al darme un abrazo me preguntó:

–¿Cómo va? ¿Mejorcito?

Esbocé el mismo gesto del enfermo al que, en la Tierra, cuando recibe una caricia se le aflojan las fibras emotivas. En el mundo, algunas veces el afecto fraterno es mal interpretado. Obediente al antiguo vicio comencé a dar explicaciones, mientras ambos benefactores se sentaban cómodamente a mi lado:

–No puedo negar que estoy mejor; sin embargo sufro intensamente. Abundantes dolores en la zona intestinal, raras sensaciones de angustia en el corazón. Nunca supuse que fuera capaz de tanta resistencia, amigo. ¡Ah! ¡Qué pesada ha sido mi cruz!... Ahora que puedo coordinar las ideas creo que el dolor aniquiló las fuerzas que me quedaban...

Clarenco escuchaba atento. Demostraba gran interés por mis lamentos, sin el menor gesto que revelara el propósito de intervenir en el asunto. Envalentonado con esa actitud, proseguí:

–Aparte, mis sufrimientos morales son enormes, indescriptibles. Desde que amainó la tormenta exterior gracias a los socorros que recibí, me dirijo ahora hacia las tempestades íntimas.

¿Qué se habrá hecho de mi esposa, de mis hijos? ¿Habrá conseguido progresar mi primogénito, según era mi antiguo ideal? ¿Y mis pequeñas hijas? Mi desventurada Zelia muchas veces manifestó que se moriría de nostalgia el día que yo no estuviera. ¡Admirable mi esposa! Todavía percibo sus lágrimas de los momentos postreros. No sé cuánto hace que vivo la pesadilla de la distancia... Sucesivas torturas me despojaron de la noción del tiempo. ¿Dónde estará mi pobre compañera? ¿Llorará junto a las cenizas de mi cuerpo o en algún rincón oscuro de las regiones de la muerte? ¡Oh! ¡Qué amargo es mi dolor! ¡Qué terrible destino el del hombre empeñado en la devoción a la familia! ¡Creo que pocos habrán padecido tanto como yo!... En el planeta vicisitudes, desengaños, enfermedades, incompreensión y amargura, que anularon las escasas muestras de alegría. Después los padecimientos de la muerte del cuerpo... ¡Inmediatamente el martirio más allá de la tumba! ¿Qué es entonces la vida? ¿Un sucesivo despliegue de miserias y lágrimas? ¿No habrá algún recurso para la siembra de la paz? Por más que deseo afianzarme en el optimismo, siento que la noción de desdicha bloquea mi espíritu, como una terrible cárcel del corazón. ¡Qué desventurado destino, generoso benefactor!...

Llegado a esa altura, el vendaval de la queja había conducido mi barco mental al amplio océano de las lágrimas.

Clarencio, no obstante, se incorporó con serenidad y habló sin afectación:

–Amigo, ¿usted realmente desea la cura espiritual?

A mi gesto afirmativo continuó:

–Aprenda entonces a no hablar excesivamente de sí mismo, ni haga comentarios acerca de su propio dolor. Las quejas son indicio de una enfermedad mental, enfermedad de evolución complicada y tratamiento difícil. Es indispensable crear pensamientos nuevos e imponer disciplina a la boca. Solamente hemos de conseguir el equilibrio si abrimos el corazón al sol de la Divinidad. Calificar el esfuerzo requerido de obligación abrumadora y ver nada más que

padecimientos donde existe lucha edificante, suele indicar una lamentable ceguera del alma. Cuanto más utilice el verbo para exaltar las reflexiones dolorosas, dentro del círculo de la personalidad, más firmes se volverán los lazos que lo atan a los recuerdos mezquinos. El mismo Padre que vela por su persona y le ofrece techo generoso en esta casa, atiende a sus familiares terrestres. Debemos considerar nuestro grupo familiar como una sagrada edificación, pero sin olvidar que nuestras familias son porciones de la familia universal, guiadas por el divino Director. Permaneceremos a su lado para resolver las dificultades del presente y estructurar proyectos para el futuro, pero no disponemos de tiempo para retornar a las estériles zonas de las lamentaciones. Además, en esta colonia hemos tomado el compromiso de aceptar incluso el trabajo más arduo como la bendición de una experiencia positiva, pues consideramos que la Providencia desborda amor, mientras nosotros vivimos agobiados por las deudas. Si su deseo es permanecer en esta casa de asistencia, deberá aprender a pensar con sensatez.

En el ínterin se había secado mi llanto y ante el emplazamiento del generoso instructor a que me comportara con valentía, asumí una actitud diferente, avergonzado de mi debilidad.

—¿No luchaba usted cuando estaba dentro del cuerpo — prosiguió Clarencio bondadosamente—, por las ventajas naturales derivadas de las buenas situaciones? ¿No apreciaba la obtención de recursos lícitos, ansioso de transmitir los beneficios a sus seres queridos? ¿No se interesaba por las remuneraciones justas, por lo que expresara confort, por lo que permitiera dispensar atenciones a la familia? Aquí el programa no es distinto. Apenas difieren algunos detalles. En los círculos del cuerpo físico tienen vigencia los contratos y la garantía monetaria; aquí, el trabajo y las conquistas definitivas del Espíritu inmortal. Para nosotros el dolor significa la posibilidad de enriquecer el alma; la lucha constituye un camino hacia la divina superación. ¿Comprendió en qué reside la diferencia? Ante una ocasión de servir, las almas débiles se abandonan para hacer oír sus quejas a los que pasan; las fuertes, por

el contrario, aceptan el servicio como un patrimonio sagrado, cuya puesta en acción es una manera de prepararse, en camino a la perfección. Aquí nadie condena su nostalgia, que es normal, ni pretende frenar el manantial de los sentimientos sublimes. Nos cabe agregar, además, que el llanto desesperado no es un aporte en el sentido del bien. Si en verdad ama a su familia de la Tierra, necesita una disposición optimista para serle de utilidad.

Se produjo una larga pausa. La palabra de Clarencio me elevó hacia elucubraciones más sanas.

Me puse a meditar sobre la sabiduría de esa valiosa advertencia, y mi benefactor, igual que un padre que pasa por alto la superficialidad de los hijos para volver a comenzar serenamente la lección, reiteró su pregunta con una simpática sonrisa:

–Entonces, ¿cómo está? ¿Mejor?

Feliz de sentir que había sido disculpado, como un niño deseoso de aprender respondí reconfortado:

–Estoy bastante mejor, para mejor comprender la Voluntad suprema.

## 7

# Explicaciones de Lisias

Se repitieron las visitas periódicas de Clarencio y la atención de Lisias se hizo cotidiana.

A medida que me esforzaba por habituarme a los nuevos deberes, sensaciones de desahogo aliviaban mi corazón. Se atenuaron los dolores y los impedimentos a la locomoción normal. Pero notaba que la rememoración persistente de los fenómenos de la vida física me hacía retroceder a la angustia, al temor a lo desconocido, al sufrimiento que padecí por haber carecido de adaptación. Pese a todo me hallaba algo más seguro.

Me deleitaba en la contemplación de los amplios horizontes, asomado a las enormes ventanas. Me impresionaban en especial las expresiones de la naturaleza. Casi todo era una copia mejorada de la Tierra. Colores más armónicos, sustancias más delicadas. El suelo estaba tapizado de vegetación. Árboles enormes, vergeles fecundos, jardines conservados con primor. Se erguían montes coronados de luz, a continuación de la planicie donde estaba instalada la colonia. Todos los sectores estaban cultivados esmeradamente. A corta distancia se levantaban edificios de agradable diseño que se repetían a espacios regulares, exhibiendo formas variadas. En ninguno faltaban las flores en la entrada y, en ese sentido, se destacaban algunas encantadoras casas de reducidas dimensiones rodeadas por muros de hiedra, con rosales en flor de diferentes especies alternados como adorno entre el verdor de tonalidades diversas. Aves de plumajes multicolores surcaban el aire y a intervalos se

posaban, agrupadas, en las blancas torres que se elevaban con sus líneas rectas semejantes a lirios gigantescos que apuntaban al cielo.

Desde los enormes ventanales observaba con curiosidad el movimiento que había en el parque. Con gran asombro reconocía a animales domésticos que andaban entre los árboles frondosos que formaban hileras en el fondo.

Durante mis luchas introspectivas me sumía en indagaciones de todo tipo. No conseguía concebir la variedad de las formas análogas a las del planeta, considerada la circunstancia de que me encontraba en una esfera específicamente espiritual.

Lisias, el amable compañero de cada jornada, no me regateaba explicaciones.

–La muerte del cuerpo no conduce al hombre a situaciones milagrosas –decía–. Los procesos evolutivos implican una graduación. Existen muchas regiones para los desencarnados, al igual que existen zonas numerosas y sorprendentes para los seres recubiertos con la carne en la Tierra. Las almas y los sentimientos, tanto como las formas y los objetos, responden a principios de desarrollo natural y a la debida jerarquía.

Algo más me preocupaba. Se trataba de la permanencia en ese establecimiento para la recuperación de la salud, desde hacía ya muchas semanas, sin que me hubiera visitado alguno de los conocidos del mundo. Al fin de cuentas, yo no era la única persona de mi círculo que había descifrado el enigma de la sepultura. Mis padres tomaron la delantera en la gran jornada; algunos de los amigos de otras épocas también me habían precedido. ¿Por qué motivo no aparecían entonces en aquel cuarto de enfermo espiritual, a confortar mi corazón angustiado? Serían suficientes algunos momentos para consolarme.

Cierto día no pude contenerme y le pregunté al solícito visitador:

–Querido Lisias, ¿crees que sería posible que me reuniera aquí con los que me precedieron en la muerte del cuerpo físico?

–¡Cómo no! ¿Acaso supones que te han olvidado?...

–Así es. ¿Por qué no me visitan? Allá en la Tierra siempre conté con la abnegación de mi madre. Sin embargo, hasta ahora no ha dado señales de vida. Mi padre también hizo el gran viaje, tres años antes de mi fallecimiento.

–Pues ten en cuenta –me aclaró Lisias–, que tu madre te ha ayudado día y noche, a partir de la crisis que anticipó tu venida. Cuando debiste guardar cama para desligarte del capullo terrestre<sup>8</sup>, se duplicó su interés maternal respecto a ti. Tal vez no sepas todavía que tu permanencia en las esferas inferiores ha durado más de ocho años consecutivos. Mientras tanto, ella jamás se desanimó. Muchas veces intercedió en “Nuestro Hogar” a tu favor. Solicitó los buenos oficios de Clarencio, que comenzó a visitarte a menudo hasta que el vanidoso médico de la Tierra que tú eras se apartara un poco, a fin de que surgiera el hijo de los Cielos. ¿Has comprendido?

Mis ojos se humedecieron. Ignoraba cuántos años hacía que estaba separado del suelo del planeta. Era mi deseo recibir explicaciones acerca de los procesos de protección imperceptible, pero no conseguí pronunciar una palabra. Mis cuerdas vocales estaban paralizadas porque un nudo de lágrimas oprimía mi corazón.

–Ese día en que oraste con toda tu alma –prosiguió el enfermero visitador–, cuando comprendiste que en el universo todo pertenece al Padre sublime, tu llanto tuvo una motivación diferente. ¿Sabes que hay lluvias destructoras y lluvias que crean? También hay lágrimas así. Está en claro que el Señor no espera nuestros ruegos para amarnos. No obstante, es indispensable que nos coloquemos en una determinada disposición receptiva, de modo de comprender su infinita bondad. Un espejo empañado no refleja la luz. De la misma manera, para el Padre no son necesarias nuestras penitencias, pero convengamos en que las penitencias nos prestan óptimos servicios. ¿Entiendes? Clarencio no tuvo dificultad para localizarte en respuesta a los pedidos de tu cariñosa progenitora de la Tierra, pero fuiste tú quien te demoraste en hallar a Clarencio. Y

cuando tu madrecita supo que su hijo había rasgado los oscuros velos<sup>9</sup> con el auxilio de la oración, según me han contado lloró de alegría...

–¿Y ahora dónde está mi madre? –exclamé finalmente–. ¡Si me lo permitieran, deseo verla, abrazarla, arrodillarme a sus pies!

–No vive en “Nuestro Hogar” –aclaró Lisias–, tiene su residencia en zonas de mayor elevación donde no sólo trabaja para ti.

Notó mi decepción, entonces fraternalmente agregó:

–Vendrá a verte, no lo dudes, incluso antes de lo que supones. Cuando alguien desea algo ardientemente, ya se halla en camino para su concreción. Sobre el particular tienes una lección en tu propio caso. Durante años consecutivos rodaste como una pluma, porque diste albergue al miedo, a la angustia, a las desilusiones; sin embargo, en cuanto mentalizaste con firmeza la voluntad de recibir el auxilio divino, aumentaste el nivel vibratorio de tu mente y obtuviste la vista y el socorro.

Con los ojos brillantes, reanimado por la explicación recibida exclamé decidido:

–Entonces voy a desearlo con todas mis fuerzas... Ella vendrá... Ella vendrá...

Lisias sonrió comprensivo y como quien previene, generoso, manifestó al despedirse:

–No obstante, conviene que no olvides que para las realizaciones nobles son imprescindibles tres requisitos fundamentales, a saber: primero, desear; segundo, saber desear; y tercero, merecer. Dicho en otros términos: voluntad activa, trabajo persistente y merecimiento legítimo.

El visitador se dirigió a la puerta de salida con una sonrisa, mientras yo me concentraba en silencio a meditar acerca del amplio programa que él había enunciado con tan pocas palabras.

---

<sup>8</sup> N. T.: Capullo terrestre: expresión del Autor espiritual para nombrar al cuerpo físico.

<sup>9</sup> N. T.: Rasgar los oscuros velos: metáfora con que el Autor espiritual describe el momento culminante del proceso de la renovación de sus pensamientos íntimos, durante su permanencia en el Umbral.

## 8

# La organización de los servicios

Transcurrieron algunas semanas de tratamiento intenso hasta que salí por primera vez en compañía de Lisias.

Me impresionó el espectáculo de las calles. Amplias avenidas adornadas con árboles de tupidas copas. Aire puro, atmósfera de profunda serenidad espiritual, pese a que no había ningún indicio de inmovilidad u ocio. Las vías públicas estaban colmadas. Una multitud de seres iban y venían. Algunos parecían tener su mente en lugares lejanos, otros me miraban amablemente. Mi compañero se encargaba de orientarme, en vista de las sorpresas que aparecían una tras otra. Al percibir mis conjeturas íntimas me explicó con gentileza:

–Este lugar corresponde al Ministerio del Auxilio. Todo lo que vemos, sean edificios o casas residenciales, constituye las instituciones y los albergues adecuados a la tarea de nuestra jurisdicción. Los directores, los obreros y otros serviciales colaboradores de la misión residen aquí. En esta zona reciben atención los enfermos, se escuchan los pedidos, se seleccionan las plegarias, se preparan reencarnaciones terrenales, se organizan grupos de socorro a los habitantes del Umbral o a los que padecen en la Tierra. En síntesis, se analizan las soluciones para todos los procesos que tienen relación con el sufrimiento.

–¿Entonces existe en “Nuestro Hogar” un Ministerio del Auxilio? –le pregunté.

–¿Cómo no? Los servicios están distribuidos en una organización que se perfecciona día a día, gracias a la gestión de quienes rigen nuestros destinos.

Fijó en mí sus ojos lúcidos y prosiguió:

–¿No has visto en los actos correspondientes a la plegaria a nuestro Gobernador espiritual rodeado de setenta y dos colaboradores? Pues, ellos son los ministros de “Nuestro Hogar”. La colonia, dedicada esencialmente al trabajo y las realizaciones, está dividida en seis ministerios, cada uno de los cuales está dirigido por doce ministros. Tenemos los ministerios de la Regeneración, del Auxilio, de la Comunicación, del Esclarecimiento, de la Elevación y de la Unión Divina. Los cuatro primeros nos relacionan con las esferas terrestres, los dos últimos nos conectan con el ámbito superior, dado que nuestra ciudad es una zona de transición. Los servicios más ordinarios están ubicados en el Ministerio de la Regeneración; los más sublimes en el de la Unión Divina. Clarencio, nuestro jefe y amigo, es uno de los ministros del Auxilio.

Aproveché una pausa espontánea y exclamé conmovido:

–¡Oh! ¡Nunca imaginé que existieran organizaciones tan completas más allá de la muerte del cuerpo físico!...

–Así es –manifestó Lisias–, el velo de la ilusión es muy denso en los círculos terrenales. El hombre común ignora que las manifestaciones de orden, en el mundo, provienen del ámbito superior. La naturaleza agreste se transforma en jardín cuando está guiada por la mente del hombre, y el pensamiento humano –salvaje en la criatura primitiva– se convierte en un potencial creador cuando está inspirado por las mentes que desenvuelven actividades en las esferas más elevadas. Ninguna organización de utilidad se materializa en la superficie terrestre si sus rayos iniciales no provienen de la cima.

–¿Y “Nuestro Hogar” tiene también una historia, como las ciudades importantes del planeta?

–Sin dudas. Las regiones vecinas a la esfera terráquea poseen su naturaleza específica. “Nuestro Hogar” fue fundada antiguamente por portugueses ilustres que desencarnaron en el Brasil en el siglo XVI. En los comienzos la lucha fue ciclópea y agotadora, según consta en nuestros archivos del Ministerio del Esclarecimiento. Así como hay sustancias áridas en las zonas invisibles para los habitantes de la Tierra, las hay también en las regiones caracterizadas por la materia grosera. Del mismo modo, aquí hay enormes extensiones de potencial inferior, al igual que en el planeta pueden encontrarse abundantes terrenos de características agrestes, a donde todavía no ha llegado la civilización. Los trabajos originales fueron desalentadores, aún para los Espíritus fuertes. Donde se han congregado en la actualidad sutiles y dignas vibraciones, y edificios de refinada construcción, se mezclaban las señales primitivas de los silvícolas del país con las construcciones elementales de sus mentes rudimentarias. Pero los fundadores no se desanimaron. Prosiguieron la obra, imitando el esfuerzo de los europeos que llegaban a la esfera material, aunque con la diferencia de que allá se empleaba la violencia, la guerra y la esclavitud, mientras que aquí se recurrió al servicio perseverante, la solidaridad fraterna y el amor espiritual.

A esa altura arribamos a una plaza de maravilloso entorno, decorada con extensos jardines. En el centro de la plaza se había erigido un palacio de magnífica belleza, coronado de torres soberanas que se confundían con el cielo.

–Los fundadores de la colonia dieron comienzo a su esforzada labor a partir de este lugar donde se halla la gobernación – manifestó el visitador.

Apuntando al palacio prosiguió:

–Esta plaza es el punto de convergencia de los seis ministerios a los que me he referido. Todos comienzan en la gobernación y se extienden en forma triangular.

Respetuoso comentó luego:

–Allí vive nuestro abnegado Director. Para las tareas administrativas cuenta con la colaboración de tres mil funcionarios; sin embargo, él es más persistente y más fiel que todos nosotros juntos. Los ministros suelen viajar a otras esferas, a fin de renovar energías y evaluar conocimientos. Es habitual que nosotros disfrutemos de entretenimientos, pero el Gobernador nunca dispone de tiempo para eso: insiste en que descansemos, nos obliga a tomar vacaciones periódicamente, en tanto que él mismo casi nunca reposa, incluso en lo que concierne a las horas del sueño. Me parece que su deleite es el servicio ininterrumpido. Basta con recordar que estoy aquí hace cuarenta años y, con excepción de las asambleas referentes a las plegarias colectivas, raramente lo he visto en festividades públicas. Su pensamiento, sin embargo, abarca todos los círculos de servicio; su asistencia cariñosa incluye a todos y a todo.

Luego de una prolongada pausa, el amistoso enfermero mencionó:

–No hace mucho se conmemoró el 114<sup>o</sup> aniversario de su magnánima dirección.

Lisias hizo silencio, en evidente señal de profunda reverencia. Mientras tanto yo, a su lado, contemplaba respetuoso y absorto las torres maravillosas que parecían escindir el firmamento...

## 9

# Problema de alimentación

Extasiado por la imagen de esos prodigiosos jardines, solicité al esforzado enfermero la posibilidad de descansar durante algunos minutos en un banco cercano. Lisias consintió de buen grado.

Una agradable sensación de paz gratificaba a mi espíritu. Fantásticos chorros de agua colorida zigzagueaban en el aire formando figuras encantadoras.

–Quien se detiene a observar esta inmensa colmena de servicio –reflexioné– no puede dejar de plantearse numerosas cuestiones. ¿Y el abastecimiento? No tengo noticias de un Ministerio de Economía...

–Antiguamente –me explicó con paciencia el interlocutor– los servicios de tal naturaleza asumían una modalidad de mayor importancia. Pero el actual Gobernador decidió reducir todas las expresiones de vida que nos recordaran los fenómenos exclusivamente materiales. En consecuencia, las actividades de abastecimiento quedaron limitadas a un simple servicio de distribución, bajo el control directo de la gobernación. Por otra parte, esa providencia constituye una medida muy beneficiosa. Consta en los anales que la colonia luchaba, un siglo atrás, contra enormes dificultades para que sus habitantes se adaptaran a las leyes de la simplicidad. Muchos de los recién llegados a “Nuestro Hogar” duplicaban sus exigencias. Querían mesas opulentas, bebidas excitantes, a modo de continuidad de los vicios remanentes

de la Tierra. Solamente el Ministerio de la Unión Divina quedó inmune a tales abusos por las características que le son propias, mientras que los demás vivían recargados de angustiosos problemas de esa índole. Con todo, el Gobernador actual no escatimó esfuerzos. Tan pronto asumió las obligaciones administrativas adoptó resoluciones adecuadas. Antiguos misioneros de este lugar me pusieron al tanto de curiosos acontecimientos. Según me dijeron, a solicitud de la gobernación vinieron doscientos instructores de una esfera muy elevada, a fin de divulgar nuevos conocimientos relativos a la ciencia de la respiración y la absorción de los principios vitales de la atmósfera. Se llevaron a cabo numerosas asambleas. Algunos de los colaboradores técnicos de “Nuestro Hogar” estaban en desacuerdo; alegaban que por tratarse de una ciudad de transición, no sería conveniente ni posible desarraigar bruscamente a los desencarnados mediante exigencias de tal naturaleza, sin grave peligro para sus organismos espirituales. El Gobernador no se desanimó. Prosiguieron las reuniones, las previsiones y las actividades durante treinta años consecutivos. En reclamo, algunas de las entidades eminentes llegaron a formular protestas de carácter público. En más de diez ocasiones el Ministerio de Auxilio estuvo superpoblado de enfermos, que se confesaban víctimas del nuevo sistema de alimentación deficiente. Durante esos períodos, quienes se oponían a la reducción intensificaban las acusaciones. El Gobernador, entre tanto, jamás les impuso castigos. Por el contrario, convocaba a los adversarios de la medida al palacio y con paternal consideración los ponía al tanto de los proyectos y las finalidades del régimen. Destacaba la superioridad de los métodos de espiritualización, facilitaba a los más rebeldes enemigos del nuevo proceso diversas excursiones de estudio, en zonas más elevadas que la nuestra, y así ganó un mayor número de adeptos.

Hizo una pausa más prolongada, de modo que reclamé con interés:

–Prosigue, por favor, mi querido Lisias. ¿Cómo concluyó la lucha edificante?

–Luego de veintiún años de perseverantes demostraciones por parte de la gobernación, se adhirió el Ministerio de la Elevación y a partir de entonces comenzó a abastecerse solamente de lo indispensable. No ocurrió lo mismo con el Ministerio de Esclarecimiento, que demoró mucho en asumir un compromiso, a causa de los numerosos Espíritus dedicados a las ciencias matemáticas que trabajaban en él. Ellos eran los más pertinaces adversarios. Estaban mecanizados en los procesos de las proteínas y los carbohidratos imprescindibles para los vehículos físicos<sup>10</sup>, y no cedían terreno en las concepciones correspondientes a este lugar. Semanalmente enviaban al Gobernador minuciosas observaciones y advertencias, acompañadas de exhaustivos análisis y datos numéricos que algunas veces lindaban con la imprudencia. Pese a todo, el avezado gobernante nunca tomó decisiones por sí solo. Recurrió a la asistencia de nobles mentores que nos orientan a través del Ministerio de la Unión Divina, sin omitir jamás el análisis minucioso de cada uno de los boletines ilustrativos. Mientras los científicos exponían sus argumentos y la gobernación contemporizaba, se generaban peligrosos disturbios en el que era en aquella época el Departamento de Regeneración, actualmente convertido en Ministerio. Estimulados por la rebeldía de los cooperadores del Esclarecimiento, los Espíritus de menor elevación alojados en ese sector se entregaron a condenables manifestaciones. Todo esto provocó profundas escisiones en los órganos colectivos de “Nuestro Hogar” que dieron oportunidad a un peligroso asalto de las multitudes oscuras del Umbral, que intentaron invadir la ciudad aprovechando las brechas en los servicios de Regeneración. Eso fue posible debido a que un gran número de colaboradores alojados en este Departamento mantenía cierto intercambio clandestino, en virtud de los vicios de la alimentación. Cuando se difundió la alarma el Gobernador se mantuvo imperturbable. Terribles amenazas se cernían sobre todos. Él, sin embargo, solicitó una audiencia al Ministerio de la Unión Divina y luego de escuchar a nuestro Consejo máximo envió a que se cerrara provisoriamente el Ministerio de la Comunicación. Determinó que se habilitaran todos

los calabozos de la Regeneración para aislar a los recalcitrantes; apercibió al Ministerio de Esclarecimiento, cuyas impertinencias había soportado por más de treinta años consecutivos; prohibió temporariamente los auxilios a las regiones inferiores y por primera vez en su administración, ordenó conectar las baterías eléctricas de las murallas de la ciudad para la emisión de dardos magnéticos como parte del servicio de la defensa común. No hubo combate ni ofensiva a la colonia; sí hubo una marcada resistencia. Durante más de seis meses los servicios de alimentación en “Nuestro Hogar” quedaron reducidos a la inhalación de principios vitales de la atmósfera, mediante la respiración y el agua mezclada con elementos solares, eléctricos y magnéticos. La colonia supo entonces hasta donde llega la indignación del Espíritu manso y justo. Concluido el período más agudo, la gobernación estaba victoriosa. El Ministerio de Esclarecimiento reconoció su error y pasó a colaborar en los trabajos de una nueva adaptación. Hubo en esa etapa regocijo público y cuentan, que en medio de la algarabía general, el Gobernador lloró de emoción mientras hacía declaraciones en cuanto a que la comprensión de la comunidad constituía un verdadero premio para su corazón. La ciudad retornó a su actividad normal. El antiguo Departamento de la Regeneración fue convertido en Ministerio. A partir de entonces sólo existe mayor provisión de las sustancias alimenticias que recuerdan a la Tierra en los ministerios de la Regeneración y del Auxilio, donde en forma permanente hay un número considerable de necesitados. En los restantes sólo existe lo indispensable, es decir, que el servicio de alimentación obedece a una inalterable sobriedad. Hoy en día todos reconocen que la supuesta impertinencia del Gobernador constituyó una medida de elevada trascendencia en lo atinente a nuestra liberación espiritual. Se redujo la expresión física, y apareció un maravilloso coeficiente de espiritualidad.

Lisias hizo silencio, en tanto que yo me entregué a hondas meditaciones acerca de esa importante lección.

---

<sup>10</sup> N. T.: Vehículo físico: Cuerpo físico.

## 10

# En el Bosque de las Aguas

A raíz de mi creciente interés por los procesos alimenticios, Lisias me hizo una invitación:

–Vayamos al gran reservorio de la colonia. Allá observarás cosas interesantes y comprenderás la importancia del agua en nuestro asentamiento transitorio.

Con enorme curiosidad seguí al enfermero sin vacilar.

Después de que llegamos a un amplio extremo de la plaza mi generoso amigo agregó:

–Esperemos el aerobús.<sup>[11](#)</sup>

Apenas me restablecía de la sorpresa cuando apareció un enorme vehículo suspendido a una altura de aproximadamente cinco metros desde el suelo, repleto de pasajeros. Descendió hasta donde nos encontrábamos, a la manera de un elevador terrestre, y en ese momento pude observarlo con atención. Se trataba de una máquina desconocida en la Tierra. Estaba constituida por un material muy flexible; tenía una considerable longitud y parecía conectada a hilos invisibles, en virtud de la gran cantidad de antenas en la cobertura. Más tarde confirmé mis suposiciones, al visitar los importantes talleres del Servicio de Tránsito y Transporte.

Lisias no me dio tiempo a preguntas. Recibimos el correspondiente boleto a nuestro ingreso en el comfortable recinto y proseguimos en silencio. Experimentaba la timidez natural de un

forastero entre desconocidos. La velocidad era tanta que me impedía detenerme en los detalles de las construcciones alineadas en el extenso recorrido. La distancia no era corta: después de cuarenta minutos, incluyendo breves detenciones cada tres kilómetros, Lisias me invitó a descender con tono calmo acompañado por una sonrisa.

Quedé deslumbrado ante un panorama de belleza sublime. El bosque, en floración maravillosa, perfumaba el viento fresco con su embriagador aroma. Todo era un prodigio de colores y luces agradables. Entre márgenes bordeadas de gramilla vistosa, adornadas con flores de tonos azulados, se deslizaba un río de considerables proporciones. La corriente fluía serena, tan transparente que parecía teñida con un matiz celeste debido al reflejo del firmamento. Anchas calles surcaban el verdor del paisaje. Plantados a espacios regulares, árboles frondosos ofrecían sombra amistosa a modo de remansos placenteros en medio de la claridad del sol reconfortante. Asientos de caprichosos diseños invitaban al descanso.

Lisias se dio cuenta de mi deslumbramiento y me explicó:

–Nos encontramos en el Bosque de las Aguas, una de las más hermosas regiones de “Nuestro Hogar”. Está entre los lugares predilectos para las excursiones de los enamorados, que vienen aquí a entrelazar las más dulces promesas de amor y fidelidad para las experiencias de la Tierra.

El comentario ofrecía la ocasión para reflexiones muy interesantes, pero Lisias no me dio asidero para preguntas sobre el particular. Me señaló un edificio de enormes proporciones mientras me explicaba:

–Allí está el gran reservorio de la colonia. El volumen del Río Azul que está a nuestra vista es contenido en su totalidad en inmensos depósitos de distribución. El agua que sirve a las actividades de la colonia proviene de aquí. Después, se reúne nuevamente debajo de los servicios de la Regeneración y vuelve a

constituir el río, que prosigue su curso normal rumbo al gran océano de sustancias invisibles para la Tierra.

Como percibió mi indagación interior, agregó:

–En efecto, el agua aquí tiene otra densidad. Es mucho más leve, pura, casi fluídica.

Al observar las magníficas construcciones que tenía delante de mí, pregunté:

–¿A cuál de los ministerios está afectado el servicio de distribución?

–¡Imagínate! –planteó Lisias– ¡Este es uno de los raros servicios materiales del Ministerio de la Unión Divina!

–¿Qué estás diciendo? –pregunté, en la ignorancia de cómo conciliar una cosa con otra.

El visitador sonrió y obtemperó complaciente:

–En la Tierra casi nadie piensa seriamente en tomar conocimiento acerca de la importancia del agua. En “Nuestro Hogar”, sin embargo, otros son los conceptos. En los círculos religiosos del planeta se enseña que el Señor creó las aguas. Ahora bien, es lógico que cada servicio creado requiera energías y brazos para el adecuado mantenimiento. En esta ciudad espiritual aprendemos a agradecer al Padre y a sus divinos colaboradores semejante dádiva. Porque la conocemos más íntimamente, sabemos que el agua es uno de los vehículos más poderosos para los fluidos de cualquier naturaleza. Aquí se la emplea sobre todo como alimento y remedio. Hay reparticiones en el Ministerio del Auxilio consagradas por completo a la manipulación del agua pura, con ciertos principios captados de la luz del sol y del magnetismo espiritual. En la mayoría de las regiones de la extensa colonia, el sistema de alimentación está basado en tal agua. No obstante, como sucede que los ministros de la Unión Divina son los únicos que alcanzaron el mayor índice de espiritualidad superior entre nosotros, a ellos les corresponde la magnetización general de las

aguas del Río Azul, a fin de que sean de utilidad para todos los habitantes de “Nuestro Hogar” y contengan la pureza imprescindible. Ellos se encargan del servicio inicial de limpieza y los institutos realizan trabajos específicos, relativos al agregado de sustancias alimenticias y curadoras. En un punto lejano, opuesto a este bosque, los diferentes cursos de la corriente se reúnen de nuevo y el río se aleja de nuestra zona conduciendo en su seno nuestras cualidades espirituales.

Las explicaciones me dejaron atónito.

–En el planeta –objeté– jamás recibí aclaraciones de esta naturaleza.

–El hombre está desatento, hace ya muchos siglos –replicó Lisias–. El mar equilibra su morada planetaria, el elemento acuoso le proporciona el cuerpo físico, la lluvia le da el pan, el río organiza su ciudad, la presencia del agua le ofrece la bendición del hogar y del servicio. No obstante, él siempre se considera el absoluto dominador del mundo, pero omite su carácter de hijo del Altísimo antes de cualquier otra consideración. Llegará el tiempo, pese a todo, en que copiará nuestros servicios porque valorará la importancia de esa dádiva del Señor. Comprenderá entonces que el agua, como fluido creador, absorbe en cada hogar las características mentales de sus moradores. El agua en el mundo, amigo mío, no sólo transporta los residuos de los cuerpos sino también las expresiones de nuestra vida mental. Será nociva en manos perversas, útil en manos generosas y, mientras esté en movimiento, su corriente no sólo esparcirá bendiciones de vida, sino que además constituirá un recurso de la Providencia divina para la absorción de los disgustos, los odios y las ansiedades de los hombres, porque lava su casa material del mismo modo que purifica su atmósfera íntima.

El interlocutor hizo silencio en actitud reverente, mientras mis ojos se quedaron fijos en la corriente mansa, que me inducía sublimes pensamientos.

---

[11](#) Nota del Autor espiritual: Vehículo aéreo que equivaldría en la Tierra a un funicular de gran tamaño.

## 11

# Noticias sobre la colonia

Mi generoso compañero hubiera deseado facilitarme el conocimiento de aspectos característicos de otros barrios de la colonia, pero obligaciones imperiosas lo reclamaban en su puesto.

–Ya tendrás ocasión de conocer las diferentes regiones de nuestros servicios –manifestó bondadosamente–, pues como ves los ministerios de “Nuestro Hogar” son enormes células de trabajo activo. No alcanzarían varios días de estudio para que llegaras a analizar en detalle ni uno solo de ellos. Pero no habrá de faltarte oportunidad. En el caso que yo no pudiera acompañarte, Clarencio tiene facultades para conseguir que accedas fácilmente a cualquiera de las dependencias.

Regresamos al lugar por donde pasaba el aerobús, que no se hizo esperar.

Me sentí más a gusto. La presencia de los numerosos pasajeros no me intimidaba. La experiencia anterior me había sido de gran beneficio. Mi cerebro bullía de provechosas indagaciones. Interesado en resolverlas, el momento me pareció propicio para valerme del compañero tanto como me fuera posible.

–Lisias, amigo –le pregunté– ¿podrías decirme si todas las colonias espirituales son idénticas a esta? ¿Los mismos procesos, las mismas características?

–De ningún modo. Si en las esferas materiales cada región y cada asentamiento revelan rasgos peculiares, imagina la multiplicidad de condiciones en nuestros ámbitos. Aquí, igual que en la Tierra, los seres se identifican por los antecedentes comunes de su origen y por la elevación de los fines que se proponen alcanzar. No obstante, debemos considerar que cada colonia, así como cada entidad, se encuentra en escalones diferentes en la gran ascensión. Cada experiencia grupal es diferente y “Nuestro Hogar” constituye una experiencia colectiva que no escapa a esa regla. Según nuestros archivos, muchas veces quienes nos precedieron tomaron su inspiración en los trabajos de abnegados trabajadores de otras esferas; en compensación, algunos agrupamientos nos buscan como colaboradores para nuevas colonias que están formándose. Cada organización, sin embargo, presenta particularidades esenciales.

Al notar que el intervalo se dilataba, interrogué:

–¿Partió de aquí la interesante creación de ministerios?

–Así es, los misioneros de la creación de “Nuestro Hogar” visitaron los servicios de “Nueva Alborada”, una de las colonias espirituales más importantes de las cercanías, y allí encontraron la división en departamentos. Adoptaron el proceso pero sustituyeron la palabra departamento por ministerio, con excepción de los servicios regeneradores, que recién con el actual Gobernador obtuvieron la elevación a ese rango. Procedieron de tal modo porque consideraron que la organización en ministerios es más elocuente como definición de espiritualidad.

–¡Qué bien! –acoté.

–Y no es todo –prosiguió el enfermero, atentamente–, la institución es eminentemente rigurosa, en lo que concierne a la organización y las jerarquías. Aquí no se conceden posiciones relevantes a título de favor. Solamente cuatro entidades consiguieron ingresar en el Ministerio de la Unión Divina con una responsabilidad ya determinada, en el curso de diez años. En

general, una vez transcurrido un prolongado plazo de servicio y aprendizaje, nosotros volvemos a reencarnar para actividades relativas a nuestro perfeccionamiento.

Mientras yo escuchaba esas informaciones, con lógica curiosidad, Liasias proseguía:

–Cuando los que recién llegan de las zonas inferiores del Umbral demuestran su aptitud para recibir cooperación fraterna, permanecen en el Ministerio del Auxilio; pero si se manifiestan renuentes son encaminados al Ministerio de la Regeneración. Una vez que han revelado rendimiento, con el correr del tiempo son admitidos en los trabajos de Auxilio, o bien en los de Comunicación o de Esclarecimiento, a fin de que se preparen con eficiencia para futuras tareas en el planeta. Sólo algunos logran cumplir una actividad prolongada en el Ministerio de la Elevación, y son rarísimos los que al cabo de diez años llegan a familiarizarse con las tareas de la Unión Divina. No vayas a suponer que los hechos son meras expresiones de una actividad idealista. Ahora ya no estamos en las esferas del planeta, donde el desencarnado es automáticamente promovido a la categoría de fantasma. Vivimos en un círculo de demostraciones efectivas. Las tareas de Auxilio son penosas y complejas; los deberes del Ministerio de la Regeneración constituyen pruebas pesadísimas; los trabajos en la Comunicación demandan una elevada noción de responsabilidad individual; las áreas del Esclarecimiento requieren enorme capacidad de trabajo y sólidos valores intelectuales; el Ministerio de la Elevación exige renuncia e iluminación; las actividades de la Unión Divina proponen conocimiento adecuado y sincera ejercitación del amor universal. La gobernación es, a su vez, la sede motora de todos los asuntos administrativos y de numerosos servicios de control directo, como por ejemplo el de la alimentación, la distribución de energía eléctrica, el tránsito, el transporte y otros. En realidad, la ley del descanso aquí se respeta rigurosamente, de modo que determinados servidores no queden más sobrecargados que otros; y del mismo modo, la ley del trabajo también se cumple en forma estricta. En lo

concerniente al reposo la única excepción es el Gobernador, que nunca aprovecha lo que le corresponde en ese terreno.

–¿Acaso nunca se retira del palacio? –pregunté.

–Solamente en las ocasiones en que el bien público así lo exige. A no ser por la obediencia a esa obligación, el Gobernador se traslada todas las semanas al Ministerio de la Regeneración, que representa la zona de “Nuestro Hogar” con mayor número de perturbaciones, dada la sintonía de muchos de sus asistidos con los hermanos del Umbral. Enormes multitudes de Espíritus desviados reciben asilo allí. Él aprovecha entonces las tardes de domingo, después de orar con los ciudadanos en pleno en el Gran Templo de la gobernación, para cooperar con los Ministerios de la Regeneración, donde atiende complejos asuntos de trabajo. Dedicado a tal menester se priva, en ocasiones, de alegrías sagradas a cambio del amparo a desorientados y sufridores.

El aerobús nos dejó en las cercanías del hospital, donde me aguardaba el aposento confortable.

En plena vía pública se escuchaban, tal como lo había notado al salir, hermosas melodías que surcaban el aire. Lisias captó mi expresión indagadora, de modo que me explicó con fraternal atención:

–Esa música procede de los talleres donde trabajan los habitantes de “Nuestro Hogar”. Luego de sucesivos análisis, la gobernación reconoció que la música incentiva el rendimiento del servicio, en todos los sectores de esfuerzo edificante. A partir de entonces nadie trabaja en “Nuestro Hogar” sin ese estímulo de optimismo.

En el ínterin arribamos a la portería. Un atento enfermero se adelantó y notificó:

–Hermano Lisias, lo reclaman en el pabellón de la derecha para un servicio de urgencia.

El compañero se alejó con serenidad, en tanto que yo me dirigí hacia mi aposento particular llevando en mi interior un verdadero cúmulo de indagaciones.

## 12

# El Umbral

Luego de recibir esas valiosas explicaciones, me acuciaba el deseo de acrecentar la obtención de informaciones relativas a diversos problemas que las palabras de Lisias sugerían. Las referencias a Espíritus del Umbral atenaceaban mi curiosidad. La falta de preparación religiosa es motivo en el mundo de dolorosas perturbaciones. ¿Qué sería el Umbral? Apenas tenía una idea del Infierno y del Purgatorio, a través de los sermones escuchados en las ceremonias del culto católico romano a las que había asistido en obediencia a preceptos protocolares. De ese Umbral jamás había tenido noticias.

Al primer encuentro con el generoso visitador mis preguntas no se hicieron esperar. Lisias me escuchó atentamente y me contestó:

–Bueno, bueno, ¿has permanecido allí durante tanto tiempo y todavía no conoces la región?

Recordé los sufrimientos pasados y experimenté escalofríos de horror.

–El Umbral –continuó él con actitud solícita– comienza en la superficie terrestre. Es la zona oscura de todos aquellos que en el mundo no se han decidido a atravesar las puertas de los deberes sagrados a fin de darles cumplimiento, y permanecen en el valle de la indecisión o en el pantano de los errores abundantes. Cuando los Espíritus reencarnan prometen respetar el programa de servicios del Padre; sin embargo, al recapitular las experiencias en el planeta, les

resulta muy difícil hacerlo y se conforman con lo que satisfaga su egoísmo. De ese modo conservan el mismo odio a los adversarios y la misma pasión por los amigos. Pero el odio no es justicia, como tampoco la pasión es amor. Todos los excesos, sin aprovechamiento, son perjudiciales para la economía de la vida. Pues bien, las multitudes compuestas por los desequilibrados permanecen en las regiones neblinosas, que son la prolongación de los fluidos carnales. El deber cumplido es una puerta que atravesamos en el Infinito, rumbo al continente sagrado de la unión con el Señor. Por consiguiente, es natural que el hombre esquivo a la obligación de su incumbencia postergue esa bendición indefinidamente.

Lisias notó mi dificultad para captar en su totalidad el contenido de esa enseñanza, a causa de mi casi absoluta ignorancia de los principios espirituales, por eso se propuso poner la lección más en claro:

–Imagínate que renacemos en el planeta siendo portadores de algún suceso oscuro que debemos lavar en la pileta de la vida humana. Esa ropa inmunda es el cuerpo de las causas, que hemos tejido con nuestras propias manos en ocasiones previas. Cuando participamos de las bendiciones de una nueva oportunidad en la Tierra nos olvidamos del objetivo esencial, y en lugar de purificarnos mediante el esfuerzo del lavado, nos ensuciamos todavía más y contraemos nuevas ataduras hasta llegar a encarcelarnos en una auténtica esclavitud. Ahora bien, si a nuestro regreso al mundo buscábamos un medio para librarnos de la suciedad, porque nuestra situación estaba en desacuerdo con el ambiente elevado, ¿cómo vamos a regresar a ese mismo ambiente luminoso en peores condiciones? El Umbral funciona, por consiguiente, como una región destinada a la extinción de los residuos mentales; es una zona con características de Purgatorio, donde se quema en cuotas el material deteriorado de las ilusiones que la criatura humana adquirió al por mayor, con el menosprecio a la sublime oportunidad de una existencia terrenal.

La imagen no podía ser más clara ni más convincente.

No tenía cómo disimular mi legítima admiración. Lisias comprendió el efecto benéfico que me aportaban aquellas informaciones, de modo que prosiguió:

–El Umbral es una región de profundo interés para quien está en la Tierra. Se concentra allí todo lo que no tiene una finalidad para la vida superior. Toma nota, pues, que la Providencia divina procedió con sabiduría al permitir que se creara ese departamento alrededor del planeta. Existen legiones compactas de almas indecisas e ignorantes cuya perversidad no alcanza para justificar su envío a colonias de reparación más dolorosa, aunque tampoco son suficientemente nobles como para que se las conduzca a niveles de elevación. Forman filas los habitantes del Umbral, compañeros inmediatos de los hombres encarnados, que se encuentran separados de ellos solamente por leyes vibratorias. No es de extrañarse, entonces, que semejantes lugares se caractericen por enormes perturbaciones. Allí viven y se reúnen los rebeldes de todas las especies. También constituyen núcleos invisibles de considerable poder, por la concentración de las tendencias y los deseos de la mayoría. ¿Acaso no sucede que muchas de las personas de la Tierra se desesperan cuando el cartero no llega o cuando el tren no viene a horario? Pues bien, el Umbral está repleto de desesperados. Porque después de la muerte del cuerpo físico no encontraron al Señor a disposición de sus caprichos y, como perciben que la corona de la vida eterna es el crédito intransferible de los que trabajan con el Padre, esos seres se revelan y persisten en mezquinas actividades. “Nuestro Hogar” cuenta con una sociedad espiritual; en cambio, esos núcleos están compuestos por desdichados, malhechores y vagabundos de diversas categorías. Es una zona de verdugos y víctimas, de explotadores y explotados.

Aproveché la pausa que se había creado espontáneamente, y exclamé, impresionado:

–¿Cómo se explica? ¿Entonces no existe ahí la prevención, la organización?

El interlocutor sonrió mientras me aclaraba:

–La organización es un atributo de los Espíritus organizados. ¿Qué pretendes? La zona inferior a la cual nos referimos es como una casa donde no hay pan: todos gritan y nadie tiene razón. El viajero distraído pierde su tren, el agricultor que no sembró no puede cosechar. Pero una certeza puedo trasmitirte: pese a las sombras y las angustias del Umbral allí nunca faltó la protección divina. Cada Espíritu permanece en esa zona el tiempo que le es necesario. Para eso, amigo, el Señor ha permitido que se erigieran muchas colonias como esta, consagradas al trabajo y el socorro espiritual.

–Creo, entonces –acoté–, que esa región se confunde con la de los hombres.

–Así es –confirmó el devoto amigo–, desde esa zona se tienden los hilos invisibles que relacionan a las mentes humanas entre sí. El lugar está repleto tanto de desencarnados como de *formas pensamientos* de los encarnados, porque en realidad los Espíritus, estén donde estén, son núcleos irradiantes de fuerzas que crean, transforman o destruyen, exteriorizadas en vibraciones que la ciencia terrestre al día de hoy todavía no ha conseguido comprender. Quien piensa, está haciendo algo más. Por medio del pensamiento los hombres encuentran en el Umbral a los compañeros afines con las tendencias de cada uno. El alma es un imán poderoso. Hay una amplia humanidad invisible a continuación de la humanidad visible. Las misiones de mayor complejidad del Ministerio del Auxilio están constituidas por abnegados servidores que se desempeñan en el Umbral. Si la tarea de los bomberos en las grandes ciudades de la Tierra es difícil, por las llamaradas y las nubes de humo con que se enfrentan, los misioneros del Umbral soportan fluidos de considerable densidad, que son emitidos por millones de mentes desequilibradas a causa de haberse involucrado en el mal, o porque padecen el pavoroso flagelo de los sufrimientos rectificadores. Se necesita mucho coraje y mucha renuncia para ayudar a quien no comprende que se le está brindando auxilio.

Lisias interrumpió su explicación. Sumamente impresionado exclamé:

–¡Ah! ¡Cuánto deseo trabajar con esas legiones de desdichados, para llevarles el pan espiritual del esclarecimiento!

El amistoso enfermero me miró fijamente con bondad y luego de meditar en silencio durante largos instantes, remarcó al despedirse:

–¿Te sientes con la preparación indispensable para semejante servicio?

## En el despacho del Ministro

Con la creciente mejoría afloraba en mí la necesidad de estar en movimiento y con una ocupación. Al cabo de tanto tiempo, superados los años difíciles de lucha, recuperaba el interés por los quehaceres que colman la vida útil del hombre normal en el mundo. Era indiscutible que había perdido excelentes oportunidades en la Tierra, que mi camino estaba jalonado por muchos fracasos. Cuando recordaba los quince años de clínica sentía un cierto “vacío” en el corazón... Me reconocía a mí mismo como un vigoroso agricultor en pleno campo, con las manos atadas e imposibilitado de emprender el trabajo. Rodeado de enfermos, no podía acercarme a ellos como en otros tiempos, pese a que concentraba en mí al amigo, al médico, al investigador. Escuchaba gemidos incesantes en las habitaciones contiguas, pero no me estaba permitida siquiera la función de enfermero o colaborador en los casos de socorro urgente. Evidentemente no me faltaba el deseo de hacerlo. Mi posición allí, no obstante, era más que humilde como para atreverme. Los médicos espirituales aplicaban una técnica diferente. En el planeta sabía que mi derecho a intervenir comenzaba en los libros conocidos y en los títulos conseguidos; pero en aquel ambiente nuevo la medicina comenzaba en el corazón y se ponía de manifiesto en el amor y la dedicación fraternal. Cualquiera de los enfermeros, incluso los más simples, tenía en “Nuestro Hogar” conocimientos y posibilidades muy superiores a mi ciencia.

Resultaba impracticable cualquier tentativa de trabajo espontáneo, pues a mi entender constituiría una invasión al sembrado ajeno.

En medio de las presiones de tales dificultades, Lisias era el amigo indicado para mis confidencias fraternales.

Cuando lo consulté al respecto me informó:

—¿Por qué no le solicitas socorro a Clarencio? Seguro que te atenderá. Pídele consejos. Siempre pregunta por ti; hará lo imposible a tu favor.

Me animó una gran esperanza. Iría a consultar al Ministro del Auxilio.

Cuando di comienzo a los preparativos me informaron que el generoso benefactor recién podría atenderme a la mañana siguiente, en su despacho privado.

Aguardaría con ansiedad el momento oportuno.

El día posterior, bien temprano, me dirigí hacia el lugar indicado. ¡Cuál no fue mi sorpresa cuando comprobé que había tres personas esperando a Clarencio, en similares circunstancias!

El devoto Ministro del Auxilio había llegado mucho antes que nosotros y en ese momento atendía asuntos de mayor importancia que la recepción de visitas y pedidos.

Concluido el servicio de urgencia comenzó a llamarnos de a dos. Me sorprendió ese mecanismo de audiencia. Más tarde supe que aprovechaba ese método para que las opiniones proporcionadas a alguno de los interesados sirvieran también para los demás, de modo que al atender las necesidades de índole general ganaba tiempo y efectividad.

Habían transcurrido unos minutos cuando llegó mi turno.

Ingresé en el despacho en compañía de una señora de edad avanzada que sería escuchada en primer término, según el orden de llegada. El Ministro nos recibió cordialmente y nos dio libertad para que nos explayáramos.

–Noble Clarencio –comenzó la compañera desconocida–, vengo a pedir sus buenos oficios a favor de mis dos hijos. ¡Ah! Ya no tolero tanta nostalgia y estoy en conocimiento de que ambos viven exhaustos y agobiados por las desgracias en el ámbito terrestre. Reconozco que los designios del Padre son justos y amorosos; sin embargo ¡soy madre! ¡No consigo liberarme del peso de la angustia!...

La pobre criatura prorrumpió allí mismo en copioso llanto. El Ministro le dirigió una mirada fraternal, aunque conservó intacta su enérgica personalidad al responderle con tono bondadoso:

–Pero, hermana, si usted reconoce que los designios del Padre son justos y santos, ¿qué puedo hacer yo?

–¡Desearía –replicó afligida– que me concediera los medios para que yo misma los protegiera en las regiones del globo!...

–¡Ah! Amiga –dijo el amoroso benefactor–, sólo con espíritu de humildad y de trabajo podemos ofrecer protección a alguien. ¿Qué opinaría de un padre terrestre que deseara ayudar a sus hijos y al mismo tiempo permaneciera en absoluta inmovilidad dentro de su confortable hogar? Nuestro Padre creó el servicio y la cooperación como leyes a las que nadie puede transgredir sin perjuicio para sí mismo. ¿Qué le dice su conciencia en este sentido? ¿Cuántos bonus-hora<sup>12</sup> podrá presentar a favor de su petición?

La interpelada respondió pensativa:

–Trescientos cuatro.

–¡Cuánto lo lamento! –manifestó Clarencio con una sonrisa–. Usted lleva más de seis años hospedada aquí y hasta ahora apenas ha dado a la colonia trescientos cuatro horas de trabajo. Sin embargo, cuando se restableció de las luchas que afrontó en la región inferior, le ofrecí actividad loable en el Grupo de Vigilancia en el Ministerio de la Comunicación...

–Pero en esa época aquel era un servicio intolerable –replicó la interlocutora–, una lucha incesante contra entidades maléficas. Era

de esperar que no me adaptara.

Clarencio prosiguió imperturbable:

–La ubiqué posteriormente entre los Hermanos de la Sustentación, dentro de las tareas regeneradoras.

–¡Peor todavía! –exclamó la señora–. Aquellos departamentos están repletos de personas inmundas. Insultos, indecencias, miseria...

–Reconocí sus dificultades –aclaró el Ministro– de modo que la envié a que cooperase en la Enfermería de los Perturbados.

–¿Pero quién habría de soportarlos, más que los santos? –inquirió la rebelde solicitante–. ¡Hice todo lo posible; pero aquella multitud de almas desviadas aterra a quien quiera que sea!

–No se detuvieron allí mis esfuerzos –replicó el benefactor sin perturbarse–, la coloqué en los Gabinetes de Investigaciones y Pesquisas del Ministerio del Esclarecimiento y, aún así, tal vez contrariada por mis decisiones, la hermana se retiró deliberadamente a los Campos de Reposo.

–También era imposible continuar allí –dijo la impertinente–, sólo hallé experiencias agobiantes, fluidos extraños, jefes antipáticos.

–Pues tenga en cuenta, amiga –aclaró el devoto y firme orientador–, que el trabajo y la humildad son las dos márgenes del camino del auxilio. Para prestar ayuda a alguien necesitamos hermanos que sean cooperadores, amigos, protectores y servidores nuestros. Antes de amparar a quienes amamos es indispensable establecer corrientes de simpatía. Sin la cooperación es imposible atender con eficiencia. El campesino que cultiva la tierra recibe la gratitud de quienes saborean los frutos. El operario que comprende a los jefes exigentes y cumple sus determinaciones, representa el soporte del hogar donde el Señor lo ha colocado. El servidor que obedece, al mismo tiempo edifica, conquista a sus superiores, a sus compañeros y a los que están interesados en el servicio. Ningún

administrador intermediario podrá ser útil a quienes ama, si no supiera servir y obedecer noblemente. Que le duela el corazón, que experimente la dificultad, pero que sepa cada cual que el servicio provechoso pertenece por encima de todo al Donador Universal.

Luego de una breve pausa prosiguió:

—¿Qué va a hacer en la Tierra si todavía no ha aprendido a soportar nada? No dudo de su dedicación a los hijos queridos, pero es importante tomar nota de que comparecería por allá como una madre paralítica, incapaz de prestar el socorro adecuado. Para que alguno de nosotros alcance la alegría de auxiliar a los amados es necesaria la intercesión de muchos a quienes hayamos ayudado a nuestra vez. Quienes no cooperan no reciben cooperación. Así lo establece la Ley eterna. Y si usted hermana no ha reunido nada suyo para ofrecer es legítimo que busque la contribución amorosa de los otros. Pero ¿cómo espera recibir la colaboración imprescindible si todavía no sembró ni siquiera algo tan simple como la simpatía? Regrese a los Campos de Reposo donde estuvo recluida últimamente y reflexione. Más adelante analizaremos el asunto con la debida atención.

La inquieta madre tomó asiento, a la vez que enjugaba copiosas lágrimas.

A continuación el Ministro me miró compasivamente y manifestó:

—¡Aproxímese amigo!

Me puse de pie un tanto indeciso, pero dispuesto a conversar con él.

---

<sup>12</sup> Nota del Autor espiritual: Puntaje relativo a cada hora de servicio.

## Deducciones de Clarencio

Mi corazón latía precipitadamente, al punto que me hacía acordar del aprendiz novato delante de los examinadores rigurosos. Veía a aquella mujer que lloraba y, al evaluar la serenidad no exenta de energía del Ministro del Auxilio, temblaba dentro de mí, arrepentido de haber promovido aquella audiencia. ¿No hubiera sido mejor que me mantuviese callado y aprendiera a esperar decisiones superiores? ¿No sería una presunción fuera de lugar reclamar atribuciones de médico en aquella residencia donde seguía catalogado como enfermo? La sinceridad de Clarencio para con la hermana que me había precedido desencadenó en mi mente razonamientos nuevos. Quise desistir, renunciar al deseo de la víspera y regresar a mi aposento, pero ya era imposible. El Ministro del Auxilio, como si adivinara mis propósitos más íntimos manifestó con voz decidida:

–Estoy listo para escucharlo.

Iba a solicitarle instintivamente algún tipo de servicio médico en “Nuestro Hogar”, pese a la indecisión que me dominaba; mientras tanto, la conciencia me advertía: “¿Por qué hacer mención al servicio especializado? ¿No sería repetir los errores humanos, entre los cuales la vanidad no tolera otro género de actividad que no esté en correspondencia con los prejuicios de los títulos nobiliarios o académicos?”. Esta idea me devolvió el equilibrio a tiempo. Bastante confundido dije:

–Me he tomado la libertad de venir hasta aquí, para rogar sus buenos oficios a fin de reintegrarme al trabajo. Extraño mis ocupaciones, ahora que la generosidad de “Nuestro Hogar” me ha devuelto la bendición de la armonía orgánica. Me interesa cualquier trabajo útil, siempre que me aleje de la inactividad.

Clarencio me dirigió su mirada atentamente, como si quisiera identificar mis intenciones más íntimas.

–Entiendo. Verbalmente solicita cualquier tipo de tarea, pero en el fondo siente la falta de sus clientes, de su consultorio, del entorno de servicio con el cual usted honró a su personalidad en la Tierra.

Hasta allí sus palabras eran emisiones de consuelo y esperanza que yo recibía en el corazón con gestos de asentimiento.

Después de una pausa más prolongada el Ministro continuó:

–Aún así, es conveniente tener en cuenta que algunas veces el Padre nos honra con su confianza pero nosotros desvirtuamos los verdaderos títulos de servicio. Usted fue médico en la Tierra y estuvo rodeado de todas las facilidades en lo que respecta a los estudios. Nunca supo el precio de un libro porque sus padres le costeaban generosamente todos los gastos. Una vez que se graduó comenzó a recibir ganancias compensatorias. Ni siquiera tuvo las dificultades del médico pobre, obligado a recurrir a las relaciones afectivas para practicar la clínica médica. Tan velozmente alcanzó la prosperidad que transformó las facilidades conquistadas en una carrera hacia la muerte prematura del cuerpo. Mientras fue joven y sano cometió muchos abusos dentro del escenario de trabajo al que Jesús lo condujo.

Ante aquella mirada al mismo tiempo firme y bondadosa, una indescriptible perturbación se apoderó de mí.

Respetuosamente opiné:

–Reconozco de dónde provienen sus observaciones, pero si fuera posible apreciaría obtener medios para rescatar mis deudas.

Estoy dispuesto a consagrarme sinceramente a los enfermos de este conjunto hospitalario.

–Un impulso muy noble –dijo Clarenco sin asomo de severidad–, no obstante, es necesario ponernos de acuerdo en que la tarea en la Tierra, en el campo de las profesiones, es una invitación del Padre para que el hombre penetre en los templos divinos del trabajo. El título para nosotros es simplemente una ficha, aunque en el mundo suele representar una puerta abierta a todos los disparates. Con esa ficha el hombre queda habilitado para aprender noblemente y servir al Señor, dentro del ámbito de sus divinos servicios en el planeta. Este principio puede aplicarse a todas las actividades terrestres, excluida la convención de los sectores dentro de los cuales se desarrollen. Usted hermano recibió una ficha de médico. Penetró en el templo de la medicina, pero su desempeño dentro de él no se verificó en concordancia con normas que me autoricen a avalar sus actuales deseos. ¿Cómo transformarlo de un momento para otro en médico de Espíritus enfermos, cuando insistió en circunscribir sus estudios exclusivamente a la esfera del cuerpo físico? No niego su capacidad de excelente fisiólogo, pero el campo de la vida es más amplio. ¿Qué opinaría acerca de un botánico que enunciara definiciones luego de haber analizado exclusivamente las cortezas secas de algunos árboles? Una importante cantidad de médicos prefiere, en la Tierra, nada más que una conclusión matemática en relación con los servicios de anatomía. Concordemos en que las matemáticas son respetables, pero también existen otras ciencias en el universo. Como lo reconoce ahora, el médico no puede detenerse en diagnósticos y terminología. Es necesario penetrar en el alma, sondear su profundidad. Muchos de los profesionales de la medicina en el planeta son prisioneros de las salas académicas, porque la vanidad les quitó las llaves de esas cárceles. Escasos son los que consiguen atravesar el pantano de los intereses inferiores y sobreponerse a los prejuicios comunes, pero para tales excepciones están reservadas las burlas del mundo y el escarnio de sus compañeros.

Me quedé atónito. No conocía semejantes nociones de responsabilidad profesional. Me asombraba la interpretación acerca del título académico, reducido a una ficha de ingreso en áreas de trabajo para la cooperación activa con el Señor supremo. Me sentí incapaz de intervenir, por lo tanto aguardé a que el Ministro del Auxilio retomara el hilo de sus elucidaciones.

–Conforme deduzco –continuó él–, no se preparó adecuadamente para nuestros servicios en este lugar.

–Generoso benefactor –me atreví a decir–, comprendo la lección y me inclino ante la evidencia.

Debía hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas, mientras le solicité con humildad:

–Me someto a cualquiera de los trabajos de esta colonia de crecimiento espiritual y paz.

Con una profunda mirada de simpatía me respondió:

–Amigo, tengo algo más que verdades amargas. También tengo palabras de estímulo. Todavía no puede ser médico en “Nuestro Hogar”, pero podrá asumir el cargo de aprendiz, oportunamente. Su situación en este momento no es de las mejores; no obstante, es alentadora por las intercesiones que nos han llegado en su apoyo al Ministerio del Auxilio.

–¿Mi madre? –indagué embriagado de alegría.

–En efecto –contestó el Ministro–, su madre y algunos amigos, en cuyos corazones usted sembró la simiente de la simpatía. Inmediatamente después de su llegada pedí al Ministerio del Esclarecimiento que se ocupara de conseguir sus notas y las analicé atentamente. Abundante falta de previsión, numerosos abusos y mucha irreflexión. Sin embargo, en el transcurso de los quince años de su práctica clínica también concedió recetas gratuitas a más de seis mil necesitados. La mayoría de las veces practicó tales actos meritorios absolutamente por intercambio; pero en la actualidad puede constatar que incluso a la manera de un intercambio, el

auténtico bien esparce bendiciones en nuestros caminos. Entre esos beneficiados hay quince que no lo han olvidado y estuvieron enviando vehementes ruegos a su favor. Debo agregar, entre tanto, que hasta el bien que proporcionó a los indiferentes aparece consignado aquí.

Clarencio dio por terminadas sus sorprendentes deducciones con una sonrisa y remarcó:

–En “Nuestro Hogar” aprenderá lecciones nuevas, y una vez que haya acopiado experiencias provechosas estará en condiciones de cooperar eficientemente con nosotros, como preparación para el futuro infinito.

Me sentía radiante. Por primera vez lloré de alegría en la colonia. ¡Oh! ¿Quién podrá en la Tierra interpretar ese júbilo? A veces sería necesario que se enmudeciera el corazón, para que nos detuviéramos a escuchar el grandilocuente silencio divino.

## La visita de mi madre

Atento a las recomendaciones de Clarencio procuraba reconstituir mis energías para volver a comenzar el aprendizaje. En otra época tal vez me hubiera sentido ofendido con observaciones aparentemente tan ásperas; pero en aquellas circunstancias recordaba los errores que había cometido en el pasado y me sentía reconfortado. Los fluidos de la carne impulsan al alma a una profunda somnolencia. En verdad, recién reconocía que la experiencia humana desde ninguna hipótesis podría ser considerada como un juego. La trascendencia de la encarnación en la Tierra se hacía patente a mis ojos, y ponía en evidencia valores que hasta entonces no había conocido. En consideración a las oportunidades perdidas, reconocía no ser merecedor de la hospitalidad de “Nuestro Hogar”. Clarencio tenía sobradas razones para hablarme con tanta franqueza.

Pasé unos cuantos días entregado a profundas reflexiones acerca de la vida. En mi interior predominaba la ansiedad por volver a ver el hogar de la Tierra. Pero me abstenía de solicitar nuevas concesiones. Los benefactores del Ministerio del Auxilio eran excesivamente generosos conmigo. Adivinaban mis pensamientos. Si hasta entonces no habían proporcionado una satisfacción espontánea a semejante deseo, por cierto se debería a que tal propósito no era oportuno. No mencionaba una palabra al respecto, resignado y en cierto modo deprimido. Lisias hacía lo posible por mejorar mi ánimo con sus opiniones de aliento. Pero yo me

encontraba en esa indescriptible fase de la introspección en que la conciencia profunda convoca al hombre hacia su interior.

Cierto día, sin embargo, el bondadoso inspector penetró radiante en mi apartamento y exclamó:

–¡Adivina quién vino a verte!

Aquella fisonomía radiante, aquellos ojos brillantes de Lisias no me engañaban.

–¡Mi madre! –respondí con seguridad.

Con los ojos desorbitados por la alegría, vi que mi madre entraba con los brazos abiertos.

–¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Ven a mí, hijo querido!

No puedo explicar qué fue lo que sucedió entonces. Volví a sentirme niño, como en los tiempos en que saltaba bajo la lluvia con los pies descalzos en la arena del jardín. La abracé con cariño al mismo tiempo que lloraba de júbilo, experimentando los más sublimes transportes de la ventura espiritual. La besé una y otra vez, la estreché en mis brazos; mis lágrimas se mezclaron con las suyas... Ignoro cuánto tiempo permanecimos juntos, abrazados. Finalmente, fue ella quien me despertó del arrobamiento con una recomendación:

–¡Vamos, hijo, no te emociones tanto! El exceso de alegría también suele afectar al corazón.

Y en vez de cargar a mi viejita adorada en los brazos, como hacía en la Tierra en los días postreros de su jornada allá, fue ella quien enjugó mi copioso llanto al mismo tiempo que me conducía al diván.

–Estás un poco débil, hijito. No desperdicies tus energías.

Me senté a su lado y ella, cuidadosamente, acomodó mi frente cansada sobre sus rodillas y me acarició suavemente, a modo de consuelo ante tantos recuerdos. Me sentí entonces el más dichoso de los hombres. Tenía la impresión de que el barco de mi esperanza había anclado en un puerto seguro. La presencia maternal aportaba

un infinito alivio a mi corazón. Aquellos minutos me parecían un sueño tejido en una trama de dicha inenarrable. Como un niño atento a los detalles me fijaba en su ropa, copia perfecta de uno de sus antiguos conjuntos de uso diario. Apreciaba el vestido oscuro, las medias de lana, la mantilla azul. Contemplé su cabeza pequeña aureolada de hilos de nieve, las líneas de su rostro, la mirada dulce y serena de todos los días. Con mis manos temblorosas de júbilo acariciaba sus manos queridas, sin conseguir articular ni una frase. Mi madre, más fuerte que yo habló con tono calmo:

–¡Nunca sabremos agradecer a Dios tantas dádivas! ¡El Padre jamás nos olvida, hijo! ¡Cuánto tiempo separados! No vayas a creer que te haya olvidado. Algunas veces la Providencia mantiene separados a los corazones temporariamente, para que aprendamos acerca del amor divino.

Identifiqué su misma ternura de siempre y percibí que se me reavivaban las llagas terrenales. ¡Oh! ¡Qué difícil es desprenderse de los residuos traídos de la Tierra! ¡Cómo pesa la imperfección acumulada a lo largo de siglos sucesivos! Cuántas veces escuché los consejos saludables de Clarencio o los comentarios fraternales de Lisias, a fin de renunciar a las lamentaciones. Sin embargo, con el cariño maternal parecía que volvían a abrirse antiguas heridas. Del llanto de alegría pasé a las lágrimas de angustia, al recordar intensamente las ocupaciones terrestres. No alcanzaba a comprender que la visita no tenía como motivo la satisfacción de mis caprichos, sino que se trataba de una valiosa bendición por acrecentamiento de la misericordia divina. Reiterando antiguas exigencias, llegué a la conclusión errónea de que mi progenitora debería seguir siendo la depositaria de mis quejas y desventuras interminables. En la Tierra, casi siempre las madres no son más que esclavas, según la opinión de sus hijos. Raros son los que comprenden su dedicación antes de perderlas. Con la misma falsa idea de antaño, caí en el terreno de las confidencias dolorosas.

Mi madre me escuchó en silencio, aunque dejaba traslucir una indescriptible melancolía. Sus ojos se habían humedecido y me

abrazaba de tanto en tanto más estrechamente contra su corazón, hasta que me dijo con su voz cariñosa:

–¡Oh! Hijo, no ignoro las instrucciones que el generoso Clarencio te ha suministrado. No te quejes. Agradecemos al Padre habernos bendecido con esta nueva aproximación. Sintámonos ahora en una escuela diferente, donde aprendemos a ser hijos del Señor. En la posición de madre terrestre no siempre conseguí orientarte como hubiera convenido, de modo que también me estoy esforzando ahora para rehabilitar a mi corazón. Tus lágrimas me hacen regresar al paisaje de los sentimientos humanos; algo pareciera inducir el retroceso de mi alma. Quisiera justificar tus lamentos, erigirte un trono como si fueras el mejor del universo, pero semejante actitud en este momento no sería compatible con las nuevas lecciones de vida. Esos gestos son admisibles en las zonas de la carne pero aquí, hijo, es indispensable por encima de todo estar atento al Señor. No eres el único hombre desencarnado que repara sus errores, como tampoco yo soy la única madre que padece la separación de los seres queridos. Nuestro dolor, en consecuencia, no nos beneficia por el llanto que vertemos ni por las heridas que sangran en nosotros, sino por la puerta de luz que ofrece a nuestro espíritu, a fin de que seamos más comprensivos y más humanos. Las lágrimas tanto como las ulceraciones son parte del proceso de la bendita expansión de nuestros más puros sentimientos.

Luego de una pausa prolongada, durante la cual la conciencia profunda me hacía advertencias, mi madre prosiguió con inflexión solemne:

–Si se nos dispensa la posibilidad de que aprovechemos estos minutos breves en expansiones de amor, ¿por qué hemos de desviarlos hacia la sombra de las quejas? Regocijémonos, hijo. Trabajemos sin cesar. Modifica tu actitud mental. Me reconforta tu confianza en mi cariño, experimento sublime felicidad con tu ternura filial, pero nada bueno aportaría volver atrás en mis

experiencias. Amémonos en el presente con inmenso y sagrado amor divino.

Aquellas excelsas palabras me conmovieron. Tuve la impresión de que el sentimiento materno emitía fluidos poderosos que revitalizaban mi corazón. Mi madre me miraba arrobada, con su hermosa sonrisa. Me puse de pie respetuosamente y la besé en la frente. En ese instante advertí que estaba no sólo más afectuosa, sino también más bella que nunca.

# 16

## Confidencias

Además de consolarme, las palabras de mi madre promovieron el restablecimiento de mis energías internas. Ella se refería al servicio como si fuera una bendición para los dolores y las dificultades, a los que contabilizaba como crédito a favor de alegrías y lecciones sublimes. Un inesperado e indescriptible júbilo se apoderó de mi espíritu. Aquellos conceptos hacían las veces de un extraño alimento. Me sentía otro, más alegre, más animado, más feliz.

–¡Oh! ¡Madre mía! –exclamé conmovido– ¡Debe de ser maravillosa la región donde vives! ¡Qué sublimes contemplaciones espirituales, qué dicha!...

Ella esbozó una sonrisa expresiva y ponderó:

–Una esfera elevada, hijo, demanda siempre más trabajo, mayor abnegación. No supongas que tu madre permanece en beatíficas contemplaciones, al margen de los deberes correspondientes. Debo hacerte saber, sin embargo, que mis palabras no encierran ninguna connotación de tristeza por la situación en que me hallo. Es más bien una revelación de la correspondiente responsabilidad. Desde que regresé de la Tierra he trabajado intensamente en busca de nuestra renovación espiritual. Muchas entidades, cuando desencarnan, permanecen aferradas al hogar terrestre con el pretexto del gran amor que deben a los que permanecen allí. Sin embargo, para que el verdadero amor se

traduzca en beneficios, invariablemente necesita el apoyo del trabajo. Eso es lo que me han enseñado en este lugar. Por consiguiente, desde mi llegada procuro esforzarme a fin de conquistar el derecho de prestar ayuda a quienes tanto amamos.

–¿Y mi padre? –le pregunté– ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido contigo?

Una elocuente expresión se plasmó en el rostro de mi madre al responderme:

–¡Ah! ¡Tu padre! ¡Tu padre!... Hace doce años que está en una zona de tinieblas compactas, en el Umbral. En la Tierra siempre había aparentado fidelidad a las tradiciones de la familia, arraigo a la caballeridad del buen comercio, a cuya plana perteneció hasta el fin de su existencia, y al fervor del culto externo en materia religiosa; pero en el fondo era débil. Mantuvo vínculos clandestinos fuera de nuestro hogar. Dos de las hermanas estaban mentalmente relacionadas a una amplia red de entidades maléficas y, tan pronto desencarnó mi pobre Laerte, el tránsito por el Umbral le resultó muy desagradable. Las desventuradas criaturas, a quienes había hecho promesas, lo aguardaban ansiosas para enredarlo nuevamente en las tramas de la ilusión. Al principio trató de reaccionar, hizo esfuerzos para encontrarme, pero no pudo comprender que después de la muerte del cuerpo físico el alma se encuentra tal cual vive intrínsecamente. Laerte, por lo tanto, no percibió mi presencia espiritual ni el desvelo con que lo asistieron otros amigos nuestros. Había invertido tantos años en fingir que su visión espiritual quedó viciada; su nivel vibratorio se restringió y el resultado ha sido que sus únicas compañías sean las relaciones que irreflexivamente cultivó con la mente y el corazón. Durante algún tiempo su espíritu hizo lugar para los principios de la familia y el amor a nuestro nombre, luchó en cierto modo para rechazar las tentaciones; pero finalmente cayó enredado de nuevo en la sombra, por falta de perseverancia en el noble y recto pensamiento.

Sumamente impresionado pregunté:

–¿No existirá alguna manera de sustraerlo de ese envilecimiento?

–¡Ah! Hijo querido –explicó la palabra materna–, lo visito a menudo pero él no percibe mi presencia. Su potencial vibratorio es todavía muy bajo. Intento atraerlo hacia el buen camino mediante la inspiración, pero apenas consigo arrancarle alguna que otra lágrima de arrepentimiento de tanto en tanto. Hasta ahora no he conseguido de él resoluciones serias. Se ha convertido en prisionero de esas desdichadas, que lo aíslan de mis sugerencias. Llevo años trabajando intensamente. Solicité el amparo de amigos en cinco núcleos diferentes de actividad espiritual más elevada, inclusive aquí en “Nuestro Hogar”. Cierta vez Clarenco consiguió atraerlo a medias al Ministerio de la Regeneración, pero en definitiva no lo logró. No se puede encender una luz con un candil al cual le falta el aceite y el pabilo... Necesitamos la adhesión mental de Laerte para conseguir que se ponga de pie y amplíe su visión espiritual. Mientras tanto, el pobrecito permanece inactivo, ensimismado, entre la indiferencia y la rebeldía.

Hizo una larga pausa y después de un suspiro continuó:

–Tal vez no sepas todavía que tus hermanas Clara y Priscila también viven en el Umbral, apegadas a la superficie terrestre. Tengo la obligación de atender las necesidades de todos. Mi único auxilio directo descansaba en la cooperación afectuosa de tu hermana Luisa, aquella que partió cuando eras muy pequeño. Luisa me esperó aquí durante muchos años; fue mi brazo fuerte en los arduos trabajos de amparo a la familia terrenal. No obstante, últimamente, luego de luchar con verdadero coraje a mi lado, en bien de tu padre, de ti y de tus hermanas, tan grande sigue siendo la perturbación de nuestros familiares en la Tierra, que regresó la semana pasada con el propósito de reencarnar entre ellos en un gesto heroico de sublime renuncia. Aguardo pues que tú te restablezcas pronto, para que podamos desplegar actividades al servicio del bien.

Las informaciones referentes a mi padre me dejaron atónito. ¿Qué clase de luchas serían las tuyas? ¿No aparentaba ser un sincero practicante de los preceptos religiosos? ¿Acaso no comulgaba todos los domingos? Estimulado por la dedicación materna indagué:

–¿Dispensas auxilio a papá pese a sus vínculos con esas mujeres infames?

–No las califiques de ese modo –manifestó mi madre– di en cambio nuestras hermanas enfermas, ignorantes o desdichadas. También son hijas de nuestro Padre. No sólo he intercedido por Laerte, lo hice incluso por ellas y estoy convencida de haber hallado los medios para atraerlos a todos hacia mi corazón.

Su manifestación de renuncia me causó admiración. Pensé de súbito en mi familia directa. Experimenté el antiguo apego a mi esposa y mis hijos queridos. Delante de Clarencio y de Lisias trataba siempre de reprimir sentimientos y de callar las preguntas, pero la mirada materna me infundió coraje. Algo me decía que mi madre no se quedaría mucho tiempo a mi lado. Aproveché pues el minuto que huía velozmente y le pregunté:

–Madre, tú que has acompañado a papá con tanta devoción, ¿no podrías darme alguna noticia acerca de Zelia y los niños? Espero ansiosamente el momento de regresar a casa para prestarles auxilio. ¡Oh! ¡Seguramente ellos comparten mi profunda nostalgia! ¡Cuánto debe sufrir mi desventurada esposa esta separación!...

Mi madre esbozó una sonrisa de pena y agregó:

–He visitado a mis nietos periódicamente. Están bien.

Después de meditar durante algunos instantes agregó:

–Pero no debes inquietarte con los problemas de asistencia a tu familia. Prepárate en primer lugar para que obtengamos éxito; hay problemas que debemos confiarlos al Señor en pensamiento, antes de trabajar en la solución que requieren.

Quise insistir en el asunto para que me diera detalles, pero mi madre no volvió a mencionarlo; por el contrario, lo evadió con delicadeza. La charla se prolongó todavía durante un buen rato, infundiéndome una sublime sensación de bienestar. Después se despidió. Tuve la curiosidad de averiguar cómo había venido hasta allí y pedí permiso para acompañarla. Entonces me abrazó cariñosamente y me dijo:

–No vengas conmigo, hijo. Me esperan de urgencia en el Ministerio de la Comunicación. En los gabinetes de transformación me proveerán de recursos fluídicos para la jornada de regreso. Además, todavía debo tener una entrevista con el ministro Celio para agradecerle la oportunidad de esta visita.

Me dio un beso y partió, dejándome dentro del alma una perdurable sensación de *felicidad*.

## En casa de Lisias

No habían pasado muchos días a partir de la inesperada visita de mi madre, cuando Lisias vino a buscarme por indicación del ministro Clarencio. Fui tras él sorprendido.

El magnánimo benefactor nos recibió amablemente; por mi parte aguardé sus órdenes con enorme satisfacción.

–Amigo –dijo afablemente– de ahora en más está autorizado a realizar observaciones en los diferentes sectores de nuestros servicios, con excepción de los ministerios de naturaleza superior. Henrique de Luna dio por concluido su tratamiento la semana pasada y es el momento apropiado para que aproveche el tiempo en observaciones y aprendizaje.

Miré a Lisias como a un hermano que debía participar de mi felicidad indescriptible en aquel instante. El enfermero correspondió a mi mirada con intenso júbilo. No cabía en mí de contento. Era el comienzo de una nueva vida. De alguna manera podría trabajar e ingresar en escuelas diferentes. Clarencio parecía percibir mi desbordante felicidad cuando destacó:

–Puesto que se ha vuelto dispensable su presencia en el establecimiento hospitalario, analizaré atentamente la posibilidad de ubicarlo en un ambiente nuevo. Consultaré con alguna de nuestras instituciones...

Lisias, por su parte, lo interrumpió para manifestar:

–Si fuera posible apreciaría recibirlo en nuestra casa durante el desarrollo de las observaciones; mi madre lo tratará como a un hijo.

Miré al inspector transportado de alegría. Clarencio, a su vez, también le dirigió una mirada de aprobación y murmuró:

–¡Muy bien Lisias! Jesús se alegra con nosotros cada vez que recibimos a un amigo en el corazón.

Abracé al servicial enfermero sin poder traducir mi agradecimiento. La alegría algunas veces nos deja mudos.

–Conserve este documento –me dijo el atento Ministro del Auxilio mientras me entregaba una pequeña credencial–, con él podrá ingresar en los ministerios de la Regeneración, del Auxilio, de la Comunicación y del Esclarecimiento, durante un año. Transcurrido ese lapso veremos qué podremos hacer en relación con sus deseos. Instrúyase, querido. No pierda el tiempo. El intervalo entre dos diferentes experiencias en el cuerpo debe ser bien aprovechado.

Lisias me tomó del brazo y salí embargado de bienestar.

Al cabo de unos minutos llegamos a la puerta de una simpática edificación rodeada de un jardín multicolor.

– Aquí es –exclamó el atento compañero.

Y con una expresión cariñosa agregó:

–Este es nuestro hogar dentro de “Nuestro Hogar”.

Al tañido suave de la campana en el interior, apareció en la puerta una simpática matrona.

–¡Madre! ¡Madre!... –exclamó el enfermero con alegría mientras me presentaba–. Este es el hermano que te prometí que traería.

–¡Sea bienvenido, amigo! –exclamó la señora atentamente–. Está en su casa.

Y me abrazó:

–Supe que su mamá no vive aquí. En ese caso tendrá en mí a una hermana con funciones maternas.

No sabía cómo agradecer la generosa hospitalidad. Iba a ensayar algunas frases para demostrar mi emoción y reconocimiento, pero dando muestras de una singular disposición de humor, la noble matrona se anticipó adivinando mis pensamientos:

–Está prohibido hablar de agradecimientos. No lo haga. Me obligaría a recordar, de pronto, frases convencionales de la Tierra...

Todos nos reímos y por mi parte murmuré conmovido:

–Que el Señor traduzca mi agradecimiento a todos en renovadas bendiciones de alegría y paz.

Entramos. Era un ambiente sencillo y acogedor. Muebles casi idénticos a los terrestres; los objetos en general mostraban algunas variantes. Cuadros de sublime significado espiritual, un piano de considerables proporciones y sobre él, descansando, un arpa tallada en líneas elegantes y delicadas. Lisias notó mi curiosidad, de modo que se expresó complaciente:

–Como ves, después del sepulcro no has encontrado todavía a los ángeles arpistas, pero acá está esperándolos un arpa.

–¡Oh! Lisias –lo interrumpió la madre con cariño– no seas irónico. ¿No recuerdas de qué modo recibió el Ministerio de la Unión Divina al personal de la Elevación el último año, cuando pasaron por aquí algunos embajadores de “Armonía”<sup>13</sup>?

–Claro, mamá; solamente quiero significar que los arpistas existen y que necesitamos desarrollar una audición espiritual para escucharlos, además de esforzarnos en el aprendizaje de las cosas divinas.

Siguieron luego los conceptos obligados de presentación, en los que relaté mi procedencia y así me enteré que la familia de Lisias había vivido en una antigua ciudad del Estado de Río de Janeiro;

que su mamá se llamaba Laura y que en la casa tenía consigo a dos de sus hermanas, Iolanda y Judite.

Se respiraba en ese lugar una dulce y reconfortante intimidad. No conseguía disimular la satisfacción ni la alegría, que eran inmensas. Aquel primer contacto con la organización doméstica dentro de la colonia me superaba. La hospitalidad, desbordante de ternura, extraía de mi espíritu notas de profunda emoción.

En prevención del tiroteo de preguntas, Iolanda me mostró unos libros maravillosos. Al notar mi interés la dueña de casa advirtió:

–En “Nuestro Hogar” tenemos, en lo concerniente a la literatura, una gran ventaja. Se trata de que los escritores de mala fe, los que estiman el veneno psicológico, son trasladados de inmediato hacia las zonas oscuras del Umbral. Aquí no recuperan el equilibrio ni siquiera en el Ministerio de la Regeneración, mientras persistan en semejante estado del alma.

No pude dejar de sonreír, en tanto que proseguía con la observación de los primores del arte fotográfico en las páginas que estaban delante de mis ojos.

A continuación Liasias me llamó para que recorriera algunas de las dependencias de la casa. Me detuve en el cuarto de baño, cuyas interesantes instalaciones me dejaron maravillado: todo muy simple pero confortable.

No había vuelto en mí de la admiración cuando la Señora Laura nos invitó a orar.

Nos sentamos en silencio alrededor de una gran mesa.

Conectó un enorme aparato que comenzó a emitir una música suave. Era el loor de la hora crepuscular. Apareció en el fondo el mismo cuadro prodigioso de la gobernación, que no me cansaba de contemplar cada tarde en el establecimiento hospitalario. Sin embargo, en aquel momento me sentí dominado por una profunda y misteriosa alegría. Y al observar el corazón azul, dibujado a lo lejos,

sentí que mi alma se ponía de rodillas en el templo interior en elevados transportes de júbilo y gratitud.

---

<sup>13</sup>. N. T.: “Armonía”: nombre de otra colonia espiritual.

## Amor, alimento de las almas

Concluida la oración la dueña de casa nos convocó a la mesa, donde sirvió un caldo reconfortante y frutas de suave aroma que más parecían concentrados de fluidos deliciosos. Eminentemente sorprendido, escuché a la Señora Laura comentar con agrado:

–En definitiva nuestras comidas aquí son mucho más sabrosas que en la Tierra. Existen residencias en “Nuestro Hogar” que las dispensan casi por completo, pero en las zonas del Ministerio del Auxilio no podemos prescindir de los concentrados fluídicos, teniendo en vista los servicios pesados que las circunstancias imponen. Consumimos gran cantidad de energías, de modo que necesitamos renovar nuestras provisiones de fuerza.

–Eso no quiere decir –expresó una de las jóvenes–, que solamente nosotros, los funcionarios del Auxilio y la Regeneración vivamos dependientes de los alimentos. Los ministerios, incluso el de la Unión Divina, no precinden de ellos. Solamente difieren en el aspecto sustancial. En los ministerios de la Comunicación y del Esclarecimiento existe un enorme consumo de frutas. En el de la Elevación, el empleo de jugos concentrados no es poco, y en el de la Unión Divina las maravillas de la alimentación llegan a lo inimaginable.

Mi mirada indagadora iba de Lisias a la Señora Laura, ansioso de explicaciones inmediatas. Todos se reían de mi espontánea

perplejidad, aunque la madre de Lisias fue la que vino al encuentro de mis deseos, cuando explicó:

–Nuestro hermano tal vez todavía ignora que el mayor sustento de las criaturas es precisamente el amor. De vez en cuando recibimos en “Nuestro Hogar” importantes comisiones de instructores que nos suministran enseñanzas relativas a la nutrición espiritual. Todo sistema de alimentación en las diversas esferas de la vida, lleva en su raíz profunda al amor. Incluso aquí, considerado con propiedad, el alimento físico es un simple problema de materialidad transitoria como en el caso de los vehículos terrestres, que necesitan de la colaboración de la grasa y el aceite. El alma en sí solamente se nutre de amor. Cuanto más nos elevemos en el nivel evolutivo de la creación, más ampliamente accederemos a esa verdad. ¿No le parece que el amor divino es el sustento del universo?

Esas reflexiones me aportaban gran estímulo. Lisias percibió mi íntima satisfacción e intervino para remarcar:

–Todo se equilibra en el amor infinito de Dios, y cuanto más evolucionado el ser creado, más sutil es el proceso de su alimentación. El gusano, en el subsuelo del planeta, se nutre esencialmente de tierra. El animal de gran porte extrae de la planta los elementos para su mantenimiento, según el ejemplo del niño que chupa el seno materno. El hombre toma el fruto del vegetal, lo transforma según la exigencia del paladar y se sirve de él en la mesa del hogar. Nosotros, criaturas desencarnadas, necesitamos sustancias nutritivas tendientes a la condición fluídica, y el proceso será cada vez más delicado a medida que se intensifique la ascensión individual.

–No olvidemos la cuestión de los vehículos –agregó la Señora Laura–, porque en el fondo el gusano, el animal, el hombre y nosotros, dependemos absolutamente del amor. Todos nos movemos en él, y sin él no tendríamos existencia.

–¡Es extraordinario! –aduje conmovido.

–¿Se acuerda de la enseñanza evangélica “amaos los unos a los otros”? –prosiguió la madre de Lisias con gentileza–. Jesús no estableció como preceptos esos principios atento solamente a los casos de caridad con los cuales todos aprenderemos día más día menos, que la práctica del bien constituye un simple deber. Nos aconsejaba al mismo tiempo que nos alimentáramos los unos a los otros, en el terreno de la fraternidad y la simpatía. El hombre encarnado sabrá, más adelante, que la conversación amistosa, el gesto de afecto, la bondad recíproca, la confianza mutua, la luz de la comprensión, el interés fraterno –patrimonios derivados naturalmente del amor profundo– constituyen sólidos alimentos para la vida en sí. Reencarnados en la Tierra, experimentamos grandes limitaciones; pero al regresar a esta región reconocemos que la estabilidad de la alegría es exclusivamente un problema de alimentación espiritual. Se crean hogares, ciudades y naciones en obediencia a requerimientos de tal naturaleza.

Recordé instintivamente las teorías del sexo, ampliamente divulgadas en el mundo; pero, como si adivinara mis pensamientos la Señora Laura expuso:

–Que nadie diga que el fenómeno es nada más que sexual. El sexo es una manifestación sagrada de ese amor universal y divino, pero es nada más que una expresión aislada del potencial infinito. Entre los matrimonios más espiritualizados el cariño y la confianza, la devoción y el entendimiento mutuos se ubican muy por encima de la unión física, reducida entre ellos a una concreción transitoria. La permuta magnética es el factor determinante del ritmo necesario a la manifestación de la armonía. Para alimentar la felicidad es suficiente con la presencia, y en ocasiones alcanza con la comprensión.

Judite aprovechó la pausa para agregar:

–Aprendemos en “Nuestro Hogar” que la vida terrestre se equilibra en el amor, sin que la mayor parte de los humanos lo note. Almas gemelas, almas hermanas, almas afines, constituyen pares y grupos numerosos. Cuando se unen las unas con las otras, en la

medida que se amparan mutuamente, consiguen equilibrio en el ámbito de la redención. Pero si les faltan compañeros, los Espíritus menos fuertes suelen sucumbir en medio de la jornada.

–Como ves, amigo –objetó Lisias satisfecho–, también aquí es posible recordar el Evangelio del Cristo. “No sólo de pan vive el hombre”.

Antes de que se sumaran nuevas reflexiones, la campanilla sonó con intensidad.

El enfermero se puso de pie para atender.

Dos jovencitos de trato educado ingresaron a la sala.

–Aquí tienes –dijo Lisias dirigiéndose a mí gentilmente– a nuestros hermanos Polidoro y Estacio, compañeros de servicio en el Ministerio del Esclarecimiento.

Intercambiamos saludos, abrazos, alegría.

Transcurridos unos momentos la Señora Laura tomó la palabra sonriente:

–Todos ustedes han trabajado mucho hoy. Emplearon el día provechosamente. No arruinen el programa afectivo por nuestra causa. No se olviden de la excursión al Campo de la Música.

Al percibir la preocupación de Lisias, la madre le recomendó:

–Ve, hijo mío. No hagas esperar tanto a Lascinia. Nuestro hermano permanecerá conmigo hasta que tenga condiciones para acompañarte en esos entretenimientos.

–No te incomodes por mí –exclamé instintivamente.

La Señora Laura todavía esbozó una amable sonrisa y respondió:

–No podré compartir las expansiones del campo en el día de hoy. Tenemos en casa a mi nieta convaleciente; ha regresado de la Tierra hace pocos días.

Salieron todos en medio del júbilo general. La dueña de la casa cerró la puerta y se volvió hacia mí para explicarme sonriente:

–Van en busca del alimento al que nos referíamos. Aquí los vínculos afectivos son más hermosos y más intensos. El amor, amigo, es el pan divino de las almas, el sustento sublime de los corazones.

## La joven desencarnada

–¿Su nieta no viene a la mesa para las comidas? –pregunté a la dueña de casa con intención de conducir el diálogo a un terreno de mayor familiaridad.

–Por ahora toma su alimento a solas –aclaró doña Laura–, la pobrecita continúa nerviosa, abatida. Aquí no invitamos a la mesa a una persona que demuestra perturbación o disgusto. La neurastenia tanto como la ansiedad emiten fluidos pesados y deletéreos que automáticamente se combinan con las sustancias alimenticias. Mi nieta permaneció durante quince días en el Umbral, con una intensa somnolencia; nosotros nos encargamos de asistirle. Debía ingresar en los pabellones hospitalarios pero finalmente ha sido confiada a mis cuidados directos.

Manifesté voluntad de visitar a la recién llegada del planeta. Sería muy interesante escucharla. ¿Cuánto hacía que yo no tenía noticias directas de la existencia común?

La Señora Laura no se hizo rogar, cuando le di a conocer mi deseo.

Fuimos hasta un cuarto confortable y muy amplio. Una joven con marcada palidez reposaba en un cómodo sofá. Dio muestras de haberse sorprendido mucho al verme.

–Este amigo, Eloísa –explicó la progenitora de Lisias mientras me señalaba–, es un hermano nuestro que retornó de la esfera física

poco tiempo atrás.

La joven me observó con curiosidad, si bien sus ojos escondidos en profundas ojeras tradujeron el enorme esfuerzo que hacía para concentrar la atención. Me saludó con una vaga sonrisa y por mi parte me di a conocer.

–Debe de estar cansada –mencioné.

Pero antes que ella respondiera lo hizo la Señora Laura, a fin de ahorrarle la fatiga de esfuerzos excesivos:

–Eloísa ha estado inquieta, afligida. En parte está justificado: la tuberculosis fue prolongada y le dejó rastros evidentes. Sin embargo, nunca se debe prescindir del optimismo y el coraje.

Vi que la joven abría desmesuradamente sus ojos renegridos como si quisiera contener el llanto, pero fue en vano. Su tórax comenzó a agitarse violentamente y se cubrió el rostro con un pañuelo sin que pudiera contener los sollozos angustiados.

–¡Pobrecita! –le dijo la generosa señora mientras la abrazaba–. Es necesario que reacciones contra ese estado. Estas impresiones son el resultado de la educación religiosa deficiente, nada más. Bien sabes que tu madre no tardará, tanto como que no puedes contar con la fidelidad de tu novio, pues de ningún modo está preparado para brindarte una sincera dedicación espiritual en la Tierra. Él todavía está lejos del espíritu sublime del amor iluminado. Como es natural, se casará con otra. Debes habituarte a esta convicción. No sería justo exigirle que viniera repentinamente.

Con una sonrisa maternal, la Señora Laura agregó:

–Admitamos que viniera en contravención a la ley. ¿No sería aún más duro el sufrimiento? ¿No pagarías cara tu intervención en ese sentido? Aquí no habrán de faltarte amistades cariñosas ni colaboración fraternal, de modo que llegues a recuperar el equilibrio. Y si de hecho amas al joven, debes proponerte una actitud coherente que más adelante lo beneficie. Por otra parte, tu madre no tardará en llegar.

Me daba pena el llanto copioso de la joven. Intenté imprimirle un nuevo rumbo a la conversación con el fin de sacarla de la crisis de lágrimas.

–¿De dónde vienes, Eloísa? –le pregunté.

La madre de Lisias se quedó callada; ella también parecía deseosa de verla con más ánimo.

Luego de unos instantes que nos parecieron muy largos, mientras se enjugaba sus ojos lacrimosos la joven respondió:

–De Río de Janeiro.

–Pero no tienes que llorar de ese modo –objeté. Eres muy afortunada: has desencarnado hace pocos días, estás con tus familiares, no supiste de tempestades en el gran viaje...

Pareció reanimarse y habló con más calma:

–No se imagina cuánto he sufrido. Ocho meses de lucha con la tuberculosis, a pesar de los tratamientos... la amargura de haber transmitido la enfermedad a mi cariñosa madre... Por si no fuera suficiente, lo que padeció por mi causa mi pobre novio es inenarrable...

–Bueno, bueno, no digas eso –intervino la Señora Laura esbozando una sonrisa–. En la Tierra siempre tenemos la ilusión de que no hay dolor mayor que el nuestro. Absoluta ceguera: existen millones de criaturas que afrontan situaciones realmente crueles comparadas con nuestras experiencias.

–Sí abuela, pero Arnaldo se quedó desconsolado, desesperado. Todo eso alcanza para estar preocupada –agregó molesta.

–¿Estás sinceramente convencida de que es así? –preguntó la matrona con un tono cariñoso–. Observé a tu ex novio en varias ocasiones durante tu enfermedad. Era previsible que se conmoviera de tal modo al ver tu cuerpo reducido a despojos, pero no está preparado para comprender un sentimiento puro. Se recuperará pronto. El amor iluminado no es para cualquier criatura humana.

Conserva el optimismo. Podrás auxiliarlo sin dudas en muchas ocasiones, pero en lo concerniente a la unión conyugal, cuando puedas incursionar en las esferas del planeta en nuestra compañía lo encontrarás casado con otra.

Asombrado de lo que había oído noté la sorpresa y el dolor reflejados en la expresión de Eloísa. La convaleciente no sabía qué actitud adoptar en vista de la serenidad y el buen sentido de su abuela.

–¿Será posible?

La progenitora de Lisias puso en la inflexión de su voz todo el cariño que le inspiraba la joven al decirle:

–No seas porfiada ni trates de desmentirme.

La Señora Laura notó que la enferma adoptaba aparentemente la actitud interna de quien desea pruebas, de modo que insistió con la mayor generosidad:

–¿Te acuerdas de María de la Luz, esa compañera del colegio que te llevaba flores todos los domingos? Pues ten en cuenta lo siguiente: cuando el médico anunció con carácter confidencial la imposibilidad de que tu cuerpo físico se restableciera, Arnaldo, pese a estar muy apenado, comenzó a envolverla en vibraciones mentales diferentes. Ahora que ya estás aquí no demorarán mucho las nuevas decisiones.

–¡Ah! ¡Qué horror, abuela!

–¿Horror, por qué? Es conveniente que te habitúes a considerar las necesidades ajenas. Tu novio es un hombre como cualquier otro, no está atento a las bellezas sublimes del amor espiritual. No puedes obrar milagros en él por mucho que lo ames. Descubrirse a sí mismo es cuestión de cada uno. Arnaldo reconocerá más adelante la belleza de tu idealismo; pero por ahora es preciso dejarlo con las experiencias que necesita.

–¡No me conformo con eso! –se quejó la joven, llorando–. Justamente María de la Luz, la amiga a quien siempre tuve por

fidelísima...

Entonces la Señora Laura sonrió y dijo cautelosamente:

–¿Acaso no será más agradable confiarlo a los cuidados de una persona a quien consideras tu hermana? María de la Luz será siempre tu amiga espiritual, mientras que alguna otra mujer tal vez te impidiera, en el futuro, el acceso al corazón de él.

Yo estaba francamente anonadado. Eloísa estalló en sollozos. La bondadosa señora percibió mi preocupación y tal vez animada por el propósito de orientarnos, tanto a la nieta como a mí, explicó sensatamente:

–Interpreto la causa de tu llanto, hijita: nace de la tierra inculta de nuestro milenario egoísmo, de nuestra obstinada vanidad humana. Aún así tu abuela no habla con ánimo de herirte, sino de ayudarte a que despiertes.

Eloísa lloraba desconsolada, de modo que la madre de Lisias me invitó a que regresáramos a la sala de estar, considerando la necesidad de reposo de la enferma.

Cuando nos sentamos habló con tono confidencial:

–Mi nieta llegó con profunda extenuación. Aprisionó su corazón en las tramas del amor propio. En rigor, le correspondería estar en alguno de nuestros hospitales; no obstante, el Asistente Cruceiro opinó que era preferible ubicarla al amparo de nuestro cariño. Por otra parte, eso me satisface pues mi querida Teresa, su madre, está por llegar. Con un poco de paciencia hallaremos la solución adecuada. Sólo es cuestión de tiempo y de serenidad.

## Nociones de hogar

Me animaba el deseo de asimilar los principios educativos que fluían naturalmente de la charla de la Señora Laura, así que en un impulso de curiosidad le pregunté:

–Con tantas ocupaciones que atender, ¿tiene además compromisos fuera de la casa?

–Por supuesto; vivimos en una ciudad de transición y mientras tanto, las finalidades de la colonia consisten en el trabajo y el aprendizaje. Las almas femeninas asumen aquí numerosas obligaciones, a modo de preparación para el retorno al planeta o bien para ascender a esferas de mayor elevación.

–Y la organización doméstica en “Nuestro Hogar”, ¿es idéntica a la de la Tierra?

La interlocutora insinuó en su rostro una expresión muy significativa al agregar:

–El hogar terrestre es el que hace tiempo se esfuerza por copiar nuestra organización doméstica, pero allá salvo raras excepciones, los cónyuges todavía tienen por delante carpir el terreno de los sentimientos, invadido por las hierbas indeseables de la vanidad personal, en el cual están instalados los monstruos de los celos y el egoísmo. A mi regreso del planeta, la última vez, traía como es natural grandes ilusiones, y coincidió mi crisis de orgullo herido con que me llevaron a escuchar a uno de los instructores más

importantes, en el Ministerio del Esclarecimiento. A partir de ese día penetró un nuevo flujo de ideas en mi espíritu.

–¿Podría hacer alguna mención a las lecciones recibidas? – indagué con interés.

–El orientador era versado en matemáticas –prosiguió ella– y nos ayudó a comprender que el hogar sería algo así como un ángulo recto delimitado por las líneas del plano de la evolución divina. La recta vertical equivale al sentimiento femenino, envuelto en las inspiraciones creadoras de la vida. La recta horizontal corresponde al sentimiento masculino, que se dirige hacia realizaciones en el campo del progreso común. El hogar resulta ser el vértice sagrado donde el hombre y la mujer confluyen en la comprensión indispensable. Es un templo donde los seres deben unirse antes en espíritu que corporalmente. En la actualidad hay en la Tierra un considerable número de estudiosos de las cuestiones sociales, que ventilan diversas medidas y convocan a la regeneración de la vida doméstica. Algunos de ellos llegan a afirmar que la institución de la familia humana está amenazada.<sup>14</sup> Mientras tanto, es importante considerar que, en rigor, el hogar es una conquista sublime que los hombres materializan con lentitud. ¿Dónde está en las regiones del globo el verdadero establecimiento doméstico, basado en la armonía necesaria, con los derechos y deberes legítimamente compartidos? En su mayoría, las parejas terrestres pasan las benditas horas del día comportándose con indiferencia y egoísmo feroz. Cuando el marido está tranquilo la mujer parece desesperada; cuando la esposa se calla humildemente el compañero se vuelve un tirano. Ni la consorte se decide a dar ánimo al esposo según la línea horizontal de sus trabajos temporarios, ni el marido resuelve seguirla en el vuelo divino de la ternura y el sentimiento, rumbo a los ámbitos superiores de la creación. Disimulan en sociedad tanto como en la vida íntima; uno realiza viajes mentales a larga distancia cuando el otro hace comentarios sobre las funciones que le atañen. Si la mujer se refiere a sus hijos, el marido incursiona en los negocios; si el compañero analiza alguna dificultad del trabajo que le corresponde, la mente de la esposa se marcha hasta el taller de la modista. Por

supuesto que en tales circunstancias, el ángulo divino no está convenientemente trazado. Dos líneas divergentes se proponen en vano formar el vértice sublime, para construir un peldaño en la escalera magnífica de la vida eterna.

Esos conceptos me calaron hondo y acoté sumamente impresionado:

–Señora Laura, esas definiciones motivan un mundo de pensamientos nuevos. ¡Ah! ¡Si supiéramos todo eso en la Tierra!...

–Se trata de una cuestión de experiencia, amigo –respondió la noble matrona–, el hombre y la mujer aprenderán con el estímulo del sufrimiento y de la lucha. Por ahora pocos son los que conocen que el hogar es una institución esencialmente divina, y que se debe vivir puertas adentro de él con absoluta entrega del corazón y del alma. Mientras las criaturas humanas transitan la florida región del noviazgo, se buscan en general poniendo en acción los máximos recursos del espíritu. De ahí que se considere que todos los seres son hermosos cuando están realmente enamorados. El tema más trivial adquiere un singular encanto en las conversaciones más intrascendentes. El hombre y la mujer se complementan allí para la integración de sus potencias excelsas. Pero tan pronto reciben la bendición nupcial, la mayoría atraviesa los velos del deseo y va a caer en los brazos de los antiguos monstruos que tiranizan a los corazones. No existen las concesiones recíprocas. No existe la tolerancia y, a veces, ni siquiera la fraternidad. Entonces se apaga la belleza luminosa del amor cuando los cónyuges pierden la camaradería y el hábito de la conversación. A partir de ese momento, los más educados se respetan, los más descorteses apenas se soportan. No se entienden. Plantean las preguntas y las respuestas con vocablos breves. Por más que se unan los cuerpos, las mentes viven separadas y se desenvuelven con rumbos opuestos.

–¡Es la pura verdad! –aduje conmovido.

–¿Qué se puede hacer entonces, amigo mío? –replicó la bondadosa señora–. En la fase actual de la evolución del planeta, en

la esfera carnal son rarísimas las uniones de almas gemelas; el número de matrimonios compuestos por almas hermanadas o afines es escaso y el porcentaje de vínculos de rescate, abrumador. La mayor cantidad de los matrimonios humanos está constituida por seres realmente obligados, encadenados los unos a los otros.

En un intento por retomar el hilo de las reflexiones propuestas por mi pregunta inicial, la progenitora de Lisias continuó:

–Las almas femeninas no pueden permanecer inactivas aquí. Es necesario aprender a ser madre, esposa, misionera, hermana. La tarea de la mujer en el hogar no puede circunscribirse a unas cuantas lágrimas de piedad ociosa, como tampoco a una sucesión de años de servidumbre. Claro que, por su parte, el movimiento contemporáneo del feminismo a ultranza constituye una acción abominable que atenta contra las auténticas atribuciones del espíritu femenino. La mujer no puede entablar un duelo con los hombres por medio de los escritorios y los despachos: están reservados para las actividades adecuadas al espíritu masculino. Nuestra colonia, no obstante, nos enseña que existen ennoblecedoras tareas de extensión del hogar para las mujeres. La enfermería, la enseñanza, la industria del hilo, la información, los servicios de paciencia representan actividades suficientemente expresivas. El hombre debe aprender a aportar al ambiente doméstico la riqueza de sus experiencias, y la mujer necesita trasladar la dulzura del hogar hacia las labores rudas del hombre. Dentro de la casa, la inspiración; fuera de ella, la actividad. La una no sobrevivirá sin la otra. ¿Cómo alimentar el río sin la naciente, o de otro modo, cómo se distribuirá el agua de la naciente si falta el lecho del río?

No pude omitir una sonrisa al escuchar la pregunta.

La madre de Lisias, luego de un prolongado intervalo continuó:

–Cuando el Ministerio del Auxilio me confía niños en mi hogar, mis horas de servicio se contabilizan al doble, lo que puede darle una idea de la importancia del servicio maternal en el ámbito de la

Tierra. Mientras tanto, cuando no ocurre así mis deberes cotidianos consisten en las labores de enfermería, con una semana de cuarenta y ocho horas de actividad. En nuestra casa todos trabajan. A no ser por mi nieta convaleciente, no tenemos ninguna persona de la familia en áreas de reposo. Ocho horas a favor de la comunidad cada día constituye un programa al cual todos pueden acceder. Me sentiría avergonzada si no contribuyera con mi cuota.

La interlocutora interrumpió su charla por unos instantes, mientras yo me sumergí en hondas reflexiones...

---

<sup>14</sup> N. T.: Primera mitad del siglo XX.

## Continuación de la charla

La charla, Señora Laura –manifesté con interés–, sugiere numerosos interrogantes. Disculpe mi curiosidad, o tal vez el abuso...

–No diga eso –replicó bondadosa–, pregunte siempre. No estoy en condiciones de enseñarle, pero cada vez fácilmente puedo transmitirle informaciones.

Nos reímos del comentario y consulté de inmediato:

–¿Cómo se encara el problema de la propiedad en la colonia? Esta casa, por ejemplo, ¿es suya?

Me explicó de buen grado:

–Al igual que en la Tierra, la propiedad aquí es relativa. Nuestras adquisiciones se hacen con base en horas de trabajo. El bonus-hora es, en definitiva, nuestro dinero. Los artículos prácticos se consiguen con esos cupones que obtenemos a costa del esfuerzo y la dedicación. Las construcciones en general forman parte de un patrimonio común controlado por la gobernación; cada familia espiritual, no obstante, puede llegar a tener un hogar –nunca más de uno– mediante la presentación de treinta mil bonus-hora, lo que equivale a un determinado tiempo de servicio. Nuestra propiedad la debemos al trabajo perseverante de mi esposo, que vino a la esfera espiritual mucho antes que yo. Durante dieciocho años estuvimos separados por los lazos físicos, pero siempre unidos por los vínculos

espirituales. Ricardo no descansó. Fue admitido en “Nuestro Hogar” –al cabo de un período de extremas perturbaciones–, y comprendió de inmediato la necesidad del esfuerzo activo, así que nos preparó un nido para el futuro. Cuando llegué estrenamos la vivienda que él había arreglado con esmero, y nuestra dicha se intensificó. A partir de entonces mi esposo me dio instrucciones acerca de nuevos conceptos. Mis luchas en la viudez habían sido difíciles. Joven todavía, con los hijos pequeños, tuve que afrontar arduas tareas. A costa de pruebas penosas, trasmití a los retoños de nuestra unión los valores educativos que disponía y desde temprano infundí en ellos el hábito del trabajo. Más tarde comprendí que la existencia laboriosa me había librado de las indecisiones y angustias del Umbral, porque me puso a cubierto de muchas tentaciones peligrosas. El sudor del cuerpo y la preocupación sana, en el terreno de las actividades honestas, constituyen valiosos recursos para la elevación y defensa del alma. Volver a encontrar a Ricardo y elaborar un nuevo nido de afectos, representaba el Cielo para mí. Durante años consecutivos compartimos una vida de permanente ventura, dedicados al trabajo a favor de nuestra evolución cada vez más unidos, y a cooperar en el progreso efectivo de quienes nos son afines. Con el correr del tiempo Lisias, Iolanda y Judite se reunieron con nosotros, para mayor ventura todavía.

Luego de un breve intervalo en que parecía meditar, mi interlocutora prosiguió con seriedad:

–Pero la esfera terrestre nos aguardaba. Así como el presente desbordaba alegría, el pasado nos convocaba a una rendición de cuentas a fin de que el futuro estuviera en armonía con la Ley eterna. No podíamos pagarle a la Tierra con bonus-hora, sino con los frutos de nuestro sudor en el trabajo honrado. Gracias a que pusimos buena voluntad se aclaró nuestra visión relativa al doloroso pasado. Fue de ese modo que la ley del ritmo exigió nuestro regreso.

Aquellas manifestaciones me causaban viva impresión. Era la primera vez que dentro de la colonia, y con tal profundidad, llegaba

a mis oídos el tema relacionado con las encarnaciones pasadas.

–Señora Laura –exclamé interrumpiéndola–, permítame por obsequio una digresión. Perdóneme la curiosidad; hasta el presente no he podido conocer más detenidamente lo que tiene conexión con mi pasado espiritual. ¿Acaso no estoy liberado de los lazos físicos? ¿No es cierto que atravesé el río de la muerte? ¿Usted recordó el pasado inmediatamente después de su llegada o debió aguardar el paso del tiempo?

–Esperé –contestó sonriente–; ante todo es indispensable despojarnos de las impresiones físicas. El recubrimiento de la inferioridad es muy resistente. Debemos disponer de mucho equilibrio para que recordemos con sentido edificante. Por lo general todos incurrimos en equivocaciones resonantes en los ciclos de la vida eterna. Quien se acuerda de algún crimen que ha cometido suele considerarse el más desdichado del universo; quien recuerda el crimen del cual ha sido víctima se incluye también entre los desventurados. Por lo tanto, solamente el alma muy segura de sí misma recibe tales atributos como un logro espontáneo. Los demás son debidamente controlados dentro del dominio de las reminiscencias y si se proponen burlar los mecanismos de la ley, no es raro que se inclinen al desequilibrio o la locura.

–¿Y usted recordó el pasado en forma espontánea? –insistí con el tema.

–Le explico –me respondió bondadosamente–; cuando se me aclaró la visión interior, los recuerdos difusos me causaban perturbaciones considerables. Coincidió con que mi marido compartía ese mismo estado del alma, de modo que ambos resolvimos consultar al asistente Longobardo, apreciado amigo. Después de un minucioso análisis de nuestras impresiones nos recomendó a los magnetizadores del Ministerio del Esclarecimiento, que nos recibieron con cariño. En primer lugar tuvimos acceso a la Sección del Archivo, donde se encuentran los registros personales de cada uno de nosotros. Nos aconsejaron los técnicos de aquel Ministerio leer por el término de dos años nuestras propias

memorias, que abarcaban un período de tres siglos, sin perjuicio para nuestra tarea en el Ministerio del Auxilio. El jefe del Servicio de Recuerdos no nos autorizó la lectura de fases anteriores, con la justificación de que no estábamos capacitados para soportar los acontecimientos correspondientes a otras épocas.

–¿Y fue suficiente con la lectura para que se sintiera en posesión de las reminiscencias? –interrumpí con curiosidad.

–No. La lectura sólo informa. Después de un prolongado período de meditación para esclarecimiento propio, fuimos sometidos a determinadas operaciones psíquicas, a fin de que tuviéramos acceso a los registros emocionales de los recuerdos. Nos llevamos sorpresas indescriptibles. Los Espíritus técnicos en el tema nos aplicaron pases en el cerebro, para despertar de tal manera energías específicas adormecidas... Ricardo y yo nos convertimos, entonces, en dueños de trecientos años de memoria integral. ¡Así llegamos a comprender cuán grande es todavía nuestra deuda con las organizaciones del planeta!...

–¿Y dónde se encuentra ahora nuestro hermano Ricardo? ¡Cuánto estimaría conocerlo!... –exclamé muy impresionado.

La progenitora de Lisias movió la cabeza dándome a entender que eso era imposible y murmuró:

–En vista de lo observado sobre el pasado en común, nos pusimos de acuerdo sobre un nuevo encuentro en la superficie planetaria. Tenemos trabajo, mucho trabajo por delante en la Tierra. Por eso Ricardo se marchó hace ya tres años. En cuanto a mí, habré de seguirlo dentro de pocos días. Debo aguardar la llegada de Teresa, para dejarla junto a los nuestros.

Con la mirada errante, como si la mente estuviera muy lejos, junto a esa hija que todavía estaba retenida en la Tierra, la Señora Laura repitió:

–La madre de Eloísa no tardará. Su pasaje a través del Umbral durará algunas horas, en vista de sus enormes sacrificios desde la infancia. Tanto ha sufrido que no le serán necesarios los

tratamientos del Ministerio de la Regeneración. Por consiguiente, podré confiarle mis obligaciones en el de Auxilio y partiré tranquila. El Señor no se olvidará de nosotros.

## 22

# El bonus-hora

Noté que la Señora Laura, repentinamente, se mostró apenada cuando recordó a su marido, así que con el propósito de cambiar el rumbo de la conversación le pregunté:

–¿Qué puede decirme del bonus-hora? ¿Se trata de algún metal convertido en moneda?

Mi interlocutora modificó el aspecto melancólico en el que se había recluso y contestó cortésmente:

–No es precisamente una moneda, sino una ficha de servicio individual que hace las veces de valor adquisitivo.

–¿Adquisitivo? –pregunté abruptamente.

–Permítame explicarle –respondió la bondadosa señora–. En “Nuestro Hogar” la producción elemental de la vestimenta y la alimentación pertenece a todos por igual. Existen servicios centrales de distribución en la gobernación y departamentos del mismo trabajo en los ministerios. El proveedor principal es una propiedad colectiva.

Ante mi gesto silencioso de asombro insistió:

–Todos cooperan al incremento del patrimonio común y de él viven. Los que trabajan por supuesto adquieren justos derechos. Cada habitante de “Nuestro Hogar” recibe provisiones de pan y ropa, en lo relativo a lo estrictamente necesario; pero los que se esfuerzan en la obtención de los bonus-hora consiguen ciertas prerrogativas

en la comunidad social. El Espíritu que todavía no trabaja puede recibir albergue aquí; no obstante, aquellos que cooperan pueden tener su casa propia. El ocioso se vestirá, a no dudarlo; pero el operario cumplidor se vestirá con lo que más le plazca. ¿Me comprende? Los que no tienen ocupación pueden permanecer en los campos de reposo o en los establecimientos para tratamiento, favorecidos por la intercesión de amigos, aunque las almas laboriosas ganan los bonus-hora y pueden gozar de la compañía de hermanos queridos, sea en los lugares destinados al entretenimiento o en contacto con orientadores sabios, en las diversas escuelas de los ministerios en general. Nos es necesario conocer el precio de cada indicio de mejoría y elevación. Cada uno de nosotros, los que trabajamos, toma el compromiso de aportar un mínimo de ocho horas de servicio útil de las veinticuatro que componen el día. Las alternativas de trabajo son numerosas y la gobernación permite cuatro horas de esfuerzo extraordinario a quienes desean colaborar de buena voluntad en el trabajo general. De tal manera, muchos consiguen setenta y dos bonus-hora por semana, sin incluir los servicios que demandan alguna clase de sacrificio personal, en cuyo caso las remuneraciones se duplican o se triplican algunas veces.

–Pero ¿es ése el único tipo de remuneración?

–En efecto. Es la única forma de pago a los colaboradores de la colonia, no sólo en cuanto a la administración sino también en lo relativo a la obediencia.

Hice una comparación con las organizaciones terrestres e indagué con asombro:

–Además, ¿cómo se puede conciliar esa forma con la naturaleza del servicio? ¿El administrador ganará ocho bonus-hora en la actividad normal del día y el operario del transporte recibirá lo mismo? ¿No es el trabajo del primero más elevado que el del segundo?

A mi pregunta, la señora sonrió y me explicó:

–Todo es relativo. Si como directivo o como subalterno, el trabajo es de sacrificio personal, la expresión remunerativa se multiplica adecuadamente. En un análisis más detallado de su pregunta, precisamos antes que nada dejar de lado determinados prejuicios de la Tierra. La naturaleza del servicio es uno de los problemas más importantes. Pese a ello, incluso en las esferas de la superficie terrena el asunto presenta algunas otras dificultades cuando se le busca una solución. La mayoría de los hombres encarnados está simplemente ensayando el espíritu de servicio, en un proceso de aprendizaje relativo a cómo trabajar en los diversos sectores de la vida humana. Por eso mismo, es imprescindible determinar las remuneraciones terrestres con mayor atención. Toda la ganancia externa del mundo es un lucro transitorio. Encontramos trabajadores obcecados por la cuestión de ganar, que transfieren fortunas abultadas a la inconsciencia y la disipación; otros acumulan billetes que les sirven para martirio personal y para ruina de la familia. Por otro lado, es indispensable considerar que el setenta por ciento de los administradores terrenales no evalúan los deberes morales que les competen, y que el mismo porcentaje puede ser adjudicado a quienes fueron convocados a funciones de subordinación. Casi todos confiesan la ausencia del impulso vocacional, no obstante lo cual reciben los réditos de los cargos que ocupan. Existen gobiernos tanto como empresas, que al mismo tiempo asignan remuneraciones a médicos dedicados a la explotación de los intereses de terceros y a operarios que *matan* el tiempo. ¿Cuál es en estos casos la naturaleza del servicio? Algunos de los técnicos de la industria económica nunca apreciaron en su real magnitud la responsabilidad que les cabe y se valen de leyes magnánimas –a la manera de moscas venenosas sobre el pan sagrado–, para reclamar retribuciones, facilidades y jubilaciones. Tenga la certeza de que todos habrán de pagar muy cara la negligencia. Parece todavía lejana la época en que los institutos sociales estarán en condiciones de determinar el nivel de calidad del servicio de los hombres. Mientras tanto, en los ámbitos espirituales superiores no se especifica el tipo de trabajo sin la debida consideración de los valores morales que implican.

Esas palabras despertaban en mí concepciones nuevas. La interlocutora prosiguió, percibiendo mi sed de instrucción:

–El auténtico beneficio de la criatura es de índole espiritual y el bonus-hora, dentro de nuestra organización, sufre modificaciones en su valor sustancial según la naturaleza de los servicios. En el Ministerio de la Regeneración tenemos bonus-hora Regeneración; en el Ministerio del Esclarecimiento, los bonus-hora Esclarecimiento y así sucesivamente. Ahora bien, si analizamos la remuneración espiritual es razonable que la documentación de trabajo revele la esencia del servicio. Las conquistas fundamentales están constituidas por experiencia, educación, aumento de las bendiciones divinas, ampliación de posibilidades. Desde ese aspecto, los factores de cumplimiento y dedicación representan aquí casi todo. En nuestra ciudad de transición, la mayoría se prepara de acuerdo con la necesidad de retornar a los círculos terrenales. Si analizamos ese principio, la razón indica que el hombre que empleó cinco mil horas en servicios regeneradores ha efectuado un esfuerzo sublime en beneficio de sí mismo; el que invirtió seis mil horas de actividad en el Ministerio del Esclarecimiento, habrá ganado en sabiduría. Tenemos derecho a gastar los bonus-hora conquistados; sin embargo, más importante aún es el registro individual para la contabilización del tiempo de servicio útil, pues nos confiere derecho a preciados títulos.

Tales informaciones me interesaban profundamente.

–¿Y podremos emplear nuestros bonus-hora a favor de los amigos? –indagué con curiosidad.

Claro que sí –me dijo–; podremos compartir las bendiciones de nuestro esfuerzo con quien nos plazca. Es un derecho inalienable del trabajador fiel. Pueden contarse por millones las personas favorecidas en “Nuestro Hogar” a raíz de la transferencia de la amistad y el estímulo fraternal.

A esa altura la progenitora de Lisias sonrió nuevamente al reflexionar:

–Cuanto mayor el total de tiempo trabajado, mayores intercesiones podemos hacer. Bien sabemos que nada existe que no tenga su precio, y que para recibir es indispensable dar algo. Por consiguiente, pedir es un hecho de gran significación en la existencia de cada uno. Solamente podrán solicitar providencias y dispensar atenciones los portadores de los debidos títulos. ¿Me entiende?

–¿Y el problema de la herencia? –consulté de repente.

–No hay demasiadas complicaciones en tal sentido –respondió la Señora Laura con una sonrisa. Veamos por ejemplo mi caso. Se aproxima el momento de mi regreso a la superficie. Dispongo de tres mil bonus-hora-Auxilio, en mi cuadro de economía personal. No puedo legárselos a mi hija que está por llegar, porque esos valores serán revertidos al patrimonio común y mi familia conservará solamente el derecho de heredar el hogar. No obstante, mi ficha de servicio me autoriza a que interceda por ella y le prepare aquí trabajo y colaboración amistosa, así como del mismo modo me garantiza el valioso auxilio de las organizaciones de nuestra colonia espiritual, durante mi permanencia en los círculos de la Tierra. En ese cómputo omito el lucro maravilloso que adquirí en el capítulo de la experiencia, a través de los años de cooperación en el Ministerio del Auxilio. Retorno a la Tierra investida de valores más elevados, y tengo a mi disposición cualidades de mayor nobleza en cuanto a la aptitud, en función del éxito al que aspiramos.

Estaba a punto de expresar mi admiración en lo referente al simple proceso de ganar, aprovechar, cooperar, servir, mediante una confrontación entre aquellas soluciones y los principios imperantes en el planeta, pero un suave rumor se acercó a la casa. Antes de que pudiera hacer algún comentario, la Señora Laura dijo con satisfacción:

–Han regresado nuestros queridos.

Y se puso de pie para ir a recibirlos.

## 23

# Saber escuchar

Íntimamente lamenté la interrupción de la charla. Las explicaciones de la Señora Laura fortalecían mi corazón.

Lisias entró en la casa visiblemente contento.

–¡Hola! ¿Todavía no fuiste a acostarte? –me preguntó sonriente.

Y mientras los jóvenes se despedían, me invitó cortésmente:

–Ven al jardín; aún no has observado la luna desde estos sitios.

La dueña de casa se puso a conversar con las hijas mientras que por mi parte salí junto con Lisias en dirección a los floridos canteros.

¡El espectáculo era soberbio! Habitado a la reclusión en el hospital, entre grandes árboles, no había tenido oportunidad de ver la escena maravillosa que la noche clara presentaba allí, en esos extensos sectores del Ministerio del Auxilio. Glicinas de prodigiosa belleza adornaban el paisaje. Lirios de nieve con leves matices de azul en el fondo del cáliz, parecían recipientes de delicado aroma. Aspiré profundamente y al hacerlo percibí cómo ondas de energía nueva penetraban en mí. A lo lejos, las torres de la gobernación mostraban hermosos efectos de luz. Estaba deslumbrado, a tal punto que no atinaba a pronunciar una palabra. Me esforcé para exteriorizar la admiración que invadía mi alma y sólo conseguí decir conmovido:

–¡Nunca experimenté tanta paz! ¡Qué noche!...

Mi acompañante sonrió y manifestó:

–Existe un compromiso entre todos los habitantes equilibrados de la colonia, en el sentido de que no sean emitidos pensamientos contrarios al bien. Por consiguiente, el esfuerzo de la mayoría se transforma en una plegaria casi permanente. De ahí provienen las vibraciones de paz que percibimos.

Luego de reconfortarme con la contemplación del extraordinario panorama, como si hubiera absorbido la luz y la calma de la noche, regresamos al interior donde Lisias se aproximó a un pequeño aparato instalado en la sala, parecido a nuestros receptores radiofónicos. La curiosidad me acuciaba. ¿Qué iríamos a oír? ¿Mensajes de la Tierra? Como si saliera al encuentro de mis interrogaciones internas el amigo explicó:

–No vamos a escuchar voces del planeta. Nuestras transmisiones están basadas en energías vibratorias más sutiles que las de la superficie.

–¿Pero no hay algún medio –consulté– para captar las emisiones terrestres?

–Por supuesto tenemos elementos para hacerlo en todos los ministerios. No obstante, en el ambiente doméstico el problema de nuestra actualidad es esencial. La programación del servicio según las necesidades, las recomendaciones de la espiritualidad superior, así como también las enseñanzas elevadas están para nosotros muy por encima de cualquier reflexión terrenal.

La observación era correcta; pero habituado al apego doméstico indagué, de pronto:

–¿Es así en efecto? ¿Y los parientes que quedaron lejos? ¿Nuestros padres, nuestros hijos?

–Esperaba esa pregunta. En los círculos terrestres somos inducidos muchas veces a viciar las situaciones. La hipertrofia del sentimiento es un mal generalizado en casi todos nosotros. Somos

en eso viejos prisioneros de la condición exclusivista. En lo que respecta a la familia, nos aislamos con frecuencia en el crisol de la sangre y nos olvidamos del resto de las obligaciones. Vivimos distraídos de los auténticos principios de la fraternidad. Los enseñamos al mundo, pero en general cuando nos llega el momento de dar testimonio, somos solidarios nada más que con los nuestros. Aquí, amigo, la medalla de la vida nos presenta la otra cara. Tenemos que curar nuestras viejas enfermedades y reparar las injusticias. En los comienzos de la colonia todas las residencias, por lo que sabemos, estaban vinculadas con los núcleos de evolución terrestre. Nadie soportaba la falta de noticias de su parentela. Desde el Ministerio de la Regeneración hasta el de la Elevación, se vivía en constante guerra de nervios. Rumores amenazadores perturbaban las actividades en general. Pero hace exactamente dos siglos, uno de los generosos ministros de la Unión Divina estimuló a la gobernación a mejorar ese estado de cosas. El ex gobernador era tal vez demasiado tolerante. La bondad desviada provoca indisciplina y caídas. Había ocasiones en que las noticias de los afectos terrestres llevaban intranquilidad a muchas familias. Los desastres colectivos del mundo, aún cuando afectaran solamente a algunas de las entidades de “Nuestro Hogar”, eran aquí verdaderas calamidades públicas. De acuerdo con nuestro archivo, la ciudad era más un departamento del Umbral que propiamente una zona de recuperación e instrucción. Amparado por la Unión Divina, el Gobernador prohibió el intercambio generalizado. Hubo reacciones. Pero el generoso Ministro que impulsó la medida se amparó en la enseñanza de Jesús que ordena a los muertos enterrar a sus muertos, de modo que al cabo de poco tiempo la innovación salió victoriosa.

–Aún así –objeté–, sería interesante recibir noticias de nuestros amados en tránsito en la Tierra. ¿No daría eso mayor tranquilidad al alma?

Lisias permanecía junto al receptor aunque sin encenderlo, como si estuviera interesado en brindarme explicaciones más amplias, y agregó:

–Obsérvate a ti mismo, a fin de ver si valdría la pena. ¿Estás preparado para conservar la suficiente serenidad, por ejemplo, aguardar con fe y obrar según los preceptos divinos, si te enterases que un hijo de tu corazón es objeto de una calumnia o al revés, que él es quien calumnia a un semejante? Si alguien te informara ahora que uno de tus hermanos consanguíneos acaba de ser encarcelado como criminal, ¿tendrías suficiente fuerza para mantenerte tranquilo?

Sonreí decepcionado.

–No debemos buscar noticias de los ámbitos inferiores – prosiguió atento– más que para implementar los auxilios necesarios. Convengamos, pues, en que nadie podrá prestar el debido auxilio si está afectado por desequilibrios del sentimiento y del razonamiento. Por eso, es indispensable la preparación adecuada antes de nuevos contactos con los parientes terrenales. Si ellos ofrecieran un campo fértil al amor espiritual, el intercambio sería deseable, pero un abrumador porcentaje de encarnados no ha alcanzado todavía ni siquiera el dominio sobre sí mismo y vive a la deriva, entre las fluctuaciones de naturaleza material. Aun así, pese a las dificultades sentimentales, necesitamos evitar la caída en los círculos vibratorios inferiores.

Con todo, poniendo en evidencia mi caprichosa terquedad indagué:

–Lisias, tú tienes en tu padre un amigo encarnado. ¿No te gustaría comunicarte con él?

–Por supuesto que sí –respondió bondadosamente–. Cuando nos hacemos merecedores de esa alegría lo visitamos en su nueva forma y lo mismo sucede cuando se trata de alguna expresión de intercambio entre él y nosotros. Pero no debemos olvidar que somos criaturas falibles, de modo que es conveniente que recurramos a los organismos competentes para que ellos determinen la oportunidad o el merecimiento requerido. A tal fin contamos con el Ministerio de la Comunicación. Es oportuno tener

en cuenta que desde la esfera superior se puede descender a la inferior con la mayor facilidad. No obstante, existen ciertas leyes que determinan comprender debidamente a quienes se hallan en las zonas más bajas. Tan importante es saber hablar como saber escuchar. “Nuestro Hogar” ha vivido en un clima de perturbaciones porque al no saber escuchar no podía auxiliar con éxito, y la colonia se transformaba a menudo en un campo propicio para la confusión.

Hice silencio: tan poderoso argumento me había convencido. El amistoso enfermero se quedó mirándome sin más palabras, y ante mi curiosa expectativa accionó el control de recepción.

## Una impresionante convocatoria

Luego de que Lisias encendiera el receptor, una suave melodía se esparció en el ambiente y nos envolvió en armoniosa sonoridad; al mismo tiempo se veía en el espejo del televisor la figura del locutor en su despacho de trabajo. Pocos instantes después comenzó a hablar:

–Emisora del Puesto Dos, de “Morada”. Proseguimos con la transmisión del pedido de la colonia en bien de la paz en la Tierra. Convocamos a los colaboradores con buena disposición de ánimo a que concentren sus energías en el servicio de preservación del equilibrio moral en las esferas del globo terrestre. Ayúdenos, cuantos puedan ceder algunas horas de cooperación, en las zonas de trabajo que conectan las fuerzas oscuras del Umbral con la mente humana. Densas falanges de la ignorancia, después de esparcir las antorchas incendiarias de la guerra en Asia, asedian las naciones europeas impulsándolas a nuevos crímenes. Nuestro núcleo, junto con todos los demás consagrados al trabajo de higiene espiritual, en los círculos más próximos de la corteza del planeta, denuncia esos movimientos de los poderes concentrados del mal y, al mismo tiempo, solicita el concurso fraterno y el auxilio posible. ¡Recuerden que la paz necesita trabajadores para defenderla! ¡Colaboren con nosotros en la medida de vuestras fuerzas!... ¡Hay tareas para todos, desde los campos de la superficie terrena hasta nuestras puertas!... Que el Señor nos bendiga.

Se interrumpió la voz y nuevamente volvió a escucharse una música celestial. El tono de la desusada invitación me había conmovido hasta las fibras más íntimas. Lisias vino en mi socorro a explicarme:

–Estamos escuchando “Morada”, una antigua colonia de servicios muy ligada a las zonas inferiores. Como sabes, estamos en agosto de 1939. Tus últimos sufrimientos personales no te dejaron tiempo para que consideraras la angustiosa situación del mundo, pero estoy en condiciones de afirmar que las naciones del planeta se hallan ante la inminencia de tremendas batallas.

–¿Qué estás diciendo? –le pregunté aterrado–. ¿No alcanzó la sangre de la última gran guerra?

Lisias sonrió y fijó en mí sus ojos brillantes y profundos, como si se lamentara en silencio de la gravedad de esa hora para el planeta. Por primera vez el enfermero amistoso no me respondió. Su mutismo me provocó angustia. Me asustaba, sobre todo, la magnitud de los servicios espirituales en los ámbitos de la vida nueva en la que me había refugiado. Entonces, ¿había ciudades de Espíritus generosos que suplicaban socorro y cooperación? La voz del locutor tenía el énfasis de un auténtico S. O. S. Había visto su fisonomía abatida en el espejo del televisor. Demostraba profunda ansiedad en sus ojos inquietos. ¿Y en cuanto al lenguaje? Se le había escuchado nítidamente el idioma portugués, claro y culto. Consideraba que todas las colonias espirituales se comunicaban mediante las vibraciones del pensamiento. ¿Había, incluso allí, tan considerable dificultad en el aspecto del intercambio? Lisias identificó mi perplejidad y me explicó:

–Estamos todavía muy lejos de las regiones ideales de la mente pura. Tal como ocurre en la Tierra, aquellos que mantienen perfecta afinidad entre sí pueden intercambiar pensamientos sin las barreras idiomáticas; pero de modo general, no podemos prescindir de la forma, en el específico sentido de la expresión. Nuestro campo de luchas es inconmensurable. La humanidad terrestre, constituida por millones de seres, se combina con la humanidad invisible del

planeta, que está compuesta por muchos miles de millones de criaturas. Por consiguiente, sería imposible alcanzar las zonas perfeccionadas inmediatamente después de la muerte del cuerpo físico. Los patrimonios nacionales y lingüísticos subsisten aún aquí, condicionados a las fronteras psíquicas. En los más diversos sectores de nuestra actividad espiritual existe un elevado número de Espíritus liberados de limitaciones, pero urge considerar que la regla general consiste en admitir esas restricciones. Nada escapará al principio de secuencia imperante en las leyes evolutivas.

En ese ínterin se interrumpió la música y regresó el locutor:

–Emisora del Puesto Dos, de “Morada”. Continuamos irradiando la convocatoria de la colonia en beneficio de la paz en la Tierra. Densa niebla se condensa en los cielos de Europa. Fuerzas tenebrosas del Umbral penetran en todas direcciones, como respuesta al llamamiento hecho por las tendencias mezquinas del hombre. Muchos son los benefactores devotos que luchan sacrificadamente a favor de la concordia internacional, en los despachos políticos. Algunos gobiernos, sin embargo, se encuentran excesivamente centralizados y brindan escasas posibilidades para la colaboración de naturaleza espiritual. Carentes de organismos que evalúen la situación y aconsejen con neutralidad, esos países marchan hacia una guerra de descomunales proporciones. ¡Oh! ¡Hermanos muy amados, desde los núcleos superiores, prestemos auxilio a la preservación de la tranquilidad humana!... ¡Defendamos los siglos de experiencia de numerosas patrias madres de la civilización occidental!... Que el Señor nos bendiga.

A las palabras del locutor sucedieron las delicadas melodías.

El enfermero permaneció en silencio; no osé molestarlo. Luego de cinco minutos de armoniosa distensión, la misma voz se hizo oír nuevamente:

–Emisora del Puesto Dos de “Morada”. Continuamos irradiando el llamado de la colonia en beneficio de la paz en la Tierra. ¡Compañeros y hermanos, invoquemos el amparo de las

poderosas Fraternidades de la Luz que rigen los destinos de América! ¡Cooperen con nosotros en la salvación de milenarios patrimonios de la evolución terrestre! ¡Marchemos a socorrer a las comunidades indefensas, protejamos a los corazones maternos oprimidos por la angustia! Nuestras energías están empeñadas en un vigoroso duelo con las legiones de la ignorancia. ¡Tanto como esté a vuestro alcance, acudan en nuestro auxilio! Somos la porción invisible de la humanidad terrestre y muchos de nosotros volveremos a los fluidos de la carne para rescatar antiquísimos errores. La humanidad encarnada es también nuestra familia. Unámonos en una sola vibración. Contra el asedio de las tinieblas hagamos la luz; contra la guerra del mal, implementemos la resistencia del bien. Ríos de sangre y lágrimas amenazan los campos de las comunidades europeas. Proclamemos la necesidad del trabajo edificante, amplíemos nuestra fe... Que el Señor nos bendiga.

A esa altura Lisias apagó el aparato y vi que enjugaba discretamente una lágrima que sus ojos no consiguieron contener. En un gesto efusivo habló emocionado:

–¡Cuánta abnegación en los hermanos de “Morada”! Pero todo será inútil –remarcó apesadumbrado luego de una breve interrupción–, la humanidad terrestre pagará en los próximos días terribles tributos de sufrimiento.

–¿No hay algún recurso para conjurar tan tremenda catástrofe? –le pregunté sensibilizado.

–Lamentablemente –agregó Lisias en tono circunspecto no exento de dolor– la situación general es muy crítica. Para atender a las solicitudes de “Morada” y de otros núcleos que funcionan en las adyacencias del Umbral, hemos realizado aquí numerosas asambleas, pero el Ministerio de la Unión Divina explicó que la humanidad terrenal, como una personalidad colectiva, se encuentra en las condiciones del hombre insaciable que se excedió devorando los alimentos del banquete común. La crisis orgánica es inevitable. Algunas naciones se nutrieron de orgullo criminal, de vanidad y

egoísmo feroz, por consiguiente ahora experimentan la necesidad de expulsar esos venenos letales.

En demostración de su propósito de no proseguir con el amargo asunto, Lisias me invitó a que me retirase a mi habitación.

## 25

# Un consejo generoso

Al día siguiente, muy temprano, tomé una comida liviana en compañía de Lisias y sus familiares.

Antes de que los hijos se despidieran rumbo al trabajo del Auxilio, la Señora Laura aportó coraje a mi espíritu dubitativo al decir de buen humor:

– Ya he dispuesto lo necesario para que esté acompañado en el día de hoy. Nuestro amigo Rafael, funcionario de la Regeneración, pasará por aquí a pedido mío. Ha aceptado ir junto con usted al nuevo ministerio. Rafael es un antiguo allegado a nuestra familia y lo presentará en mi nombre al ministro Genesisio.

No podría explicar la alegría que colmó mi alma. Estaba radiante. Agradecí conmovido sin encontrar palabras que definieran mi júbilo. Lisias, a su vez, demostró enorme agrado. Me abrazó efusivamente antes de salir, de un modo que sensibilizó mi corazón. Al besar a su hijo, la Señora Laura le recomendó:

–Lisias, avísale al ministro Clarencio que concurriré a mis actividades, tan pronto como confíe a nuestro amigo al cuidado de Rafael.

Sumamente conmovido, no conseguía agradecer tanta dedicación.

Cuando quedamos a solas, la desvelada progenitora de mi amigo me dirigió la palabra con cariño:

–Hermano, permítame algunas indicaciones para sus nuevos caminos. Considero que la colaboración maternal siempre es de utilidad y, dado que su madrecita no tiene su residencia en “Nuestro Hogar”, reivindico la satisfacción de orientarlo en este momento.

–Muy agradecido –le respondí emocionado–; nunca sabré cómo expresarle mi reconocimiento a su atención.

La bondadosa señora sonrió mientras agregaba:

–Estoy en conocimiento de que solicitó trabajo hace algún tiempo...

–Así es, así es... –le informé recordando las explicaciones de Clarencio.

–Sé asimismo que no lo obtuvo de inmediato y que posteriormente recibió la necesaria autorización para visitar los ministerios que nos relacionan más estrechamente con la Tierra.

La sensible señora esbozó una elocuente expresión fisonómica, en tanto que agregaba:

–Precisamente en este sentido le ofrezco mis humildes sugerencias. Lo hago con el derecho que me confiere una mayor experiencia. Ahora que ha obtenido esa autorización abandone tanto como le sea posible los propósitos de una mera curiosidad. No imite a la mariposa, que revolotea de lámpara en lámpara. Sé que su espíritu de investigación intelectual es muy poderoso. Usted ha sido un médico estudioso, apasionado por las novedades y los enigmas, de manera que le resultará muy sencillo instalarse en la nueva situación. No olvide que podrá conseguir elementos más valiosos y dignos que el simple análisis de las cosas. Incluso la curiosidad sana puede ser una zona mental muy interesante, aunque resulte peligrosa en ocasiones. En relación con ella el Espíritu osado y leal consigue desempeñarse en actividades ennoblecedoras, mientras que los indecisos e inexperientes pueden conocer dolores amargos, sin provecho para nadie. Clarencio le ha ofrecido ingresar en los ministerios, comenzando por el de la Regeneración. Pues bien: no se limite a observar. En lugar de dar albergue a la curiosidad medite

acerca del trabajo y entréguese a él en la primera ocasión que se le presente. Cuando surja una oportunidad en las tareas del Ministerio de la Regeneración, no se preocupe por llegar al escenario de los servicios en los demás ministerios. Aprenda a construir su círculo de simpatías y tenga presente que es conveniente que el espíritu de investigación se manifieste con posterioridad al espíritu de servicio. Investigar actividades ajenas sin demostrar su utilidad puede ser un atrevimiento criminal. Muchos fracasos en las realizaciones del mundo se originan en anomalías de esa índole. Todos desean observar, poco están dispuestos a colaborar. Solamente el trabajo digno confiere al Espíritu el merecimiento indispensable que lo hace acreedor de nuevos derechos. En el Ministerio de la Regeneración abundan las luchas intensas: allí está localizada la región más baja de nuestra colonia espiritual. Desde allí parten los grupos destinados a los servicios más arduos. Tampoco se considere humillado por atender tareas humildes. Le hago presente que en nuestras esferas, desde el planeta hasta los núcleos más elevados de las zonas superiores, haciendo referencia a la Tierra, el Mayor Trabajador es el propio Cristo y Él no desdeñó el serrucho pesado de una carpintería. El ministro Clarencio ha tenido la gentileza de autorizarlo a que conozca, visite y analice; no obstante, como servidor de buen criterio puede convertir las observaciones en una labor útil. Probablemente reciba alguna que otra negativa justificada de parte de quienes administran, cuando solicite un determinado tipo de actividad reservada con sensatez a los que han luchado y sufrido intensamente en busca de la especialización, pero nadie rechazará la colaboración de un Espíritu de buena voluntad, que ama el trabajo por el placer de servir.

Mis ojos se humedecieron. Esas palabras pronunciadas con la generosidad de una madre, fueron recibidas en mi corazón como un apreciado bálsamo. Pocas veces había experimentado en la vida tanto interés fraterno por mi destino. Ese consejo caló hasta el fondo de mi alma y como si deseara aderezar con amor esos criteriosos conceptos, la Señora Laura agregó con acento cariñoso:

–La ciencia de volver a comenzar está entre las más nobles que nuestro Espíritu puede aprender. En las regiones de la corteza terrestre son escasos quienes la comprenden. Tenemos pocos ejemplos humanos en tal sentido. Recordemos sin embargo a Pablo de Tarso, doctor del sanedrín, esperanza de una raza tanto por la cultura como por la juventud, objeto de la atención general en Jerusalén, que regresó cierto día del desierto para comenzar una nueva experiencia humana como tejedor rústico y humilde.

Ya no pude contenerme. Tomé sus manos como un hijo agradecido y las cubrí con el llanto jubiloso que desbordaba de mi corazón.

La progenitora de Lisias tenía los ojos fijos en el horizonte cuando murmuró:

– Muy agradecida, hermano. Considero que usted no ha venido a esta casa traído por el mecanismo de la casualidad. Estamos todos entrelazados en la trama de la amistad secular. En breve retornaré al círculo del cuerpo terrenal, no obstante seguiremos siempre unidos a través del corazón. Confío en verlo animado y dichoso, antes de mi partida. Haga de esta casa su propia casa. Trabaje y recupere el ánimo confiado en Dios.

Cuando levanté la mirada, empañada por las lágrimas, percibí su expresión cariñosa y experimenté la felicidad que brota de los afectos puros. Tuve la sensación de que conocía a mi interlocutora desde mucho tiempo atrás, aunque en vano intenté identificar su cariño en las reminiscencias más lejanas. Mi intención fue besarla una y otra vez, con el enternecimiento filial del corazón, pero en ese instante alguien golpeó a la puerta.

La Señora Laura traslució en su mirada indefinible dulzura maternal y dijo:

–Es Rafael, que viene a buscarlo. Vaya, amigo, con el pensamiento puesto en Jesús. Trabaje en bien de su prójimo, que así habrá de hallar su propio bien.

## 26

# Nuevas perspectivas

Mientras hacía una evaluación de las cariñosas y sabias recomendaciones de la madre de Lisias acompañé a Rafael, convencido de que me dirigía no a una visita de observación sino a un aprendizaje y un servicio de utilidad.

Miraba admirado el magnífico aspecto de la zona que recorría por primera vez, rumbo al lugar donde me aguardaba el ministro Genesio. Iba junto a Rafael en silencio, ajeno al placer de las preguntas interminables. En compensación experimentaba un nuevo estilo de actividad mental. Me confiaba por completo a la oración mientras imploraba auxilio a Jesús en los nuevos caminos, a fin de que no me faltara el trabajo ni las fuerzas para cumplirlo. Antes renuente a las manifestaciones de la plegaria, la empleaba ahora como un valioso punto de referencia de los sentimientos a los fines del servicio.

Rafael me dirigía de vez en cuando una mirada escrutadora, como si no esperase tal actitud de mi parte.

El aerobús nos dejó frente al gran edificio.

Descendimos en silencio.

Pocos minutos después me encontraba delante del respetable Genesio, un simpático anciano cuyo semblante revelaba una particular energía.

Rafael me presentó con actitud fraternal.

–¡Ah! Sí –manifestó el generoso Ministro–, ¿es este nuestro hermano André?

–Para servirlo –respondí.

–Recibí notificación de Laura relativa a que vendría. Póngase cómodo.

En ese ínterin el compañero se aproximó respetuosamente para despedirse y me dio un abrazo. Rafael era esperado con urgencia en el sector de tareas a su cargo.

Genesio fijó en mí sus ojos brillantes y comenzó a decirme:

–Clarencio me habló respecto de usted con interés. Casi siempre recibimos personas del Ministerio del Auxilio en visita de observación que, en la mayoría de los casos, derivan en puestos de servicio.

Comprendí la sutil alusión y manifesté:

–Ese es mi mayor deseo. Incluso he suplicado a las Potencias divinas que me ayuden porque mi espíritu es frágil, y que permitan que mi permanencia en este ministerio se convierta en una etapa de aprendizaje.

Genesio parecía conmovido por mis palabras y apelando a los consejos que me inducían a la humildad rogué con los ojos húmedos:

–Señor Ministro, ahora comprendo que mi paso por el Ministerio del Auxilio fue posible por obra de la gracia misericordiosa del Altísimo, tal vez debido a la constante intercesión de mi devota y santa madre. Comprendo, sin embargo, que solamente he estado recibiendo beneficios sin que haya producido algo útil. Estoy seguro de que este es mi lugar, en las actividades regeneradoras. Si fuera posible, por favor, haga que la concesión de la visita sea transformada en la posibilidad de prestar servicio. Hoy comprendo más que nunca antes la necesidad de regenerar mis propios principios. ¡Perdí mucho tiempo en la vanidad efímera, hice

enormes consumos de energía en una ridícula adoración de mí mismo!...

Satisfecho, él notaba que en el fondo de mi corazón estaba viva la sinceridad. Cuando apelé al ministro Clarenco todavía no estaba suficientemente consciente de lo que pedía. Quería servicio, pero probablemente no deseaba servir. No entendía el valor del tiempo ni apreciaba las bendiciones santificantes de la oportunidad. En el fondo, estaba el deseo de continuar tal como había sido hasta entonces –el médico orgulloso y respetado, engegucido por la pretensiones improcedentes alimentadas por el egoísmo en que vivía, encarcelado en mis opiniones personales. Pero ahora, ante lo que había visto y oído, comprendía la responsabilidad de cada uno de los hijos de Dios en la obra infinita de la creación y ponía en palabras lo mejor que poseía. Era sincero, en definitiva. No me preocupaba la clase de tarea; iba en busca del contenido sublime del espíritu de servicio.

El anciano me miraba sorprendido y me preguntó:

–¿Usted fue médico?

–Sí... –murmuré tímidamente.

Genesio estuvo en silencio durante algunos momentos, como si buscara alguna resolución para el caso y luego dijo:

–Aprecio sus propósitos y pido igualmente al Señor que lo conserve en esa posición de dignidad.

Luego, aparentemente interesado en levantarme el ánimo y encender en mi espíritu nuevas esperanzas destacó:

–Cuando el discípulo está preparado, el Padre envía al instructor. Lo mismo ocurre en relación con el trabajo. Cuando el servidor está preparado, aparece el servicio. Usted amigo ha recibido importantes recursos de la Providencia. Está bien predispuesto para la colaboración, comprende la responsabilidad, acepta el deber. Esa actitud es muy favorable para la concreción de sus deseos. En los círculos terrenales solemos felicitar a un hombre cuando obtiene la

prosperidad financiera o una excelente posición externa; aquí la situación es diferente. Estimamos la comprensión, el esfuerzo propio, la humildad sincera.

Al identificar mi ansiedad concluyó:

–Es posible obtener ocupaciones apropiadas. Mientras tanto es preferible que visite, observe, analice.

Inmediatamente después se conectó con un despacho próximo y habló con voz alta:

–Solicito la presencia de Tobías antes de que se dirija a las Cámaras de Rectificación.

No habían pasado más que unos minutos cuando se asomó a la puerta un señor de maneras desembarazadas.

–Tobías –explicó Genesio atento–, aquí tiene un amigo que procede del Ministerio del Auxilio, en tarea de observación. Considero de gran provecho para él el contacto con las actividades de las cámaras rectificadoras.

Le tendí la mano mientras el desconocido me correspondía con un gentil saludo:

–A sus órdenes.

–Condúzcalo –prosiguió el Ministro, dando evidencia de una gran bondad–. André necesita integrarse con el conocimiento más profundo de nuestras tareas. Facilítele todas las oportunidades que podamos ofrecerle.

Tobías se puso a disposición, dando muestras de la mejor buena voluntad.

–Estoy en camino –agregó él con buen humor–, si desea acompañarme...

–Por supuesto –respondí satisfecho.

El ministro Genesio me abrazó conmovido, con palabras de estímulo.

Seguí a Tobías con decisión.

Atravesamos amplios sectores, donde numerosos edificios me recordaron a las colmenas, por la intensa actividad. Al percibir mi silenciosa indagación, el nuevo amigo me explicó:

–Tenemos aquí las grandes fábricas de “Nuestro Hogar”. La preparación de jugos, tejidos y artefactos en general, da trabajo a más de cien mil seres, que al mismo tiempo se regeneran y se iluminan.

Poco después penetramos en un edificio de aspecto majestuoso. Numerosos servidores iban y venían. Atravesamos extensos corredores hasta que llegamos a una amplia escalinata que comunicaba con los niveles inferiores.

–Descendamos –dijo Tobías con una inflexión grave.

Y como percibió mi asombro me aclaró atento:

–Las Cámaras de Rectificación están ubicadas en las vecindades del Umbral. Los necesitados que se congregan en ellas no toleran la luz ni la atmósfera de los niveles que están más arriba, durante sus primeros tiempos de residencia en “Nuestro Hogar”.

## Por fin el trabajo

Nunca hubiera podido imaginar el panorama que se desplegaba ante mis ojos. No era precisamente un hospital de sangre. Tampoco un instituto para el tratamiento habitual de la salud orgánica. Se trataba de una serie de cámaras amplias, conectadas entre sí, repletas de verdaderos despojos humanos.

Una particular gritería flotaba en el aire. Gemidos, sollozos, frases de dolor pronunciadas reiteradamente... Rostros cadavéricos, manos esqueléticas, *facies* monstruosas traslucían una horrorosa miseria espiritual.

Tan angustiosas fueron mis primeras impresiones que apelé a los recursos de la plegaria para no flaquear.

Tobías, imperturbable, llamó a una anciana servidora que acudió cortésmente.

–Observo que hay pocos auxiliares –dijo asombrado–, ¿qué ha sucedido?

–El ministro Flacus –explicó la viejecita con tono respetuoso– determinó que la mayoría acompañase a los Samaritanos<sup>15</sup> durante los servicios de hoy, en las regiones del Umbral.

–Habrá que multiplicar las energías –replicó él con serenidad–, no tenemos tiempo que perder.

–¡Hermano Tobías!... ¡Hermano Tobías!... ¡Por caridad! –se escuchó gritar a un anciano que gesticulaba aferrado al lecho, como si fuera un loco–. ¡Estoy a punto de asfixiarme! ¡Esto es mil veces peor que la muerte en la Tierra!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Quiero salir, salir!... ¡Necesito aire, mucho aire!

Tobías se aproximó, lo examinó con atención y preguntó:

–¿A qué se debe que Ribeiro se haya agravado tanto?

–Tuvo una crisis de grandes proporciones –explicó la servidora– y el asistente Gonzalves explicó que la causa principal de ese agravamiento de la perturbación era la carga de pensamientos sombríos emitidos por sus parientes encarnados. Debido a que se encontraba todavía muy débil y no había acumulado energía mental suficiente para desprenderse de los lazos más firmes del mundo, el pobre no ha resistido como sería de desear.

Mientras el generoso Tobías acariciaba la frente del enfermo, la servidora proseguía con las explicaciones:

–Hoy, muy temprano, se escapó sin nuestro consentimiento y se puso a correr sin control. Gritaba que requerían su presencia en el hogar, que no podía olvidar a su esposa ni a sus hijos desesperados; que era una crueldad retenerlo aquí, lejos de su casa. Lorenzo y Hermes se esforzaron para que regresara al lecho, pero fue imposible. Resolví, entonces, aplicarle algunos pases de postración. Le reduje las energías y la movilidad para su propio beneficio.

–Hizo lo correcto –remarcó Tobías, pensativo–, voy a pedir providencias en contra de la actitud de la familia. Que reciba mayor cantidad de contrariedades, para que deje a nuestro Ribeiro en paz.

Observé al enfermo con el propósito de identificar su manifestación íntima y verifiqué que era exactamente la expresión de un demente. Él reclamaba a Tobías igual que un niño que conoce a su benefactor, pero daba muestras de una profunda alienación de cuanto se decía a su respecto.

Al notar mi asombro el nuevo orientador me explicó:

–El pobrecito permanece en la fase de pesadilla, en la que poco es lo que el alma ve y escucha más allá de sus propias aflicciones. El hombre, querido, encuentra en la vida real lo que acopió para sí mismo. Nuestro Ribeiro se dejó invadir por muchas ilusiones.

Hubiera querido indagar acerca del origen de sus padecimientos, conocer su procedencia y la reseña histórica de su situación; no obstante, tuve presente las criteriosas recomendaciones de la madre de Lisias acerca de la curiosidad, y me mantuve callado. Tobías dirigió al enfermo generosas palabras de optimismo y esperanza. Prometió que iba a disponer un recurso de mejoras, mientras tanto le recomendó que por su propio bien mantuviera la calma y que no se lamentara de estar prisionero de una cama. Ribeiro, tembloroso, con el rostro pálido como la cera esbozó una sonrisa que no pasó de una mueca melancólica, y al agradecer se le escaparon algunas lágrimas.

Seguimos la recorrida a lo largo de las numerosas filas de camas bien cuidadas, inhalando el desagradable hedor del lugar, que provenía como supe más tarde de las emanaciones mentales de los internados, portadores de las dolorosas impresiones de la muerte física y, muchas veces, dominados por pensamientos inferiores.

–Estas cámaras están reservadas –explicó el compañero bondadosamente– con exclusividad a entidades de naturaleza masculina.

–¡Tobías! ¡Tobías!... ¡Me estoy muriendo de hambre y de sed! –gritaba un aprendiz.

–¡Socorro, hermano!... –gritaba otro.

–¡Por amor de Dios!... ¡No puedo más!... –exclamaba otro.

Con el corazón acicateado por el sufrimiento de tantos seres, no pude contener una penosa pregunta:

–Amigo, ¡qué triste es la reunión de tantos sufrientes y torturados! ¿Por qué este cuadro angustioso?

Tobías, imperturbable, respondió:

–No debemos observar aquí solamente el dolor y la desolación. Tenga presente, hermano, que estos enfermos que aquí atendemos ya han salido del Umbral, donde tantas celadas esperan a los desprevenidos, a los que no saben cuidarse a sí mismos. En estos pabellones al menos ya se preparan para el servicio regenerador. En cuanto a las lágrimas que derraman, recordemos que ellos mismos son los responsables de esos padecimientos. La vida del hombre está concentrada donde él concentra su corazón.

Y luego de una pausa en que parecía sordo a tantos llamados, agregó:

–Son contrabandistas en la vida eterna.

–¿Qué es eso? –interrumpí con interés.

El interlocutor sonrió y respondió con voz firme:

–Suponían que las mercaderías estrictamente terrestres tendrían un valor similar en las regiones del Espiritu. Consideraban que el placer criminal, el poder del dinero, la rebeldía contra la Ley y la imposición de los caprichos atravesarían las fronteras de la tumba y seguirían vigentes también aquí, dándoles la ocasión para nuevos disparates. Fueron negociantes imprevisores. Se olvidaron de cambiar las posesiones materiales por créditos espirituales. No aprendieron las más simples operaciones de cambio en el mundo. Cuando viajaban a Londres convertían *contos de réis*<sup>16</sup> en libras esterlinas; entre tanto, ni con la certeza matemática de la muerte carnal se decidieron a adquirir los valores de la espiritualidad. Ahora... ¿Qué pueden hacer? Aquí tenemos a los millonarios de las sensaciones físicas transformados en mendigos del alma.

¡Cuánta verdad! Tobías no podía ser más lógico.

Mi nuevo instructor, luego de repartir consuelo y explicaciones a granel, me condujo a la amplia cámara anexa, semejante a una gran enfermería, donde me notificó:

–Veamos algunos de estos desdichados que están medio muertos.

Narcisa, la servidora, nos acompañaba solícita. Se abrió la puerta y casi me tambaleé ante la angustiante sorpresa. Treinta y dos hombres de semblante patibulario permanecían inertes en lechos muy bajos; solamente eran perceptibles en ellos leves movimientos de respiración.

Tobías hizo un gesto significativo de silencio con el índice mientras me explicaba:

–Estos sufridores padecen un sueño más pesado que otros de nuestros hermanos ignorantes. Los denominamos creyentes negativos. En vez de aceptar al Señor eran vasallos intransigentes del egoísmo; en vez de creer en la vida, en la actividad, en el trabajo, sólo admitían la nada, la inmovilidad, y la victoria del crimen. Han convertido la experiencia humana en una constante preparación para un gran sueño y como no tenían idea acerca del bien como servicio a la comunidad, no tienen otro remedio más que dormir por largos años con pesadillas siniestras.

No conseguía expresar mi espanto.

Con sumo esmero Tobías comenzó a aplicar pases de fortalecimiento, bajo mis ojos atónitos. Cuando hubo concluido la operación en los dos primeros, ambos comenzaron a expulsar una sustancia negra por la boca, una especie de vómito oscuro y viscoso con terribles emanaciones cadavéricas.

–Segregan fluidos venenosos –explicó Tobías con calma.

Narcisa hacía lo posible para atender prestamente la tarea de la limpieza, pero en vano. Un considerable número de ellos dejaba escapar la misma sustancia negra y fétida. Fue entonces que instintivamente tomé los elementos de higiene y me entregué al trabajo con ardor.

La servidora parecía contenta con el humilde auxilio de un nuevo hermano, en tanto que Tobías me dirigía miradas de

satisfacción y agradecimiento.

El servicio prosiguió durante todo el día y me costó un bendito sudor. Ninguno de los amigos del mundo podría evaluar la alegría sublime del médico que recomenzaba su educación en una rudimentaria enfermería.

---

<sup>15</sup> Nota del Autor espiritual: Organización de Espíritus benefactores de “Nuestro Hogar”.

<sup>16</sup> N. T.: Conto de réis: moneda portuguesa que circuló en el Brasil en la época del imperio, siglo XIX.

# 28

## En servicio

Concluida la plegaria colectiva del crepúsculo, Tobías encendió el receptor a fin de escuchar a los Samaritanos que estaban en actividad en el Umbral.

Con justificada curiosidad me enteré de que los grupos de operaciones de esa naturaleza se comunicaban con la retaguardia de la tarea en horas convenidas.

Me sentía algo cansado por los intensos esfuerzos realizados, pero mi corazón entonaba himnos de alegría interior. Por fin había recibido la ventura del trabajo: el espíritu de servicio suministra tónicos de misterioso vigor.

Establecido el contacto eléctrico, al cabo de algunos minutos de espera el diminuto aparato que estaba ante mis ojos comenzó a transmitir el recado:

–¡Samaritanos al Ministerio de la Regeneración!...  
¡Samaritanos al Ministerio de la Regeneración!... Mucho trabajo en los abismos de las sombras. Ha sido posible trasladar a una importante multitud de sufrientes; hemos retirado de las tinieblas espirituales veintinueve hermanos. Veintidós de ellos tienen desequilibrio mental y los siete restantes absoluta astenia psíquica. Nuestros grupos están organizando el traslado... Llegaremos algunos minutos después de la medianoche... Solicitamos estén prevenidos...

Al notar que Narcisa y Tobías intercambiaban miradas de profunda sorpresa, tan pronto hizo silencio la extraña voz no pude contener la pregunta que brotaba de mis labios:

–¿Cómo obran de tal modo? ¿A qué se debe ese traslado en masa? ¿No son todos Espíritus?

Tobías comenzó a sonreír y me explicó:

–Hermano, parece que tú has olvidado que no fue diferente la manera en que llegaste al Ministerio del Auxilio. Conozco el episodio de tu venida. Es necesario tener siempre presente que la naturaleza no da saltos y que, sea en la Tierra o en los círculos del Umbral, estamos recubiertos de fluidos muy densos. Son aves y tienen alas, tanto el avestruz como la golondrina; no obstante, el primero solamente subirá a las alturas si fuera transportado, mientras que la segunda surca veloz las inmensas regiones celestiales.

Me hizo percibir que el momento no era para divagaciones, cuando se dirigió a Narcisa considerando:

–Es muy numeroso el reclutamiento de esta noche. Debemos adoptar providencias de inmediato.

–¡Necesitaremos muchos lechos! –murmuró la servidora algo preocupada.

–No te aflijas –respondió Tobías con decisión–, alojaremos a los perturbados en el pabellón 7 y a los debilitados en la cámara 33.

A continuación, llevó su mano derecha a la frente, como quien reflexiona acerca de algo de mucha importancia y exclamó:

–Resolveremos fácilmente la cuestión del albergue; lamentablemente no sucederá igual en lo concerniente a la asistencia. Nuestros auxiliares más experimentados han sido requeridos para garantizar las tareas de la Comunicación en las esferas de la corteza terrestre, a raíz de las nubes tenebrosas que en este momento se ciernen sobre el mundo de los encarnados. Necesitamos personal de servicio nocturno, puesto que los

operarios que se hallan en funciones con los Samaritanos regresarán completamente agotados.

–Me ofrezco con agrado para lo que pueda convenir –exclamé espontáneamente.

Tobías me dirigió una mirada de profunda simpatía mezclada con gratitud, y me permitió sentir una gratificante alegría interior.

–¿Pero estás decidido a permanecer en las cámaras durante la noche? –Me preguntó sorprendido.

–¿Acaso otros no hacen lo mismo? –repliqué a mi vez–. Me siendo dispuesto y fuerte, necesito recuperar el tiempo perdido.

El generoso amigo me abrazó mientras agregaba:

–Pues bien, acepto confiado la colaboración. Narcisa y los restantes compañeros también permanecerán de guardia. Aparte enviaré a Venancio y a Salustio, dos hermanos de mi confianza. No puedo quedarme aquí para la guardia nocturna; tengo compromisos anteriores. No obstante, en el caso que fuera necesario tú o alguno de los nuestros me avisarán si se produjeran acontecimientos de mayor gravedad. Elaboraré el plan de los trabajos y facilitaré tanto como sea posible su concreción.

Se desplegó un enorme campo de preparativos. Mientras que cinco servidores hacían lo suyo en compañía de Narcisa, en la preparación de ropa adecuada y elementos de enfermería, Tobías y yo trasladábamos material pesado en el pabellón 7 y en la cámara 33.

No podría explicar lo que me sucedía. A pesar del cansancio de los brazos, sentía un júbilo extraordinario en mi corazón.

En el taller donde la mayoría realiza el trabajo habiendo comprendido su sublime significado, prestar servicio constituye una alegría insuperable. Francamente, no pensaba en la compensación de los bonus-hora ni en las recompensas inmediatas que pudieran derivar de tal esfuerzo; aún así mi satisfacción era profunda al reconocer que podría presentarme feliz y con honra, tanto delante

de mi madre como de los benefactores que había encontrado en el Ministerio del Auxilio.

Al despedirse Tobías volvió a abrazarme y manifestó:

–Les deseo mucha paz con Jesús, una buena noche y servicio eficaz. Mañana a las ocho podrás descansar. El máximo de trabajo cada día es de doce horas, pero estas circunstancias son especiales.

Respondí que lo dispuesto me colmaba de sincera satisfacción.

A solas con el numeroso grupo de enfermeros, me apliqué a poner más interés y cariño en los enfermos. Entre los auxiliares presentes me impresionó la espontánea bondad de Narcisa, que atendía a todos con maternal actitud. Atraído por su generosidad, traté de aproximarme a ella. No fue difícil conocer el placer de su conversación cariñosa y sencilla. La amable anciana era comparable a un libro excelso de bondad y sabiduría.

–¿Hace mucho que usted trabaja aquí, hermana? –le pregunté a cierta altura de nuestra conversación amistosa.

–Sí, hace seis años y algunos meses que estoy en las Cámaras de Rectificación en servicio activo; sin embargo, todavía me faltan más de tres años para completar mis deseos.

Ante la silenciosa pregunta de mi mirada, Narcisa habló amablemente:

–Necesito una garantía muy importante.

–¿Qué quiere significar con eso? –le pregunté interesado.

–Me es preciso encontrar algunos Espíritus amados en la Tierra, para servicios de elevación en conjunto. Durante mucho tiempo, en razón de mis desvíos pasados, rogué en vano la posibilidad necesaria para mis fines. Vivía perturbada, afligida. Entonces me aconsejaron recurrir a la ministra Veneranda y nuestra bienhechora del Ministerio de la Regeneración prometió que avalaría mis propósitos en el Ministerio del Auxilio, pero exigió diez años consecutivos de trabajo aquí, de modo que corrigiera ciertos

desequilibrios de los sentimientos. En un primer instante quise desistir, por considerarla una exigencia desmedida; luego reconocí que tenía razón. Por último, el consejo no tendía a favorecer intereses de ella, sino que era para mi propio beneficio. Y gané mucho al aceptar su parecer. Me siento más equilibrada, más humana; considero que viviré con dignidad espiritual mi futura experiencia en la Tierra.

Iba a expresarle mi profunda admiración, cuando uno de los enfermos cercanos gritó:

–¡Narcisa! ¡Narcisa!

No podía retener por mera curiosidad personal a aquella hermana devota, transformada en madre espiritual de los sufrientes.

## La visión de Francisco

Narcisa consolaba a uno de los afligidos enfermos cuando me avisaron que me llamaban por el aparato de las comunicaciones urbanas.

Se trataba de la Señora Laura que pedía noticias. De hecho, me había olvidado de avisarle acerca de las resoluciones del servicio nocturno. Pedí disculpas a mi benefactora y le suministré un breve informe verbal de la nueva situación. A través del hilo, la progenitora de Lisias parecía exultante, compartiendo mi justa satisfacción.

Al término de nuestra breve conversación dijo en un gesto de bondad:

–¡Muy bien, hijo! Apasiónese por su trabajo, embriéguese de servicio eficaz. Sólo de ese modo atenderemos a nuestra edificación eterna. No olvide, además, que esta casa también le pertenece.

Aquellas palabras me transmitieron honrosos estímulos.

De regreso al contacto directo con los enfermos, noté que Narcisa luchaba heroicamente para calmar a un joven que había puesto en evidencia singulares disturbios.

Traté de ayudarla.

El pobrecito, con los ojos perdidos en el espacio, gritaba horrorizado:

–¡Socorro, por amor de Dios! ¡Tengo miedo, mucho miedo!...

Y con la mirada de espanto de quienes experimentan profundas sensaciones de pavor, agregaba:

–¡Hermana Narcisa, allá viene “él”! ¡El monstruo! ¡Siento los gusanos nuevamente! ¡“Él”! ¡“Él”!... ¡Líbreme de “él”, hermana! ¡No quiero, no quiero!...

–Calma, Francisco –le pedía la compañera de los infortunados–, ya va a liberarse, ganará en serenidad y alegría, pero depende de su esfuerzo. Haga de cuenta que su mente es una esponja embebida en vinagre. Es necesario expulsar la sustancia ácida. Lo ayudaré a hacerlo, pero el trabajo mayor le corresponde a usted mismo.

El enfermo demostraba buena voluntad, se calmaba en cuanto escuchaba los cariñosos conceptos, pero volvía a la misma palidez anterior y estallaba en nuevos gritos.

–Pero, hermana, mire bien... “él” no se va. ¡Ya ha vuelto para atormentarme! ¡Vea, vea!...

–Lo veo, Francisco –le respondía ella, prudente–, pero es indispensable que usted me ayude a ahuyentarlo.

–¡Este fantasma diabólico!... –agregaba llorando como un niño, a tal punto que despertaba compasión.

–Confíe en Jesús y olvídense del monstruo –le replicaba la hermana de los desdichados piadosamente–, vamos a aplicarle un pase. El fantasma huirá de nosotros.

Y le trasmitió fluidos saludables y reconfortantes que Francisco agradeció, demostrándole inmensa alegría con la mirada.

–Ahora –dijo él una vez concluida la operación magnética– estoy más tranquilo.

Narcisa le acomodó las almohadas y envió a una servidora a que le alcanzara agua magnetizada.

Aquella ejemplificación de la enfermera me reconfortaba. El bien, igual que el mal, en todas partes produce un misterioso contagio.

Narcisa comprendió mi sincero deseo de aprender y se acercó más a mí, dispuesta a iniciarme en los sublimes secretos del servicio.

—¿A quién se refiere el enfermo? —pregunté impresionado—. ¿Está acaso asediado por alguna sombra invisible a mi mirada?

La anciana servidora de las Cámaras de Rectificación sonrió cariñosamente y manifestó:

—Se trata de su propio cadáver.

—¿Qué me está diciendo? —rematé espantado.

—El desdichado estaba excesivamente apegado a su cuerpo físico y vino a la esfera espiritual luego de un accidente originado por absoluta imprudencia. Estuvo durante muchos días junto a sus propios despojos en el sepulcro, sin admitir ninguna otra situación. Quería obstinadamente erguir el cuerpo tieso, tal era el dominio de la ilusión en que había vivido, y persistió en ese lamentable esfuerzo por largo tiempo. Lo atemorizaba la idea de enfrentar lo desconocido y no conseguía reunir siquiera algunos átomos de desapego de las sensaciones físicas. De nada sirvieron los socorros de las esferas más elevadas, porque cerraba su zona mental a todo pensamiento relativo a la vida eterna. Hasta que, finalmente, los gusanos le hicieron experimentar tales padecimientos que el pobre huyó de la tumba poseído de horror. A partir de entonces comenzó a peregrinar en las zonas inferiores del Umbral; sin embargo, quienes fueron sus padres en la Tierra cuentan aquí con importantes créditos espirituales y solicitaron su internación en la colonia. Lo trajeron los Samaritanos, casi a la fuerza. No obstante su estado es aún de tal gravedad que por el momento no podrá irse de las Cámaras de Rectificación. Su amigo, que fue su progenitor en la

carne, está actualmente en una arriesgada misión lejos de “Nuestro Hogar”...

–¿Y viene a visitar al enfermo? –pregunté.

–Ha venido en dos ocasiones y me ha conmovido profundamente notar su sufrimiento, pese a su discreción. Tal es la perturbación del joven que no reconoció a su generoso y devoto padre. Gritaba afligido, lo que demuestra su lamentable demencia. El progenitor, que había venido en compañía del ministro Padua, del Ministerio de la Comunicación, parecía estar muy por encima de la condición humana, mientras permanecía junto al noble amigo que había obtenido la hospitalidad para su desdichado hijo. Estuvieron un buen rato haciendo comentarios sobre la situación espiritual de los recién llegados de los círculos de la vida terrenal, pero cuando el ministro Padua se retiró, obligado por circunstancias relativas al servicio, el padre del joven me pidió disculpas por su gesto humano y se puso de rodillas delante del enfermo. Le tomó las manos con ansiedad, como si fuera a transmitirle vigorosos fluidos vitales, y le besó la cara en tanto que lloraba copiosamente. No pude contener las lágrimas así que me retiré, dejándolos a solas. No sé qué fue lo que sucedió después entre ambos, pero noté que desde ese día Francisco ha tenido una notoria mejoría. La demencia total se redujo a crisis que ahora son cada vez más espaciadas.

–¡Cuánto conmueve todo eso! –exclamé embargado por una fuerte impresión–. Por otra parte, ¿cómo puede perseguirlo la imagen del cadáver?

–La visión de Francisco –explicó la atenta anciana–, es la pesadilla de muchos Espíritus después de la muerte carnal. Se apegan demasiado al cuerpo, no ven otra cosa ni viven más que de él y para él, al que dedican un verdadero culto, y cuando llega el soplo renovador de la liberación no lo abandonan. Rechazan todas las ideas de espiritualidad y luchan desesperadamente por conservarlo. Es cuando aparecen los gusanos voraces y los expulsan. A esa altura, se horrorizan del cuerpo y adoptan una nueva actitud desesperada. La visión del cadáver, no obstante, como una poderosa creación

mental de ellos mismos, los atormenta en lo profundo de sus almas. Brotan las perturbaciones y las crisis relativamente prolongadas; su padecimiento es muy grande hasta que se produce la total eliminación de su propio fantasma.

Como notaba mi conmoción, Narcisa agregó:

–Gracias al Padre he estado haciendo un considerable aprovechamiento en estos últimos años de servicio. ¡Ah! ¡Qué profundo es el sueño espiritual de la mayoría de nuestros hermanos de la carne! Con todo, esto puede preocuparnos, pero no debiera herirnos. La crisálida se adhiere a la materia inerte, pero la mariposa levantará vuelo; la simiente es casi imperceptible y, sin embargo, el roble será un gigante. La flor muerta retornará a la tierra pero su fragancia perdurará en el cielo. Los embriones de vida están dormidos aparentemente. No debemos olvidar estas lecciones.

Narcisa se calló y no me atreví a interrumpir su silencio.

## Herencia y eutanasia

Todavía no había vuelto en mí de la profunda sorpresa cuando Salustio se aproximó para informarle algo a Narcisa:

–Nuestra hermana Paulina desea ver a su padre enfermo en el pabellón 5. Antes de acceder consideré razonable consultarla, pues el enfermo prosigue en una crisis muy aguda.

Dando muestra de las actitudes de bondad que le eran características, Narcisa manifestó con decisión:

–Dígale que pase de inmediato. Ella tiene permiso de la Ministra, dado que consagra el tiempo disponible a la tarea de reconciliación de sus familiares.

Mientras el mensajero se despedía con premura, la bondadosa enfermera agregó dirigiéndose a mí:

–¡Ya verá qué hija tan solícita!

No había transcurrido un minuto cuando Paulina estaba frente a nosotros, esbelta y bella. Estaba vestida con una túnica muy liviana tejida en seda luminosa. Una angelical belleza definía sus rasgos fisonómicos, pero los ojos denunciaban su gran preocupación. Narcisa la presentó con delicadeza y como tal vez percibía que podría confiar en mi presencia, preguntó algo inquieta:

–¿Y tu papá, amiga?

–Un poco mejor –respondió la enfermera–, pero todavía presenta desequilibrios de consideración.

–Qué lamentable –replicó la joven– que ni él ni los demás ceden en el estado mental en que se encerraron. Siempre el mismo odio, la misma indiferencia.

Narcisa nos invitó a acompañarla y algunos minutos más tarde tenía delante de mí a un anciano de expresión desagradable. Mirada dura, cabello desordenado, arrugas profundas, labios contraídos: inspiraba más piedad que simpatía. No obstante procuré vencer las vibraciones inferiores que me habían dominado, a fin de observar al hermano espiritual por encima del sufridor. Desapareció la sensación de repugnancia y se me despejó la mente. Apliqué la lección a mí mismo. ¿De qué manera habría llegado por mi parte al Ministerio del Auxilio? Mi semblante de desesperado sería horrible. Cuando analizamos la desdicha de alguien y la comparamos con nuestras propias deficiencias, siempre hay asilo para el amor fraterno en el corazón.

El anciano enfermo no tuvo ni una palabra de ternura para su hija. Ella lo saludó con cariño. Por la mirada, que evidenciaba rudeza y rebeldía, se asemejaba a una fiera humana enjaulada.

–Papá, ¿te sientes mejor? –preguntó con inmenso cariño filial.

–¡Ay!... ¡Ay!... –el enfermo soltó un alarido con voz estertórea–. No puedo olvidarme de ese infame, no puedo calmar mi pensamiento... ¡Todavía lo veo a mi lado, cuando me suministró el veneno mortal!...

–No diga eso, papá –pidió la joven con ternura–, recuerde que Edelberto entró a nuestra casa como hijo, enviado por Dios.

–¿Hijo mío? –bramó el desdichado– ¡Nunca! ¡Nunca!... ¡Es un criminal sin perdón, hijo del Infierno!...

Paulina hablaba ahora con los ojos arrasados por las lágrimas.

–Escuchemos la lección de Jesús, papá; nos recomienda que nos amemos los unos a los otros. Atravesamos experiencias

consanguíneas en la Tierra para conquistar el verdadero amor espiritual. Asimismo, es indispensable que reconozcamos que sólo existe un Padre realmente eterno, que es Dios; pero el Señor de la Vida nos concede la paternidad o la maternidad en el mundo, a fin de que aprendamos la fraternidad sin mancha. Nuestros hogares terrestres son crisoles para purificación de los sentimientos, templos de unión sublime, en camino hacia la solidaridad universal. Mucho luchamos y padecemos hasta ser merecedores del auténtico título de hermano. Todos constituimos una sola familia en la creación, con la bendición providencial de un Padre único.

Mientras escuchaba su voz generosa, el enfermo se puso a llorar convulsivamente.

–¡Perdona a Edelberto, papá! No veas en él al hijo irreflexivo sino al hermano necesitado de esclarecimiento. Inténtalo. He estado hoy mismo en nuestra casa y observé allá muchas perturbaciones. Desde este lecho envuelves a nuestros familiares en fluidos de amargura e incomprensión, y ellos hacen del mismo modo en sentido inverso. El pensamiento, mediante vibraciones sutiles, alcanza su objetivo por más distante que se halle. El intercambio del odio y la desinteligencia causa la ruina y el sufrimiento de las almas. Mamá se ha recluso hace algunos días en el hospicio, consumida por la angustia. Amalia y Cacilda entraron en lucha judicial con Edelberto y Agenor, en virtud de los importantes patrimonios materiales que tú acumulaste en las esferas terrenales. Es un panorama desolador cuyas sombras podrían atenuarse si tu mente vigorosa no alimentara propósitos de venganza. Aquí, tú estás postrado en grave estado; en la Tierra, mamá sumida en la locura; y los hijos perturbados, se odian entre sí. En medio de tantas mentes desequilibradas una fortuna de un millón quinientos mil cruzeiros. ¿Y de qué vale, si no hay un átomo de felicidad para ninguno?

–Pero yo he legado un considerable patrimonio a la familia – interrumpió el desdichado rencorosamente–, con el deseo de favorecer el bienestar de todos...

Paulina no lo dejó terminar y tomó nuevamente la palabra:

–No siempre sabemos interpretar lo que es beneficioso en lo relativo a la riqueza transitoria. Si tú hubieras asegurado el futuro de los nuestros, de modo de garantizarles la tranquilidad moral y el trabajo honesto, tu esfuerzo habría representado una valiosa previsión. Pero a veces, papá, solemos acumular el dinero por espíritu de vanidad y ambición. Cuando queremos vivir por encima de los demás no solemos acordarnos de ese aspecto más que en las expresiones exteriores de la vida. Raros son quienes sienten preferencia por el cultivo de los conocimientos nobles, las cualidades de la tolerancia, las luces de la humildad o las bendiciones de la comprensión. Imponemos a los otros nuestros caprichos, nos apartamos de los servicios debidos a nuestro Padre y nos olvidamos de forjar nuestro espíritu. Nadie nace a la vida en el planeta con la simple finalidad de acumular monedas en los cofres o dinero en los bancos. Es natural que la vida humana requiera el complemento de la previsión; es conveniente que no prescindamos de la colaboración de administradores fieles, que sepan desempeñarse con sabiduría; pero nadie será administrador del Padre mientras responda a los estímulos de la avaricia y los propósitos de dominación. Esa clase de vida ha arruinado nuestra casa. En vano busqué en el pasado llevar socorro espiritual al ámbito doméstico. Mientras tú y mamá se sacrificaban por aumentar las disponibilidades, Amalia y Casilda pusieron de lado el servicio útil. En su condición de perezosas de la banalidad social, hallaron a los ociosos compañeros que las desposaron con el afán de aprovechar ventajas económicas. Agenor repudió el estudio serio y se confió a malas compañías. Edelberto obtuvo el título de médico pero se apartó por completo de la medicina para ejercerla solamente de tanto en tanto, como un trabajador que concurre a cumplir con su servicio por mera curiosidad. Todos ellos arruinaron hermosas posibilidades espirituales, entretenidos por el dinero fácil y el apego a la idea de la herencia.

El enfermo mostró una expresión de pavor y agregó:

–¡Maldito Edelberto! ¡Hijo criminal e ingrato! ¡Me mató sin piedad, cuando todavía necesitaba regularizar mis disposiciones

testamentarias! ¡Malvado!... ¡Malvado!...

–¡Calla, papá! ¡Ten compasión de tu hijo, perdónalo y olvida!...

Sin embargo, el anciano prosiguió con las imprecaciones a viva voz. La joven se preparaba para discutir, pero Narcisa le dirigió una significativa mirada al mismo tiempo que llamaba a Salustio para socorrer al enfermo en estado crítico. Paulina hizo silencio y acarició la frente paterna, conteniendo las lágrimas con dificultad. Un instante después me retiraba en compañía de ambas, fuertemente impresionado.

Las dos amigas intercambiaron confidencias durante algunos momentos más, hasta que Paulina se despidió dando muestras de su generosidad en las expresiones gentiles, aunque con gran tristeza en la mirada, envuelta en legítima preocupación.

Al quedar nuevamente en la intimidad, Narcisa manifestó en tono bondadoso:

–Las cuestiones relativas a la herencia son, por lo general, muy complicadas. Salvo raras excepciones, acarrear un enorme problema tanto a los testadores como a los herederos. Pero en este caso hallamos no sólo eso, sino también la eutanasia. La ambición del dinero generó en la familia de Paulina extravagancias y desavenencias. Los padres avarientos tienen hijos despilfarradores. Estuve en la casa de nuestra amiga cuando su hermano Edelberto, un médico de apariencia distinguida, empleó en su progenitor casi moribundo la denominada “muerte suave”. Hicimos cuanto pudimos por evitarlo pero fue en vano. El miserable joven deseaba de hecho apresurar el desenlace, por cuestiones de orden financiero, y tenemos ahí el resultado de la imprevisión: el odio y la enfermedad.

Con un expresivo gesto Narcisa concluyó:

– Dios creó a los seres y a los Cielos. Nosotros solemos transformarnos en Espíritus diabólicos cuando creamos nuestros infiernos individuales.

# 31

## El vampiro

Eran las veintiuna. Sólo habíamos descansado durante algunos momentos de breve conversación, requerida por la solución de problemas espirituales. Aquí un enfermo solicitaba auxilio, allá otro necesitaba pases de alivio. Cuando nos dirigíamos a atender a dos enfermos en el pabellón 11, escuché un griterío cercano. Hice un instintivo movimiento para aproximarme, pero Narcisa me detuvo con gentileza:

–No avance –me dijo–, allí están ubicados los desequilibrados del sexo. La escena resultaría sumamente dolorosa para sus ojos. Reserve esa emoción para más adelante.

No insistí. No obstante, bullían en mi cerebro mil interrogantes. Se había abierto un mundo nuevo para mi investigación intelectual y me era indispensable tener presente el consejo de la progenitora de Lisias a cada momento, para no desviarme de la obligación correcta.

Acababan de sonar las veintiuna cuando alguien llegó desde la profundidad del enorme parque. Era un hombrecito de semblante singular, que evidenciaba la condición de humilde trabajador. Narcisa lo recibió con gentileza y le preguntó:

–¿Qué pasa, Justino? ¿Qué mensaje trae?

El obrero, integrante del cuerpo de centinelas de las Cámaras de Rectificación, respondió afligido:

–Vengo a avisar que una desdichada mujer está pidiendo socorro en el portón que da a los campos de cultura. Creo que ha pasado desapercibida a los vigilantes de las primeras líneas...

–¿Y por qué no la atendió? –Preguntó la enfermera.

El servidor hizo un gesto de recelo y explicó:

–Según las órdenes vigentes no debía hacerlo, pues la pobre está rodeada de puntos negros.

–¿Qué está diciendo? –Replicó Narcisa alarmada.

–Así es señora.

–Entonces el caso es muy grave.

Con curiosidad seguí a la enfermera a través del campo inundado por la luz de la luna. La distancia no era corta. A uno y otro lado podía verse la arboleda apacible del extenso parque, agitada por una suave brisa. Habríamos recorrido más de un kilómetro cuando llegamos al gran portal al que había aludido el trabajador.

Se nos presentó entonces la miserable imagen de la mujer que imploraba socorro desde el otro lado. Sólo vi el volumen de la desdichada, cubierto de andrajos, con un rostro horrendo y las piernas convertidas en una llaga viva. Narcisa aparentemente distinguía otros detalles, imperceptibles para mi vista, pues el horror se estampó en su cara habitualmente serena.

–¡Hijos de Dios –gritó la mendiga al divisarnos–, dadle abrigo a mi alma cansada en este paraíso de elegidos, para que yo pueda gozar la paz ansiada!

Aquella voz que parecía un lamento sensibilizaba mi corazón. Narcisa, a su vez, se mostraba conmovida pero en tono confidencial se volvió hacia mí:

–¿No ve los puntos negros?

–No –respondí.

– Su visión espiritual todavía no está suficientemente educada.

Luego de una breve pausa prosiguió:

–Si dependiera de mis manos le abriría de inmediato la puerta; pero cuando se trata de seres en estas condiciones no puedo tomar una decisión por mí misma. Debo recurrir al jefe de vigilancia que esté de servicio.

Mientras así se expresaba se aproximó a la desventurada y le dijo en tono fraterno:

–Háganos el obsequio de aguardar unos minutos.

Regresamos apresuradamente hacia el interior. Por primera vez entré en contacto con el director de los centinelas de las Cámaras de Rectificación. Narcisa me presentó y le notificó de lo sucedido. Él esbozó un gesto significativo y agregó:

–Hizo muy bien en comunicarme este hecho. Vamos hasta allá.

Los tres nos dirigimos hacia el lugar indicado.

Cuando nos acercamos a la verja el hermano Paulo, el guía de los vigilantes, analizó atentamente a la recién llegada del Umbral y manifestó:

–Esta mujer no puede por el momento recibir nuestro socorro. Se trata de uno de los más poderosos vampiros que haya visto hasta el presente. Es necesario dejarla librada a su suerte.

Esas declaraciones me escandalizaron. ¿No sería faltar a los deberes cristianos abandonar a aquella sufridora al azar del camino? Narcisa parecía compartir mi misma opinión y se adelantó para suplicarle:

–Pero, hermano Paulo, ¿no hay posibilidad de que recibamos a esa miserable criatura en las cámaras?

–Permitir su ingreso –explicó él– sería traicionar mi función de vigilante.

Entonces señaló a la mendiga que aguardaba la decisión con gritos de impaciencia, y exclamó dirigiéndose a la enfermera:

–¿Ha notado Narcisa alguna otra cosa además de los puntos negros?

Esta vez fue mi instructora de servicio quien respondió con una negación.

–Pues veo algo más –contestó el jefe de la vigilancia.

Entonces en voz baja le recomendó:

–Cuenta las manchas negras.

Narcisa clavó la mirada en la desdichada y respondió luego de breves instantes:

–Cincuenta y ocho.

El hermano Paulo, con la paciencia de los que saben explicar con amor agregó:

–Esos puntos oscuros representan cincuenta y ocho niños asesinados al nacer. En cada mancha veo la imagen mental de una criaturita aniquilada, algunas por golpes contundentes y otras por asfixia. Esa pobre mujer fue profesional de ginecología. Con el pretexto de aliviar conciencias ajenas se entregaba a crímenes nefastos, especulando con la desdicha de jóvenes faltas de experiencia. Su situación es peor que la de los suicidas o los homicidas; en algunas ocasiones ellos presentan atenuantes de consideración.

Recordé sorprendido los procesos de la medicina. Muchas veces había observado de cerca la necesidad de la eliminación de los fetos para salvar el organismo materno, en las situaciones peligrosas. Pero, como si leyera mi pensamiento el hermano Paulo agregó:

–No hago referencia aquí a procedimientos legítimos, que constituyen aspectos de las pruebas redentoras. Me refiero al crimen de asesinar a quienes comienzan la trayectoria de la experiencia terrestre con el sublime derecho a la vida.

En una demostración de la sensibilidad de su alma noble, Narcisa rogó:

–Hermano Paulo, también yo he cometido muchas equivocaciones en el pasado. Atendamos a esta desdichada. Si usted me lo permitiera, le dispensaría cuidados especiales.

–Reconozco, amiga –respondió el jefe de la vigilancia impresionándonos por la sinceridad–, que todos somos Espíritus endeudados. No obstante, tenemos a nuestro favor el reconocimiento de las propias debilidades y la buena voluntad de rescatar nuestras deudas. Este ser, por el momento, sólo desea perturbar a quienes trabajan. Aquellos que tienen sus sentimientos empecinados en la hipocresía emiten energías destructivas. ¿De qué nos sirve si no un servicio de vigilancia?

Y con una sonrisa expresiva dijo:

–Hagamos una prueba.

El jefe de la vigilancia se aproximó entonces a la solicitante y le preguntó:

–¿Qué desea hermana de nuestra colaboración fraterna?

–¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!... –fue la respuesta que pronunció entre sollozos.

–Pero, amiga –reflexionó acertadamente–, es necesario que sepamos aceptar el sufrimiento rectificador. ¿Por qué motivo interrumpió tantas veces la vida de seres frágiles que se dirigían a la lucha con el consentimiento de Dios?

Lo escuchó inquieta y en su rostro apareció una horrible mueca de odio mientras comenzó a gritar:

–¿Quién me atribuye esa infamia? ¡Mi conciencia está tranquila, canalla!... Emplé la existencia en auxilio a la maternidad en la Tierra. Fui caritativa y creyente, buena y pura...

–Eso no es lo que se observa en la fotografía viva de sus pensamientos y actos. Creo, hermana, que usted todavía no ha

recibido siquiera el beneficio del remordimiento. Cuando abra su alma a las bendiciones de Dios y reconozca sus propias necesidades, entonces regrese.

La interlocutora respondió con ira:

–¡Demonio! ¡Hechicero! ¡Secuaz de Satanás!... ¡Jamás volveré!... Estoy esperando el cielo que me prometieron y que espero hallar.

El jefe de la vigilancia adoptó una actitud más firme todavía, al decirle:

–Haga entonces el favor de retirarse. Aquí no tenemos el cielo que desea. Estamos en una casa de trabajo, donde los enfermos reconocen su mal y tratan de curarse con la cooperación de servidores de buena voluntad.

La pedigüeña objetó atrevidamente:

–No le solicité remedio ni servicio. Estoy buscando el paraíso que me propuse merecer mediante la práctica de buenas obras.

Nos dirigió una mirada hiriente en el colmo de su cólera y abandonando el aspecto de enferma ambulante se marchó con paso firme, como quien conserva absoluto dominio sobre sí mismo.

El hermano Paulo la siguió con la mirada durante algunos minutos y luego se volvió hacia nosotros agregando:

–¿Observaron al vampiro? Ostenta la condición de criminal y declara ser inocente; es profundamente mala y dice que es buena y pura; sufre desesperadamente y alega calma; generó un infierno para sí misma y manifiesta que va en busca del cielo.

En vista del silencio con que escuchábamos su lección, el vigilante en jefe concluyó:

–Es imprescindible que seamos cuidadosos, tanto con las buenas como con las malas apariencias. Naturalmente, la desdichada recibirá en otro lugar la atención de la Bondad divina,

pero por un principio de legítima caridad, en la posición en que me encuentro no podía franquearle nuestras puertas.

## Noticias de Veneranda

Me interné en el parque bañado por la luz de la luna y experimenté una singular fascinación.

Aquellos árboles protectores, aquellos florecientes sembrados me reclamaban en todo momento. En forma indirecta provocaba las explicaciones de Narcisa, a través de la enunciación de preguntas veladas al respecto.

–En el gran parque –decía ella– no solamente hay caminos que conducen al Umbral o se cultivan vegetales destinados a los jugos alimenticios. La ministra Veneranda ha creado excelentes trazados destinados a nuestros procesos educativos.

Narcisa interpretaba mi sana curiosidad y continuó con sus explicaciones:

–Me refiero a los “salones verdes” para el servicio de la educación. Entre las extensas hileras de árboles existen recintos con maravillosos cercos, para las conferencias de los ministros de la Regeneración. Otros están reservados a los ministros visitantes y los estudiosos en general, pero hay uno de especial belleza reservado para las conversaciones del Gobernador, cuando se digna venir a nosotros. Periódicamente, los árboles empinados se cubren de flores, sugiriendo la idea de pequeñas torres multicolores, llenas de encantos naturales. De ese modo, el firmamento hace las veces de techo acogedor con las bendiciones del sol o de las estrellas lejanas.

–Deben de ser bellísimos esos palacios de la naturaleza – agregué.

–A no dudarlo –prosiguió la enfermera con entusiasmo–. El proyecto de la Ministra concitó, según me informaron, la adhesión sincera de toda la colonia. Supe que así sucedió hace exactamente cuarenta años. Se inició por entonces la campaña del “salón natural”. Los ministerios en conjunto solicitaron cooperación; incluso el de la Unión Divina pidió la colaboración de Veneranda para que proyectara recintos de esa índole en el Bosque de las Aguas. Brotaron delicados rincones por todas partes. Los más interesantes, a mi criterio, son los que se instalaron en las escuelas. Varían en las formas y dimensiones. En los parques de educación del Ministerio de Esclarecimiento, la Ministra instaló un verdadero castillo de vegetación con forma de estrella, que cobija en su interior cinco numerosas clases para aprendizaje y los cinco respectivos instructores. En el centro funciona un enorme aparato destinado a demostraciones mediante imágenes, al estilo del cinematógrafo terrestre, con el cual es posible llevar a efecto cinco proyecciones diferentes en forma simultánea. Esa iniciativa mejoró considerablemente la ciudad, porque reunió en un mismo esfuerzo el servicio beneficioso de la utilidad práctica y la belleza espiritual.

Aproveché la pausa espontánea para hacer una consulta:

–¿Y el mobiliario de los salones? ¿Es como el de los grandes recintos de la Tierra?

Narcisa sonrió y agregó:

–Existen diferencias. La Ministra proyectó las escenas evangélicas de la época que registró el paso del Cristo por el mundo, y sugirió elementos de la naturaleza. Cada “salón natural” tiene bancos y sillones esculpidos en la sustancia del suelo y están tapizados con hierba fragante y mullida. Eso les confiere hermosura y formas características. En la opinión de la diseñadora era conveniente retrotraerse a las lecciones del Maestro en la playa, en ocasión de sus divinas excursiones por el Tiberíades, y de ese

recuerdo surgió la iniciativa del “mobiliario natural” cuya conservación demanda cuidados constantes, si bien la belleza de las escenas constituye una amplia compensación.

A esa altura la bondadosa enfermera hizo una interrupción, pero al identificar mi interés silencioso prosiguió:

–El más bello de los recintos de nuestro Ministerio es el destinado a las charlas del Gobernador. La ministra Veneranda descubrió que a él siempre le satisficieron los paisajes de estilo griego antiguo y decoró el salón con detalles especiales, tales como pequeños canales de agua fresca, puentes atractivos, lagos diminutos, palanquines de arboleda y frondosa vegetación. Cada mes del año presenta una tonalidad diferente, porque cada treinta días se cambia la especie de las flores. La Ministra reserva el aspecto más bello para el mes de diciembre, por la conmemoración de la Natividad de Jesús. En esa época la ciudad recibe los pensamientos más hermosos y las más firmes promesas de nuestros compañeros encarnados en la Tierra, y por su parte envía intensas ratificaciones de esperanza y servicio a las esferas superiores, como homenaje al Maestro de los maestros. Ese salón es un toque de júbilo para nuestros ministerios. Tal vez ya sabe que el Gobernador viene a la colonia casi semanalmente, los días domingo. Pues bien, él permanece allí durante largas horas de conferencia con los ministros de la Regeneración, mantiene conversaciones con los trabajadores, ofrece consejos importantes, analiza nuestra vecindad con el Umbral, recibe nuestros votos y visitas y consuela a enfermos convalecientes. Hacia la noche, cuando en ocasiones puede quedarse, escucha música y presencia números artísticos, interpretados por jóvenes y niños de nuestros colegios. La mayoría de los peregrinos que se hospedan en “Nuestro Hogar” suele venir hasta aquí con el exclusivo propósito de conocer ese “palacio natural”, que aloja confortablemente a más de treinta mil personas.

Atento a las interesantes informaciones, experimentaba una mezcla de satisfacción y curiosidad.

–El salón de la ministra Veneranda –prosiguió Narcisa con entusiasmo– es también un espléndido recinto, cuya conservación nos merece especial atención. Nuestro máximo esmero será escaso para retribuir la dedicación de esa abnegada servidora de Nuestro Señor. En este Ministerio, un sin número de beneficios han sido creados por ella de modo de atender a los que más sufren. Su tradición de trabajo en “Nuestro Hogar” está considerada por la gobernación entre las más dignas. Es la entidad con mayor número de horas de servicio en la colonia y la figura más antigua tanto del Gobierno como del Ministerio en general. Permanece en tarea activa en esta ciudad hace más de doscientos años.

Impresionado con tales datos interrumpí:

–¡Qué respetable debe ser esa benefactora!...

–Muy bien dicho –manifestó de inmediato Narcisa con reverencia–, es una de las criaturas más elevadas de nuestra colonia espiritual. Los once ministros que se desempeñan junto con ella en la Regeneración, escuchan su opinión antes de adoptar alguna resolución de trascendencia. En numerosos procesos la gobernación recurre a su punto de vista. Con excepción del Gobernador, la ministra Veneranda es la única entidad en “Nuestro Hogar” que ha visto a Jesús en las Esferas Resplandecientes, pero nunca hizo comentarios acerca de ese acontecimiento de su vida espiritual y elude la mínima información al respecto. Más allá de eso, hay otro detalle interesante en relación con ella. Cierta día, hace cuatro años, “Nuestro Hogar” amaneció de fiesta. Las Fraternidades de la Luz, regentes de los destinos cristianos de América hicieron un homenaje a Veneranda: la condecoraron con la medalla al Mérito en Servicio. Es la primera entidad de la colonia que obtuvo hasta el presente semejante galardón, por haber presentado un millón de horas de trabajo eficiente, sin interrupciones, sin reclamos ni desistencias. Una generosa comisión vino a traerle la honrosa distinción, pero en medio del júbilo general, cuando estaban congregados la gobernación, los ministerios y la multitud en la plaza mayor, la ministra Veneranda no hizo otra cosa que llorar

silenciosamente. A continuación donó el trofeo a los archivos de la ciudad manifestando que no lo merecía y cediéndolo a la personalidad colectiva de la colonia, pese a la opinión en contrario del Gobernador. Declinó todos los homenajes festivos con los que más tarde se pretendía celebrar el acontecimiento y jamás hizo comentarios acerca de la honrosa conquista.

–¡Extraordinaria mujer! –manifesté– ¿Por qué no va a esferas más elevadas?

Narcisa bajó el tono de la voz y en un murmullo me contó:

–En la intimidad ella vive en zonas muy superiores a la nuestra, aunque permanece en “Nuestro Hogar” por espíritu de amor y sacrificio. Supe que esa benefactora sublime ha estado trabajando desde hace más de mil años por el grupo de sus corazones bienamados que permanecen en la Tierra, a los que aguarda pacientemente.

–¿Cómo podría conocerla? –pregunté conmovido.

Narcisa pareció alegrarse con mi interés y satisfecha me explicó:

–Mañana al caer la tarde, después de las plegarias, la Ministra vendrá al salón con el propósito de ilustrar a algunos aprendices acerca del pensamiento.

# 33

## Curiosas reflexiones

Pocos minutos antes de la medianoche, Narcisa consintió en que fuera al portón principal de las cámaras. Los Samaritanos debían de andar por los alrededores. Era imprescindible tomar nota de su regreso para adoptar las previsiones necesarias.

¡Con qué emoción recorrí el camino bordeado de árboles frondosos y protectores! Aquí troncos que recordaban al roble vetusto de la Tierra; más allá hojas caprichosas parecidas a las de la acacia o el pino. Aquel aire fragante me parecía una bendición. En las cámaras, pese a las amplias ventanas, no había experimentado tal sensación de bienestar. Iba en silencio bajo el follaje amistoso, mientras ráfagas de aire fresco lo agitaban mansamente y me envolvían en sensaciones de reposo.

Estaba a solas, de modo que me puse a evaluar los acontecimientos que se precipitaron a partir del primer encuentro con el ministro Clarencio. ¿Dónde quedaba el país de los sueños? ¿En la Tierra o en aquella colonia espiritual? ¿Qué habría sido de Zelia y mis pequeños hijos? ¿Por qué motivo me suministraban tantos conocimientos acerca de las más diversas cuestiones de la vida, pero omitían las noticias relacionadas con mi antiguo hogar? Mi propia madre me había aconsejado guardar silencio y se abstuvo de darme informaciones directas.

Todo indicaba la necesidad de olvidar los problemas de la época en que mi cuerpo era de carne, en el sentido de renovarme

intrínsecamente. Pero al intentar hacerlo, a medida que penetraba en los pliegues más profundos de mi ser, me encontraba con que la nostalgia de los míos seguía viva. Deseaba ardientemente volver a ver a mi esposa muy amada, recibir de nuevo el beso de mis pequeños... ¿Por qué decisiones del destino estábamos separados como si yo fuese un náufrago en una playa desconocida? Al mismo tiempo, había en mi interior pensamientos generosos que me daban consuelo. Por supuesto, no era un náufrago abandonado. Si mi experiencia podía clasificarse como naufragio, el desastre se debía nada más que a mí mismo. Ahora que reconocía en “Nuestro Hogar” vibraciones nuevas de trabajo intenso y constructivo, lamentaba haber perdido tanto tiempo en el mundo, en frivolidades de toda índole.

En realidad había amado mucho a mi compañera de luchas y, sin dudas, a los retoños les dispensé ternura en todo momento. No obstante, al analizar objetivamente mi situación de esposo y padre comprendí que no había creado nada consistente o de utilidad en el espíritu de mis familiares. Tarde verificaba ese descuido. Quien atraviesa un campo sin organizar el sembrado necesario en función del pan, u omite la defensa del manantial que sacia la sed, no puede regresar a él con intenciones de abastecerse. Tales eran los pensamientos que se habían instalado en mi cerebro con vehemencia exasperante. Cuando abandoné la vida en el cuerpo me topé con las penurias relativas a que carecía de comprensión. ¿Pero qué les habría ocurrido a mi esposa y a mis hijos, al verse expulsados de la estabilidad doméstica hacia las sombras de la viudez y la orfandad? Vana pregunta.

La brisa delicada parecía susurrarme percepciones poco habituales, como si deseara predisponer mi mente a estados de mayor elevación.

Me torturaban las indagaciones internas, pero atento a las correspondientes obligaciones del deber, me aproximé a la gran reja para escudriñar más allá, a través de los campos de cultivo.

¡Todo era luz de luna y serenidad, cielo sublime, belleza silenciosa! Extasiado en la contemplación de ese paisaje permanecí durante algunos minutos entre admirado y en oración.

Instantes después divisé a lo lejos dos bultos enormes que me impresionaron vivamente. Parecían dos hombres de una sustancia indefinida, con cierta luminosidad. De sus pies y de sus brazos colgaban filamentos extraños y de la cabeza, aparentemente, salía un hilo extenso de singulares proporciones. Tuve la impresión de haber hallado a dos auténticos fantasmas. No pude soportarlo. Con los cabellos erizados regresé apresuradamente al interior. Inquieto y amedrentado expuse a Narcisa lo ocurrido y noté que ella contenía la risa con dificultad.

–¡Mire usted amigo! –dijo al fin demostrando su buen humor–. ¿No reconoció a esos personajes?

Profundamente confundido, no atinaba a responder. Narcisa continuó:

–También yo experimenté la misma sorpresa en otros tiempos. Esos son nuestros propios hermanos de la Tierra. Se trata de Espíritus poderosos que viven en el cuerpo en misión redentora y, como nobles iniciados de la Eterna Sabiduría, pueden abandonar el organismo corpóreo para transitar libremente por nuestras regiones. Los filamentos e hilos que observó son características que los diferencian de nosotros. No les tema. Los encarnados que consiguen llegar a estos parajes son seres de extraordinaria espiritualidad, pese a que en la Tierra por su humildad no se hacen notar.

A continuación, infundiéndome coraje destacó:

–Vamos hasta allá. Disponemos de cuarenta minutos a partir de la medianoche. Los Samaritanos no pueden tardar.

Satisfecho regresé con ella al enorme portón.

Todavía pudimos divisar a lo lejos a los dos bultos que se alejaban de “Nuestro Hogar” tranquilamente.

La enfermera miró atentamente en esa dirección e hizo un gesto expresivo de reverencia antes de exclamar:

–Los envuelve una luminosidad azul. Deben de ser dos mensajeros muy elevados de la esfera corporal en cumplimiento de una tarea que ignoramos.

Permanecimos allí durante largos minutos, abstraídos en la contemplación de los campos silenciosos. En cierto momento la bondadosa amiga indicó un punto oscuro en el horizonte iluminado por la luna y señaló:

–¡Allá vienen!

Reconocí la caravana que avanzaba en nuestra dirección, a la tenue luz del cielo. De pronto escuché el ladrido de perros a gran distancia.

–¿Qué es eso? –pregunté sorprendido.

– Los perros –explicó Narcisa– son auxiliares eficientes en las regiones oscuras del Umbral, donde no sólo se detienen los hombres desencarnados sino también verdaderos monstruos que no es momento de describir.

La enfermera, con tono enérgico, llamó a los servidores distantes y envió a uno de ellos al interior para que transmitiera las novedades.

Miré atentamente al extraño grupo que se aproximaba con lentitud.

Seis enormes carruajes, semejantes a las diligencias, se acercaban precedidos por jaurías de perros alegres y bulliciosos. Iban tirados por animales que desde lejos me parecían iguales a las mulas terrestres. Pero el detalle más interesante lo constituían las bandadas de aves de cuerpo voluminoso, que al sobrevolar los carruajes producían ruidos singulares.

Me dirigí sin demoras hacia Narcisa para preguntarle:

–¿Dónde está el aerobús? ¿No se puede usar en el Umbral?

Me dijo que no, por lo tanto indagué las razones.

Siempre atenta, la enfermera explicó:

–Se trata de una cuestión de densidad de la materia. Puede imaginarse un ejemplo comparativo con el agua y el aire. El avión que surca la atmósfera del planeta no puede hacer lo mismo en la masa acuática. Podríamos construir determinadas máquinas, como el submarino, pero por espíritu de compasión hacia los que sufren, los núcleos espirituales superiores prefieren aplicar aparatos de transición. Más allá de eso, en muchos casos no se puede prescindir de la colaboración de los animales.

–¿Por qué? –pregunté sorprendido.

–Los perros facilitan el trabajo, las mulas soportan cargas pacientemente y también proporcionan calor en las zonas donde se necesita; y aquellas aves –prosiguió indicando hacia el espacio–, a las que denominamos ibis viajeras, son excelentes auxiliares de los Samaritanos pues devoran las formas mentales desagradables y perversas, además de que se traban en lucha abierta con las tinieblas del Umbral.

La caravana estaba ahora más próxima.

Narcisa me miró con bondadosa atención y remató:

–Pero por el momento, en el deber no están incluidos los detalles de la información. Podrá recibir valiosas lecciones acerca de los animales, pero no aquí sino en el Ministerio del Esclarecimiento, donde están instalados los parques de estudio y experimentación.

De inmediato se puso a impartir órdenes de servicio, en una y otra dirección, dispuesta a recibir a los nuevos enfermos del espíritu.

## Con los recién llegados del Umbral

Las jaurías de perros fueron sujetadas a estacas junto a nosotros. Las conducían obreros de pulso firme.

Al cabo de unos minutos llegamos frente a los enormes corredores de ingreso a las Cámaras de Rectificación. Allí los servidores iban de un lado a otro diligentemente. Algunos de los enfermos fueron trasladados al interior con sumo cuidado. Narcisa, Salustio y otros compañeros no eran los únicos en lanzarse a la lucha nutridos de amor fraterno. También los Samaritanos ponían en acción todas sus energías con el afán de prestar socorro. Algunos enfermos se comportaban con humildad y resignación; otros protestaban a viva voz.

También yo me entregué al servicio y fue entonces cuando observé que una anciana intentaba, con gran dificultad, descender del último carruaje. Al verme cerca exclamó asustada:

–¡Tenga piedad, hijo! ¡Ayúdeme por amor de Dios!...

Me aproximé cordialmente.

–¡Cruces! ¡Mi Dios! –prosiguió persignándose–. Gracias a la Providencia divina salí del Purgatorio... ¡Ah! ¡Qué malditos demonios me torturaban allá! ¡Qué infierno! Pero los Ángeles del Señor siempre llegan.

La ayudé a que descendiera asaltado por enorme curiosidad. Por primera vez escuchaba referencias al Infierno y al Purgatorio,

salidas de la boca de alguien que aparentemente estaba serena y en su sano juicio. Tal vez en un acto de obediencia a la malicia que me caracterizaba pregunté:

–¿Así que viene de tan lejos?

Al hablar simulé aires de profundo interés fraternal, como solía hacer en la Tierra, olvidado por completo en aquel momento de las sabias recomendaciones de la madre de Lisias. La pobre señora comenzó a darme explicaciones:

–De larga distancia. En la Tierra, hijo mío, fui mujer de muy buenas costumbres. Hice mucha caridad, recé sin cesar como devota sincera. ¿Pero quién puede contra las artes de Satanás? Al salir del mundo me vi acosada por seres monstruosos que me arrastraron en un verdadero torbellino. Al comienzo imploré la protección de los Arcángeles celestiales. Los Espíritus diabólicos, sin embargo, me mantuvieron en aislamiento. Pero yo no perdía la esperanza de ser liberada de un momento a otro, porque dejé un dinero para la celebración de misas mensuales por mi descanso.

Obstinado en el impulso vicioso de ir tras asuntos que nada tenían que ver conmigo proseguí:

–¡Qué interesante su relato! ¿Pero no trató de conocer la causa de su demora en esa zona?

–De ningún modo –respondió persignándose–. Como le dije, mientras estuve en la Tierra hice lo posible por ser una buena feligresa. Usted sabe que nadie está libre de pecado. Mis esclavos provocaban riñas y disputas y aunque la fortuna me proporcionaba una vida tranquila, de tanto en tanto era necesario aplicar disciplina. Los administradores eran excesivamente escrupulosos y yo no podía titubear en las órdenes cotidianas. No era raro que algún negro muriera en el tronco para escarmiento general; otras veces estaba obligada a vender a las madres cautivas y separarlas de los hijos por cuestiones de orden doméstico. En esas ocasiones sentía que me remordía la conciencia, pero me confesaba todos los meses cuando el padre Amancio visitaba la estancia y luego de la comunión

quedaba libre de esas faltas veniales. Recibida la absolución en el confesionario e ingerida la sagrada hostia, quedaba nuevamente al día con mis deberes para con el mundo y para con Dios.

A esa altura, escandalizado con sus declaraciones, comencé a adoctrinarla.

–Hermana, esa justificación de paz espiritual era falsa. Los esclavos eran también hermanos nuestros. A los ojos del Padre eterno los hijos de los siervos son iguales a los de los amos.

Al escucharme dio un golpe autoritario con el pie y manifestó irritada:

–¡De ninguna manera! El esclavo es esclavo. De no haber sido de ese modo, la religión nos enseñaría lo contrario. Si había cautivos en las residencias de los obispos, ¡cuanto más en nuestras haciendas! ¿Quiénes, sino ellos, habrían de sembrar la tierra? ¡Sepa que siempre les concedí mis barracas como una verdadera honra!... En mi hacienda jamás vinieron a la explanada de las visitas, si no fue para dar cumplimiento a mis órdenes. El padre Amancio, nuestro virtuoso sacerdote, me dijo durante una confesión que los africanos son los peores seres del mundo, nacidos exclusivamente para servir a Dios en cautiverio. ¿Piensa entonces que iba a andar con muchos escrúpulos en el trato con esa especie de criaturas? ¡No lo dude: los esclavos son seres perversos, hijos de Satanás! Estoy admirada de la paciencia con que toleré a esa gente allá en la Tierra. Y debo declarar que salí poco menos que inesperadamente del cuerpo, porque me afectó la decisión de la Princesa cuando liberó a esos bandidos. Pasaron muchos años, pero me acuerdo perfectamente. Estaba enferma hacía muchos días y cuando el padre Amancio trajo la nueva a la ciudad me agravé súbitamente. ¿Cómo podríamos quedarnos en el mundo con esos criminales en libertad? Por cierto, ellos desearían esclavizarnos a su vez, y en vez de servir a gente de esa ralea ¿no sería preferible morir? Recuerdo que me confesé con dificultad y recibí las palabras de consuelo de nuestro sacerdote, pero pareciera que los demonios son también africanos y

vivían al acecho. Hasta el día de hoy me he visto obligada a padecer su presencia...

–¿Y cuándo llegó? –le pregunté.

–En mayo de 1888. <sup>17</sup>

Experimenté una extraña sensación de espanto.

La interlocutora fijó su mirada vacía en el horizonte y dijo:

–Probablemente mis sobrinos no se acordaron de pagar las misas; sin embargo, dejé esa disposición expresa en mi testamento.

Estuve a punto de responderle, para invitarla a razonar con una expectativa superior, de modo de proporcionarle nuevas ideas de fraternidad y fe, pero Narcisa se aproximó y bondadosamente manifestó:

–André, amigo, ¿se olvidó que estamos dispensando alivio a los enfermos y perturbados? ¿Qué provecho obtiene de esas informaciones? Los dementes hablan sin parar y quien los escucha consumiendo interés espiritual puede no estar menos loco.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con tanta bondad que enrojecí de vergüenza, sin coraje para dar una respuesta.

–No se sienta afectado –exclamó la enfermera con delicadeza–, atendamos a nuestros hermanos perturbados.

–¿Usted es de la opinión que yo me encuentro entre ellos? – Preguntó la anciana con resquemor.

Y Narcisa, en una demostración de sus excelentes cualidades de psicóloga, adoptó una cariñosa expresión de fraternidad al responder:

–No, amiga, no digo eso. Lo que sí creo es que usted debe estar muy cansada; su esfuerzo en el Purgatorio ha durado largo tiempo...

–Precisamente, precisamente –aclaró la recién llegada del Umbral–, no se imagina lo que he sufrido, torturada por los demonios...

La pobre criatura se disponía a repetir la misma historia, pero Narcisa demostrándome cómo proceder en tales circunstancias la interrumpió:

–No haga comentarios acerca del mal. Ya sé todo lo amargo y doloroso que le ha sucedido. Descanse; piense que va a recibir alivio.

Y de inmediato, dirigiéndose a uno de los auxiliares con soltura, manifestó:

–Tú, Zenobio, ve al departamento femenino y llama a Nemesia en mi nombre, para que acompañe a una nueva hermana a los lechos de tratamiento.

---

<sup>17</sup> N. T.: La abolición de la esclavitud en el Brasil fue firmada el 13 de mayo de 1888 por la Princesa Isabel, que reemplazaba provisionalmente en el poder a su padre, el Emperador Pedro II.

# 35

## Encuentro significativo

Procedían a guardar los pertrechos de la excursión y a encerrar a los animales de servicio, cuando una voz se hizo oír cariñosamente a mi lado:

–¡André! ¿Tú aquí? ¡Muy bien! ¡Qué agradable sorpresa!...

Sorprendido, me di vuelta y reconocí en el Samaritano que me hablaba al viejo Silveira, una persona de mi conocimiento a la cual mi padre, comerciante inflexible, había despojado en cierta ocasión de todos sus bienes.

Un razonable embarazo se apoderó de mí. Intenté saludarlo, corresponder a su gesto afectuoso, pero el recuerdo del pasado me había paralizado súbitamente. No podía fingir en aquel nuevo ambiente, donde la sinceridad se traslucía en todos los semblantes. Fue el propio Silveira quien dio muestras de comprender la situación y me auxilió al agregar:

– Francamente ignoraba que tú hubieses abandonado el cuerpo y estaba lejos de suponer que habría de encontrarte en “Nuestro Hogar”.

En reconocimiento a su espontánea amabilidad, lo abracé conmovido al mismo tiempo que murmuraba palabras de gratitud.

Traté de ensayar algunas explicaciones relativas a lo sucedido, pero no lo conseguí. En el fondo deseaba pedirle disculpas por el proceder de mi padre, que lo condujo al extremo de una quiebra

desastrosa. En ese instante revisaba mentalmente las circunstancias del pasado. La memoria me mostraba de nuevo la escena en vivo. Todavía me parecía escuchar a la Señora Silveira cuando fue a nuestra casa con actitud suplicante, a fin de aclarar la situación. Hacía tiempo que su marido debía guardar cama y a raíz de la enfermedad de dos de sus pequeños hijos su economía estaba en crisis. Las necesidades no eran pocas y los tratamientos demandaban un gasto significativo. La pobre mujer enjugaba sus lágrimas con un pañuelo. Solicitaba una prórroga, imploraba consideraciones acordes con su realidad. Humillada, dirigía la mirada dolorida a mi madre, como quien ruega comprensión y amparo al corazón de otra mujer. Recordé que mi madre intercedió cortésmente y le pidió a mi padre que dejara en el olvido los documentos firmados y se abstuviera de una acción judicial. Sin embargo, mi progenitor estaba habituado a transacciones importantes y, favorecido por la suerte, no podía comprender la situación del minorista. Su determinación fue inamovible. Manifestó que lamentaba los acontecimientos, que prestaría ayuda a su cliente y amigo de otro modo, pero subrayó que en lo atinente a la deuda reconocida no veía otra alternativa que la de cumplir rigurosamente las disposiciones legales. Él no podía –según sus dichos– quebrar las normas y antecedentes de su establecimiento comercial. Los pagarés serían ejecutados. Para consuelo de la afligida esposa, le hacía comentarios acerca de la situación de otros clientes que a su entender se encontraban en peores condiciones que las de Silveira. Vinieron a mi mente las miradas de simpatía que mi madre dispensaba a la desventurada suplicante, bañada en lágrimas. Mi padre, mientras tanto, había conservado una profunda indiferencia a todos los pedidos y cuando la pobre mujer se despidió, reprendió severamente a mi madre además de prohibirle su intromisión en la esfera de los negocios comerciales. La desventurada familia debió asumir la absoluta ruina financiera. Recordaba perfectamente el momento en que incluso el piano de la señorita Silveira fue retirado de la residencia, a fin de satisfacer las irrevocables exigencias del implacable acreedor.

Deseaba disculparme y no hallaba las palabras oportunas, porque en aquella ocasión también yo había animado a mi padre a que consumara el infame delito: consideraba a mi madre demasiado sentimentalista y lo induje a continuar con la acción hasta las últimas consecuencias. Era muy joven todavía y la vanidad se había apoderado de mí. No quería enterarme si otros sufrían, no conseguía ver las necesidades ajenas. Tenía en consideración los derechos de mi casa, nada más. En ese aspecto había sido inexorable. Los argumentos de mi madre fueron inútiles.

Derrotados en la lucha, los Silveira buscaron un paraje humilde del interior, donde padecieron el desastre financiero en la mayor indigencia. Nunca más volví a tener noticias de aquella familia, que con seguridad debía odiarnos.

Tales reminiscencias se agolparon en mi cerebro en cuestión de segundos. En instantes había reconstruido por completo el pasado ignominioso.

Aunque yo apenas disimulaba la desagradable sorpresa, Silveira me llamó a la realidad con una sonrisa:

—¿Has visitado a tu *viejo*?

Aquella pregunta, que revelaba un espontáneo cariño, incrementaba mi vergüenza. Le expliqué que pese a mi intenso deseo todavía no había logrado esa satisfacción.

Silveira identificó mi incomodidad y apiadado probablemente de mi estado íntimo intentó alejarse.

Me abrazó con cortesía y retornó a su trabajo.

Con gran desconcierto apelé a Narcisa, ansioso de sus consejos. Le expuse lo sucedido incluyendo detalles de los acontecimientos del pasado.

Ella escuchó pacientemente y manifestó con tono cariñoso:

—No le extrañe ese hecho. Hace tiempo me vi en una situación similar. Tuve la felicidad de hallar por aquí a la mayoría de las

personas a quienes ofendí en el mundo. Ahora sé que esa es una bendición del Señor, que nos renueva la oportunidad de restablecer la simpatía interrumpida y de reparar los vínculos rotos de la cadena espiritual.

Luego me preguntó, confiriendo mayor énfasis a su enseñanza:

–¿Y aprovechó esa bella ocasión?

–¿Qué quiere significar? –repliqué.

–¿Se disculpó con Silveira? Vea qué gran felicidad la de reconocer los propios errores. Puesto que usted ha podido analizarse con suficiente luz de comprensión y ha admitido que fue el antiguo ofensor, no pierda la oportunidad de comportarse amistosamente. Vaya, querido, y abrácelo de otra manera. Aproveche este momento, pues Silveira está muy ocupado y tal vez no se le presente en breve otra circunstancia como esta.

Narcisa notó mi indecisión y agregó:

–No tema al fracaso. Siempre que complementamos la razón con el sentimiento del bien, Jesús nos concede lo necesario para el éxito. Tome la iniciativa. Emprender acciones dignas, cualesquiera sean, representa una legítima honra para el alma. Piense en el Evangelio y vaya a buscar el tesoro de la reconciliación.

No vacilé. Corrí al encuentro de Silveira y le hablé abiertamente, además de rogarle que perdonara a mi padre y a mí mismo, por las ofensas y los errores que cometimos en su perjuicio.

–Comprenda –remarqué– que estábamos ciegos. En ese estado no percibíamos otra cosa que no fuera nuestro propio interés. Cuando el dinero se alía con la vanidad, Silveira, es difícil para el hombre apartarse del mal camino.

Silveira, muy conmovido, no me dejó terminar:

–Ahora André, ¿habrá alguien que esté exento de cometer faltas? ¿Acaso supones que yo no he cometido errores en mi vida? Por otro lado, tu padre fue para mí un verdadero instructor. Tanto

mis hijos como yo le debemos benditas lecciones de esfuerzo personal. De no haber sido por aquella actitud enérgica que nos sustrajo las posibilidades materiales, ¿qué sería de nosotros en lo atinente al progreso del Espíritu? Aquí renovamos los antiguos conceptos sobre la vida humana. Nuestros adversarios no son precisamente enemigos, sino benefactores. No te entregues a recuerdos penosos. Trabajemos junto al Señor en reconocimiento a la eternidad de la vida.

Observó emocionado que mis ojos estaban húmedos y entonces me abrazó paternalmente antes de concluir:

–No pierdas tiempo en eso. En breve deseo tener la satisfacción de hacerle una visita a tu padre junto contigo.

Lo abracé sin decir una palabra, experimentando una nueva alegría en mi alma. Tuve la impresión de que en un oculto rinconcito de mi corazón se había encendido una luz divina que jamás se apagaría.

## 36

# El sueño

Los servicios se sucedieron sin interrupciones. Enfermos que exigían cuidados, perturbados que reclamaban dedicación.

Al caer la noche ya había asimilado el mecanismo de los pases y los aplicaba a los necesitados de toda clase.

Por la mañana regresó Tobías a las cámaras y, más por generosidad que por otro motivo, me transmitió palabras de aliento.

–¡Muy bien, André! –exclamó contento–. Voy a recomendarlo al ministro Genesio y desde el comienzo recibirá por sus servicios el doble de bonus.

Ensayaba palabras de reconocimiento cuando llegó la Señora Laura junto con Lisias y me abrazaron.

–Nos sentimos profundamente complacidos –manifestó la generosa señora con una sonrisa–, lo acompañé en espíritu durante la noche y su comienzo en el trabajo es motivo de legítima alegría en nuestro círculo doméstico. Reclamé la satisfacción de ser quien llevara la noticia al ministro Clarencio y él mismo me recomendó transmitirle su saludo.

Intercambiaron comentarios afectuosos con Tobías y Narcisa. Me solicitaron que describiera verbalmente mis impresiones, mientras yo no cabía en mí de contento.

Sin embargo, las alegrías superlativas me estaban reservadas para más adelante.

Pese a que la progenitora de Lisias me invitó amablemente a que regresara a la casa para descansar, Tobías puso a mi disposición un departamento para reposo junto a las Cámaras de Rectificación y me recomendó que me quedara allí. De hecho, experimentaba una gran necesidad de sueño. Narcisa me preparó el lecho con fraternal esmero.

Una vez que me refugié en el cuarto, confortable y amplio, oré al Señor de la Vida para agradecerle la bendición de haber sido útil. La *provechosa fatiga* de quienes cumplen su deber me previno de la vigilia indeseable.

Instantes más tarde se apoderaron de mi alma sensaciones de levedad y tuve la impresión de ser transportado en una pequeña barca rumbo a regiones desconocidas. ¿Hacia dónde me conducían? Me era imposible responder esa pregunta. A mi lado, un hombre controlaba el timón en silencio. Como si fuera un niño, incapaz de describir o explicar las bellezas que hallábamos a nuestro paso, me dejaba llevar sin hacer comentarios de ninguna clase, aunque estaba extasiado con la magnificencia del panorama. Según percibía, la embarcación se deslizaba velozmente, con un movimiento ascendente.

Así transcurrieron algunos minutos, hasta que me encontré ante un puerto maravilloso. Alguien me llamó con especial cariño.

–¡André!... ¡André!...

Desembarqué con precipitación realmente infantil. Reconocería aquella voz entre millares. Escasos momentos después abrazaba a mi madre en un desborde de júbilo.

Me condujo a un encantador bosque donde las flores estaban dotadas de una singular cualidad: atrapaban la luz, en un permanente despliegue festivo de aromas y colores. Formaban así alfombras doradas y resplandecientes extendidas debajo de los enormes árboles, cuyas copas susurraban cuando el viento pasaba a través de ellas. Mis sensaciones de felicidad y paz no podían ser mayores. El sueño no era como el que se produce en la Tierra. Sabía

perfectamente que había dejado el vehículo inferior en el departamento de las Cámaras de Rectificación, en “Nuestro Hogar”, y tenía plena conciencia de aquel desplazamiento en un ámbito diferente. Mis nociones de espacio y tiempo eran precisas. La riqueza de las emociones, por otra parte, se afianzaba con creciente intensidad. Después de trasmitirme incentivos espirituales de singular pureza, mi madre me explicó bondadosamente:

–Rogué mucho a Jesús que me concediera la sublime satisfacción de tenerte a mi lado en tu primer día de servicio útil. Como puedes constatar, hijo, el trabajo es para el corazón un reconstituyente de procedencia divina. Una gran cantidad de nuestros compañeros, una vez que se han marchado de la Tierra permanecen en actitudes contraproducentes, en espera de milagros que jamás habrán de producirse. Así es como reducen excelentes capacidades a simples expresiones parasitarias. Algunos alegan que la soledad los ha desanimado, en tanto que otros, del mismo modo que sucedía en la Tierra, confiesan su disconformidad con el medio al que han sido convocados para prestar servicio al Señor. Es indispensable, André, transformar las oportunidades de la vida en motivos para ejercitar el respeto a los designios de Dios. En los círculos inferiores, hijo, el plato de sopa para el hambriento, el bálsamo al leproso, el gesto de amor al desmoralizado, son servicios divinos que nunca quedarán en el olvido en la Casa de Nuestro Padre. Aquí, del mismo modo, una mirada de comprensión al culpable, la promesa evangélica a quienes están sumidos en la desesperación, la esperanza para el afligido, constituyen bendiciones de trabajo espiritual que el Señor observa y registra a nuestro favor...

El rostro de mi progenitora estaba más bello que nunca. Sus ojos virginales parecían irradiar una luminosidad sublime, sus manos me trasmitían la ternura de sus gestos fluidos regeneradores de las energías, a la par de gratas emociones.

–El Evangelio de Jesús, André querido –prosiguió amorosamente–, nos recuerda que hay mayor alegría en dar que en

recibir. Aprendamos a concretar ese principio en el esfuerzo diario al que seamos conducidos, en beneficio de nuestra propia felicidad. Da siempre, hijo mío. En especial, jamás te olvides de entregarte tú mismo en tolerancia edificante, amor fraterno y excelsa comprensión. La práctica del bien como una manifestación externa es una enseñanza y, al mismo tiempo, una invitación a que lleguemos a instalar la práctica del bien en nuestro interior. Jesús dio más de sí a favor del crecimiento interno de los hombres que todos los millonarios de la Tierra congregados en el servicio de la caridad material, que no deja de ser elevado. No te avergüences de dar amparo a los llagosos o explicaciones a los locos que penetren en las Cámaras de Rectificación, donde espiritualmente identifiqué tus servicios la noche anterior. Trabaja hijo; edifica el bien. En nuestras colonias espirituales, al igual que en las regiones del globo terráqueo, viven almas inquietas, ansiosas de novedades y distracciones. Pero tú, siempre que puedas, olvídate del entretenimiento y ve en busca del servicio útil. Si indigente como soy alcanzo a ver en espíritu tus esfuerzos en “Nuestro Hogar” y al mismo tiempo prestar atención a las amarguras de tu padre en las zonas del Umbral, Dios nos ve y nos acompaña a todos, se trate del más lúcido de los embajadores de su bondad o de los últimos seres de la creación, inferiores incluso a los gusanos de la Tierra.

Mi madre hizo una pausa, que deseé aprovechar para manifestar algo, pero no pude. Lágrimas de emoción enturbiaban mi voz. Con una mirada me dio a entender que comprendía la situación y prosiguió:

–En la mayoría de las colonias espirituales, y también aquí, conocemos la remuneración del servicio mediante el bonus-hora. Nuestra base de compensación reúne dos factores esenciales. El bonus representa la posibilidad de recibir algo de nuestros hermanos de lucha, o de remunerar a alguien involucrado en nuestras realizaciones; pero el criterio en cuanto al valor de la hora es una atribución exclusiva de Dios. En la bonificación exterior pueden deslizarse muchos errores de nuestra personalidad falible, si tenemos en cuenta nuestra condición de criaturas en labores

evolutivas, del mismo modo que sucede en la Tierra. Pero en lo concerniente al contenido espiritual de cada hora, existe una correspondencia directa entre el Servidor y las Potencias divinas de la creación. Por ese motivo, André, nuestras actividades experimentales vinculadas con el progreso general a partir de la esfera carnal, todos los días están sometidas a modificaciones. Tablas, cuadros, remuneraciones, son objetos de experimentación por parte de aquellos que desempeñan funciones de responsabilidad, a quienes el Señor ha concedido la ocasión para que cooperen en las Obras Divinas de la Vida, tanto como concede a la criatura humana el privilegio de ser padre o madre durante cierto tiempo, sea en la Tierra o en otros mundos. El administrador honesto es respetuoso de los servicios que le competen; el padre consciente está impregnado de amor y desvelo. Dios, hijo, es un Administrador diligente y Padre muy devoto. A nadie olvida y, además, se reserva el derecho de ponerse de acuerdo con el trabajador en cuanto al verdadero provecho durante el tiempo de servicio. Las compensaciones exteriores afectan a la personalidad que transitoriamente hace su experiencia; pero el valor del tiempo atañe a la personalidad eterna, que permanecerá constantemente en nuestros círculos de vida, en marcha hacia la gloria de Dios. ¡Por esa razón el Altísimo concede la sabiduría a quien emplea el tiempo en aprender, y confiere más vida y bienestar a aquellos que saben renunciar!...

Mi madre hizo silencio; mientras tanto yo me secaba los ojos. Luego me abrazó, al mismo tiempo que me acariciaba efusivamente y, al igual que un niño que se queda dormido después de la lección, perdí la conciencia de mí mismo hasta que me desperté más tarde en las Cámaras de Rectificación, embargado aún por intensas sensaciones de alegría.

## La lección de la Ministra

Durante el desarrollo de los trabajos del día siguiente, grande era mi interés por la conferencia de la ministra Veneranda. Consciente de que necesitaría un permiso, hicimos un acuerdo con Tobías al respecto.

–En esas clases –me dijo– participan solamente quienes están sinceramente interesados. Aquí los instructores no pueden perder tiempo. Usted queda autorizado para asistir junto con los demás oyentes, que se cuentan por centenas entre servidores y protegidos de los ministerios de la Regeneración y del Auxilio.

En un afectuoso gesto de estímulo concluyó:

–Le auguro excelente aprovechamiento.

El nuevo día transcurrió en servicio activo. El contacto con mi madre, sus bellas recomendaciones acerca de la práctica del bien, instalaron en mi espíritu un sublime bienestar.

En principio, en cuanto me desperté, aquellas enseñanzas relativas al bonus-hora me suscitaron algunas preguntas de consideración. ¿Cómo podría depender de Dios la compensación de la hora? ¿No era atribución del administrador espiritual o del humano, según correspondiera, la contabilización del tiempo? De Tobías provino la información que sació mi inteligencia sedienta de luz. A los administradores en general les compete la responsabilidad de contabilizar el tiempo de servicios y, en tal sentido, corresponde

establecer elementos relativos al respeto y la consideración del mérito del trabajador. En cuanto al valor esencial del aprovechamiento exacto, solamente las Potencias divinas pueden determinarlo. Algunos servidores, al cabo de cuarenta años de actividad especial, se retiran con la misma ignorancia de la primera hora, con lo que demuestran que consumieron tiempo pero no emplearon dedicación espiritual. Del mismo modo, hay hombres que llegan a los cien años de existencia y se retiran de ella con la misma falta de conocimiento de la etapa infantil. El concepto de su mamá –dijo Tobías– tiene mucho valor. Es suficiente con que comparemos las horas de los hombres buenos con las de los malos. En los primeros, se transforman en depósitos de las bendiciones del Eterno; en los segundos, en látigos para tormento y remordimiento, como si fueran elementos malditos. Cada hijo arregla sus cuentas con el Padre de acuerdo con el aprovechamiento de la oportunidad, es decir según sus obras.

Esa aclaración me ayudó a ponderar el valor del tiempo en todos los aspectos.

A la hora establecida para la lección de la Ministra, que se efectuó a continuación de la oración vespertina, me dirigí en compañía de Narcisa y Salustio hacia el gran salón, en medio de la naturaleza.

El recinto verde era una verdadera maravilla: enormes bancos de hierba nos acogieron confortablemente. Flores de diversas especies brillaban a la luz de hermosos candelabros y exhalaban un delicado aroma.

Calculé que la concurrencia superaba las mil personas. Dentro de la disposición habitual para una asamblea importante, noté que veinte entidades se instalaban en un lugar jerarquizado que había entre nosotros y la plataforma de flores donde se veía el sillón de la instructora.

A una pregunta mía Narcisa explicó:

–Nosotros estamos en la asamblea de los oyentes. Aquellos hermanos que están en un lugar destacado son los más adelantados en la materia del día y a quienes les está permitido formular preguntas a la Ministra. Han adquirido ese derecho por su aplicación al tema, una condición que también nosotros podemos alcanzar.

–¿Usted no puede figurar entre ellos? –consulté.

–No. Por el momento solamente puedo sentarme en ese lugar las noches en que la instructora enfoque el tratamiento de los Espíritus perturbados. Hay, asimismo, hermanos que están allí en relación con tesis diferentes que dependen del nivel de cultura al cual llegaron.

–Muy curioso el proceso –aduje.

–El Gobernador –prosiguió la enfermera– determinó esa medida para las clases y disertaciones de todos los ministerios, a fin de que los trabajos no se convirtieran en un abuso de la opinión personal por falta de la base adecuada, lo que redundaría en una lamentable pérdida de tiempo para el conjunto. Las dudas, al igual que las opiniones de verdadera utilidad serán explicadas o aprovechadas en el momento oportuno.

Terminaba de hablar Narcisa cuando la ministra Veneranda penetró en el recinto en compañía de dos damas de porte distinguido, que según aquella me informó eran Ministras de la Comunicación.

Veneranda transmitió con su simple presencia gran júbilo a todos los semblantes. No tenía la fisonomía de una anciana, lo que contrastaba con su nombre, sino el aspecto de una señora de edad madura noble y sencilla, sin afectación.

Después de una breve charla con los veinte compañeros, a fin de quedar en conocimiento de las necesidades predominantes en la generalidad de la asamblea, con respecto al tema de la noche, comenzó del siguiente modo:

”Como es habitual, no estoy dispuesta a disponer de nuestra reunión para despliegues de elocuencia verbal. Me encuentro aquí para conversar con ustedes a fin de enunciar algunos conceptos acerca del pensamiento.

”Están entre nosotros en este momento algunas centenas de oyentes sorprendidos, porque han hallado en nuestra esfera formas análogas a las del planeta. ¿No saben acaso que el pensamiento es el lenguaje universal? ¿No habían recibido información en cuanto a que la creación mental es casi todo en nuestra vida? Numerosos son los hermanos que plantean preguntas como estas. No obstante, han encontrado aquí la casa, el utensilio y el lenguaje terrestre. La realidad, por cierto, no debiera causarles sorpresa. No podemos dejar de tener en cuenta que hemos vivido hasta ahora –nos referimos a la existencia humana– en antiguos círculos de vibraciones contradictorias. El pensamiento es la base de las relaciones espirituales de los seres entre sí, y no nos olvidemos que somos millones de almas en el universo que dispensamos una relativa sumisión a las leyes universales. No podemos por el momento compararnos con los hermanos más ancianos y más sabios, próximos al Padre divino, pues sumamos millones las entidades que vivimos en los caprichosos *mundos inferiores* del *yo*. Los respetables instructores de la humanidad carnal nos ilustran sobre los principios divinos y exponen verdades eternas y profundas en los ámbitos del globo. Sin embargo, a través de las actividades de la Tierra la mayoría de nosotros hemos recibido noticias de esas leyes, aunque no nos hayamos acogido a ellas, y del mismo modo hemos tomado conocimiento de esas verdades sin por eso consagrarles nuestras vidas.

”¿Sería lógico creer que por el solo hecho de admitir el poder del pensamiento el hombre quedará liberado de su condición inferior? ¡Imposible!

”Una existencia secular en la carne terrestre representa un período demasiado breve para que aspiráramos a ubicarnos entre los cooperadores esencialmente divinos. Hemos recibido

información acerca del poder de la mente durante el aprendizaje del mundo, pero no tenemos en cuenta que sobre el particular, a lo largo de sucesivos milenios, hemos empleado nuestra energía en creaciones mentales destructivas y perjudiciales para nosotros mismos.

”Somos admitidos en los cursos de espiritualización en las diferentes escuelas religiosas del mundo y aún así, nuestro desempeño no pasa del terreno de las manifestaciones verbales. Por supuesto, las palabras no alcanzan para que alguien atienda su deber. La Biblia nos enseña que incluso el Señor de la Vida no se quedó en el Verbo, sino que dio continuidad al trabajo creativo con la Acción.

”Bien sabemos que el pensamiento es una fuerza esencial, pero no admitimos nuestro milenario enviciamiento en el desvío de esa fuerza.

”Ahora, es cosa sabida que el hombre tiene la obligación de alimentar a sus propios hijos; en las mismas condiciones, cada Espíritu es inducido a conservar y nutrir sus creaciones peculiares. Una idea criminal generará productos mentales de esa misma naturaleza; un principio elevado responderá a la ley de semejanza. Apelemos al símbolo más sencillo. Luego de haberse elevado a las alturas el agua retorna purificada, portadora de vigorizantes fluidos vitales, sea en el rocío protector o en la lluvia benéfica; pero si la mezcláramos con los desechos del suelo, la transformaremos en cultivo de microbios destructores.

”El pensamiento es una fuerza viva, donde quiera que sea; es una atmósfera creadora que rodea al Padre tanto como a los hijos, a la Causa así como a los Efectos, dentro del hogar universal. En él los hombres se transforman en ángeles que van camino al Cielo, o se convierten en genios diabólicos en camino al Infierno.

”¿Captan ustedes la importancia de eso? Por cierto, entre las mentes evolucionadas, estén desencarnadas o encarnadas, para el intercambio no son necesarias las formas y conviene destacar que el

pensamiento en sí mismo es la base de todos los mensajes silenciosos de la idea, en los maravillosos ámbitos de la intuición entre los seres de toda especie. Según ese principio, un Espíritu que haya vivido exclusivamente en Francia podrá comunicarse en el Brasil, de pensamiento a pensamiento, con prescindencia de una forma verbal en particular que, en tal caso, siempre sería la del receptor; pero eso requiere además la afinidad pura. De modo que no nos hallamos en las esferas de la absoluta pureza mental, donde todas las criaturas tienen afinidades entre sí. Sintonizamos los unos con los otros, en núcleos aislados y somos inducidos a proseguir con las edificaciones transitorias de la Tierra, a fin de que cuando regresemos a los círculos planetarios hayamos incrementado nuestro bagaje evolutivo.

”`Nuestro Hogar´ es, por consiguiente, una especie de ciudad espiritual transitoria, es una bendición que se nos concede por *acrecentamiento de misericordia*, donde unos pocos se preparan para la ascensión mientras la mayoría deberá retornar a la Tierra para servicios redentores. Comprendamos la magnificencia de las leyes del pensamiento y sometámonos a ellas a partir de este preciso momento.”

Hubo una pausa prolongada, luego de la cual la Ministra sonrió al auditorio y preguntó:

–¿Quién está dispuesto a aprovechar la oportunidad?

Inmediatamente después, una música suave inundó el recinto de delicadas melodías.

Veneranda todavía mantuvo un coloquio durante un extenso lapso. Fue una demostración de amor, solidaridad, delicadeza, sabiduría...

Sin solemnidades en los gestos que indicaran la finalización de la conferencia, la dio por terminada con esa pregunta aguda.

Cuando vi que los compañeros se ponían de pie para las despedidas, con el fondo de la música habitual, interrogué a Narcisa con sorpresa:

–¿Qué sucede? ¿Se acabó la reunión?

La bondadosa enfermera me explicó con una sonrisa:

–La ministra Veneranda siempre procede de este modo. Da por concluida la disertación cuando más concentrados estamos. Suele manifestar que las lecciones evangélicas comenzaron con Jesús y nadie tiene la certeza sobre cuándo y de qué modo han de finalizar.

# 38

## El caso Tobías

Al tercer día de trabajo Tobías me dio la alegría de una grata sorpresa. Había concluido el servicio, era el atardecer, y dado que otros se hicieron cargo de la asistencia nocturna me condujo fraternalmente hasta su residencia, donde me aguardaban hermosos momentos de regocijo y aprendizaje.

Cuando ingresamos me presentó a dos señoras, una ya entrada en años y la otra al borde de la madurez. Me aclaró que esta era su esposa y aquella su hermana. Luciana e Hilda, afables y delicadas, sobresalieron por sus gentilezas.

Reunidos en la espléndida biblioteca de Tobías, revisamos volúmenes extraordinarios por su encuadernación y su contenido espiritual.

La Señora Hilda me invitó a visitar el jardín, para que observara de cerca algunos canteros de caprichosas formas. Cada casa en “Nuestro Hogar” parecía especializarse en el cultivo de determinadas flores. En la casa de Lisias las glicinas y los lirios podían contarse por centenares; en la residencia de Tobías no se podía calcular la cantidad de hortensias en flor que brotaban de las verdes sábanas de violetas. Hermosos canteros de árboles delicados que me recordaban al bambú todavía joven, ostentaban en lo alto una enredadera interesante cuya especialidad consiste en unir follajes diferentes, a la manera de largos lazos florecidos sobre la

verde cabellera de los árboles, que daban forma a una atractiva protección.

No sabía cómo poner de manifiesto mi admiración. La atmósfera estaba saturada de un cautivante aroma. Hacíamos comentarios generales acerca de la belleza del paisaje que se apreciaba desde ese ángulo del Ministerio de la Regeneración, cuando Luciana nos llamó al interior para una rápida refección.

Encantado en ese ambiente sencillo con los abundantes detalles de fraternidad sincera, no sabía de qué modo agradecer al generoso anfitrión.

En un determinado momento de la amable conversación Tobías dijo sonriente:

–Mi amigo, en el buen sentido, aún es novato en nuestro Ministerio y probablemente no conozca mi caso familiar.

Se reían al unísono ambas señoras cuando notaron mi silenciosa interpelación y el dueño de casa prosiguió:

–Asimismo, tenemos numerosos núcleos en las mismas condiciones. Imagínese que me casé dos veces...

Y señaló a las señoras que nos acompañaban en la sala; luego prosiguió con un gesto de buen humor:

–No creo que sea necesario hacer más aclaraciones en relación con las esposas.

–¡Ah! ¡Sí! –manifesté absolutamente confundido–. Quiere decirme que tanto la Señora Hilda como la Señora Luciana han compartido su experiencia en la Tierra...

–Efectivamente –respondió con tranquilidad.

En el ínterin la Señora Hilda tomó la palabra y se dirigió a mí:

–Disculpe a nuestro Tobías, hermano André. Él siempre está dispuesto a hablar del pasado cada vez que nos reunimos con alguna visita recién llegada de la Tierra.

–¿Pero no es acaso motivo de júbilo –adujo Tobías con buen humor–, haber doblegado al monstruo de los celos inferiores y conquistar al menos alguna expresión de auténtica fraternidad?

–De hecho –objeté–, el problema nos interesa profundamente a todos. Existen millones de personas en los círculos del planeta en estado de segundas nupcias. ¿De qué modo se puede resolver esa acuciante cuestión afectiva cuando tenemos en consideración la espiritualidad eterna? Sabemos que la muerte del cuerpo transforma, pero no destruye. Los lazos del alma se prolongan a través del infinito. ¿Qué hacer? ¿Condenar al hombre o a la mujer que se casaron más de una vez? Hallaríamos millones de seres en tales condiciones. En muchas oportunidades he recordado con atención el pasaje evangélico en el cual el Maestro nos promete la vida de los ángeles al hacer referencia al casamiento en la eternidad.

–Es forzoso reconocer, con nuestra absoluta veneración al Señor –acotó el anfitrión con bondad–, que todavía no estamos en la categoría de los ángeles sino en la de los hombres desencarnados.

–Pero, ¿de qué manera resolvemos aquí semejante situación? –Pregunté.

Tobías sonrió mientras consideraba:

–Muy simplemente; reconocemos que entre el irracional y el hombre existe una interminable y gradual serie de posiciones. Entre nosotros pasa lo mismo: el camino hasta el ángel representa una inmensa distancia que debemos recorrer. Ahora bien, ¿cómo hemos de aspirar a la compañía de seres angelicales cuando no somos ni siquiera fraternos los unos con los otros? Claro que existen compañeros de ánimo decidido, que demuestran sobreponerse a todos los obstáculos de la senda con un supremo esfuerzo de la voluntad; pero la mayoría no prescinde de puentes, o del socorro de guardianes caritativos. Ante esa realidad, los casos de tal índole se resuelven a partir de los cimientos de la fraternidad auténtica, si se admite que el verdadero casamiento consiste en el vínculo entre las almas y esa unión nadie puede romperla.

En ese momento Luciana, que se había mantenido en silencio, intervino para agregar:

–Es conveniente explicar también que todo, es decir la felicidad y la comprensión, se lo debemos al espíritu de amor y renuncia de Hilda.

La Señora Tobías, mientras tanto, en una demostración de digna humildad destacó:

–Basta. Nada de cualidades que no poseo. Intentaré sintetizar nuestra trayectoria para que nuestro huésped conozca mi doloroso aprendizaje.

Prosiguió entonces, luego de su gesto de amable narradora:

–Tobías y yo nos casamos en la Tierra cuando todavía éramos muy jóvenes, en obediencia a sagradas afinidades espirituales. Considero innecesario describir la felicidad de dos almas que se unen y se aman realmente dentro del matrimonio. Pero la muerte, aparentemente celosa de nuestra dicha, me sustrajo del mundo en ocasión del nacimiento de nuestro segundo vástago. Nuestro tormento fue indescriptible. Tobías lloraba sin consuelo, y entre tanto yo no tenía fuerzas para contener mi propia angustia. Pesados días en el Umbral se abatieron sobre mí. No me quedó otro remedio que proseguir aferrada a mi marido y al par de hijos, haciendo oídos sordos al esclarecimiento que los amigos espirituales me enviaban a través de la intuición.

Quería luchar como una gallina junto a sus polluelos. Reconocía que el esposo necesitaba reorganizar el ambiente doméstico y, no menos, que los pequeños reclamaban asistencia maternal. La situación se había vuelto francamente insostenible. Mi cuñada soltera no toleraba a los niños y la cocinera fingía su dedicación. Dos amas jóvenes que regían su conducta personal por la insensatez. Tobías no pudo postergar la solución necesaria y cuando hubo transcurrido un año de la nueva situación se casó con Luciana, contrariando mis caprichos. ¡Ah! ¡Si supiera cómo me rebelé! Parecía una loba herida. Mi ignorancia alcanzó incluso para

que luchara con la pobrecita en un intento de aniquilarla. Fue en ese punto que Jesús me concedió la visita providencial de mi abuela materna, desencarnada muchos años antes. Se presentó como quien no quiere nada. Me tomó de sorpresa; se sentó a mi lado, me puso sobre sus rodillas como en otros tiempos y me preguntó con lágrimas: “¿Qué es todo eso, nieta querida? ¿Cuál es tu papel en la vida? ¿Eres una leona o un alma consciente de Dios? Porque nuestra hermana Luciana hace de madre de tus hijos, se desempeña como una criada en tu casa, es la jardinera de tu jardín, soporta el carácter irritable de tu marido, ¿pero no puede ocupar el lugar provisorio de compañera de luchas junto a él? ¿De esa manera agradece tu corazón los beneficios divinos? ¿Así retribuyes a quienes son sus servidores? ¿Quieres una esclava o desprecias a una hermana? ¡Hilda! ¡Hilda! ¿Dónde está la religión del Crucificado que has aprendido? ¡Oh! ¡Pobre mi nieta, pobrecita!...” Abracé llorando a mi santa viejecita y abandoné el antiguo recinto doméstico. Ella me trajo a los servicios de “Nuestro Hogar”. Desde esa época consideré a Luciana una hija más. Entonces trabajé intensamente. Me consagré al estudio serio, a mi propio mejoramiento moral; me propuse ayudar a todos sin distinciones dentro de nuestro antiguo hogar terrestre. Tobías constituyó una nueva familia que pasó a pertenecerme también a mí, por los sagrados lazos espirituales. Más tarde regresó él y se reunió conmigo, junto con Luciana, que se quedó con nosotros para que nuestro júbilo fuera completo. Ahí tiene, amigo, nuestra historia...

Luciana tomó en ese momento la palabra e hizo el siguiente comentario:

–Ella no ha dicho que su sacrificio me ha servido de ejemplo.

–¿Pero de qué hablas, hija? –preguntó la Señora Tobías mientras tomaba delicadamente su mano.

Luciana sonrió y continuó:

–Gracias a Jesús y a ella aprendí que existe el casamiento de amor, el de fraternidad, el de prueba y además el de deber. El día

que Hilda me besó en señal de que me perdonaba sentí que mi propio corazón se había liberado del monstruo de los celos inferiores. El matrimonio espiritual es el de las dos almas. Las demás uniones, aunque no dejan de ser sagradas, representan simples conciliaciones indispensables para la solución de necesidades o procesos rectificadores.

–Así fue cómo edificamos nuestro nuevo hogar: sobre la base de la fraternidad legítima –agregó el dueño de casa.

Pude aprovechar el breve silencio que se produjo para preguntar:

–¿Pero cómo se concreta el casamiento aquí?

–Mediante la combinación vibratoria –explicó Tobías atento–, o bien, para ser más explícito, por la afinidad máxima o absoluta.

Incapaz de refrenar la curiosidad, olvidé la lección de la prudencia e interrogué:

–Pero, ¿cuál es la situación de nuestra hermana Luciana en este caso?

Antes de que los cónyuges espirituales respondieran, la propia interesada lo hizo:

–Cuando desposé a Tobías, viudo, debí haber tenido el convencimiento de que entre todas las probabilidades, mi casamiento sería por encima de todo una unión fraternal. Eso fue lo que me costó comprender. Por otra parte, es de esperar que los contrayentes sufran ansiedad, desinteligencias, melancolía, cuando se unen físicamente pero no están integrados en el matrimonio espiritual.

Deseaba preguntar algo más, sin embargo no hallaba palabras que me evitaran caer en una impertinente indiscreción. No obstante, la Señora Hilda captó mi pensamiento y me explicó:

–Quédese tranquilo. Luciana está en pleno noviazgo espiritual. Su noble compañero de muchas etapas terrenas la ha precedido

algunos años en su regreso al círculo carnal. El año próximo ella irá a su encuentro. Creo que el momento feliz se producirá en San Pablo.

Todos nos reímos alegremente.

En ese instante Tobías recibió un llamado urgente: debía atender un caso grave en las Cámaras de Rectificación.

Por lo tanto fue imprescindible dar por concluida la conversación.

## Escucho a la Señora Laura

Me había impresionado profundamente el caso de Tobías.

Aquella casa cimentada sobre nuevos principios de unión fraterna me preocupaba como un tema obsesivo. Al fin de cuentas, todavía me sentía dueño del hogar terrestre y evaluaba lo difícil que sería para mí mismo una situación semejante. ¿Tendría el coraje de conducirme como Tobías, de imitar su conducta? Admitía que no. A mi entender, no sería capaz de despreciar a mi querida Zelia ni jamás admitiría tal imposición de parte de mi esposa.

Los comentarios de la casa de Tobías me torturaban el cerebro. No hallaba explicaciones que fueran al mismo tiempo adecuadas y convincentes.

Tan preocupado me sentía que al día siguiente decidí hacerle una visita a Lisias, en un momento de descanso. Ansiaba obtener alguna aclaración de parte de la Señora Laura, a quien dedicaba una confianza filial.

Me recibió con elocuentes demostraciones de alegría y aguardé el momento propicio que me permitiera escuchar a la madre de Lisias con calma y serenidad.

Una vez que se marcharon los jóvenes en dirección a sus habituales entretenimientos, expuse a la generosa amiga el problema que me afligía, sin disimular la timidez.

Ella con su gran experiencia de la vida sonrió, y para empezar me dijo:

–Ha hecho bien en traer la cuestión para nuestro estudio recíproco. Los problemas que torturan al alma demandan para ser resueltos la intervención amistosa.

Luego de una breve pausa, prosiguió con gentileza:

–El caso Tobías es nada más que uno de los tantos que conocemos aquí, y los hay también en otros núcleos espirituales cuya característica en común es el pensamiento elevado.

–Pero resulta chocante para nuestros sentimientos, ¿no es verdad? –alegué con interés.

–Cuando nos atenemos a los puntos de vista estrictamente humanos, esas cosas llegan a escandalizarnos; sin embargo, amigo, ahora es necesario que supeditemos todo a los principios de naturaleza espiritual. En tal sentido, André, necesitamos comprender el espíritu de secuencia vigente en los escenarios evolutivos de la vida. Si hemos atravesado la extensa escala de la animalidad, es lógico que esa animalidad no desaparezca de un día para otro. Nos insume muchos siglos emerger de las categorías inferiores. El sexo es una parte del patrimonio de las facultades divinas que más demoramos en asimilar. No será sencillo para usted, en la actualidad, compenetrarse del elevado sentido de la organización doméstica que visitó ayer; no obstante, allí reina la felicidad debido a la atmósfera de comprensión que se generó entre los personajes del drama terrestre. No todos consiguen sustituir cadenas de oscuridad por vínculos de luz en tan escaso tiempo.

–¿Y es esa una regla general? –consulté—. ¿Los hombres y las mujeres que se han casado más de una vez establecen nuevamente el núcleo doméstico aquí, y se hacen acompañar por todos los afectos que han conocido?

La interlocutora, en un gesto de inmensa paciencia me explicó:

–No llegue a ese extremo. Es indispensable que avancemos lentamente. Muchas personas pueden compartir afecto pero les falta comprensión. No se olvide que nuestras edificaciones vibratorias tienen mayor consistencia que las de la Tierra. El caso Tobías es un ejemplo de la victoria de la auténtica fraternidad, por parte de las tres almas interesadas en alcanzar el necesario entendimiento. Quien no se adapte a la ley de la fraternidad y la comprensión no podrá cruzar esas fronteras. Las regiones oscuras del Umbral están repletas de entidades que no resistieron tales pruebas. Mientras dura su odio se asemejan a agujas magnéticas sometidas a los más contradictorios influjos; en caso de que no lleguen a comprender la verdad padecerán el dominio de la mentira y, en consecuencia, no podrán penetrar en zonas donde se desarrollan actividades de características superiores. Es incalculable la cantidad de criaturas humanas que padecen durante largos años, y por el solo hecho de eludir la fraternidad auténtica no experimentan ningún alivio espiritual.

–¿Y qué sucede entonces? –Indagué aprovechando una pausa de la interlocutora—. Si no son admitidas en los núcleos espirituales de aprendizaje ennoblecedor, ¿dónde se instalarán las pobres almas que pasan por experiencias de esa clase?

–Luego de sufrimientos realmente infernales, a causa de las creaciones inferiores que inventan para sí mismas –argumentó la madre de Lisias–, van a realizar en la experiencia carnal lo que no pudieron concretar en ese ambiente extraño al cuerpo terrestre. La Bondad divina les concede el olvido del pasado, cuando se hallan dentro del organismo físico en el planeta, y recibirán a través de los vínculos de consanguinidad a aquellos de quienes deliberadamente se apartaron debido al veneno del odio o la incomprensión. De ahí se infiere, cada vez con mayor intensidad, la oportunidad de la recomendación de Jesús en cuanto a la inmediata reconciliación con nuestros adversarios. Antes que a otros, el consejo nos interesa a nosotros mismos. Debemos aplicarlo para nuestro propio beneficio. Quien sabe aprovechar el tiempo, una vez concluida la experiencia terrena puede necesitar el regreso a los círculos de la carne, pero de

todos modos está en condiciones de verificar sublimes construcciones espirituales en relación con la paz de la conciencia, y cuando vuelva a la materia grosera el bagaje que deba cargar estará más aliviado de preocupaciones. Muchos Espíritus emplean siglos en el intento de desarticular animosidades y antipatías durante el lapso de la existencia terrestre, pero después de la desencarnación se dejan dominar por ellas nuevamente. El problema del perdón según Jesús, mi querido André, es muy serio. No se resuelve con conversaciones. Verbalmente, perdonar es cuestión de palabras; pero quien realmente perdona necesita mover y extraer de su interior pesados fardos de otras épocas.

A esa altura la Señora Laura se quedó en silencio, como quien debe meditar acerca de los alcances de los conceptos expresados. Aprovechando la oportunidad aduje:

–La experiencia del casamiento, a mi entender, es sagrada.

La interlocutora no se sorprendió con la afirmación y reflexionó:

–A los Espíritus que no pasan de una simple experiencia animal, nuestra conversación no les interesa; pero para quienes comprendemos la necesidad de la iluminación con el Cristo, nos es imprescindible destacar no sólo la experiencia del casamiento sino todos los aspectos de la experiencia sexual, pues afecta profundamente la vida del alma.

Al escuchar esa manifestación no pude dejar de ponerme rojo, pues recordé mi pasado de hombre común. Mi mujer había sido para mí un objeto sagrado, que yo anteponía a todos los afectos; sin embargo cuando escuché a la madre de Lisias acudieron a mi mente las añejas palabras del Antiguo Testamento: “No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su siervo ni su sierva ni su asno ni su buey, ni cosa alguna que le pertenezca”. Por un instante me sentí incapaz de proseguir, admirado por el caso de Tobías. La interlocutora percibió mi turbación íntima y de todos modos prosiguió:

–Donde el esfuerzo de reparar es tarea de casi todos, debe haber lugar para mucha comprensión y mucho respeto a la misericordia divina, que nos ofrece tantos caminos y rectificaciones justas. La experiencia sexual del ser que ya ha recibido algo de luz en su espíritu, es un acontecimiento sumamente importante para él mismo. Por ese motivo la comprensión fraterna precede a los trabajos decididamente orientados a la redención. Poco tiempo atrás escuché que uno de los nobles instructores del Ministerio de la Elevación aseguraba, que si pudiera iría a materializarse en las esferas carnales a fin de decirles a los religiosos en general que la caridad, para merecer el calificativo de virtud, debe ser sustentada por la fraternidad.

A esta altura la dueña de casa me invitó a visitar a Eloísa, que todavía permanecía en su habitación, con lo que me dio a entender que no deseaba explicar más detalles sobre el asunto. Luego de que verifiqué la mejoría de la joven recién llegada del planeta, que iba en continuo aumento, regresé a las Cámaras de Rectificación sumergido en profundas reflexiones.

Ya no me preocupaba la situación de Tobías ni las actitudes de Hilda o Luciana. Me impresionaba, eso sí, el imponente problema de la fraternidad humana.

## Quien siembra cosechará

No podía justificar la especial atracción que me despertaba la posibilidad de una visita al departamento femenino de las Cámaras de Rectificación. Hablé con Narcisa acerca de mi deseo y ella se comprometió a satisfacerme a la brevedad.

–Cuando el Padre nos convoca a un determinado lugar –manifestó bondadosamente–, se debe a que allí nos aguarda una tarea. Cada situación de la vida tiene una finalidad específica... No deje de tener en cuenta este principio en sus visitas aparentemente casuales. Siempre que nuestros propósitos tiendan a la práctica del bien, no tendremos dificultad para identificar las sugerencias divinas.

Ese mismo día la enfermera me acompañó en busca de Nemesia, una prestigiosa cooperadora de aquel sector de servicio.

No fue difícil hallarla.

Filas de lechos de singular blancura, cuidados con esmero, estaban ocupados por mujeres que más parecían despojos humanos. Por aquí gemidos desgarradores; allá angustiosos gritos. Nemesia se caracterizaba por una generosidad similar a la de Narcisa y manifestó con bondad:

–Usted amigo ya debe de estar habituado a estas escenas. En el departamento masculino la situación no es muy diferente.

Con un gesto indicativo la compañera subrayó:

–Narcisa, haga el obsequio de acompañar a nuestro hermano y muéstrele los servicios que juzgue convenientes a los fines de su aprendizaje. Siéntanse como en vuestra casa.

Mi amiga y yo hacíamos comentarios acerca de la vanidad humana, siempre dependiente de los placeres físicos, y al mismo tiempo recapitulábamos nuestras reflexiones y enseñanzas, cuando llegamos al pabellón 7. Allí estaban ubicadas varias decenas de mujeres, en lechos individuales separados a una distancia regular.

Analizaba yo la fisonomía de las enfermas cuando me detuve en alguien que me despertó mayor atención. ¿Quién sería aquella mujer amargada, de aspecto singular? Una vejez aparentemente prematura caracterizaba su semblante y sus labios tenían un rictus entre irónico y resignado. Los ojos, hundidos en las órbitas y sin brillo, eran defectuosos. Tuve una reminiscencia alarmante, algo oprimió mi corazón; bastaron sólo instantes para que la individualizara en mi pasado. Se trataba de Elisa. La misma Elisa que había conocido en mi época de juventud. El sufrimiento estaba estampado en sus rasgos. No me quedaban dudas. Recordé perfectamente el día en que ella, de procedencia humilde, ingresó en nuestra casa traída por una vieja amiga de mi madre, quien aceptó las recomendaciones que tenía y la admitió para las tareas domésticas. Al principio el ritmo habitual, nada extraordinario; después, la excesiva intimidad de quien abusa de la facultad de mandar y de la situación de ser servido por alguien. Elisa me pareció algo frívola. Cuando estaba a solas conmigo se refería sin escrúpulos a ciertas aventuras de su juventud, con lo que estimulaba el desborde de nuestros pensamientos. Me vino a la mente el día en que mi progenitora me hizo justas advertencias. Decía que aquella intimidad no era buena. Era razonable que dispensáramos a la servidora generoso afecto, aunque convenía que nuestras relaciones estuvieran enmarcadas por un sano criterio. Mientras tanto, carente de sensatez, yo había llevado muy lejos nuestra camaradería. Agobiada por la angustia moral, algún tiempo después Elisa dejó nuestra casa sin atreverse a echarme en cara ninguna acusación. El paso del tiempo contribuyó a que lo ocurrido se redujera en mi

pensamiento a un episodio fortuito de la existencia humana. Sin embargo, comprobaba que seguía vivo como algo significativo de mi vida. ¡Tenía frente a mí a Elisa, vencida, humillada! ¿Por dónde habría andado la mísera criatura, arrojada tan temprano al doloroso capítulo de los sufrimientos? ¿De dónde venía? ¡Ah!... En aquel caso no se trataba de Silveira en relación con quien había podido repartir la deuda con mi padre. Esta deuda era exclusivamente mía. Llegué a temblar, avergonzado por la exhumación de aquellas reminiscencias, pero como un niño ansioso de recibir perdón por las faltas cometidas, me dirigí a Narcisa a fin de pedirle que me orientara. Yo mismo me asombraba de la confianza que aquellas santas mujeres me inspiraban. Probablemente nunca habría tenido el coraje de solicitar al ministro Clarencio las aclaraciones que había pedido a la madre de Lisias, y tal vez otra sería mi conducta en aquel instante si lo tuviera a Tobías a mi lado. Convencido de que la mujer generosa y cristiana siempre es también una madre, me dirigí a la enfermera confiando más que nunca. Con una mirada Narcisa me dio a entender que había comprendido todo. Comencé a hablar esforzándome por contener el llanto, pero a cierta altura de la penosa confesión mi amiga objetó:

–No es necesario que continúe. Adivino el epílogo de la historia. No se entregue a pensamientos destructivos. Conozco su martirio moral por experiencia propia. Pero si el Señor ha permitido que volviera a encontrar precisamente ahora a esta hermana, se debe a que ya considera que está en condiciones de rescatar la deuda.

Por mi parte estaba indeciso, y al notar lo prosiguió:

–No tema. Aproxímese a ella e infúndale ánimo. Todos, hermano, nos topamos en el camino con los frutos del bien o del mal que sembramos. Esta afirmación no es un concepto doctrinario, es una realidad universal. He obtenido mucha utilidad de situaciones similares. Bienaventurados los deudores que están en condiciones de pagar.

Como percibió entonces mi firme resolución de emprender el necesario ajuste de cuentas, Narcisa remarcó:

–Anítese sin darse a conocer por el momento, deje eso para después de haberla beneficiado exitosamente. No será difícil por el hecho de que se encuentra casi ciega temporariamente. Por las energías que la envuelven identifico en ella la pena que caracteriza a las madres fracasadas y a las mujeres de nadie.

Nos aproximamos. Tomé la iniciativa de la palabra cordial. Elisa se dio a conocer con su propio nombre y ofreció de buena voluntad algunas otras informaciones. Hacía tres meses que había sido traída a las Cámaras de Rectificación. Interesado en castigarme a mí mismo delante de Narcisa, de modo que la lección se grabara en mi alma con caracteres indelebles, le pregunté:

–¿Cuál es su historia, Elisa? Usted debe de haber sufrido mucho...

Sintió la inflexión afectuosa de la pregunta; sonrió con resignación y se descargó:

–¿Para qué recordar cosas tan penosas?

–Las experiencias dolorosas siempre dejan una enseñanza –alegué.

La desventurada demostraba una profunda mortificación moral. Meditó durante algunos instantes, como quien relaciona ideas y manifestó:

–Mi experiencia fue la de todas las mujeres livianas que cambian el pan bendito del trabajo por la hiel venenosa de la ilusión. En mi lejana juventud, hija de un hogar muy humilde, obtuve el empleo en casa de un exitoso comerciante y fue allí donde la vida me impuso una tremenda transformación. Ese negociante tenía un hijo, tan joven como yo, y a continuación de la intimidad establecida entre nosotros, cuando toda reacción de mi parte sería inútil, con una actitud condenable me olvidé que Dios reserva el trabajo a quienes aman la vida sana por más faltas que hayan

acumulado, y me entregué a experiencias dolorosas que no es preciso comentar. Conocí de cerca el placer, el lujo, la comodidad material y más tarde el horror de mí misma, la sífilis, el hospital, el desprecio generalizado, las tremendas desilusiones que culminaron en la ceguera y la muerte del cuerpo. Deambulé largo tiempo sumergida en una terrible desesperación, hasta que un día tanto rogué que me amparase la Virgen de Nazaret, que Mensajeros del Bien me recogieron por amor a su nombre y me trajeron hasta esta casa de bendita consolación.

Conmovido hasta las lágrimas le pregunté:

–¿Y él? ¿Cuál es el nombre de quien la hizo tan desdichada?

Entonces escuché que pronunciaba mi nombre y el de mis padres.

–¿Y usted le guarda odio? –pregunté abrumado.

Sonrió apenas al responder:

–En la etapa de mi sufrimiento anterior maldecía su recuerdo y experimentaba por él un odio mortal, pero la hermana Nemesia me transformó. Para odiarlo debo odiarme a mí misma. En mi caso la culpa debe ser compartida, de modo que no debo inculpar a nadie.

Aquella humildad me sensibilizó. Tomé su mano derecha, sobre la cual sin que pudiera evitarlo rodó una lágrima brotada del arrepentimiento y el desasosiego.

–Escúcheme, amiga –le dije con profunda emoción–, también yo me llamo André y necesito ayudarla. De aquí en más cuente conmigo.

–Es su voz –dijo Elisa ingenuamente– parece la voz de él.

–Pues bien –proseguí conmovido– hasta ahora no tengo una familia propia en “Nuestro Hogar”. Usted será aquí mi hermana del corazón. Cuente con mi devoción fraternal.

En el semblante de la sufridora, su sonrisa amplia parecía iluminada.

–¡Cuánto le agradezco! –expresó al enjugar sus lágrimas–.  
¡Hace muchos años que nadie me habla en ese tono familiar que me trae el consuelo de la amistad sincera!... Que Jesús lo bendiga.

En ese momento mis lágrimas se hicieron más abundantes y Narcisa me tomó de las manos maternalmente a la vez que repetía:

–Que Jesús lo bendiga.

## Convocados a la lucha

En los primeros días de septiembre de 1939 “Nuestro Hogar” sufrió el choque que afectó también a diversas colonias espirituales, vinculadas a la civilización americana. La guerra europea era tan destructora en los círculos de la carne como perturbadora en el ámbito del Espíritu. Numerosas entidades comentaban los proyectos bélicos en perspectiva, sin disimular el inmenso terror que las dominaba.

Hacía tiempo que se sabía que las Grandes Fraternidades de Oriente soportaban las vibraciones antagónicas de la nación japonesa, y experimentaban dificultades de consideración. Se registraban entonces hechos curiosos de elevadas características educativas. Del mismo modo que los nobles círculos espirituales de la antigua Asia luchaban en silencio, “Nuestro Hogar” se preparaba para un servicio similar. Más allá de valiosas recomendaciones en el terreno de la fraternidad y la simpatía, determinó el Gobernador que tuviésemos cuidado en la esfera del pensamiento, de modo de preservarnos de alguna tendencia poco digna de índole sentimental.

Reconocí que los Espíritus superiores, en tales circunstancias pasan a considerar a las naciones agresoras no como enemigas sino como provocadoras, cuya actividad criminal es imprescindible reprimir.

–Desventurados los pueblos que se embriaguen con el vino del mal –me confió Salustio–; aunque obtengan victorias transitorias,

sólo habrán de servirles para agravar su ruina y acrecentarán sus derrotas fatales. Cuando un país toma la iniciativa de la guerra, encabeza el desorden en la Casa del Padre y el precio que tendrá que pagar será terrible.

Observé, entonces, que las zonas superiores de la vida se inclinan a una defensa justa para oponerse a las empresas inspiradas por la ignorancia y la sombra, congregadas a favor de la anarquía y en consecuencia de la destrucción. Me explicaron los colegas de trabajo que durante los acontecimientos de esa naturaleza los países agresores se convierten en núcleos poderosos de concentración de las fuerzas del mal. Sin que lleguen a percatarse de los enormes peligros, esos pueblos, con excepción de los Espíritus nobles y sabios que integran su nómina de servicio, se embriagan al contacto con los elementos de la perversión que invocan a los estratos sombríos. Comunidades activas se convierten en autómatas del crimen. Legiones infernales se precipitan sobre enormes talleres del progreso general para transformarlos en campos de perversidad y horror. Pero mientras que los bandos de la oscuridad se apoderan de la mente de los agresores, los grupos espirituales de la vida noble se ponen en movimiento para dar auxilio a los agredidos.

Si debemos lamentarnos de la criatura que se opone al bien, con más propiedad debemos lamentarnos del pueblo que se ha olvidado de la justicia.

Inmediatamente después de los primeros días caracterizados por las bombas que se arrojaron en tierra polonesa, me hallaba un atardecer en las Cámaras de Rectificación junto a Tobías y Narcisa, cuando un inolvidable clarín se hizo oír durante más de un cuarto de hora. Nos invadió a todos una profunda emoción.

–Se trata de la convocatoria de la Superioridad espiritual a los servicios de socorro a la Tierra –me explicó Narcisa bondadosamente.

–Es la señal de que la guerra va a continuar, con terribles tormentos para el espíritu humano –exclamó Tobías con inquietud–. Pese a la distancia, la vida psíquica americana ha tenido su origen en Europa. Asumiremos el importante trabajo de preservar al Nuevo Mundo.

El sonido del clarín se hacía oír con modulaciones desusadas e imponentes. Noté que un profundo silencio se extendió sobre las dependencias del Ministerio de la Regeneración.

Atento a mi actitud de angustiosa expectativa, Tobías me hizo saber:

–Cuando suena el clarín de alerta en nombre del Señor, necesitamos cesar los ruidos de aquí abajo de modo que la convocatoria se grave en nuestros corazones.

Una vez que el misterioso instrumento emitió la última nota, nos dirigimos al inmenso parque a fin de observar el cielo. Con profunda conmoción vi muchos puntos luminosos que parecían pequeños focos resplandecientes y lejanos, suspendidos en el firmamento.

–Ese clarín –mencionó Tobías que también estaba emocionado– lo emplean los Espíritus de una elevada condición jerárquica encargados de la vigilancia.

De regreso al interior de las cámaras mi atención fue atraída por ruidos sordos que provenían de las zonas más altas de la colonia, donde estaban instaladas las vías públicas.

Tobías confió a Narcisa determinadas actividades de importancia en relación con los enfermos y me invitó a salir para observar el movimiento popular.

Al llegar a los pavimentos altos, desde donde podríamos dirigirnos hacia la Plaza de la gobernación, notamos intenso movimiento en todos los sectores. Ante mi espontáneo asombro, el compañero me explicó:

–Esta multitud se dirige al Ministerio de la Comunicación en busca de noticias. El clarín que acaba de sonar sólo nos convoca en circunstancias muy graves. Todos sabemos que se trata de la guerra, pero es posible que la Comunicación nos suministre algún detalle en especial. Preste atención a los transeúntes.

A nuestro lado iban dos señores y cuatro señoras en animada conversación.

–Imagine –decía una– qué será de nosotros en el Ministerio del Auxilio. Hace ya muchos meses consecutivos que el movimiento de las súplicas ha sido extraordinario. Experimentamos naturales dificultades para atender todos nuestros deberes.

–¿Y nosotros con el de la Regeneración? –objetaba el caballero de más edad–. Los servicios prosiguen notablemente intensificados. En mi sector, la vigilancia contra las vibraciones del Umbral demanda esfuerzos incesantes. Estoy evaluando lo que recaerá sobre nosotros...

Tobías me tomó el brazo con suavidad y me solicitó:

–Adelantémonos un poco. Escuchemos qué dicen otros grupos.

Nos aproximamos entonces a dos hombres y escuché que uno de ellos preguntaba:

–¿Será para creer que la calamidad habrá de alcanzarnos a todos?

El interpelado que parecía portador de gran equilibrio espiritual replicó con serenidad:

–De todos modos, no veo motivo para precipitaciones. La única novedad es la intensificación del servicio, lo que en el fondo significará una bendición. En cuanto a lo demás, todo es natural a mi entender. Así como la enfermedad es la maestra de la salud, el desastre lo es de la prudencia. La China está acosada por la metralla hace ya mucho tiempo y usted no ha mostrado todavía ningún signo de sorpresa.

–Pero ahora –objetó el compañero contrariado– parece que me veré obligado a modificar mi programa de trabajo.

El otro sonrió al considerar:

–Helvecio, Helvecio, olvidémonos de *mi programa*, pensemos en *nuestros programas*.

En respuesta a un nuevo gesto de Tobías que me reclamaba atención, me puse a observar a tres señoras que iban en la misma dirección, a nuestra izquierda, y pude verificar que ni siquiera en aquel crepúsculo de zozobra estaba ausente lo pintoresco.

–La cuestión me impresiona sobremanera –decía la más joven–, porque Everardo no debe regresar del mundo por ahora.

–Pero la guerra –manifestó una de ellas–, por lo que parece no llegará a la Península. Portugal está muy lejos del escenario de los acontecimientos.

–Sin embargo –indagó la otra componente del trío–, ¿por qué tanta preocupación? ¿Si viniera Everardo qué pasaría?

–Dudo –manifestó la más joven– que me busque en calidad de esposa. No podría soportarlo. Es muy ignorante y de ningún modo me sometería a nuevas crueldades.

–¡Qué tonta eres! –agregó la compañera–. ¿Has olvidado que Everardo será absorbido por el Umbral o algo peor?

Tobías sonrió y me hizo saber:

–Ella teme que sea liberado su antiguo marido imprudente y perverso.

Habían transcurrido unos cuantos minutos durante los cuales estuvimos atentos a la multitudinaria concentración, cuando arribamos al Ministerio de la Comunicación y nos detuvimos frente a los enormes edificios consagrados al trabajo informativo.

Millares de entidades habían formado una apretada muchedumbre afligida. Todos aguardaban informaciones y explicaciones. Era imposible que el orden se generalizara. Con gran

sorpresa, a raíz del aturdidor vocerío, vi que alguien se había subido a un balcón elevado en demanda de la atención popular. Era un anciano de aspecto imponente, quien anunció que al cabo de unos diez minutos se escucharía una convocatoria del Gobernador.

–Es el ministro Esperidión –me avisó Tobías como respuesta a mi curiosidad.

Silenciado el bullicio, la voz del Gobernador resonó al cabo de algunos minutos a través de numerosos altoparlantes.

–Hermanos de “Nuestro Hogar” no os entreguéis a disturbios del pensamiento o la palabra. La aflicción no construye, la ansiedad no edifica. Sepamos ser dignos del clarín del Señor y atendamos a su divina Voluntad a través del trabajo silencioso en nuestros puestos.

Aquella voz clara y vehemente, de quien se expresaba con autoridad no exenta de amor, produjo un singular efecto en la muchedumbre. En el breve lapso de una hora, la colonia en pleno había regresado a la calma que le era habitual.

## La palabra del Gobernador

El domingo siguiente a la visita del clarín, el Gobernador prometió que se realizaría el culto del evangelio en el Ministerio de la Regeneración. El objetivo esencial de la medida, según aclaró Narcisa, sería la preparación de nuevas escuelas de asistencia en el Ministerio del Auxilio y núcleos de adiestramiento en el de la Regeneración.

–A pesar de que el conflicto se haya manifestado a tanta distancia –decía ella–, precisamos organizar determinados elementos para el servicio hospitalario de urgencia, al igual que ejercicios adecuados para el tratamiento del miedo.

–¿Para el miedo? –reiteré sorprendido.

–¿Por qué no? –objetó la enfermera atenta–. Tal vez le llame la atención, como le sucede a muchos, el alto porcentaje de existencias humanas estranguladas simplemente por las vibraciones destructivas del terror. El pánico es tan contagioso como cualquier enfermedad cuya propagación puede resultar peligrosa. Clasificamos al miedo como uno de los peores enemigos del ser, pues se aloja en la ciudadela del alma y desde allí ataca a las potencias más profundas.

Como observaba mi persistente extrañeza, prosiguió:

–No tenga dudas. En la actual emergencia, la gobernación coloca al entrenamiento contra el pánico muy por encima incluso de

las lecciones de enfermería. La calma garantiza el éxito. Más adelante llegará a comprender tales requerimientos de nuestra tarea.

No hallé argumento de discusión para retrucarle.

En la víspera del gran acontecimiento tuve la honra de integrar el cuadro de los numerosos cooperadores, en el trabajo de limpieza y ornamentación natural del gran salón consagrado al jefe máximo de la colonia.

Experimentaba, entonces, justa ansiedad. Iba a ver por primera vez a mi lado al noble conductor que era depositario de la veneración general. No me sentía a solas en semejante expectación: muchos de mis compañeros estaban en iguales condiciones.

Tuve la impresión de que la vida social en pleno de nuestro ministerio convergió hacia el gran salón natural, desde que despuntó el domingo, cuando verdaderas caravanas de todos los departamentos regeneradores llegaban al lugar. El Gran Coro del Templo de la gobernación, aliado a los niños cantores de las escuelas del Ministerio del Esclarecimiento, dio comienzo a la festividad con un maravilloso himno intitulado “Siempre contigo, Señor Jesús”, que fue entonado por dos mil voces simultáneamente. Otras melodías de singular belleza se esparcieron en la inmensidad. El murmullo suave del viento, canalizado en ondas de perfume, parecía responder a las delicadas armonías.

Había permiso generalizado de ingreso al enorme recinto verde para todos los servidores de la Regeneración, porque de conformidad con el programa establecido el culto evangélico estaba dedicado especialmente a ellos, mientras que los demás ministerios comparecerían mediante delegaciones.

Por primera vez tuve frente a mis ojos a algunos cooperadores de los Ministerios de la Elevación y de la Unión Divina, que me parecieron nimbados de brillantes claridades.

La festividad superaba todo lo que yo hubiera podido soñar en belleza y deslumbramiento. Instrumentos musicales de

extraordinario poder vibratorio inundaban de melodías el fragante paisaje.

Eran las diez cuando llegó el Gobernador seguido de los doce ministros de la Regeneración.

Nunca olvidaré la figura noble e imponente de aquel anciano de cabellos de nieve, que parecía tener estampada en su fisonomía al mismo tiempo la sabiduría del viejo y la energía del joven; la ternura del santo y la serenidad del administrador consciente y justo. Alto, delgado, estaba vestido con una túnica absolutamente blanca; sus ojos eran penetrantes y maravillosamente lúcidos; se apoyaba en un bastón pese a que caminaba con aplomo juvenil.

Para satisfacer mi curiosidad Salustio me informó:

–El Gobernador siempre apreció las actitudes patriarcales, por considerar que la función del administrador lleva implícito el amor paterno.

Cuando tomó asiento en la tribuna principal, se elevaron las voces infantiles acompañadas por arpas agradables, que entonaron el himno “A ti Señor, nuestras vidas”.

El anciano, enérgico y amoroso al mismo tiempo, paseó la mirada por la compacta asamblea constituida de miles de concurrentes. Luego abrió un libro luminoso que el compañero me informó era el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Pasó las hojas con detenimiento y a continuación leyó con voz pausada:

“Y escucharéis hablar de guerras y de rumores de guerras; mirad, no os asustéis, porque es necesario que todo acontezca, pero todavía no es el final”. –Palabras del Maestro en Mateo, capítulo 24, versículo 6.

Con el volumen de la voz considerablemente aumentado por las vibraciones eléctricas, el jefe de la ciudad oró conmovido, invocando las bendiciones del Cristo, luego de lo cual saludó a los representantes de la Unión Divina, de la Elevación, del Esclarecimiento, de la Comunicación y del Auxilio, dirigiéndose con

especial atención a todos los colaboradores de los trabajos de nuestro ministerio.

Era imposible describir la entonación, suave y enérgica, amorosa y convincente, de esa voz inolvidable. Tampoco podría reflejar en el papel de los humanos los conceptos divinos del comentario evangélico, estructurado con profundo sentimiento de veneración por las cosas sagradas.

Para finalizar, en medio del respetuoso silencio, el Gobernador aconsejó de manera particular a los servidores del Ministerio de la Regeneración, y expuso más o menos los siguientes términos:

“A vosotros, mis hermanos, que atendéis labores específicas más cercanas a las actividades terrestres, dedico mi llamado personal, muy esperanzado en vuestra noble consagración. Elevemos tanto como sea posible nuestro índice de coraje y de espíritu de servicio. Cuando las fuerzas de la sombra agravan las dificultades de las esferas inferiores, se impone que encendamos nuevas luces para disipar las densas tinieblas de la Tierra. Ofrecí el culto de hoy a todos los servidores de este ministerio, a quienes ofrendo de modo particular la confianza de mi corazón. No me dirijo en este momento a nuestros hermanos cuyas mentes ya funcionan en zonas más elevadas de la vida, sino a vosotros que traéis en las sandalias de la recordación las señales del polvo del mundo, a fin de exaltar la tarea gigantesca. ‘Nuestro Hogar’ necesita treinta mil servidores adiestrados en el servicio defensivo, treinta mil trabajadores que no aleguen necesidad de reposo ni conveniencias personales mientras perdure nuestra batalla contra las fuerzas desencadenadas del crimen y la ignorancia. Habrá puestos de trabajo para todos en las regiones de límite vibratorio entre nosotros y las regiones inferiores, porque no podemos esperar al adversario en nuestra morada espiritual. En las organizaciones colectivas es forzoso considerar la medicina preventiva como medida primordial para la preservación de la paz interna. En ‘Nuestro Hogar’ somos más de un millón de seres devotos a los designios superiores y a nuestro propio mejoramiento moral.

¿Acaso sería caridad permitir la invasión de varios millones de Espíritus perturbadores? No podemos, por consiguiente, tener dudas en lo que se refiere a la defensa del bien. Sé que muchos de vosotros recordáis en este instante al Gran Crucificado. En efecto, Jesús se entregó a la turba de amotinados y criminales por amor a la redención de todos nosotros, pero no abandonó el mundo al desorden y el aniquilamiento. Debemos estar listos para el sacrificio individual, pero no podemos confiar nuestra morada a los malhechores. Lógicamente nuestra tarea esencial es de confraternización y paz, de amor y consuelo a los que sufren; por supuesto interpretaremos al mal como desperdicio de energía y al crimen como enfermedad del alma; no obstante, `Nuestro Hogar` es un patrimonio divino al que debemos defender con todas las fuerzas de nuestros corazones. Quien no sabe preservar no es digno de disfrutar. Organicemos, pues, legiones de trabajadores que se encarguen del esclarecimiento y la consolación, ya sea en la Tierra, en el Umbral o en las Tinieblas, por medio de misiones de amor fraterno; pero ante todo, precisamos crear en este Ministerio una legión especial de defensa que nos garantice las realizaciones espirituales dentro de nuestras fronteras vibratorias”.

De ese modo prosiguió con su discurso durante un prolongado espacio de tiempo, en que recomendó precauciones de carácter fundamental y elaboró reflexiones que jamás conseguiría describir aquí. Hacia el final de los comentarios reiteró la lectura del versículo de Mateo e invocó nuevamente las bendiciones de Jesús y las energías de los oyentes, de modo que ninguno de nosotros recibiera dádivas en vano.

Quedé conmovido y al mismo tiempo deslumbrado, cuando se oyó que los niños entonaban el himno que la ministra Veneranda había titulado “La Gran Jerusalén”. El Gobernador descendió de la tribuna envuelto en vibraciones de inmensa esperanza. Brisas delicadas comenzaron a soplar entre los árboles y arrastraron, tal vez desde muy lejos, pétalos de diversas especies de rosas de una maravillosa tonalidad azul, que se desvanecían levemente al

contacto con nuestras frentes y colmaban nuestros corazones de júbilo intenso.

# 43

## Conversación

El Ministerio de la Regeneración prosiguió con las exteriorizaciones entusiastas, pese a que el Gobernador ya se había retirado a su círculo íntimo.

Se hicieron comentarios acerca de los acontecimientos. Centenas de compañeros se ofrecían para las tareas arduas de la defensa, en correspondencia con el llamado del respetado jefe espiritual.

Fui en busca de Tobías para consultarlo acerca de la posibilidad de que también yo me sumara a la convocatoria, pero el generoso hermano riéndose de mi ingenuidad me dijo:

–André, usted está dando comienzo a una tarea nueva. No se precipite a solicitar incremento de su responsabilidad. Habrá ocasiones de servicio para todos, así lo acaba de decir el Gobernador. No se olvide que nuestras Cámaras de Rectificación constituyen núcleos de esfuerzo activo, día y noche. No se aflija. Tenga en cuenta que treinta mil servidores serán citados para la vigilancia permanente. Por consiguiente, en la retaguardia habrá muchas vacantes que cubrir.

El bondadoso compañero se dio cuenta de mi decepción, y con buen humor recalcó luego de una breve pausa:

–Esté satisfecho con matricularse en la escuela contra el miedo. Convénzase de que eso le hará un gran bien.

En el ínterin recibí un fuerte abrazo de Lisias, que en los festejos había formado parte de la representación del Ministerio del Auxilio.

Con la anuencia de Tobías me retiré, junto con Lisias, para disfrutar de una charla de mayor privacidad.

–¿Conoces al ministro Benevenuto, aquí en la Regeneración – me preguntó–, ése mismo que llegó anteayer de Polonia?

–No tengo ese placer.

–Ven, nos reuniremos con él –expresó Lisias mientras me envolvía en las vibraciones de su inmenso cariño fraterno–. Hace mucho que tengo la honra de incluirlo en el círculo de mis relaciones personales.

Pocos instantes después estábamos en el enorme recinto verde consagrado a los trabajos de ese Ministro de la Regeneración al que apenas conocía de vista.

Numerosos grupos de visitantes intercambiaban ideas bajo la copa de enormes árboles. Lisias me condujo hasta el núcleo central donde Benevenuto alternaba con algunos amigos, e hizo la presentación con generosas palabras. El Ministro me recibió cortésmente y me incluyó en su rueda con suma bondad.

La conversación prosiguió por sus carriles naturales; el tema en debate era la situación de la esfera terrestre.

–Es muy doloroso el panorama que hemos visto –comentaba Benevenuto en tono austero–. Habitados al servicio de la paz en América, ninguno de nosotros imaginaba lo que sería el trabajo de socorro espiritual en los campos de Polonia. Todo oscuro, todo difícil. Allí no se pueden esperar claridades de fe en los agresores, ni tampoco en la mayoría de las víctimas, que se entregan por completo a pavorosas emociones. Los encarnados no nos ayudan, solamente consumen nuestras fuerzas. Desde el comienzo de mi Ministerio no había visto tales sufrimientos colectivos.

–¿La comisión se demoró mucho por allá? –preguntó uno de los compañeros con interés.

–Todo el tiempo disponible –respondió el Ministro–. El jefe de la expedición, nuestro colega del Auxilio, consideró que era conveniente que permaneciéramos exclusivamente dedicados a la tarea, a fin de enriquecernos en observaciones y aprovechar más la experiencia. En efecto, las condiciones no podrían haber sido mejores. Considero que nuestras posibilidades están muy lejos de la extraordinaria capacidad de resistencia de los abnegados servidores espirituales que están en servicio en esa región. Las tareas de asistencia inmediata funcionan perfectamente, a despecho de la atmósfera asfixiante, saturada de vibraciones destructoras. El campo de batalla, invisible para nuestros hermanos terrestres, es un verdadero infierno de indescriptibles proporciones. Nunca como en la guerra revela el espíritu humano su condición de alma decadente, pues afloran en particular sus características diabólicas. Vi cómo hombres inteligentes e instruidos localizaban con minuciosa precisión determinados sectores de la actividad pacífica, para lo que ellos denominan *impactos directos*. Bombas de alto poder explosivo destruyen edificaciones pacientemente erigidas. Los fluidos venenosos de la metralla se conjugan con las emanaciones pestilentes del odio y dan por resultado que sea casi imposible toda clase de auxilio. Lo que más nos ha consternado ha sido la deplorable condición de los militares agresores, cuando alguno de ellos abandonaba la vestimenta de carne obligado por las circunstancias. Dominados en su mayoría por fuerzas tenebrosas huían de los Espíritus misioneros, a los que han denominado *fantasmas de la cruz*.

–¿Y no eran recogidos para el conveniente esclarecimiento? –preguntó alguien interrumpiendo al narrador.

Benevenuto hizo un gesto significativo tras lo cual respondió:

–Siempre podremos atender a los locos pacíficos en el hogar, ¿pero qué remedio disponemos para administrarle a los locos furiosos, sino el hospicio? A tales seres no nos quedaba otro recurso

que dejarlos en los precipicios de las tinieblas donde estarán naturalmente obligados a adaptarse, hasta que den lugar a pensamientos dignos. Por lo tanto, es sensato que las misiones de auxilio recojan solamente a los predispuestos a recibir el socorro elevado. Los espectáculos que presenciamos fueron demasiado dolorosos por muchas razones.

Aprovechando una breve interrupción, otro compañero opinó:

–Cuesta creer que Europa, cuna de tantos patrimonios culturales, se haya arriesgado a tal calamidad.

–Falta de preparación religiosa, mis amigos –definió el Ministro con expresiva inflexión de voz–. Al hombre no le alcanza el refinamiento de la inteligencia, necesita iluminar sus deliberaciones para orientarlas hacia la vida eterna. Los fundamentos de las iglesias siempre son venerables; el sacerdocio será sagrado siempre que defienda esencialmente la Verdad de Dios, pero el sacerdocio político jamás saciará la sed espiritual de la civilización. Donde falte el soplo divino las personalidades religiosas podrán llegar a despertar respeto y admiración, pero nunca la fe o la confianza.

–¿Y el Espiritismo? –preguntó repentinamente uno de los participantes. ¿No surgieron las primeras floraciones doctrinarias en América y en Europa, hace ya más de cincuenta años? ¿Ese nuevo movimiento no continúa al servicio de las verdades eternas?

Benevenuto sonrió con un gesto muy significativo y agregó:

–El Espiritismo es nuestra gran esperanza y por todos los títulos es el Consolador de la humanidad encarnada, pero nuestra marcha es todavía muy lenta. Se trata de una dádiva sublime para la cual la mayoría de los hombres todavía no tiene los *ojos para ver*. Un abrumador porcentaje de los aprendices se está aproximando a esa fuente divina con ánimo de repetir antiguos vicios religiosos. Quieren recibir beneficios, pero no están dispuestos a dar nada de sí mismos. Hacen referencia a la verdad, pero no avanzan a su encuentro. Muchos de los investigadores reducen a los médiums a cobayos humanos y, por su parte, numerosos creyentes proceden

del mismo modo que ciertos enfermos que, aunque hayan sido curados, creen más en la enfermedad que en la salud, y nunca apelan a sus propios recursos. En fin, se buscan allá a los Espíritus materializados para el fenomenismo pasajero, cuando nosotros vivimos en busca de hombres espiritualizados para el trabajo serio.

El juego de palabras arrancó expresiones de buen humor general, a lo que el Ministro agregó con seriedad:

–Nuestros servicios son sublimes. No olvidemos que cada hombre es una simiente de la divinidad y aboquémonos al cumplimiento de nuestros deberes con esperanza y optimismo, convencidos en todo momento de que si hacemos correctamente nuestra parte podremos estar en paz, pues el Señor hará el resto.

# 44

## Las Tinieblas

Para multiplicar las satisfacciones de la reunión, Lisias me dio a conocer nuevos aspectos de su cultura y sensibilidad. Pulsó con maestría las cuerdas de la cítara, en una evocación de antiguas canciones y melodías de la Tierra.

¡Qué día tan maravilloso! Se sucedían los motivos de júbilo espiritual, como si estuviéramos en el Paraíso.

Cuando estuve a solas con el bondadoso enfermero del Auxilio, procuré trasmitirle mis excelsas impresiones.

–No tenga dudas –me dijo mientras su semblante se iluminaba con una sonrisa–. Reunirnos con aquellos a quienes amamos produce un efecto interno confortador y edificante. Es el alimento del amor, André. Si numerosas almas se congregan en torno a una determinada tarea, sus pensamientos se entrelazan y forman núcleos de energías vivas a través de las cuales cada uno recibe su porción de alegría o sufrimiento, proveniente de la vibración general. Por ese motivo el problema del ambiente en el planeta es un factor que en todos los casos merece ser evaluado, en lo relativo a las intenciones de cada individuo. Cada uno vivirá en el clima que cultiva. Quien se entrega a diario a la tristeza, dentro de ella realizará su tarea; quien enaltece la enfermedad habrá de padecer sus perjuicios.

Y luego de observar mi sorpresa concluyó:

–En esto no hay misterio. Es una ley de la vida, sea acerca de los esfuerzos en el sentido del bien o en las acciones en el sentido del mal. De las reuniones inspiradas por la fraternidad, la esperanza, el amor y la alegría, nos retiraremos con la fraternidad, la esperanza, el amor y la alegría de todos; y de cada asamblea de tendencias inferiores, en las que predominan el egoísmo, la vanidad o el crimen, saldremos envenenados con las vibraciones destructivas de esos sentimientos.

–Tienes razón –exclamé conmovido–. También observo en esos conceptos los principios que rigen la vida dentro de los hogares humanos. Cuando existe comprensión recíproca vivimos en la antesala de la Ventura celestial, pero si nos obstinamos en las desinteligencias y la maldad sabremos qué es el Infierno.

Lisias tuvo una expresión de buen humor que ratificó con una sonrisa.

Fue entonces que recordé consultarlo acerca de un tema que hacía varias horas me torturaba la mente. Estaba relacionado con el Gobernador, cuando nos dirigió la palabra a los círculos de la Tierra, a los del Umbral y a los de las Tinieblas, pues francamente hasta entonces yo no tenía noticia alguna de esta última zona. ¿No era una región tenebrosa el Umbral, donde yo mismo había experimentado la vida entre sombras densas durante varios años consecutivos? ¿No veíamos en las cámaras numerosos desequilibrados y enfermos de toda especie, procedentes de las zonas umbralinas? Tenía presente que Lisias me había proporcionado informaciones tan valiosas sobre mi propia situación, en los comienzos de mi experiencia en “Nuestro Hogar”, que una vez más le confié mis dudas íntimas y le expuse la perplejidad que me embargaba.

Él mostró una expresión muy elocuente en su rostro al decir:

–Denominamos Tinieblas a las regiones más inferiores que conocemos. Considera a las criaturas humanas como itinerantes de la vida. Pocos son los que avanzan resueltamente hacia el objetivo

esencial de la jornada. Los Espíritus de nobleza superlativa han descubierto la esencia divina en sí mismos, por eso se dirigen al objetivo excelso sin vacilaciones. Mientras tanto, la mayoría permanece detenida. En ese estado se halla la multitud de almas que permanece durante siglos y siglos recapitulando sus experiencias. Los primeros avanzan en línea recta. Los segundos describen con sus pasos grandes curvas. En ese desplazamiento, en el cual repiten recorridos y corrigen antiguos esfuerzos, quedan a merced de innumerables vicisitudes. Esa es la causa de que muchos pierdan el rumbo en medio del bosque de la vida, perturbados dentro del laberinto que ellos mismos diseñaron para sus propios pies. Entre estos se incluyen los millones de seres que están a la deriva en el Umbral. Hay otros que prefieren caminar a oscuras, porque una preocupación egoísta los consume, y a menudo caen en precipicios y se quedan en el fondo del abismo por tiempo indeterminado. ¿Me has comprendido?

Las explicaciones no podían haber sido más claras.

Sensibilizado con la magnitud y complejidad del asunto manifesté:

—¿Pero qué me dices de esas caídas? ¿Se producen solamente en la Tierra? ¿Solamente los encarnados son propensos a precipitarse a los despeñaderos?

Lisias pensó unos instantes y respondió:

—Tu observación es oportuna. En cualquier lugar el Espíritu puede precipitarse en las cavernas del mal, aunque debemos destacar que en las esferas superiores las defensas son más poderosas, de modo que se pone de manifiesto mayor énfasis en la responsabilidad sobre la falta cometida.

—No obstante —objeté—, la caída siempre me pareció imposible en las regiones ajenas al cuerpo terrenal. El ámbito elevado, el conocimiento de la verdad y el auxilio superior me han parecido antídotos infalibles para el veneno de la vanidad y la tentación.

El compañero sonrió y agregó después:

–El problema de la tentación es todavía más complejo. Los paisajes del planeta terrestre están repletos de ámbitos elevados, conocimiento de la verdad y auxilio superior. No pocos protagonizan allí batallas destructoras, entre los árboles acogedores y los campos primaverales; muchos cometen homicidios a la luz de la luna, insensibles al profundo influjo de las estrellas; otros explotan a los más débiles, pese a que oyen elevadas revelaciones de la verdad superior. No faltan en la Tierra los paisajes y las manifestaciones esencialmente divinas.

Las palabras del enfermero calaron profundo en mi espíritu. De hecho, en general los guerreros prefieren la destrucción en la primavera y en el estío, cuando la naturaleza extiende en el suelo y en el firmamento su manto de maravillosos colores, perfume y luz; los latrocinios al igual que los homicidios son practicados preferentemente por la noche, cuando la luna y las estrellas impregnan al planeta de poesía divina. La mayoría de los verdugos de la humanidad está constituida por hombres eminentemente cultos, que desprecian la inspiración divina. Pude renovar mi concepción referente a la caída espiritual y agregué:

–No obstante, Lisias ¿podrías darme una idea de la ubicación de esa zona de Tinieblas? Si el Umbral está vinculado a la mente humana, ¿dónde se encuentra semejante lugar de sufrimiento y pavor?

–Existen esferas de vida en todas partes –explicó él solícito–, el vacío no es más que una mera imagen literaria. En todo hay energías vivas y cada especie de seres se desenvuelve en una determinada zona de la vida.

Al cabo de un corto intervalo en el que me pareció que meditaba profundamente continuó:

–Naturalmente, como nos sucedió a nosotros, tú ubicas una región para la existencia más allá de la muerte del cuerpo, solamente en los círculos que comienzan desde la superficie del globo hacia arriba, pero te olvidas del nivel hacia abajo. Pese a todo,

la vida palpita en la profundidad de los mares y en el seno de la Tierra. Más allá aún, existen principios de gravitación para el Espíritu tanto como se da con los cuerpos materiales. Nuestro planeta no es solamente un campo al que podemos lesionar o menospreciar según nuestros deseos. Es un organismo vivo que responde a ciertas leyes que habrán de esclavizarnos o liberarnos en consonancia con nuestras obras. Por cierto que el alma abrumada por las culpas no podrá ascender a la superficie del lago maravilloso de la vida. En resumen, las aves libres alcanzan las alturas; las que quedan enredadas en la espesura de los matorrales se sienten impedidas de volar, mientras que aquellas que se aferran a una carga considerable son esclavas de lo desconocido. ¿Te das cuenta?

Lisias no necesitaba hacerme esa pregunta. De inmediato evalué el amplio panorama de las luchas purificadoras que había delineado ante mi vista espiritual, en las regiones más bajas de la existencia.

Como quien necesita reflexionar demoradamente antes de expresarse, el compañero pensó, pensó... hasta que concluyó:

–Del mismo modo que nos sucede a nosotros, que traemos en nuestro seno tanto lo superior como lo inferior, el planeta también es portador de manifestaciones altas y bajas, con las que corrige al culpable al mismo tiempo que al triunfador le abre paso hacia la vida eterna. Sabes como médico humano que existen elementos en el cerebro del hombre que rigen su sentido de la orientación. Hoy se reconoce que esos elementos no son estrictamente físicos, sino espirituales en su esencia. Aquellos que prefieran con exclusividad la vida entre las sombras, embotarán su sentido divino de la orientación. No estará de más, entonces, que alguien se precipite en las Tinieblas, porque el abismo atrae a lo abismal y cada uno de nosotros llegará al lugar hacia donde haya dirigido sus pasos.

# 45

## En el Campo de la Música

Al atardecer Lisias me invitó a que lo acompañara al Campo de la Música.

–¡Hay que distraerse un poco, André! –dijo con gentileza.

Como me veía reticente agregó:

–Hablaré con Tobías. ¡Hasta Narcisa consagró el día de hoy al descanso! ¡Vamos!

Por mi parte, había observado en mí mismo un singular fenómeno. Pese a que eran escasos los días de servicio que había cumplido, ya sentía gran amor por aquellas cámaras. Las visitas diarias del ministro Genesio, la compañía de Narcisa, la inspiración de Tobías, la camaradería de los compañeros, todo eso hablaba especialmente a mi espíritu. Narcisa, Salustio y yo aprovechábamos todos los instantes de descanso para mejorar el interior, aquí y allí, aliviando la situación de los enfermos a quienes estimábamos con todo el corazón, como si fueran nuestros hijos. Al considerar la nueva situación en que me encontraba me acerqué a Tobías, a quien el enfermero del Auxilio dirigió la palabra con respetuosa familiaridad. Cuando hubo recibido el pedido, quien me había iniciado en el trabajo consintió satisfecho:

–¡Óptimo programa! André necesita conocer el Campo de la Música.

Y me dio un abrazo al mismo tiempo que me dijo:

–No dude. ¡Aprovéchelo! Regrese por la noche a la hora que desee. Nuestros servicios están convenientemente atendidos.

Acompañé a Lisias agradecido. Cuando llegamos a su residencia, en el Ministerio del Auxilio, tuve la satisfacción de volver a ver a la Señora Laura, y tomé conocimiento acerca del regreso de la abnegada madre de Eloísa, que debería volver del planeta la semana siguiente. La casa trasmitía un clima festivo. Había más belleza en el interior doméstico, nuevos arreglos en el jardín.

Al despedirnos la dueña de casa me abrazó, al mismo tiempo que manifestaba con buen humor:

–¡Entonces, de ahora en adelante la ciudad contará con un frecuentador más del Campo de la Música! ¡Tenga cuidado con su corazón!...

¡En cuanto a mí, todavía he de permanecer durante el día de hoy en casa! ¡Ya me vengaré de ustedes dentro de poco tiempo! ¡No tardaré en ir a buscar mi alimento a la Tierra!...

En medio de la alegría general accedimos a la vía pública. Las jóvenes iban acompañadas de Polidoro y Estacio, con quienes conversaban animadamente. Lisias, a mi lado, tan pronto dejamos el aerobús en una de las plazas del Ministerio de la Elevación, me dijo afectuoso:

–Finalmente vas a conocer a mi novia; le he hablado muchas veces acerca de ti.

–Es curioso –observé intrigado– el estar de novios también se estila aquí...

–¿Cómo no? ¿Dónde reside el amor sublime, en el cuerpo mortal o en el alma eterna? Allá, en el círculo terrestre, querido, el amor es una especie de oro oculto debajo de piedras en bruto. Tanto lo mezclan los hombres con las necesidades, los deseos y los estados inferiores, que raramente se verá la diferencia entre la ganga y el metal precioso.

La reflexión era lógica. Él mismo identificó el efecto benéfico de su explicación y prosiguió:

–El noviazgo es mucho más hermoso en la espiritualidad. No existen los velos de la ilusión que empañen los ojos. Somos lo que somos. Lascinia y yo hemos fracasado muchas veces en las experiencias materiales. Debo confesar que casi todos los desastres del pasado tuvieron origen en mi imprudencia y en la absoluta falta de control sobre mí mismo. La libertad que las leyes sociales del planeta confieren al sexo masculino todavía no fue debidamente asimilada por nosotros. Raramente alguno de nosotros se vale de la libertad en el mundo como un servicio de espiritualización. A menudo la convertimos en un despeñadero hacia la animalidad. Las mujeres, por el contrario, han tenido hasta ahora a su favor una disciplina más rigurosa. En la existencia transitoria padecen nuestra tiranía y soportan el peso de nuestras imposiciones; aquí, sin embargo, verificamos una nueva definición de los valores. Sólo es realmente libre quien aprende a obedecer. Parece una paradoja y sin embargo es la cabal expresión de la verdad.

–Pese a todo –pregunté–, ¿tienes en la mira nuevos planes para los círculos carnales?

–No podía ser de otro modo –replicó de inmediato–, necesito enriquecer el patrimonio de las experiencias y además, mis deudas para con el planeta son todavía enormes. Lascinia y yo fundaremos aquí, en breve, nuestra casita de felicidad; suponemos que hemos de regresar a la Tierra dentro de unos treinta años.

Habíamos llegado a las inmediaciones del Campo de la Música. Luces de indescriptible belleza bañaban el extenso parque, donde producían efectos fascinantes de un verdadero cuento de hadas. Fuentes luminosas diseñaban escenas sorprendentes: era un espectáculo absolutamente nuevo para mí.

Antes de que pudiera manifestar mi profunda admiración, Lisias me recomendó de buen humor:

–Lascinia siempre está acompañada por dos hermanas, a las cuales espera que tú dediques las honras de un caballero.

–Pero, Lisias... –respondí reticente, considerando mi antigua posición conyugal– debes comprender que estoy ligado a Zelia.

El enfermero amistoso soltó la risa con ganas al agregar:

–¡Era lo que faltaba! Nadie quiere herir tus sentimientos de fidelidad. No creo, por el momento, que la unión esponsalicia deba acarrear el olvido de la vida social. ¿Ya no sabes ser hermano de alguien, André?

Me reí desconcertado y no pude responderle.

En ese momento llegamos a la zona de ingreso, donde Lisias abonó gentilmente la entrada.

Observé allí mismo un importante grupo de paseantes alrededor de una elegante glorieta, donde un conjunto orquestal no muy numeroso ejecutaba música ligera. Senderos bordeados de flores, estaban dibujados delante de nosotros y daban acceso al interior del parque en diferentes direcciones. Mi compañero notó mi admiración por las canciones que eran interpretadas y me explicó:

–En los límites del campo tenemos ciertas manifestaciones que atienden al gusto personal de cada grupo, entre quienes todavía no pueden entender el arte sublime, pero en el centro tenemos la música universal y divina, el arte elevado por excelencia.

En efecto, después que atravesamos alamedas festivas, donde cada flor parecía tener su reinado particular, comencé a escuchar una maravillosa música que dominaba el cielo. En la Tierra hay reducidos grupos para el culto de la música refinada y multitudes para la música regional. Allí, sin embargo, se verificaba lo contrario. El centro del campo estaba repleto. Ya había presenciado numerosas aglomeraciones de gente en la colonia y me había extasiado en la reunión que nuestro Ministerio consagró al Gobernador, pero lo que veía ahora superaba a todo lo que me había deslumbrado hasta entonces.

Lo más selecto de “Nuestro Hogar” se exponía en forma magnífica.

No era lujo ni exceso de ninguna clase lo que proporcionaba tanto brillo al cuadro maravilloso. Era la expresión natural de todo, la simplicidad combinada con la belleza, el arte puro y la vida sin artificios. El elemento femenino aparecía en el paisaje revelando sumo refinamiento del gusto individual, sin exceso de adornos y a la vez sin traicionar la simplicidad majestuosa. Grandes árboles, diferentes a los que se conocen en la Tierra, adornaban hermosos recintos iluminados y acogedores.

No solamente las parejas afectuosas permanecían en las calles floridas. Grupos de señoras y caballeros se entretenían en animadas conversaciones, interesantes e instructivas. No obstante sentirme sinceramente humillado por mi insignificancia, si me comparaba con aquella selecta aglomeración, experimentaba el mensaje silencioso de la simpatía en la mirada de todos aquellos con los que nos cruzábamos. Escuchaba frases sueltas acerca de los círculos carnales, y aún así en ninguna de las manifestaciones noté el más leve indicio de malicia o de acusación a los hombres. Se discutía sobre el amor, la cultura intelectual, la investigación científica, la filosofía edificante del espíritu, y todas las reflexiones tendían hacia la esfera elevada del auxilio mutuo, sin que hubiera fricciones. Observé que el más sabio restringía las vibraciones de su poder intelectual, mientras que los menos instruidos elevaban cuanto podían su capacidad de comprensión para absorber las dádivas del conocimiento superior. En numerosas charlas recogía referencias a Jesús y al Evangelio, y lo más sorprendente era la nota de alegría reinante en todas ellas. Nadie mencionaba al Maestro con las vibraciones negativas de la tristeza estéril o del injustificable desaliento: Jesús era recordado por todos como el supremo Orientador de las organizaciones terrenales, visibles e invisibles, con excepcionales dotes de comprensión y bondad, y al mismo tiempo con plena conciencia de la energía y la vigilancia necesarias para la preservación del orden y la justicia.

Aquella sociedad optimista me encantaba. Ante mis ojos estaban plasmadas las esperanzas de una gran cantidad de pensadores realmente nobles de la Tierra.

Maravillado con la música sublime escuché a Lisias que decía:

–Nuestros orientadores, en sintonía, absorben rayos de inspiración en los ámbitos más elevados. A su vez, los célebres compositores terrestres son traídos en ciertas ocasiones a esferas como la nuestra, donde reciben algunas manifestaciones melódicas que luego trasmiten a los oídos humanos, adornadas por la genialidad que los caracteriza. El universo, André, está lleno de belleza y sublimidad. La resplandeciente y eterna antorcha de la vida proviene originariamente de Dios.

El enfermero del Auxilio no pudo continuar.

Nos encontramos con un simpático grupo. Lascinia y sus hermanas habían llegado, y era necesario atender los deberes de la confraternización.

# 46

## Sacrificio de mujer

Transcurrió un año de trabajos edificantes con inmensa satisfacción para mí. Había aprendido a ser útil, había descubierto el placer del servicio, experimentaba en consecuencia creciente júbilo y confianza.

Hasta entonces no había regresado al hogar terrestre, pese al intenso deseo que me acicateaba el corazón. En más de una ocasión me propuse solicitar concesiones acerca del particular, pero algo me frenaba. ¿No había recibido el auxilio adecuado, no contaba con el cariño y el aprecio de todos los compañeros? Reconocía por lo tanto que si hubiera algún beneficio, haría ya mucho tiempo que me habrían conducido al antiguo ámbito doméstico. Cabía entonces esperar que llegara la orden. Además, pese a que desplegaba actividades en la Regeneración, el ministro Clarencio continuaba como responsable de mi permanencia en la colonia. La Señora Laura e incluso Tobías no se cansaban de recordarme ese hecho. Algunas veces me había encontrado con el generoso Ministro del Auxilio y, sin embargo, él siempre guardaba silencio sobre el tema. Asimismo, Clarencio nunca modificaba su actitud reservada en el desempeño de las obligaciones concernientes a su autoridad. Excepcionalmente, en Navidad, cuando me encontraba en los festejos de la Elevación, él hizo una leve referencia al tema adivinando mi nostalgia por la esposa y los amados hijos. Había hecho comentarios acerca de la alegría de esa noche y garantizaba que no estaba lejos el día en que habría de acompañarme hasta el

nido familiar. Le agradecí conmovido y permanecí en expectativa con buena disposición de ánimo. No obstante, llegamos a septiembre de 1940 sin que hubieran sido concretados mis deseos.

Me reconfortaba la certeza de haber cumplido la totalidad de mi tiempo en las Cámaras de Rectificación con servicio útil. No me había tomado días para descanso. Nuestras tareas proseguían siempre sin interrupciones.

Ya estaba habituado a cuidar de los enfermos, a interpretar sus pensamientos y no perdía de vista a la pobre Elisa, de modo de orientarla en forma indirecta hacia mejores intentos.

Con todo, a medida que se consolidaba mi equilibrio emocional, más intensa era mi ansiedad por volver a ver a los míos.

La nostalgia me causaba un hondo dolor. En compensación, de tanto en tanto recibía la visita de mi madre, que nunca me abandonó a mi suerte pese a que pertenecía a círculos más elevados.

La última vez que nos vimos me dijo que tenía la intención de hacerme saber algo relativo a nuevos proyectos. Aquella actitud maternal de paciente resignación ante los sufrimientos morales que herían su alma sensible, me había conmovido profundamente. ¿Qué nuevas resoluciones habría adoptado? Intrigado aguardé su visita, ansioso por conocer sus planes.

En efecto, en los primeros días de septiembre de 1940 mi madre vino a las cámaras y a continuación de los saludos cariñosos me comunicó su propósito de regresar a la Tierra. Su tono era afectuoso cuando me explicó su proyecto. Sorprendido, no pude concordar con semejante decisión y protesté:

–No estoy de acuerdo. ¿Tú volverás a la carne? ¿Por qué? ¿Te internarás de nuevo en el camino oscuro sin necesidad inmediata?

Mantuvo su noble expresión de serenidad y me planteó:

–¿No consideras la angustiosa condición de tu padre, hijo mío? Hace muchos años que trabajo para rescatarlo y hasta ahora mis esfuerzos han sido en vano. Laerte es hoy un escéptico, su corazón

está envenenado. No debería persistir en semejante posición so pena de sumergirse en abismos más profundos aún. ¿Qué otra cosa haré, André? ¿Tendrías el coraje de verlo en tal situación y abstenerte del socorro adecuado?

–No –respondí conturbado–, trabajaría para auxiliarlo. Pero tú podrías ayudarlo incluso desde aquí.

–No lo dudo. Sin embargo, los Espíritus que aman realmente no se limitan a tender las manos a la distancia. ¿De qué nos serviría toda la riqueza material si no estuviéramos dispuestos a tender la mano a nuestros seres amados? ¿Acaso podríamos vivir en un palacio y abandonar nuestros hijos a la intemperie? No puedo permanecer indiferente. En vista de que contaré contigo aquí, de ahora en adelante me reuniré con Luisa a fin de auxiliar a tu padre, para que vuelva a hallar el camino adecuado.

Pensé una y otra vez y repliqué:

–Aún así, te reiteraría mi parecer. ¿No habrá alguna manera de evitar esa situación?

–No. Imposible. He analizado detenidamente el asunto. Mis superiores jerárquicos fueron coincidentes en su consejo. No puedo trasladar lo inferior a lo superior pero sí puedo lo contrario. ¿Qué me queda sino hacer eso? No debo dudar ni un instante. Tú serás mi amparo en el futuro. No decaigas, hijo, y auxilia a tu madre cuando puedas transitar por las esferas que nos separan de la corteza. Vela también por tus hermanas que tal vez se hallen todavía en las sombras del Umbral, ocupadas con un trabajo activo de depuración. Estaré nuevamente en el mundo dentro de pocos días, y allí me reuniré con Laerte para la labor que el Padre nos confíe.

–¿Pero –averigüé– de qué modo se encuentra él contigo? ¿En Espíritu?

–No –dijo mi madre con una significativa expresión en el rostro–. Con la colaboración de algunos amigos lo instalé en la Tierra la semana pasada, y estamos preparando su reencarnación en forma inmediata sin que él haya identificado nuestro auxilio directo.

Intentó huir de las mujeres que lo subyugan y aprovechamos esa buena disposición para vincularlo a la nueva situación carnal.

–¿Pero eso está permitido? ¿Y la libertad individual?

Mi madre sonrió apenada al manifestar:

–Hay reencarnaciones que obran drásticamente. Pese a que el paciente no tenga coraje, algunos amigos lo ayudan a que beba el remedio santo, aunque el sabor sea amargo. En lo relativo a la libertad sin restricciones, el alma puede invocar ese derecho solamente cuando ha comprendido el deber y sepa ejercerlo. En cuanto a lo demás, no podemos dejar de reconocer que el deudor es un esclavo del compromiso asumido. Dios creó el libre albedrío y nosotros creamos la fatalidad. Es ineludible que cortemos las cadenas que nosotros mismos forjamos.

En tanto me dejaba llevar por pensamientos profundos, ella retomó las reflexiones anteriores:

–Las desdichadas hermanas que lo persiguen no lo abandonan. De no haber sido por la protección divina que se le dispensa a través de nuestros guardias espirituales, hasta podrían haber llegado a frustrar la oportunidad de la nueva reencarnación.

–¡Dios mío! –exclamé–. ¿Eso sería posible? ¿A tal punto estamos a merced del mal? ¿Somos entonces simples juguetes en las manos de los enemigos?

–Preguntas como esas, hijo mío –agregó mi progenitora con mucha calma–, debieran estar en nuestros corazones y en nuestros labios antes de que contraigamos alguna deuda, y antes de que transformemos a nuestros hermanos en adversarios para el camino. Nunca aceptes préstamos de la maldad...

–¿Y en cuanto a esas mujeres? –pregunté–. ¿Qué será de tales desventuradas?

Mi madre sonrió al responder:

–Se convertirán en mis hijas de aquí a algunos años. No te olvides que iré al mundo a prestar auxilio a tu padre. La ayuda eficiente no incentiva las fuerzas de la oposición, como tampoco en la Tierra se podría apagar un incendio con petróleo. ¡Es indispensable amar, André! Los incrédulos pierden el rumbo verdadero en su peregrinación por el desierto; quienes cometen errores se desvían del auténtico camino y van a sumergirse en el pantano. Tu padre es hoy un escéptico y esas pobres hermanas soportan pesados fardos en el lodo de la ignorancia y la ilusión. En un futuro no lejano los tendré a todos en mi regazo materno, cuando realice mi nueva experiencia.

Y con los ojos brillantes y húmedos, como si contemplara horizontes del porvenir concluyó:

–Y más adelante... ¿Quién lo sabe? Tal vez regrese a “Nuestro Hogar” rodeada de otros afectos sacrosantos para una gran festividad de alegría, amor y unión...

En reconocimiento a su espíritu de renuncia me puse de rodillas y besé sus manos.

A partir de aquel momento mi madre ya no era mi madre. Era mucho más que eso. Era la Mensajera del Amparo capacitada para convertir a los verdugos en hijos de su corazón, a fin de que ellos retomaran el camino transitado por los hijos de Dios.

## El retorno de Laura

No sólo mi madre se preparaba para regresar a los círculos terrenales. También la Señora Laura estaba en vísperas del gran cometido. Algunos compañeros me avisaron, de modo que adherí a la demostración de simpatía y aprecio que diversos funcionarios, en particular los de los ministerios del Auxilio y de la Regeneración, iban a rendir a la noble matrona con motivo de su retorno a las experiencias humanas. Se llevó a cabo el homenaje afectuoso la noche en que el Departamento de Cuentas le entregó el certificado del tiempo global de servicio en la colonia.

No se puede traducir en letras comunes la significación espiritual de esta fiesta íntima.

La encantadora residencia se había poblado de melodías y luces. Las flores parecían más hermosas.

Numerosas familias concurren a saludar a la compañera, lista para regresar. La mayoría de los visitantes la felicitaron con cariño y se retiraron sin mayor dilación; mientras que los amigos más cercanos permanecieron hasta bien entrada la noche. Tuve entonces ocasión de escuchar comentarios interesantes y sabios.

La Señora Laura me pareció más circunspecta, más seria. Era notorio su esfuerzo para acompañar la corriente de optimismo general. En la sala de estar, repleta, la progenitora de Lisias explicaba al representante del Departamento:

–Creo que no voy a demorarme más de dos días. Ya concluyeron las aplicaciones del Servicio de Preparación, las del Esclarecimiento...

Con la mirada algo caída concluyó:

–Como puede ver, estoy lista.

El interlocutor adoptó una expresión de sincera fraternidad y agregó con el propósito de estimularla:

–Espero, mientras tanto, que conserve el ánimo para la lucha. Es una gloria ir al mundo en sus condiciones. Miles y miles de horas de servicio a su favor, en una comunidad de más de un millón de compañeros. Además, sus hijos constituirán un buen estímulo en la retaguardia.

–Todo eso me reconforta –exclamó la dueña de casa, sin disimular su íntima preocupación–, la reencarnación siempre es un intento de trascendental importancia. Reconozco que mi esposo me ha precedido en este gran esfuerzo y que los hijos amados serán mis amigos de cada instante; sin embargo...

–¡Pero vea usted! No se deje arrastrar por conjeturas –la atajó el ministro Genesio–, debemos confiar en la Protección divina tanto como en nosotros mismos. El manantial de la Providencia es inagotable. Necesitamos romper los anteojos oscuros que nos muestran el paisaje físico como un exilio penoso. No piense en la posibilidad de fracasar; mentalice, eso sí, las probabilidades de éxito. Además confíe un poco en nosotros, sus amigos, que no estaremos tan lejos en lo que se refiere a la “distancia vibratoria”. Imagine qué alegría será auxiliar a viejos afectos, evalúe la gloria indescriptible de ser útil.

La Señora Laura sonrió. Aparentaba haber tomado más coraje cuando manifestó:

–He solicitado el socorro espiritual de todos los compañeros a fin de mantenerme vigilante en cuanto a las lecciones que he recibido aquí. Sé bien que la Tierra está colmada de la grandeza

divina. Es suficiente con recordar que nuestro sol es el mismo que alimenta a los hombres; mientras tanto, querido Ministro, me infunde temor aquel olvido temporario al cual nos precipitamos. Me siento como una enferma que se ha curado de muchas heridas... En realidad, las úlceras ya no molestan, pero conservo las cicatrices. Bastaría un leve rasguño y la enfermedad se declararía nuevamente.

El Ministro hizo un gesto de haber comprendido el sentido del alegato y replicó:

–No ignoro lo que representan las sombras del campo inferior, pero es indispensable el coraje e ir hacia adelante. Vamos a ayudarla a trabajar mucho más para el bien de los otros que para la satisfacción de sí misma. El gran peligro reside, todavía y siempre, en demorarse en las tentaciones complejas del egoísmo.

–Aquí –con calma la interlocutora retomó su pensamiento–, contamos con las vibraciones espirituales de la mayoría de los habitantes educados, pues casi todos lo están, en las luces del Evangelio redentor. Y aunque las antiguas flaquezas afloren a la superficie de nuestros pensamientos, contamos con una defensa natural en el ambiente mismo. En la Tierra, sin embargo, nuestras buenas intenciones son como luces oscilantes en un inmenso mar de fuerzas agresivas.

–No diga eso –la interrumpió el generoso Ministro–, no asigne tanta importancia a las influencias de las zonas inferiores. Sería como darle armas al enemigo para que nos torturase. El campo de las ideas es al mismo tiempo el campo de lucha. La luz que encendemos en la Tierra, de hecho permanecerá allá en forma definitiva, pues el vendaval de las pasiones humanas jamás podrá apagar ni una sola de las luces de Dios.

La señora pareció ver entonces todo más claro; gracias a los conceptos que le eran transmitidos modificó radicalmente su actitud mental y habló con nuevo ánimo:

–Ahora estoy realmente convencida de que su visita es providencial. Debo recuperar energías. Me faltaba ese consejo. Es

verdad: nuestra zona mental es un campo de batalla incesante. Urge aniquilar el mal y las tinieblas dentro de nosotros mismos; sorprenderlos en el reducto donde están refugiados, sin concederles la importancia que reclaman. Ahora comprendo.

Genesio sonrió satisfecho y agregó:

–Dentro de nuestro mundo individual cada idea es como una entidad aparte... Conviene que lo interpretemos así. En la medida que alimentamos los elementos del bien ellos habrán de contribuir a nuestra felicidad, porque constituirán nuestros ejércitos defensivos. Pero si alimentamos alguno de los elementos del mal, será lo mismo que construir una base sólida para nuestros enemigos y verdugos.

A esa altura, el funcionario de las Cuentas comentó:

–Tengamos presente, además, que Laura regresa a la Tierra con extraordinarios créditos espirituales. Hoy mismo el despacho de la gobernación suministró una nota al Ministerio del Auxilio, recomendando a los cooperadores técnicos de la Reencarnación sumo cuidado en el manejo del influjo biológico que entrará en funciones para generar el nuevo organismo de nuestra hermana.

–¡Ah! Es verdad –dijo ella–, recomendé esa precaución para no encontrarme luego demasiado sujeta a la ley de la herencia. He tenido una enorme preocupación en lo atinente a los lazos consanguíneos.

–Repare –dijo el interlocutor solícito– en que sus méritos en “Nuestro Hogar” son muy grandes, al punto que el Gobernador mismo adoptó medidas.

–No se preocupe entonces, amiga –exclamó el ministro Genesio sonriente– tendrá de su lado a numerosos hermanos y compañeros que contribuirán a su bienestar.

–¡Gracias a Dios! –manifestó la Señora Laura reconfortada–. Necesitaba escucharlo, necesitaba escucharlo...

Lisias y sus hermanas, a las que ahora se unía la simpática y generosa Teresa, expresaron alegría sincera.

–Mi madre requería liberarse de las preocupaciones –comentó el abnegado enfermero del Auxilio–; al fin de cuentas no vamos a quedarnos aquí para dormir...

–Tienes razón –adujo la dueña de casa–; alimentaré la esperanza, confiaré en el Señor y en todos vosotros.

A continuación, el tono de la charla volvió al plano de la confianza y el optimismo. Los comentarios sobre el regreso a la Tierra fueron enfocados como una bendita oportunidad de recapitular y aprender en el sentido del bien.

Aquella noche, al retirarnos la Señora Laura me dijo en tono maternal:

–Mañana a la noche también lo espero a usted, André. Haremos una pequeña reunión íntima. El Ministerio de la Comunicación nos prometió la visita de mi esposo. Aunque se halle sujeto por los lazos físicos, Ricardo será conducido hasta aquí con el auxilio fraternal de nuestros compañeros. Además, mañana será la despedida. No falte.

Agradecí conmovido, haciendo un esfuerzo para ocultar las lágrimas de la prematura nostalgia que ya se asomaban en mi corazón.

# 48

## Culto familiar

Probablemente a los practicantes del Espiritismo no les resultaría tan sorprendente la reunión a la que comparecí en casa de Lisias. Para mis ojos la escena era inédita e interesante.

En la espaciosa sala de estar se había reunido un pequeño grupo de poco más de treinta personas. La disposición de los muebles era muy sencilla. Había poltronas confortables en filas de doce cada una, delante de una tarima donde el ministro Clarencio había asumido la función de director, rodeado por la Señora Laura y sus dos hijos. A una distancia de aproximadamente cuatro metros había un enorme globo cristalino, que colgaba a una altura de alrededor de dos metros. En su parte inferior estaba envuelto por una serie de hilos conectados a un pequeño aparato, idéntico a nuestros altoparlantes.

Numerosas preguntas danzaban en mi cerebro.

En la amplia sala cada cual había tomado el lugar adecuado; observaba que en cada grupo se desarrollaban fraternas conversaciones.

Me encontraba al lado de Nicolás, un antiguo servidor del Ministerio del Auxilio e íntimo de la familia de Lisias, a quien osé preguntar algunas cosas. El compañero no se hizo rogar y comenzó a explicarme:

–Estamos listos; sólo aguardamos la orden del Ministerio de la Comunicación. Nuestro hermano Ricardo se encuentra en la fase de infancia terrestre y no le será difícil desprenderse de los lazos físicos más fuertes durante algunos instantes.

–¿Va a venir hasta aquí? –consulté.

–¿Por qué no? –replicó el interlocutor–. No todos los encarnados se esclavizan al suelo de la Tierra. Como las palomas mensajeras, que en algunos casos transcurren buena parte de su vida prestando servicio entre dos regiones, allá hay Espíritus que viven entre dos mundos.

Luego señaló el aparato que estaba frente a nosotros y dijo:

–Esa es la cámara que nos lo mostrará.

–¿Por qué el globo cristalino? –pregunté con curiosidad–. ¿No podría manifestarse sin él?

–Debemos tener presente –dijo Nicolás atentamente– que nuestra emotividad emite fuerzas susceptibles de ocasionar perturbaciones. Aquella pequeña cámara cristalina está constituida por material aislante y, por consiguiente, nuestras energías mentales no podrán atravesarla.

En ese mismo instante Lisias recibió un llamado telefónico de parte de funcionarios de la Comunicación. Había llegado el momento. Se podía dar comienzo al trabajo culminante de la reunión.

Verifiqué en el reloj de pared que habían pasado cuarenta minutos desde la medianoche. Nicolás notaba mi mirada indagadora, de modo que me dijo en voz baja:

–Recién a esta hora existe suficiente quietud en el nuevo hogar de Ricardo, allá en la Tierra. Naturalmente la casa queda en silencio, los padres duermen, y en esta nueva fase él no permanece en su cama por completo...

No pudo continuar. El ministro Clarenco se puso de pie para solicitarnos homogeneidad de pensamientos y la auténtica fusión de nuestros sentimientos.

Se hizo una gran quietud y Clarenco pronunció una conmovedora y sencilla oración. Inmediatamente después Lisias nos hizo escuchar las armonías de la cítara y el ambiente se colmó de profundas vibraciones de paz y arrobó. A continuación Clarenco tomó de nuevo la palabra:

–Hermanos –dijo– trasmitamos ahora nuestro mensaje de amor a Ricardo.

Observé entonces con gran sorpresa que tanto las hijas como la nieta de la Señora Laura, acompañadas por Lisias, se retiraron del estrado y ocuparon un lugar junto a los instrumentos musicales. Judite, Iolanda y Lisias interpretaron respectivamente el piano, el arpa y la cítara, mientras Teresa y Eloísa integraban el agradable coro familiar.

Las cuerdas afinadas se aliaron a los ecos de la tierna melodía y la música se elevó como una caricia divina, semejante a un gorjeo celestial. Me sentía transportado a esferas sublimes del pensamiento, cuando voces cristalinas inundaron de arrullos el interior de la casa. Lisias y sus hermanas entonaban una maravillosa canción que ellos mismos habían compuesto.

Difícil sería proponernos hilvanar en el lenguaje humano las significativas estrofas, desbordantes de espiritualidad y belleza, pero intentaré hacerlo de modo de mostrar la calidad de los afectos en los ámbitos que se extienden más allá de la muerte:

*Padre querido, mientras la noche  
trae la bendición del reposo,  
írecibe, Padre cariñoso,  
nuestro afecto y devoción!...  
Mientras las estrellan cantan*

*a la luz que las empalidece,  
ven a unir a nuestra plegaria  
la voz de tu corazón.*

*No te perturbes en el camino  
de las sombras del olvido,  
no te afecte el sufrimiento,  
jamás te hiera el mal,  
no temas al dolor terrestre,  
ten presente nuestra alianza,  
conserva la flor de la esperanza  
para la ventura inmortal.*

*Mientras duermes en el mundo,  
nuestras almas en vela  
rememoran las alboradas  
de esta vida superior;  
aguarda el porvenir risueño,  
espéranos, que un día,  
volveremos a la alegría  
del jardín de tu amor.*

*Ven a nosotros, Padre generoso,  
regresa a la paz de nuestro nido,  
retorna a las luces del camino,  
aunque sea para soñar;  
olvida por un instante la Tierra*

*y ven a beber el agua pura  
del consuelo y la ternura  
en las fuentes de “Nuestro Hogar”.*

*Nuestra casa no olvida  
tu sacrificio, tu bondad,  
ni la sublime claridad  
de tus lecciones de bien;  
atraviesa la sombra espesa,  
vence, Padre, a la carne extraña,  
sube hasta la cumbre de la montaña,  
ven a orar con nosotros tú también.*

Sobre las notas finales de la hermosa composición, noté que el globo se cubría en su interior de una sustancia lechosa y cenicienta e inmediatamente después aparecía la figura simpática de un hombre de edad madura. Era Ricardo. Imposible describir la mezcla de devoción y puras emociones que la familia le dirigió en sus amorosos saludos.

El recién llegado, luego de hablar en particular con su compañera y sus hijos, dirigió su mirada amistosa hacia nosotros para solicitarnos que reiteráramos la delicada canción de los hijos, que escuchó bañado en lágrimas. Cuando se silenciaron las últimas notas, habló conmovido:

–¡Oh! ¡Hijos míos, qué inconmensurable la bondad de Jesús, que coronó nuestro culto doméstico del Evangelio con las supremas alegrías de esta noche! En esta sala hemos buscado juntos el camino que conduce a las esferas superiores; en muchas ocasiones recibimos el pan espiritual de la vida y ahora nos reunimos una vez más para el estímulo santificante. ¡Qué feliz soy!

La Señora Laura derramaba discretamente las lágrimas. Lisias y sus hermanas tenían sus ojos empañados por el llanto.

Percibí que el recién llegado no hablaba con espontaneidad ni podía disponer de mucho tiempo entre nosotros. Tal vez todos allí tenían una impresión similar, porque vi como Judite se abrazaba al globo cristalino y exclamaba cariñosamente:

–¡Padre querido, dinos qué precisas de nosotros, explícanos en qué podemos ser útiles a tu abnegado corazón!

Observé entonces que Ricardo detuvo su mirada profunda en la Señora Laura y murmuró:

–¡Vuestra madre habrá de venir conmigo en poco tiempo, hijita! ¡Más adelante también vendrán ustedes! ¿Qué más podría desear para ser feliz, sino rogar al Maestro que nos bendiga siempre?

Todos llorábamos conmovidos.

Cuando el globo volvió a presentar las mismas tonalidades cenicientas, escuché a Ricardo que exclamaba casi como una despedida:

–¡Ah! ¡Hijos míos, voy a pedirles algo desde el fondo de mi alma! ¡Rueguen al Señor que yo nunca disponga de facilidades en la Tierra, a fin de que la luz de la gratitud y de la comprensión siga viva en mi espíritu!...

Aquel pedido inesperado me sensibilizó además de sorprenderme. Ricardo dedicó a todos saludos cariñosos, y la cortina de sustancia cenicienta cubrió por completo la cámara que inmediatamente después volvió a su aspecto normal.

El ministro Clarencio oró con sentimiento y se cerró la sesión, que nos dejó a todos envueltos en un júbilo indescriptible.

Me dirigí hacia el estrado para abrazar a la Señora Laura y expresarle de viva voz mi profunda impresión y reconocimiento, cuando alguien interceptó mis pasos casi junto a la dueña de casa,

ocupada en atender las numerosas felicitaciones de los amigos presentes.

Era Clarencio, que me habló con tono amable:

–André, mañana acompañaré a nuestra hermana Laura hasta la esfera carnal. Si fuera de su gusto, podrá venir con nosotros a fin de hacer una visita a su familia.

No podía haber sido mayor mi sorpresa. Una profunda sensación de alegría me embargó, pero instintivamente recordé el servicio de las cámaras. El generoso Ministro adivinó de inmediato mi pensamiento y me dijo:

–Usted tiene una relativa cantidad de trabajo extraordinario a su favor. Genesio no tendrá dificultades en concederle una semana de ausencia, cuando ha cumplido ya el primer año de cooperación activa.

Mi dicha era inmensa. Le agradecí con llanto y risa al mismo tiempo. Finalmente habría de ver a mi esposa y a mis amados hijos.

# 49

## Regreso a casa

Llegué a mi ciudad como un niño que se deja guiar por los pasos de sus benefactores, con la inenarrable sensación del viajero que regresa a la cuna natal después de una prolongada ausencia.

Por cierto, el paisaje no había sufrido modificaciones evidentes. Los añosos árboles del barrio, el mar, el cielo incluso, la misma fragancia en el aire. Embriagado de alegría dejé de observar la expresión fisonómica de la Señora Laura, que transmitía suma preocupación, y me despedí de la pequeña caravana que seguía adelante.

Clarencio me abrazó y me dijo:

–Tiene una semana a su disposición. Pasaré por aquí a diario, de acuerdo con los cuidados que debo consagrar a los problemas de la reencarnación de nuestra hermana. Si quisiera volver a “Nuestro Hogar” podrá aprovechar mi compañía. ¡Que lo pase bien, André!

Un último adiós a la devota madre de Lisias y me quedé a solas, respirando con profundas inspiraciones el aire de otros tiempos.

No me detuve en el análisis de detalles. Atravesé apresuradamente las calles, camino a mi casa. El corazón me latía desordenadamente a medida que me aproximaba al enorme portón de la entrada. El viento, como de costumbre, susurraba caricias entre la arboleda del pequeño parque. Florecían las azaleas y las rosas, con un saludo a la luz primaveral. Frente al pórtico se erguía

garbosa la palmera que junto con Zelia habíamos plantado en el primer aniversario de nuestro casamiento.

Ebrio de felicidad me dirigí hacia el interior. Todo indicaba grandes cambios. ¿Dónde estarían los viejos muebles de jacarandá? ¿Y el gran retrato donde junto con mi esposa y mis hijos formábamos un agradable grupo? Algo me causaba preocupación y despertaba mi ansiedad. ¿Qué habría sucedido? Comencé a trastabillar de la emoción. Me dirigí hacia el comedor donde vi a mi hija menor transformada en una joven casadera. Casi en ese mismo momento vi a Zelia que salía del dormitorio acompañando a un caballero que a primera vista me pareció un médico.

Grité mi alegría con toda la potencia de mis pulmones, pero las palabras parecían retumbar en la casa sin que llegaran a los oídos de los habitantes. Comprendí la situación y me callé decepcionado. Abracé a mi compañera con el cariño de mi inmensa nostalgia, pero Zelia parecía por completo insensible a mi gesto de amor. Con mucha cortesía preguntó al caballero algo que no pude comprender de inmediato. El interlocutor bajó la voz y le respondió respetuosamente:

–Recién mañana podré diagnosticar con certeza, porque la neumonía se presenta muy complicada, a causa de la hipertensión. Todo cuidado es poco; el Dr. Ernesto requiere absoluto reposo.

¿Quién sería ese Dr. Ernesto? Me perdí en un mar de indagaciones cuando escuché a mi esposa que suplicaba ansiosa:

–Doctor, ¡sálvelo por caridad! ¡Se lo ruego! ¡No soportaría una segunda viudez!

Zelia lloraba y se restregaba las manos demostrando gran angustia.

Un relámpago no me habría fulminado con tal violencia. Otro hombre se había apoderado de mi hogar. Mi esposa se había olvidado de mí. La casa ya no me pertenecía. ¿Valía la pena haber esperado tanto para recibir tales decepciones? Corrí a mi cuarto y verifiqué que había otro mobiliario en la espaciosa alcoba. En el

lecho se encontraba un hombre de edad madura; evidentemente su estado de salud era de cuidado. Junto a él tres figuras negras iban y venían, mostrándose interesadas en provocar el agravamiento de su padecer.

Sorpresivamente tuve el impulso de odiar al intruso con todas mis fuerzas, pero yo ya no era el hombre de otras épocas. El Señor me había convocado a las enseñanzas del amor, la fraternidad y el perdón. Según pude comprobar, el enfermo estaba rodeado de entidades inferiores, dedicadas al mal. Así las cosas, no conseguí auxiliarlo en forma inmediata.

Me senté decepcionado y melancólico, mientras veía cómo Zelia entraba y salía de la habitación en varias oportunidades y acariciaba al enfermo con una ternura que en otros tiempos me había dedicado a mí. Luego de algunas horas de amarga observación y reflexión regresé con paso inseguro al comedor. Allí encontré a mis hijas que conversaban. Me aguardaba una sorpresa tras otra. La mayor se había casado y tenía un niño de corta edad en su falda. ¿Y mi hijo? ¿Dónde estaría mi hijo?

Zelia dio las instrucciones apropiadas a una anciana enfermera y se acercó a conversar algo más calmada, con las hijas.

–Vine a verlos, mamá –explicaba la primogénita– no sólo para tener noticias del Dr. Ernesto, sino también porque durante el día de hoy he experimentado singulares recuerdos de papá que atormentan mi corazón. Desde temprano, no me preguntes por qué, pienso mucho en él. Es algo que no puedo llegar a definir con exactitud...

No pudo concluir. Las lágrimas brotaban abundantes de sus ojos.

Con gran sorpresa para mí, Zelia se dirigió a su hija con modo autoritario.

–¡Mire usted! ¡Era lo que nos faltaba!... Afligida como estoy y tengo que tolerar tus perturbaciones. ¿Qué retroceso es ése, hija? Les he prohibido terminantemente toda alusión a vuestro padre en

esta casa. ¿No sabes que eso le disgusta a Ernesto? Ya he vendido todo lo que aquí nos recordaba el pasado enterrado; hasta cambié el aspecto de las paredes ¿y tú no me puedes ayudar en eso?

La hija menor intervino para agregar:

–Desde que mi pobre hermana comenzó a interesarse en el maldito Espiritismo, vive con esas tonterías en la cabeza. ¿Dónde se ha visto tamaño disparate? Ese cuento de que los muertos regresan es el colmo del absurdo.

La otra continuaba llorando y dijo con dificultad:

–No me refiero a convicciones religiosas. ¿Entonces es un crimen sentir nostalgia de papá? ¿Ustedes tampoco aman, no tienen sentimientos? Si papá estuviera con nosotros su único hijo varón no andaría por ahí haciendo tantas locuras, ¿no es así mamá?

–Bueno, bueno –replicó Zelia entre nerviosa y enfadada–, cada cual tiene la suerte que Dios le da. No te olvides que André está muerto. No me vengas con lamentaciones y lágrimas por un pasado irremediable.

Me aproximé a mi hija y frené su llanto con consoladoras palabras de valentía que le murmuré. Ella no las registró mediante el oído, aunque sí lo hizo subjetivamente en forma de pensamientos alentadores.

¡Finalmente me veía ante una singular coyuntura! Recién entonces comprendí el motivo por el cual mis verdaderos amigos habían diferido mi retorno al hogar de la Tierra.

Angustias y decepciones se sucedían en tropel. Mi propia casa me pareció un patrimonio que por un lado los ladrones y por otro los gusanos habían modificado. ¡Ni posesiones, ni títulos, ni afectos! Solamente una hija estaba allí como guardiana de mi antiguo y sincero amor.

Ni los largos años de sufrimiento a partir de los primeros días más allá de la tumba me habían provocado lágrimas tan amargas.

Llegó la noche y retornó el día, que me encontró en la misma situación de perplejidad, luego de escuchar conceptos y descubrir actitudes que nunca hubiera sospechado.

Al atardecer Clarenco pasó para ofrecerme la cordialidad de su palabra amistosa y recta. Cuando percibió mi abatimiento dijo solícito:

–Comprendo sus pesares y al mismo tiempo me regocijo por la óptima oportunidad de esta prueba. No tengo nuevas sugerencias. Un consejo de mi parte ahora sería inoportuno. Sólo, mi querido, tengo presente que cuando es puesta en práctica aquella recomendación de Jesús, para que amemos a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, siempre produce auténticos milagros de felicidad y comprensión en nuestros caminos.

Agradecí conmovido y le solicité que no me quitara el amparo de su necesario auxilio.

Como respuesta Clarenco me dirigió una sonrisa y se marchó.

Entonces, ante la realidad, absolutamente a solas en mi testimonio, comencé a evaluar el alcance de la recomendación evangélica y reflexioné con algo más de serenidad. Al fin de cuentas, ¿por qué iba a cuestionar el proceder de Zelia? ¿Y si el viudo en la Tierra hubiera sido yo? ¿Habría soportado acaso la prolongada soledad? ¿No habría apelado a mil pretextos para justificar una nueva unión? ¿Y el pobre enfermo? ¿Cómo odiarlo, por qué odiarlo? ¿No era también él mi hermano en la casa de Nuestro Padre? ¿El hogar no estaría tal vez en peores condiciones si Zelia no hubiera aceptado el vínculo afectivo con él? Por consiguiente, era necesario luchar contra el egoísmo feroz. Jesús me había conducido a otras fuentes. No podía comportarme como un hombre más de la Tierra. Mi familia no era tan sólo una esposa y tres hijos. Estaba constituida por centenares de enfermos en las Cámaras de Rectificación y ahora incluía además a la comunidad universal. Me dominaban pensamientos renovados. La linfa del amor auténtico

brotaba por primera vez de las beneficiosas heridas que la realidad había abierto en mi corazón.

# 50

## Ciudadano de “Nuestro Hogar”

Durante la segunda noche me sentí extenuado. Comenzaba a entender la importancia del alimento espiritual a través del amor y la comprensión recíprocos. En “Nuestro Hogar” pasaba en general algunos días en servicio activo sin necesidad de la alimentación común. Era parte de un entrenamiento de elevación al cual muchos de nosotros estábamos consagrados. Me bastaba la presencia de amigos queridos, las manifestaciones de afecto, la absorción de elementos puros a través del aire y el agua. En casa, por el contrario, me hallaba en un confuso campo de batalla donde los seres amados habían pasado a ser mis verdugos. Las meditaciones oportunas que las palabras de Clarencio me habían sugerido, aportaban una relativa calma a mi corazón. Al fin accedía a la comprensión de las necesidades humanas. No era propietario de Zelia, sino su hermano y amigo. No era dueño de mis hijos, sino un compañero de luchas y realizaciones.

Vino a mi mente la Señora Laura. En cierta oportunidad ella me había dicho que llegado el momento de dar fe de sus convicciones, los seres deberían proceder como abejas que se aproximan a las flores de la vida –es decir a las almas nobles– en el campo de las memoraciones, decididas a extraer de cada una la sustancia de los buenos ejemplos con el propósito de elaborar la miel de la sabiduría.

Apliqué a mi caso el provechoso consejo y comencé por recordar a mi madre. ¿No se había sacrificado ella por mi padre, al punto de adoptar a desdichadas mujeres como hijas de su corazón?

“Nuestro Hogar” estaba repleto de ejemplos edificantes. La ministra Veneranda había trabajado durante siglos sucesivos en bien del grupo espiritual al que estaba especialmente ligado su corazón. Narcisa se sacrificaba en las cámaras de modo de conseguir un aval espiritual para su regreso al mundo en funciones de auxilio. La Señora Hilda había vencido al dragón de los celos inferiores. ¿Y las manifestaciones de fraternidad de los demás amigos de la colonia? Clarencio me había recibido con devoción de padre, la madre de Lisias me había tratado como a un hijo, Tobías como a un hermano. Cada compañero de mis nuevas luchas me brindaba algún aporte de utilidad para una estructura mental diferente, que con rapidez tomaba forma en mi espíritu.

Me propuse sustraerme a las consideraciones aparentemente ingratas que escuchaba en el ámbito doméstico. Decidí asimismo colocar por sobre todo el amor divino, y por encima de mis sentimientos personales las justas necesidades de mis semejantes.

Pese a mi agotamiento me trasladé al aposento del enfermo, cuyo estado se agravaba de un momento para otro. Zelia le apoyaba su mano en la frente y a la vez le decía, bañada en lágrimas:

–Ernesto, Ernesto, ¡ten compasión de mí, querido! ¡No me abandones! ¿Qué haría si llegaras a faltarme?

El enfermo le acariciaba las manos y respondía con inmenso afecto, a pesar de una fuerte disnea.

Rogué al Señor las energías necesarias para conservar la comprensión imprescindible y empecé por considerar a los cónyuges como si fueran mis hermanos.

Reconocí que Zelia y Ernesto se amaban intensamente. En consecuencia, si de hecho me sentía un compañero fraterno de ambos era mi deber prestarles auxilio con los recursos que estaban a mi alcance. Di comienzo a la tarea procurando el esclarecimiento de los Espíritus desventurados que permanecían en estrecha ligazón con el enfermo. Sin embargo, mis dificultades no eran pocas. Me sentía muy agotado.

En esa emergencia recordé una lección que Tobías me había transmitido cierta vez: “Aquí en ‘Nuestro Hogar’ no todos recurren al aerobús para trasladarse de un lugar a otro, porque los habitantes de mayor elevación de la colonia disponen del poder de la volitación<sup>18</sup>; tampoco precisan aparatos de comunicación para conversar a la distancia, porque mantienen entre sí un nivel de perfecta armonía de pensamientos, y los que en un determinado momento se encuentran en sintonía pueden emplear a voluntad el proceso de conversación mental, no obstante la distancia”.

Reflexioné cuán útil me resultaría la colaboración de Narcisa e hice la prueba. Me concentré en una fervorosa oración al Padre y mediante las vibraciones de la plegaria me dirigí a Narcisa implorándole asistencia. Le describí con el pensamiento mi dolorosa experiencia, además de comunicarle mis propósitos de auxilio e insistirle en que no me desamparase.

Sucedió entonces algo que no esperaba.

Habrían transcurrido aproximadamente unos veinte minutos; todavía mantenía el pedido en mi mente cuando alguien me tocó con suavidad el hombro.

Era Narcisa que se dirigía a mí sonriente:

–Escuché su llamado, amigo, y vine a verlo.

No cabía en mí de alegría.

La mensajera del bien analizó el cuadro, comprendió la gravedad del momento y expresó:

–No tenemos tiempo que perder.

En principio aplicó al enfermo pases reconfortantes y lo aisló de tal modo de las formas oscuras, que se alejaron como por encanto. A continuación me invitó con decisión:

–Vamos al ámbito de la naturaleza.

La acompañé sin titubeos en tanto que ella, al notar mi extrañeza, dijo con énfasis:

–No sólo el hombre reúne condiciones para recibir fluidos y emitirlos. Las fuerzas naturales también pueden hacerlo, dentro de los reinos diferentes en que se subdividen. Para el caso de nuestro enfermo necesitamos árboles, que nos darán una ayuda eficaz.

Admirado de la nueva lección, fui tras ella en silencio. Una vez en el lugar preciso, donde había frondosos árboles plantados en hileras, Narcisa convocó a alguien mediante expresiones que no pude entender. Al cabo de unos instantes ocho entidades espirituales respondían a su llamado. Más que sorprendido, la escuchaba preguntar acerca de la existencia de mangos y eucaliptos. Debidamente informada por esos amigos que me eran por completo extraños, la enfermera explicó:

–Los hermanos que nos han atendido son servidores comunes del reino vegetal,

En vista de mi sorpresa agregó también:

–Como ve cada uno cumple su función en la casa de Nuestro Padre. En todas partes, si alguien deseara aprender, habrá quien le enseñe; y donde aparezca la dificultad, ahí estará la Providencia. El único desventurado dentro del plan divino es el Espíritu imprudente, que por propia determinación se condena a las tinieblas de la maldad.

Narcisa hizo manipulaciones durante unos momentos, hasta que elaboró una sustancia con las emanaciones del eucalipto y del mango. A lo largo de toda la noche aplicamos el remedio al enfermo, tanto a través de la respiración común como de la absorción por los poros.

El enfermo experimentó mejoras sensibles. Por la mañana, temprano, el médico comentó sumamente sorprendido:

–¡Se ha producido esta noche una extraordinaria reacción! ¡Un verdadero milagro de la naturaleza!

Zelia estaba radiante. La casa volvió a llenarse de alegría. Por mi parte, experimentaba un enorme júbilo en el alma. Un profundo

estímulo y hermosas esperanzas vigorizaban mi ser. Reconocía que fuertes lazos de inferioridad se habían cortado dentro de mí en forma definitiva.

Ese mismo día regresé a “Nuestro Hogar” en compañía de Narcisa. Fue esa la primera vez que experimenté la capacidad de volitación. En un instante atravesamos grandes distancias. El estandarte de la alegría se había desplegado en mi interior. Cuando le comuniqué a la generosa enfermera mi impresión de levedad, escuché su explicación:

–En “Nuestro Hogar” una gran parte de los compañeros podría prescindir del aerobús y transportarse a gusto dentro de las áreas de nuestro dominio vibratorio; pero dado que la mayoría no ha adquirido esa facultad, se abstienen de ejercitarla en las vías públicas. No obstante, esa abstención no impide que utilicemos el proceso cuando estamos fuera de la ciudad, en las ocasiones en que es conveniente ahorrar distancia y tiempo.

Nueva comprensión y renovado júbilo enriquecieron mi espíritu. De acuerdo con las instrucciones de Narcisa iba desde la casa terrestre a la ciudad espiritual y viceversa, sin mayores dificultades, de modo de intensificar el tratamiento de Ernesto, cuya mejoría se consolidó notoriamente en corto tiempo. Clarencio me visitaba a diario y se mostraba satisfecho con mi trabajo.

Llegó el fin de semana y con él concluyó mi primera licencia en los servicios de las Cámaras de Rectificación. La felicidad había retornado para los cónyuges, a quienes comencé a estimar como a hermanos.

Era necesario entonces volver a aplicarme a los deberes de mi incumbencia.

A la luz declinante y tenue del crepúsculo emprendí el camino hacia “Nuestro Hogar” completamente transformado. En aquellos breves siete días había aprendido valiosas lecciones prácticas a través del culto de la comprensión y la fraternidad auténticas. La

magnificencia del atardecer era propicia para sublimes meditaciones.

–¡Qué extraordinaria la Providencia Divina! –pensaba en un monólogo íntimo–. ¡Con cuánta sabiduría dispone el Señor los trabajos y las situaciones de la vida! ¡Con qué amor atiende a toda la creación!

De pronto ocurrió algo que me sacó de mis reflexiones. Más de doscientos compañeros venían a mi encuentro.

Recibí los saludos junto con demostraciones de generosidad y afecto. Lisias, Lascinia, Narcisa, Silveira, Tobías, Salustio y muchos otros colaboradores de las cámaras se hicieron presentes allí. No sabía qué actitud adoptar, me habían tomado de sorpresa. En ese momento apareció al frente de todos el ministro Clarenco, que se adelantó hacia mí con su diestra extendida mientras me decía:

–Hasta ahora, André, usted ha sido mi pupilo en la ciudad. De aquí en adelante, en nombre de la gobernación lo declaro ciudadano de “Nuestro Hogar”.

¿Tanta magnanimidad para tan pequeño triunfo? No conseguía retener las lágrimas de emoción, que me impidieron hablar. Sentí que la Bondad divina es inconmensurable, y me arrojé a los brazos paternales de Clarenco mientras soltaba el llanto que brotaba de la gratitud y el júbilo.

---

<sup>18</sup> N. T.: Volitación: Mediante la volitación del cuerpo espiritual, los Espíritus pueden trasladarse por encima del suelo, sin necesidad de instrumentos ni vehículos, con excepción de aquellos que viven en zonas inferiores, estrechamente vinculados a la superficie del planeta. ...“Dependiendo de su evolución, los Espíritus pueden llegar a desplazarse a la velocidad del pensamiento.” – Allan Kardec, *El Libro de los Espíritus*, preg. 89.

Consejo Editorial:  
*Jorge Godinho Barreto Nery – Presidente*  
*Geraldo Campetti Sobrinho – Coordinador editorial*  
*Edna Maria Fabro*  
*Evandro Noletto Bezerra*  
*Maria de Lourdes Pereira de Oliveira*  
*Marta Antunes de Oliveira de Moura*  
*Miriam Lúcia Herrera Masotti Dusi*

Producción editorial:  
*Fernando César Quaglia*  
*Luciano Carneiro Holanda*

Traducción al castellano:  
*Marta Haydee Gazzaniga*

Portada:  
*Evelyn Yuri Furuta*

Diagramación:  
*Luciano Carneiro Holanda*

Foto de portada:  
<http://www.istock.com/mediaphotos>  
<http://www.dreamstime.com/Harlanov>  
<http://www.dreamstime.com/Serp>

Foto de Chico Xavier:  
*Grupo Espírita Emmanuel (GEEM)*

Normalización Técnica:  
*Biblioteca de Obras Raras y Documentos Patrimoniales del Libro*

E-book:  
*Luciano Carneiro Holanda*